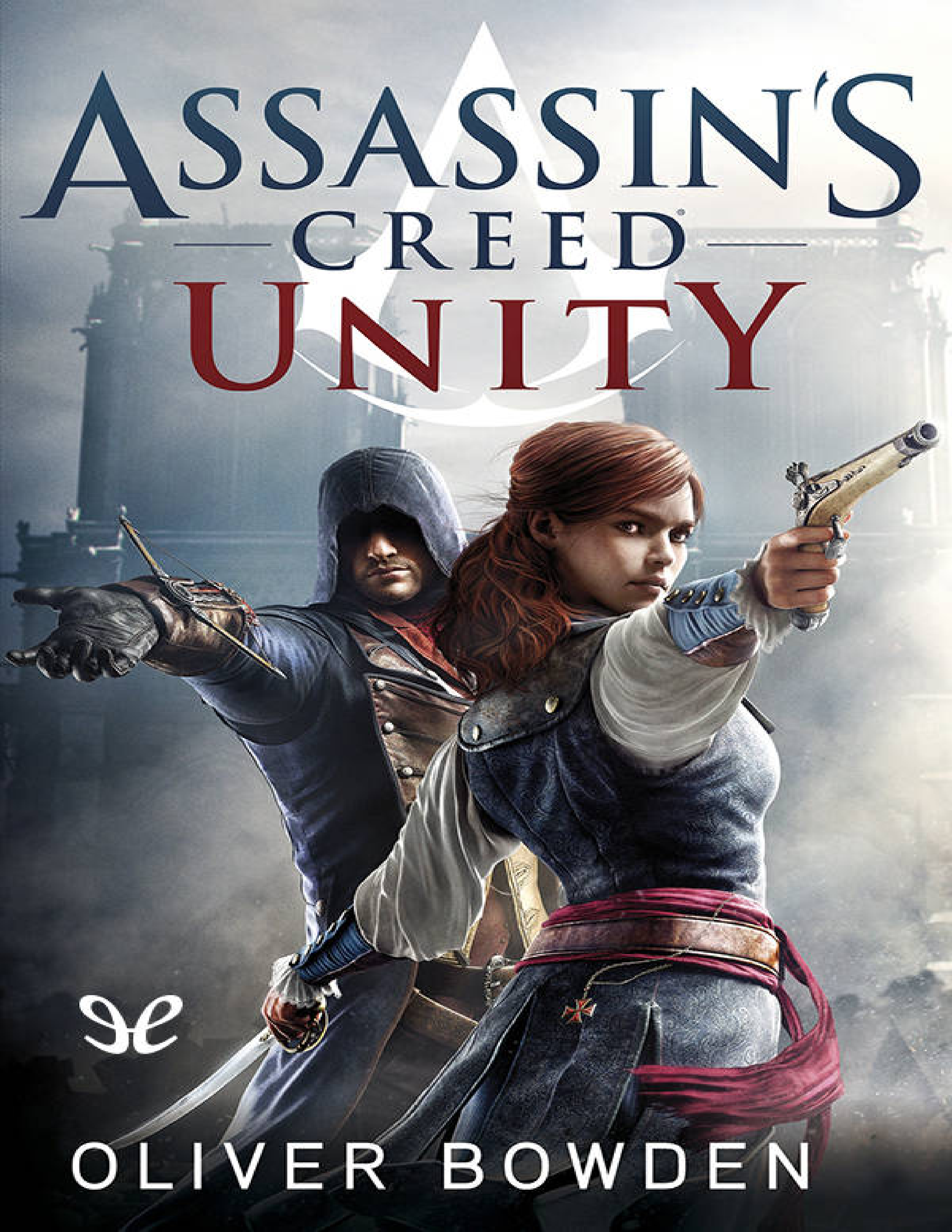
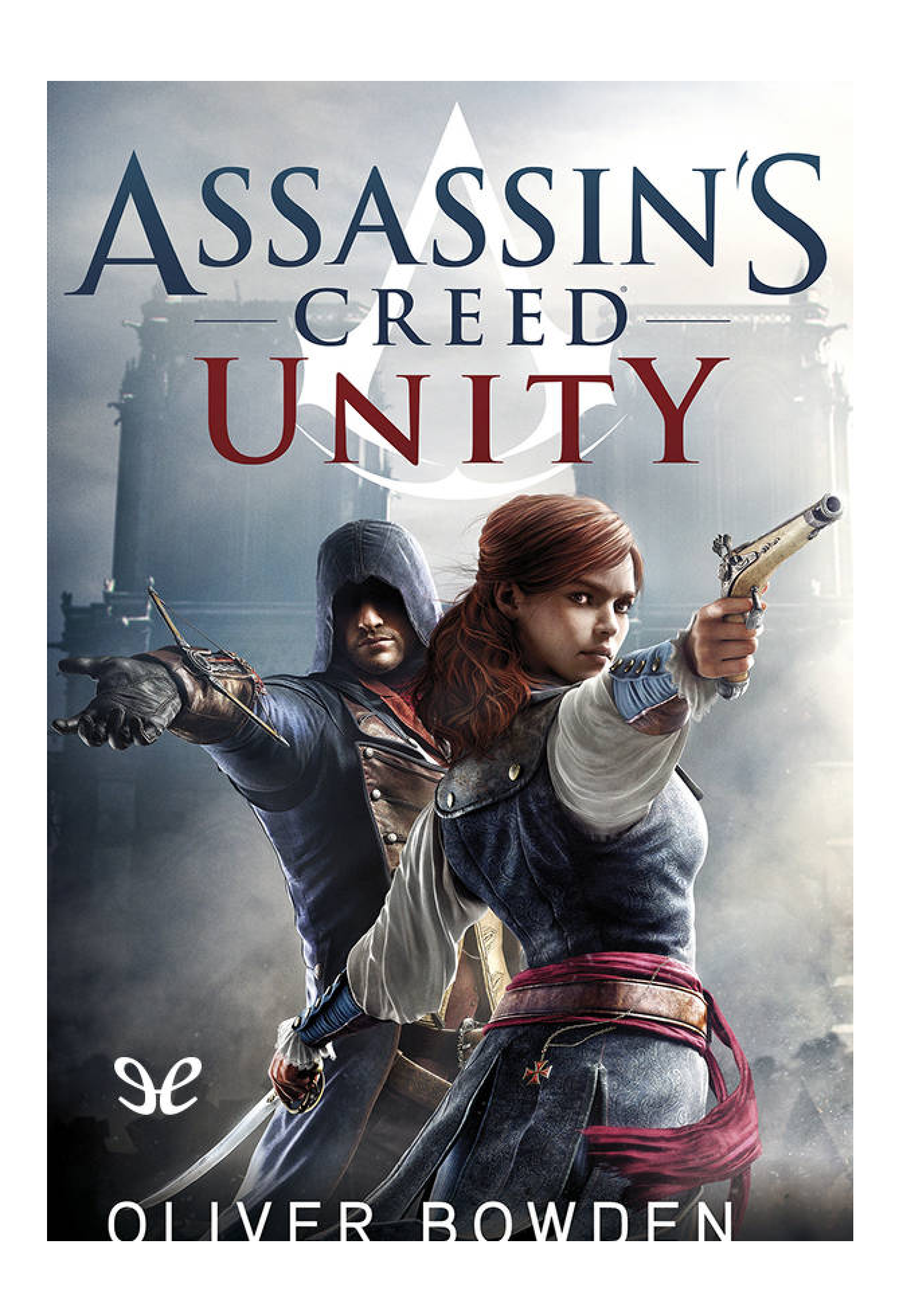

ASSASSIN'S
CREED
UNITY
OLIVER BOWDEN


ASSASSIN'S
CREED
UNITY
OLIVER BOWDEN

1789: La gloriosa ciudad de París asiste al amanecer de la Revolución Francesa. Las calles adoquinadas están cubiertas de sangre y la gente se alza contra una aristocracia opresiva. Pero la justicia revolucionaria implica pagar un precio muy alto…

En un tiempo en el que la brecha entre pobres y ricos es extrema y la nación se parte en dos, un hombre y una mujer luchan para vengar todo aquello que han perdido.

Muy pronto, Arno y Élise se ven abocados a la batalla que Asesinos y Templarios mantienen desde tiempo inmemorial, un mundo con peligros mucho más mortíferos de los que nunca pudieron imaginar.

Después de seis entregas de la serie Assassins Creed, la historia continua en esta envolvente y fascinante trama, donde los personajes, la ambientación y los detalles históricos harán las delicias de los seguidores.



Oliver Bowden

Assassin’s Creed: Unity

Assassin’s Creed - 7

ePub r1.1

Titivillus 25.12.2017

Título original: *Assassin's Creed: Unity*
Oliver Bowden, 2014
Traducción: Paz Pruneda

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



EXTRACTO DEL DIARIO DE ARNO DORIAN

12 de septiembre de 1974

Su diario descansaba sobre mi escritorio abierto por la primera página. Fue todo cuanto pude leer antes de que un devastador torrente de emociones me dejara sin aliento y el texto delante de mí se deshiciera en la neblina de mis ojos. Las lágrimas resbalaban por mis mejillas a medida que los recuerdos de ella volvían a mi mente: la picara niña jugando al escondite; la mujer ardiente que llegué a conocer y amar en la madurez; sus trenzas pelirrojas a la altura de los hombros; la intensa mirada tras las oscuras y lustrosas pestañas. Poseía el equilibrio de una experta bailarina y un maestro espadachín, mostrándose igual de cómoda al deslizarse sobre el suelo del palacio, bajo los ojos llenos de deseo de cada hombre de la habitación, como cuando estaba en combate.

Pero tras sus ojos se escondían secretos. Secretos que estaba a punto de descubrir. Cogí una vez más su diario, ansioso por posar mi palma y las yemas de los dedos en la página, por acariciar las palabras sintiendo que, en esa página, yacía una parte de su alma.

Comencé a leer.

EXTRACTOS DEL DIARIO DE ÉLISE DE LA SERRE

9 de abril de 1778

I

Mi nombre es Élise de la Serre. Tengo diez años. Mi padre se llama François, mi madre Julie, y vivimos en Versalles: el esplendoroso y hermoso Versalles, donde pulcros edificios y grandes castillos se alzan a la sombra del gran palacio, con sus avenidas de tilos, sus resplandecientes lagos y fuentes, y sus setos, exquisitamente podados en topiaria.

Somos nobles. Los afortunados. Los privilegiados. Y para comprobarlo solo hace falta tomar la carretera de quince millas que lleva a París. Una carretera iluminada por faroles de aceite colgantes porque en Versalles utilizamos esas cosas, mientras que en París los pobres usan velas de sebo y el humo de las fábricas de sebo flota suspendido sobre la ciudad como una letal mortaja, ensuciando el cielo y obstruyendo los pulmones. Vestida con harapos, con espaldas encorvadas ya sea por el peso de su carga física o de su aflicción mental, la gente pobre de París se arrastra a través de calles que parecen no recibir nunca la luz del sol. Calles atestadas de alcantarillas abiertas donde el barro y los desechos humanos fluyen libremente, empapando las piernas de aquellos que portan nuestras sillas de mano mientras pasamos, mirando con ojos muy abiertos por las ventanillas.

Más tarde tomaremos ornamentados carruajes de vuelta a Versalles, dejando atrás campos con figuras envueltas en la niebla como fantasmas. Campesinos descalzos que se ocupan de las tierras de los nobles y que mueren de hambre si la cosecha es mala, esclavos virtuales de sus

terratenientes. En casa escucho los relatos de mis padres sobre cómo estos siervos deben permanecer despiertos y golpear con palos a las ranas cuyo croar impide dormir a sus señores, o cómo deben comer hierba para sobrevivir. Mientras tanto los nobles prosperan, eximidos de pagar impuestos, excusados del servicio militar y exonerados de la indignidad de la *corvée*, la jornada no remunerada de trabajo en las carreteras.

Mis padres dicen que la reina María Antonieta deambula por los pasillos, salas de baile y vestíbulos del palacio soñando con nuevas formas de gastar su asignación para vestidos, mientras su esposo, el rey Luis XVI, holgazanea en su *lit de justice* aprobando leyes que enriquecen la vida de los nobles a expensas de los pobres y hambrientos. Y hablan sombríamente de cómo esos actos podrían fomentar la revolución.

ii

Existe una expresión para describir el momento en el que súbitamente comprendes algo. Es el momento en el que «caes del guindo».

Siendo muy pequeña nunca se me había ocurrido preguntarme por qué aprendía historia en vez de etiqueta, modales y compostura; como tampoco cuestioné que mi madre se uniera a Padre y a los Cuervos después de cenar, su voz alzándose en desacuerdo para debatir con tanto acaloramiento como eran capaces de mostrar; nunca me pregunté por qué no montaba a caballo a mujeriegas, ni por qué nunca necesitaba un sirviente para sujetarle la montura o por qué tenía tan poco tiempo para la moda o los chismes de la corte. Ni una sola vez pensé en preguntar por qué mi madre no era como las demás madres.

No, hasta que caí del guindo.

iii

Ella era hermosa, por supuesto, y siempre iba bien vestida, aunque no tenía tiempo para esas galas que lucían las mujeres de la corte sobre las que apretaba los labios y hablaba con desaprobación. Según ella estaban obsesionadas por su aspecto y estatus, por *cosas*.

«No reconocerían una idea ni aunque les golpeara entre los ojos, Élise. Prométeme que nunca acabarás como ellas».

Intrigada, deseando saber más sobre cómo no debería acabar, utilizaba mi ventajosa posición pegada a las faldas de mi madre para espiar a esas odiadas mujeres. Lo que veía eran unas chismosas excesivamente empolvadas que fingían ser devotas de sus maridos, incluso cuando sus ojos recorrían con avidez la habitación por encima del borde de sus abanicos buscando insospechados amantes que atrapar. Sin ser vista, atisbaba tras esas máscaras maquilladas cuando una risa de desprecio moría en sus labios y un gesto burlón moría en sus ojos. Las veía tal y como eran de verdad, a saber: mujeres aterradas. Aterradas por perder su condición de favoritas, por descender en la escala social.

Madre no era así. Para empezar no podía importarle menos el chismorreo. Jamás la vi con un abanico y, además, odiaba acicalarse y no tenía tiempo para pintarse lunares con carbón en cualquier parte del cuerpo o empolvarse la piel de un tono alabastro. Su única concesión a la moda eran los zapatos. Por lo demás, la atención que prestaba a su comportamiento obedecía a una razón, a una única razón: mantener el decoro.

Y era absolutamente devota de mi padre. Se colocaba junto a él —a su lado, nunca detrás de él—, le apoyaba y era incondicionalmente leal a él. Mi padre tenía consejeros, los señores Chretien Lafreniére, Louis-Michel Le Peletier, Charles Gabriel Sivert y madame Levesque. Con sus largos abrigos negros, oscuros sombreros de fieltro y ojos que nunca sonreían, yo les había bautizado como «los Cuervos», y a menudo escuchaba a Madre defender a Padre ante ellos, respaldándole a toda costa, a pesar de lo que pudiera decirle a él a puerta cerrada.

No obstante, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que la oí debatir con Padre.

Dicen que podría morir esta noche.

10 de abril de 1778

i

Sobrevivió a esa noche.

Me senté en su cabecera, sostuve su mano y hablé con ella. Durante un rato tuve la falsa ilusión de ser yo la que la estaba reconfortando, hasta el momento en que volvió la cabeza y me miró con ojos lechosos que sin embargo parecían sondear el alma, y quedó claro que era justamente lo contrario.

Hubo momentos anoche en los que miré por la ventana para ver a Arno en el patio de atrás, envidiando cómo podía vivir tan indiferente al dolor que tenía lugar a apenas unos metros de él. Sabe que está enferma, por supuesto, pero la tisis es algo muy común y la muerte, aun estando atendida por un médico, un suceso cotidiano, incluso aquí, en Versalles. Además, él no es un De la Serre. Es nuestro pupilo y por tanto no está al tanto de nuestros más profundos y oscuros secretos, ni tampoco de nuestra angustia interior. Es más, apenas conoce el estado de las cosas. Para Arno, Madre es una figura remota a la que se cuida en las plantas superiores del castillo; para él, ella se define simplemente por su enfermedad.

En cambio mi padre y yo compartimos nuestra desazón a través de miradas disimuladas. De puertas afuera nos tomamos muchas molestias en mostrar normalidad, nuestro luto mitigado por dos años de oscuro diagnóstico. Nuestra pena otro secreto oculto a nuestro pupilo.

Estamos acercándonos al momento de caer del guindo. Y pensando en el primer incidente, en la primera vez en que realmente empecé a preguntarme sobre mis padres, y más concretamente por Madre, lo imagino como un poste indicador en la carretera hacia mi destino.

Sucedió en el convento. Tenía solo cinco años cuando me internaron y mis recuerdos distan mucho de estar plenamente formados. En realidad son solo impresiones sueltas: largas filas de camas; un nítido pero desconectado recuerdo de mirar por la ventana coronada de hielo y ver las copas de los árboles que se alzaban por encima de los jirones de niebla; y… a la Madre Superiora.

Encorvada y amargada, la Madre Superiora era conocida por su crueldad. Le gustaba recorrer los pasillos del convento con su vara entre las palmas como si la presentara a un banquete. En su despacho, la vara yacía sobre su escritorio. Por aquel entonces hablábamos de ella diciendo «tu turno», y durante un tiempo el turno recayó sobre mí, cuando ella reprobó mis intentos de felicidad, envidiando el hecho de que estuviera siempre pronta a reír, y llamando a mi sonrisa alegre una sonrisa de satisfacción. La vara, decía, borraría esa sonrisa de mi cara.

La Madre Superiora tenía razón a ese respecto. Lo hizo. Durante un tiempo.

Y entonces, un día, Madre y Padre vinieron a visitar a la Madre Superiora, desconozco por qué motivo, y fui llamada a su despacho a petición suya. Allí encontré a mis padres, girándose en sus sillas para saludarme, y a la Madre Superiora de pie detrás de su escritorio con la habitual mirada de manifiesto desprecio en su rostro; un franco juicio de mis muchos defectos recién salido de sus labios.

De haber sido solo Madre la que me visitara, no me hubiera mostrado tan formal. Habría corrido hacia ella confiando en poder deslizarme entre los pliegues de su vestido hasta otro mundo, lejos de ese horrible lugar. Pero

estaban los dos, y mi padre era mi rey. Él era quien dictaba qué normas de educación debíamos adoptar; él quien insistió en llevarme a un convento en primer lugar. De modo que me acerqué, hice una reverencia y esperé a que se dirigieran a mí.

Mi madre me cogió la mano. Cómo pudo saber lo que había ahí, lo desconozco, ya que estaba girada hacia dentro, pero de alguna forma captó un destello de las marcas dejadas por la vara.

—¿Qué es esto? —preguntó a la Madre Superiora, sujetando mi mano hacia ella.

Nunca había visto a la Madre Superiora mirar cualquier cosa sin mostrarse dueña de sí misma. Pero ahora podría decirse que palideció. En un instante mi madre se había transformado de la correcta y educada dama, justo lo que se esperaba de una invitada de la Madre Superiora, en un instrumento de furia potencial. Todos pudimos notarlo. Sobre todo la Madre Superiora.

Tartamudeó levemente.

—Como estaba diciendo, Élise es una niña testaruda y conflictiva.

—¿Y por eso es castigada con la vara? —preguntó mi madre, su ira en aumento.

La Madre Superiora se encogió de hombros.

—¿De qué otro modo pretende que mantenga el orden?

Madre agarró la vara.

—Esperaba que fuera capaz de mantener el orden. ¿Acaso cree que esto la hace más fuerte? —Golpeó la vara en la mesa. La Madre Superiora dio un respingo y tragó, sus ojos clavándose en mi padre que observaba con expresión extraña e ilegible, como si esos actos no requirieran su participación—. Bien, entonces está muy equivocada —añadió mi madre—. La hace más débil.

Se levantó, mirando fijamente a la Madre Superiora y haciendo que se sobresaltara de nuevo al golpear la vara contra la mesa por segunda vez. Entonces me tomó de la mano.

—Vámonos, Élise.

Nos marchamos, y desde entonces he tenido tutores para enseñarme las materias escolares.

Cuando salimos resueltamente del convento hasta nuestro carruaje para emprender un silencioso viaje de vuelta a casa, tuve clara una cosa. Mientras Madre y Padre se enfurecían por todo aquello que había quedado sin decir, supe que las damas no se comportaban de la forma en que mi madre lo había hecho. En todo caso, no las damas normales.

Otra pista. Sucedió más o menos un año después, en la fiesta de cumpleaños de una mimada niña de un castillo vecino. Otras chicas de mi edad jugaban con muñecas, poniéndolas a tomar el té, solo que era un té de mentira en el que no había ni bebida ni bizcocho, solo niñas pequeñas fingiendo dárselo a las muñecas, lo que para mí, incluso entonces, resultaba estúpido.

No muy lejos de allí, los niños jugaban con soldados de plomo, así que me levanté para ir con ellos ignorando el sorprendido silencio que se hizo a mi alrededor.

Mi niñera Ruth me apartó de allí.

—Juega con las muñecas, Élise —indicó con voz firme pero nerviosa, sus ojos fulminándome mientras se encogía bajo la mirada desaprobatoria de las otras niñeras.

Hice lo que se me mandó, agachándome y fingiendo interés en el falso té y el bizcocho, y una vez resuelta la embarazosa interrupción, la pradera volvió a su estado natural: los chicos jugando con los soldaditos, las chicas con sus muñecas, las niñeras vigilándonos a todos y, no muy lejos, un grupo de madres, damas de alta cuna, chismorreando en las sillas de hierro forjado del jardín.

Observé a esas damas chismosas con los ojos de Madre. Vi mi propio trayecto de niña jugando en la hierba a madre cotilla y, en una ráfaga de absoluta certeza, comprendí que no quería aquello. No quería ser como esas madres. Quería ser como mi propia madre, que se había despedido del grupo de señoras y podía distinguirse en la distancia, sola, al borde del agua, su individualidad a la vista de todos.

He recibido una nota del señor Weatherall. Escrita en su inglés nativo, me dice que desea ver a Madre, rogándome que me reúna con él en la biblioteca a medianoche para escoltarlo hasta su habitación. Me pide que no se lo diga a Padre.

Otro nuevo secreto que debo ocultar. A veces me siento como uno de esos pobres miserables que vemos por París, encorvada bajo el peso de las expectativas puestas en mí.

Pero solo tengo diez años.

11 de abril de 1778

i

A medianoche, me puse una bata, cogí una vela y me deslicé escaleras abajo hasta la biblioteca donde esperé al señor Weatherall.

Había conseguido infiltrarse en el castillo, moviéndose misteriosamente sin que los perros lo notaran, y entrar en la biblioteca tan sigilosamente que apenas escuché la puerta abrirse y cerrarse. Cruzó la habitación en un par de zancadas, se arrancó la peluca de la cabeza —esa maldita cosa que odiaba— y me agarró por los hombros.

—Dicen que se está apagando rápidamente —comentó, necesitando oírlo de primera mano.

—Lo está —corroboré, bajando la vista.

Sus ojos se cerraron y aunque no era viejo —debía de tener cuarenta y pocos, tan solo un poco mayor que Madre y Padre—, los años parecieron reflejarse en su rostro.

—El señor Weatherall y yo fuimos una vez muy amigos —me había explicado Madre con anterioridad. Y sonrió al decírmelo.

Me pareció que se ruborizaba.

ii

La primera vez que vi al señor Weatherall fue un gélido día de febrero. Ese invierno fue el primero de una serie de inviernos muy crueles, pero mientras en París el río Sena estaba casi congelado, y los pobres morían en las calles, las cosas eran muy diferentes en Versalles. Para cuando nos despertábamos, la servidumbre había encendido la lumbre que ardía en las chimeneas, luego tomábamos un humeante desayuno y nos vestíamos con abrigosas pieles, nuestras manos calentadas con manguitos mientras paseábamos mañana y tarde por nuestra propiedad.

Ese día en concreto lucía el sol, aunque no lo suficiente para contrarrestar el frío que te calaba hasta los huesos. Una costra de hielo centelleaba bellamente sobre la gruesa capa de nieve, tan dura que *Scratch*, nuestro perro lobo irlandés, podía caminar sobre ella sin que sus patas se hundieran. Dio unos pasos probándola y luego continuó, comprendiendo su buena fortuna y lanzando alegres ladridos mientras se adelantaba y mi madre y yo nos abríamos paso hasta la arboleda del perímetro sur de la propiedad.

Cogida de su mano, miré por encima de mi hombro mientras caminábamos. A lo lejos, nuestro castillo resplandecía bajo el reflejo del sol y la nieve, sus ventanas titilando, y entonces, al adentrarnos lejos del sol entre los árboles, se volvió borroso, como ensombrecido por gruesos trazos de lápiz. Estábamos más lejos de lo habitual, constaté, fuera del alcance de su protección.

—No te preocupes si ves a un caballero entre las sombras —me advirtió mi madre inclinándose ligeramente hacia mí. Su voz era suave, apreté su mano con más fuerza ante esa idea, y ella rio—. Nuestra presencia aquí no es fortuita.

Por entonces tenía seis años y no sabía que el encuentro de una dama con un hombre en semejantes circunstancias podía tener «implicaciones». Por lo que a mí concernía, era simplemente mi madre reuniéndose con un hombre, sin mayor significado que cuando ella hablaba con Emanuel, nuestro jardinero, o pasaba tiempo con Jean, el cochero.

El hielo confiere cierta inmovilidad al mundo. Entre los árboles había aún más silencio que en las praderas cubiertas de nieve, y muy pronto nos vimos absorbidas por una absoluta quietud al tomar el estrecho sendero hasta las profundidades del bosque.

—Al señor Weatherall le gusta seguir un juego —comentó mi madre, su voz susurrando en honor a esa placidez—. Tal vez decida sorprendernos, y por eso hay que estar siempre atentos a lo que nos deparan esas sorpresas. Debemos tener en cuenta lo que nos rodea y centrar nuestras expectativas de acuerdo con ello. ¿Puedes ver las huellas?

La nieve a nuestro alrededor estaba intacta.

—No, Mamá.

—Bien. Entonces podemos estar seguras de nuestro entorno. Y ahora, ¿dónde podría ocultarse un hombre en semejantes condiciones?

—¿Detrás de un árbol?

—Bien, bien, ¿y qué me dices de aquí?

Señaló por encima de su cabeza y alcé el cuello para contemplar el dosel de ramas por encima, el hielo titilando en mil fragmentos a causa de los rayos del sol.

—Observa bien por todas partes —sonrió Madre—. Usa tus ojos para ver, no inclines la cabeza si es posible. No muestres a los demás a dónde se dirige tu atención. En la vida tendrás oponentes, y esos oponentes intentarán leer en ti en busca de indicios sobre tus intenciones. Mantén tu ventaja haciendo que lo tengan que adivinar.

—¿Puede estar nuestro visitante en lo alto de un árbol, Mamá? —pregunté.

Ella se rio.

—No. De hecho lo he visto. ¿Puedes verlo tú, Élise?

Nos habíamos detenido. Escruté los árboles enfrente de nosotras.

—No, Mamá.

—Muéstrate, Freddie —dijo Madre, y efectivamente, unas cuantas yardas por delante de nosotras, un hombre de barba gris salió de detrás de un árbol, se quitó el sombrero de tricornio de la cabeza e hizo una exagerada reverencia.

Los hombres de Versalles eran muy peculiares. Miraban por encima de su nariz a cualquiera que no fuera como ellos. Tenían lo que yo consideraba «sonrisas Versalles», a medio camino entre la confusión y el aburrimiento, como si estuvieran constantemente al borde de soltar una ingeniosa ocurrencia por la cual, al parecer, todos los hombres de la corte eran juzgados.

Este hombre no era un hombre de Versalles; solo ver su barba lo confirmaba. Y aunque estaba sonriendo, no era una sonrisa Versalles, sino una más suave y seria, el rostro de un hombre que piensa antes de hablar y mide sus palabras.

—Proyectabas una sombra, Freddie —sonrió Madre cuando él se acercó, besó la mano que le tendía y luego hizo lo mismo conmigo, inclinándose de nuevo.

—¿Una sombra? —repitió. Su voz era cálida y ronca, no muy cultivada, como la voz de un marino o un soldado—. Oh, maldita sea, debo de estar perdiendo mi toque.

—Espero que no, Freddie —rio Madre—. Élise, te presento al señor Weatherall, un caballero inglés, socio mío. Freddie, te presento a Élise.

¿Un socio? ¿Como los Cuervos? No, este no tenía nada que ver con ellos. En lugar de clavar sus ojos en mí, tomó mi mano, hizo una reverencia y la besó.

—Encantado, señorita —declaró con voz profunda, su acento inglés enfatizando la palabra «señorita» de una forma que solo pude encontrar encantadora.

Madre me miró con expresión seria.

—El señor Weatherall es nuestro confidente y protector, Élise. Alguien al que siempre podrás acudir cuando necesites ayuda.

La miré sintiéndome un poco sorprendida.

—¿Y qué pasa con Padre?

—Padre nos quiere tiernamente a las dos, y daría con gusto su vida por nosotras, pero los hombres tan importantes como tu padre necesitan protegerse de sus responsabilidades domésticas. Esa es la razón por la que tenemos al señor Weatherall, Élise, porque tu padre no debe ser molestado en las cuestiones relativas a sus mujeres. —Una mirada aún más

significativa brilló en sus ojos—. Tu padre no debe ser molestado, Élise, ¿lo entiendes?

—Sí, Mamá.

El señor Weatherall estaba asintiendo.

—Estoy aquí para servir, señorita —me dijo.

Y le devolví el saludo.

—Gracias, señor.

Scratch había llegado hasta nosotros y saludaba al señor Weatherall con gran excitación, al parecer los dos eran viejos amigos.

—¿Podemos hablar, Julie? —preguntó el protector, volviendo a ponerse su tricornio e indicando que ambos podían caminar juntos.

Permanecí unos pasos por detrás, escuchando breves retazos y pedacitos sueltos de la susurrada conversación. Escuché «Gran Maestro» y «rey», pero solo eran palabras, las mismas que ya estaba acostumbrada a escuchar tras las puertas del castillo. Sin embargo, no fue hasta muchos años después cuando adquirieron una mayor resonancia.

Y entonces sucedió.

Al echar la vista atrás no puedo recordar la secuencia completa de los hechos. Recuerdo haber visto a Madre y al señor Weatherall tensarse a un tiempo mientras *Scratch* se ponía en guardia y gruñía. Entonces mi madre se giró. Mi mirada siguió la dirección de sus ojos y lo vi, allí mismo: un lobo agazapado entre los matorrales a mi izquierda, un lobo gris y negro que permanecía absolutamente inmóvil entre los árboles, contemplándome con ojos hambrientos.

Del manguito de mi madre surgió algo, una hoja plateada, y en dos rápidas zancadas llegó hasta mí, me cogió en brazos y me llevó lejos hasta depositarme detrás de ella, de forma que me refugié en sus faldas mientras se enfrentaba al lobo, con la hoja en ristre.

Al otro lado del sendero, el señor Weatherall sujetaba del cogote a un tenso *Scratch* que tenía el pelo erizado, y advertí que su otra mano tanteaba en busca de la espada que colgaba de su costado.

—Espera —ordenó Madre. Su mano levantada detuvo al señor Weatherall sobre sus pasos—. No creo que este lobo vaya a atacar.

—No estoy tan seguro, Julie —le advirtió el señor Weatherall—. Lo que tienes delante es un lobo con una increíble mirada de hambre.

El lobo se quedó mirando a mi madre. Ella volvió la vista hacia nosotros, hablando al mismo tiempo.

—No tiene nada que comer en las colinas, es la desesperación lo que le ha traído hasta nuestras tierras. Pero creo que este lobo sabe que, al atacarnos, se ganará un enemigo en nosotros. Más le valdría retirarse ante una fuerza implacable y buscar comida en otra parte.

El señor Weatherall soltó una pequeña risita.

—¿Por qué tengo la sensación de que estoy oyendo una parábola?

—Porque, Freddie —sonrió Madre—, hay una parábola aquí.

El lobo miró durante unos instantes más, sin dejar de apartar los ojos de mi madre, hasta que finalmente bajó la cabeza, se dio la vuelta y se alejó trotando lentamente. Observamos como desaparecía entre los árboles, y entonces mi madre bajó su hoja y volvió a guardarla en el manguito.

Miré al señor Weatherall. Su chaqueta estaba de nuevo abotonada y no había señal de su espada.

Había dado un paso más para caer del guindo.

iii

Conduje al señor Weatherall hasta la habitación de mi madre. Me pidió verla a solas, asegurándome que sabría salir por su cuenta. Picada por la curiosidad, espié a través de la cerradura y le vi tomar asiento a su lado, cogiendo su mano e inclinando la cabeza. Momentos más tarde me pareció escuchar que estaba llorando.

12 de abril de 1778

i

He mirado por mi ventana y he recordado el último verano, cuando en mis ratos de juego con Arno descansaba de mis tareas y disfrutaba de la dicha de ser una niña de nuevo, haciendo carreras con él a través de los setos en forma de laberinto de los jardines del palacio o riñendo por el postre, sin saber que el respiro en mis preocupaciones sería tan pasajero.

Cada mañana clavaba las uñas en mis palmas y preguntaba: «¿Está despierta?» y Ruth, sabiendo que en realidad quería decir: «¿Está viva?», me aseguraba que Madre había sobrevivido a la noche.

Pero no sería así por mucho tiempo.

ii

Y de esa forma llegó el momento en que caí del guindo. O prácticamente. Pero primero, otro poste indicador.

Los Carroll llegaron la primavera del año en que conocí al señor Weatherall. Y qué esplendorosa primavera fue. La nieve se había derretido para revelar bajo ella exuberantes alfombras de cuidada pradera, devolviendo Versalles a su estado natural de inmaculada perfección. Rodeados por los cuidados y recortados setos en topiaria de nuestro jardín,

apenas alcanzábamos a oír el murmullo de la ciudad, mientras que justo a nuestra derecha podían distinguirse las laderas del palacio, sus anchos peldaños de piedra conduciendo hasta las columnas de su vasta fachada. Todo un esplendor con el que entretener a los Carroll de Mayfair, en Londres, Inglaterra. El señor Carroll y Padre pasaban horas en el salón, aparentemente inmersos en importantes conversaciones, siendo ocasionalmente visitados por los Cuervos, mientras Madre y yo cumplíamos la tarea de entretener a la señora Carroll y a su hija May, a quien le había faltado tiempo para decirme que tenía diez años y, puesto que yo tenía solo seis, eso la hacía mucho mejor que yo.

Las invitamos a dar un paseo abrigándonos contra el leve frío de la mañana que pronto empezaría a desvanecerse con el sol: Madre y yo, la señora Carroll y May.

Madre y la señora Carroll iban unos pasos por delante de nosotras. Advertí que Madre llevaba su manguito y me pregunté si la hoja estaría secretamente oculta en su interior. Por supuesto, tras el incidente con el lobo, le había preguntado por ella.

—Mamá, ¿por qué llevas un cuchillo en el manguito?

—Tú qué crees, Élise, en caso de amenaza de los lobos merodeadores, por supuesto. —Y con una sonrisa irónica añadió—: Los lobos de cuatro patas y la variedad de dos piernas. Y en cualquier caso, la hoja ayuda al manguito a mantener su forma.

Entonces, y como rápidamente se convirtió en costumbre, me hizo prometer que lo mantendría como una de nuestras *vérités cachees*. El señor Weatherall era ama *vérité cachee*. Lo que significaba que cuando el señor Weatherall me daba una lección de espada aquello también se convierta en una *vérité cachee*.

Secretos, por decirlo de otro modo.

May y yo caminábamos a una respetuosa distancia detrás de nuestras madres. El borde de nuestras faldas rozaba el suelo, de modo que desde la distancia podría parecer que nos deslizábamos por la tierra, cuatro damas perfectamente transportadas.

—¿Cuántos años tienes, Apestosa? —susurró May, aunque, como ya he mencionado, ella ya había establecido nuestras edades. Dos veces.

—No me llames «Apestosa» —respondí remilgada.

—Lo siento, Apestosa, pero dime otra vez cuántos años tienes.

—Tengo seis —contesté.

Soltó una risa queriendo decir: seis años es una edad terrible, como si ella misma no hubiera tenido esa edad.

—Bueno, yo tengo diez —replicó altivamente. (Como inciso comentaré que May Carroll decía todo altivamente. De hecho, salvo que diga lo contrario, hay que asumir que todo lo decía altivamente).

—Ya sé que tienes diez —murmuré, imaginando con todas mis fuerzas que se tropezaba y la veía caer de bruces sobre la grava del camino.

—Pues no lo olvides —remarcó, y visualicé pequeños fragmentos de grava pegados a su cara chillona mientras se levantaba del suelo. ¿Qué era lo que me había dicho el señor Weatherall? Cuanto más grandes son, más dura es la caída.

(Y ahora que he alcanzado los diez años de edad, me pregunto si soy tan arrogante como ella. ¿Acaso tengo ese tono displicente cuando hablo con aquellos más jóvenes o de menor estatus que yo? Según el señor Weatherall soy demasiado segura, lo que supongo que es una forma amable de decir «arrogante», y tal vez ese sea el motivo por el que May y yo nos provocábamos la una a la otra del modo como lo hacíamos porque, muy en el fondo, éramos parecidas).

Mientras dábamos una vuelta por los jardines, las palabras pronunciadas por las damas delante de nosotras llegaron a nuestros oídos. La señora Carroll estaba diciendo: «Obviamente estamos preocupados por la dirección que su Orden parece estar tomando».

—¿Están *preocupados*? —preguntó Madre.

—Desde luego. Preocupados por las intenciones de los asociados de su esposo. Como ambas sabemos, es nuestro deber asegurar que nuestros maridos hagan lo correcto. ¿Es posible, si no le importa que lo diga, que su marido esté permitiendo que ciertas facciones dicten su política?

—Ciertamente hay miembros de alto nivel que están a favor, digámoslo así, de medidas más *extremas* respecto a los cambios de la vieja Orden.

—Eso nos afecta a nosotros en Inglaterra.

Mi madre rio.

—Desde luego que sí. En Inglaterra se niegan a aceptar cualquier tipo de cambio.

La señora Carroll se detuvo en seco.

—En absoluto. Su lectura de nuestro carácter nacional carece de perspicacia. Pero empiezo a tener una idea de dónde subyacen sus propias lealtades, madame De la Serre. ¿También usted ha solicitado un cambio?

—Si el cambio es para mejor.

—Entonces, ¿debería informar de que sus lealtades descansan en los consejeros de su esposo? ¿Acaso mi cometido ha sido en vano?

—En absoluto, señora. Resulta muy reconfortante saber que disfruto del apoyo de mis colegas ingleses para oponerme a que se tomen medidas drásticas. Pero no puedo afirmar que comparta su último objetivo. Es cierto que hay fuerzas pujando para que se produzca un violento derrocamiento y también que mi esposo cree en un monarca por designio divino, aunque en realidad sus ideas para el futuro no contemplan ningún cambio y yo misma sigo una línea intermedia. Una tercera vía, si lo prefiere. Tal vez no le sorprenda saber que considero mi ideología la más moderada de las tres.

Avanzaron algunos pasos, y la señora Carroll asintió, pensativa.

En medio del silencio mi madre añadió:

—Siento que no le parezca que nuestros objetivos están alineados, señora Carroll. Le pido disculpas si eso me hace de alguna forma una confidente poco fiable.

La otra mujer asintió.

—Ya veo. Bueno, si yo fuera usted, madame De la Serre, utilizaría mi influencia con ambos lados para proponer su línea intermedia.

—A este respecto no sabría qué decir, pero tenga la seguridad de que su viaje no ha sido en vano. Mi respeto hacia usted y hacia su rama de la Orden permanece tan firme como espero que sea el suyo. Por mi parte puede confiar en dos cosas: en primer lugar, en que me atendré a mis propios principios; y en segundo lugar, en que no permitiré que mi esposo sea influenciado por sus consejeros.

—Entonces me ha dado lo que quería.

—Me alegro. Espero que sea de algún consuelo.

Detrás, May inclinó su cabeza hacia mí.

—¿Te han hablado tus padres de tu destino?

—No. ¿A qué te refieres con «destino»?

Se llevó una mano a la boca fingiendo haber hablado demasiado.

—Entonces tal vez lo hagan cuando tengas diez años, al igual que hicieron conmigo. Por cierto, ¿cuántos años tienes?

Suspiré.

—Tengo seis.

—Siendo así, tal vez te lo digan cuando tengas diez, como hicieron conmigo.

Por supuesto, al final la voluntad de mis padres se vio forzada y tuvieron que hablarme de mi «destino» mucho antes de lo previsto porque, dos años más tarde, en el otoño de 1775, cuando acababa de cumplir ocho años, acompañé a mi madre a comprar zapatos.

iii

Además del castillo en Versalles, tenemos una mansión bastante grande en la ciudad, y cada vez que vamos allí a Madre le gusta ir de compras.

Como he dicho, si bien menospreciaba casi toda la moda, detestando los abanicos y pelucas y conformándose con una mínima ostentación cuando se trataba de sus vestidos, había una cosa con la que era muy escrupulosa.

Los zapatos.

Adoraba los zapatos. Compraba los pares de seda a Christian, en París, donde acudíamos con la regularidad de un reloj, una vez cada dos semanas, porque era su única extravagancia, decía, y la mía también, ya que siempre salíamos con un par de zapatos para cada una.

El establecimiento de Christian estaba ubicado en una de las calles más agradables de París, muy lejos de nuestra mansión en la isla de San Luis. Sin embargo, todo es relativo y me encontré conteniendo la respiración cuando nos ayudaron a salir del confortable y fragante olor del interior de nuestro carruaje a la ruidosa y bulliciosa calle, plagada de gritos, del sonido de los cascos de los caballos y el constante estruendo de las ruedas de los carruajes. El sonido de París.

* Si alzabas la vista podías distinguir a las mujeres asomadas a las ventanas con los brazos cruzados observando la vida pasar. Los puestos de venta de frutas y telas se hallaban alineados a lo largo de la calle, las carretillas cargadas con grandes pilas de productos eran conducidas por hombres que gritaban y mujeres con mandil que inmediatamente empezaron a llamarnos. «¡Señora! ¡Señorita!».

Mis ojos fueron atraídos por las sombras de los márgenes de la calle, donde vislumbré algunas caras blancas entre la penumbra, creyendo percibir la inanición y desesperación en esos ojos que nos miraban con tono acusador, hambrientos.

—Vamos, Élise —indicó Madre, y recogí mi falda como ella hacía, avanzando elegantemente sobre el barro y los excrementos bajo nuestros pies, mientras éramos conducidas al interior de Christian por el dueño.

La puerta se cerró detrás de nosotras, anulando el mundo exterior. Un mozo de la tienda se apresuró a limpiar nuestros pies con una toalla y, en pocos instantes, fue como si nunca hubiéramos hecho el peligroso trayecto, esos pocos pasos entre nuestro carruaje y la puerta de una de las zapaterías más exclusivas de París.

Christian lucía una peluca blanca recogida por detrás con un lazo negro, levita y calzones blancos. Era una perfecta aproximación a un medio noble, medio lacayo, pues así era como se veía a sí mismo en la escala social. Se enorgullecía diciendo que estaba en su mano hacer que las mujeres se sintieran hermosas, lo que constituía el mayor poder que un hombre poseía. Sin embargo para él Madre seguía siendo un enigma, como si fuera la única clienta con la que su poder no terminara de funcionar. No lo hacía, y yo sabía por qué. Era porque otras mujeres veían los zapatos sencillamente como tributos de su propia vanidad, mientras que Madre los adoraba como objetos de belleza.

Christian, no obstante, aún no había llegado a esa conclusión, de modo que en cada visita desplegaba sus lisonjas con la persona equivocada.

—Mire, señora —indicó, presentándole un par de zapatillas adornadas con una hebilla—. Todas las mujeres que traspasan esa puerta se sienten desfallecer ante la sola visión de esta exquisita nueva creación; sin

embargo, solo madame De la Serre tiene unos tobillos lo suficientemente bonitos para hacerles justicia.

—Demasiado frívolas, Christian —sonrió mi madre, y con un imperioso gesto de la mano pasó por delante de él hacia otras estanterías.

Eché un vistazo al mozo de la tienda, que me devolvió la mirada con expresión ilegible, y la seguí.

Elegía rápidamente, haciendo sus elecciones con una seguridad ante la que Christian permanecía perplejo. Yo, su compañera constante, podía apreciar la diferencia en ella a medida que elegía sus zapatos. Una ligereza. Una sonrisa que brillaba en mi dirección mientras deslizaba el pie en otro modelo y admiraba sus bonitos tobillos en el espejo, entre los suspiros y gemidos de Christian: cada zapato una obra de arte en progresión y el pie de mi madre, la fioritura final.

Hicimos nuestra elección, madre arregló el pago y la entrega, y entonces nos marchamos, mientras Christian nos ayudaba a salir a la calle donde…

No había señales de Jean, nuestro cochero. Ni tampoco de nuestro carruaje.

—¿Señora? —inquirió Christian, su rostro contraído por la preocupación.

Noté como ella se tensaba, la punta de su barbilla alzándose mientras sus ojos recorrían la calle a nuestro alrededor.

—No hay razón para preocuparse, Christian —le aseguró alegremente —. Nuestro carruaje se está retrasando un poco, eso es todo. Disfrutaremos de las vistas y los sonidos de París mientras esperamos aquí a que regrese.

Estaba empezando a oscurecer y soplaba un aire frío, agudizado por las primeras brumas de la tarde.

—Eso es totalmente impensable, señora, no puede esperar en la calle —replicó un Christian horrorizado.

Ella le miró con una media sonrisa.

—¿Pretende proteger mi sensibilidad, Christian?

—Es peligroso —protestó y se inclinó hacia delante para susurrar con gesto retorcido en una ligeramente disgustada expresión—, *y la gente…*

—Sí, Christian —asintió ella como revelándole un secreto—, es solo gente. Ahora, por favor, vuelva dentro. Sin duda su próxima clienta valorará

su tiempo con el más atento vendedor de zapatos de París tanto como yo lo hago, y no le hará demasiada gracia tener que compartirlo con dos extrañas que están esperando a su negligente cochero.

Conociendo a mi madre como una mujer que raramente cambiaba de opinión, y sabiendo que tenía razón sobre la próxima clienta, Christian hizo una reverencia de reconocimiento, se despidió y regresó a la tienda, dejándonos solas en mitad de la calle donde las carretillas estaban empezando a retirarse y la gente se disolvía en figuras que se movían entre la densa niebla.

Me cogí de su mano.

—¿Mamá?

—No te preocupes, Élise —dijo alzando la barbilla—. Alquilaremos un coche para regresar a Versalles.

—¿No volveremos a la mansión aquí, en París, Mamá?

—No —respondió pensativa, mientras se mordía ligeramente el labio—. Creo que preferiría que regresáramos a Versalles.

Estaba tensa y vigilante mientras caminábamos calle abajo como unas figuras incongruentes con largas faldas y sombreros. De su bolso sacó una polvera para comprobar sus labios y nos detuvimos a mirar el escaparate de una tienda.

Incluso mientras paseábamos aprovechó la oportunidad para instruirme.

—Pon gesto impasible, Élise. No muestres tus verdaderos sentimientos y menos aún los nervios. No te muestres apresurada. Manten la calma exterior. Manten el control.

La muchedumbre se había reducido.

—En la esquina hay coches de alquiler y estaremos ahí en un santiamén. Pero primero hay algo que quiero decirte. Cuando te lo diga, no debes reaccionar, no debes volver la cabeza. ¿Lo entiendes?

—Sí, Mamá.

—Bien. Nos están siguiendo. Nos han estado siguiendo desde que salimos de Christian. Un hombre con sombrero alto de fieltro y levita.

—¿Por qué? ¿Por qué nos sigue ese hombre?

—Esa es una buena pregunta, Élise, y eso es lo que pretendo averiguar. Tú sigue caminando.

Nos detuvimos a mirar otro escaparate.

—Creo que nuestra sombra ha desaparecido —declaró Madre pensativa.

—Entonces eso es bueno —repliqué, con toda la ingenuidad de mis inconscientes ocho años.

Había preocupación en su rostro.

—No, cariño, no es nada bueno. Me gustaba mas cuando podía verle. Ahora tendré que preguntarme si realmente se ha ido o, lo que parece más probable, si se ha adelantado para cortarnos el paso antes de que podamos llegar a la esquina. Seguramente esperará que vayamos por la calle principal. Debemos engañarle, Élise, tomando otro camino.

Cogió mi mano y me condujo fuera de la calle, primero por una estrecha calzada y luego por un largo callejón muy oscuro salvo por dos farolas al principio y al final del mismo.

Habíamos recorrido casi la mitad cuando una figura salió de la niebla enfrente de nosotras. La bruma flotaba a lo largo de los pegajosos muros a cada lado del estrecho callejón. Entonces supe que Madre había cometido un error.

iv

Era un rostro delgado enmarcado por un cabello casi blanco. Su aspecto recordaba a un médico dandi venido a menos, con su larga capa negra y su sombrero alto, la gorguera de la camisa asomando por el cuello.

Llevaba un maletín de médico que dejó en el suelo y abrió con una mano, todo sin apartar los ojos de nosotras mientras sacaba de él algo largo y curvado.

Entonces sonrió y extrajo la daga de su funda, la hoja brillando débilmente en la oscuridad.

—Mantente cerca, Élise —me susurró Madre—. Todo va a ir bien.

La creí porque era una niña de ocho años y, por supuesto, creía a mi madre. Pero también porque al haberla visto con el lobo tenía buenas razones para hacerlo.

Aun así, el miedo se apoderó de mis entrañas.

—¿Qué es lo que quiere, señor? —le increpó levemente.

Él no contestó.

—Está bien. Entonces volveremos por donde hemos venido —dijo Madre alzando la voz, tomando mi mano y disponiéndose a marchar.

En la entrada del callejón una sombra vibró y una segunda figura apareció bajo el resplandor naranja de la farola. Era un farolero, como se podía deducir por el palo que llevaba. Aun así, Madre se detuvo.

—Señor —llamó cautelosa al farolero—. ¿Podría llamar la atención a este caballero que nos está molestando?

El farolero no dijo nada, dirigiéndose en su lugar adonde estaba la farola encendida y levantando su palo. Mamá empezó a hablar. «Señor…». Y me pregunté por qué el hombre trataba de alumbrar una farola que ya estaba encendida, advirtiendo demasiado tarde que el palo tenía un gancho en el extremo: el gancho que utilizaban para apagar la llama de la vela interior.

—Señor…

La entrada del callejón se sumió en la oscuridad. Le escuchamos dejar caer el palo con un chasquido, y cuando nuestra vista se adaptó a la penumbra, pude ver como buscaba en su abrigo y sacaba algo. Otra daga. Ahora él también se movió hacia nosotras.

La cabeza de Madre iba del farolero al médico.

—¿Qué es lo que quiere, señor? —le preguntó al doctor.

En respuesta el doctor sacó el otro brazo. Con un sonido cortante una segunda hoja apareció en su muñeca.

—Un Asesino —declaró Madre con una sonrisa cuando él se movió.

El farolero también se había acercado lo suficiente para que pudiéramos distinguir el gesto duro de su boca y sus ojos entrecerrados. Madre giró la cabeza en la otra dirección y vio al doctor, con ambas cuchillas saliendo de los costados. Aun así sonrió. Parecía estar disfrutando con ello o tratando de demostrar que así era.

En cualquier caso, Madre era tan inmune a su malevolencia como lo era a los encantos de Christian, y su siguiente movimiento fue tan grácil como un paso de danza. Sus tacones resonaron en la piedra cuando sacó un pie, se inclinó y extrajo un cuchillo de su bota, todo en un abrir y cerrar de ojos.

Un segundo antes éramos una mujer indefensa y una niña atrapadas en un oscuro callejón, y al siguiente ya no: éramos una mujer sujetando un cuchillo para proteger a su hija. Una mujer que, por la forma en que sostenía el arma y la postura que había adoptado, sabía exactamente lo que hacer con el cuchillo.

Los ojos del médico parpadearon. El farolero se detuvo. Ambos tomándose un instante para valorar la situación.

Madre sostenía el cuchillo en su mano derecha, y supe que pasaba algo raro porque ella era zurda y estaba presentando el hombro al médico.

El médico continuó avanzando. Al mismo tiempo, mi madre se pasó el cuchillo de la mano derecha a la izquierda. Sus faldas revolotearon cuando se lanzó hacia delante y, con la mano derecha extendida para equilibrarse, deslizó la izquierda sobre el pecho del doctor, cuya levita se abrió tan limpiamente como cortada por un sastre, la tela empapándose inmediatamente en sangre.

Le había cortado pero no estaba malherido. Sus ojos se dilataron y se echó hacia atrás, evidentemente sorprendido por la habilidad del ataque de Madre. A pesar de su siniestro acto, parecía asustado. Entonces, y dejando a un lado mi propio miedo, pude sentir algo más: orgullo y temor. Nunca antes me había sentido tan protegida.

Pero, a pesar de que había vacilado, el hombre permaneció en su sitio, y sus ojos parpadearon mirando detrás de nosotras. Madre se volvió demasiado tarde para impedir que el farolero me atrapara pasando un brazo alrededor de mi cuello.

—Suelte ese cuchillo o… —empezó a decir el farolero.

Pero nunca terminó porque medio segundo después estaba muerto.

Su velocidad le había cogido por sorpresa: no solo la velocidad a la que ella se movió sino también su velocidad de decisión, como si permitir que el farolero me tomara como rehén significara que todo estaba perdido. Y eso le dio ventaja cuando se abalanzó sobre él, encontrando el hueco entre mi cuerpo y el suyo, y utilizando su codo que, con un grito, clavó en su garganta.

Él emitió un sonido como de *arcada* y sentí que su apretón cedía. Entonces vislumbré el destello de una hoja cuando Madre aprovechó su

ventaja y clavó profundamente el cuchillo de la bota en su estómago, empujándole contra el muro del callejón mientras, con un pequeño gruñido por el esfuerzo, llevaba la hoja hacia arriba para luego apartarse hábilmente cuando el frente de su camisa se oscureció por la sangre y se abombó con las entrañas derramadas para desplomarse, acto seguido, en el suelo.

Madre se enderezó dispuesta a enfrentarse al segundo ataque del doctor, pero lo único que distinguimos de él fue su levita al darse la vuelta y salir corriendo, abandonando el callejón y desapareciendo por la calle.

Entonces me cogió del brazo.

—Salgamos de aquí, Élise, antes de que te manches de sangre los zapatos.

V

Había sangre en el abrigo de Madre. Aparte de eso no había forma de descubrir que había entrado en combate.

No mucho después de que llegáramos a casa, se enviaron mensajes y los Cuervos aparecieron con gran estrépito de sus bastones, jadeando, resoplando y hablando en voz alta sobre castigar a «los responsables». Mientras tanto, todos los miembros del servicio andaban alborotados, cubriéndose la boca con la mano y murmurando por los rincones. El rostro de Padre había adquirido un tono ceniciento y advertí como no podía evitar seguir abrazándonos, estrechándonos con fuerza durante más tiempo del necesario, y separándose con ojos brillantes de lágrimas.

Solo Madre parecía imperturbable. Poseía el aplomo y la autoridad de alguien que se sabe defender sobradamente y con pleno derecho. Gracias a ella, habíamos sobrevivido al ataque. Me pregunté si secretamente se sentiría tan emocionada como yo.

Durante el viaje de vuelta al castillo en el coche alquilado, me había advertido que tendría que dar mi versión de los hechos. A ese respecto debía seguir su ejemplo, apoyar todo cuanto refiriera y no contar nada que la contradijera.

De modo que escuché atentamente mientras explicaba la versión de su historia, primero a Olivier, nuestro mayordomo, luego a mi padre cuando llegó, y finalmente a los Cuervos cuando aparecieron. Y aunque sus descripciones fueron muy minuciosas, y contestó a cada una de las preguntas que le hicieron, todas carecían de un importante detalle. El doctor.

—¿No viste ningún puñal oculto escamoteable? —le preguntaron.

—No vi nada que pudiera identificar a mis atacantes como Asesinos —replicó—, así que no puedo asumir que fuera obra de estos.

—Los ladrones callejeros no están tan organizados como este hombre parecía estar. No puede pensar que fuera una coincidencia el que su carruaje no estuviera allí. Tal vez Jean aparezca bebido o quizá no. Quizá aparezca muerto. No, señora, esto no tiene el sello de un crimen oportunista. Esto ha sido un ataque planeado sobre su persona, un acto de agresión de nuestros enemigos.

Los ojos se volvieron hacia mí. Finalmente me pidieron que abandonara la habitación, lo que hice obediente, encontrando asiento en el vestíbulo exterior, y escuchando las voces que llegaban de la sala resonando en los suelos de mármol hasta mis oídos.

—Gran Maestro, debe entender que este ha sido un trabajo de los «Asesinos».

(En mis oídos aquello sonó como trabajo de «asesinos» y, en consecuencia, reflexioné para mis adentros: «Pues claro que ha sido un trabajo de asesinos, estúpido». O «al menos de asesinos en potencia»).

—Al igual que mi esposa, no me gustaría llegar a una falsa conclusión —replicó Padre.

—Y sin embargo, ha apostado más guardias para vigilar.

—Pues claro que lo he hecho, hombre. Ninguna precaución está de más.

—Creo que en el fondo de su corazón lo sabe, Gran Maestro.

La voz de mi padre se alzó.

—¿Y qué si lo sé? ¿Qué pretenden que haga?

—Pues actuar de inmediato, por supuesto.

—Y esa acción, ¿sería para vengar el honor de mi esposa o para derrocar al rey?

—Cualquiera de las dos serviría para enviar un mensaje contundente a nuestros adversarios.

Más tarde, nos llegó la noticia de que Jean había sido encontrado degollado. Me quedé helada, como si alguien hubiera abierto una ventana. Lloré desconsolada. No solo por Jean sino, para mi vergüenza, también por mí. Observé y escuché mientras la conmoción descendía sobre la casa, las lágrimas surgían en la parte del servicio y las voces de los Cuervos se alzaban una vez más, clamando venganza.

Sus protestas fueron nuevamente silenciadas por Padre. Cuando miré por la ventana, pude ver varios hombres con mosquetes recorrer la propiedad. A nuestro alrededor, todo el mundo estaba nervioso. Padre se acercaba a abrazarme una y otra vez, hasta que acabé tan harta que me levanté para salir de allí.

vi

—Élise, hay algo que debemos decirte.

Y este es el momento que habías estado esperando, querido lector de este diario, quienquiera que seas: el momento en el que caí del guindo; cuando por fin entendí por qué me habían pedido que guardara tantas *vérités cachées*; cuando descubrí por qué los socios de mi padre le llamaban Gran Maestro; y cuando comprendí lo que querían decir con «Templario» y por qué «asesino» en realidad significaba «Asesino».

Me habían llamado al despacho de Padre, ordenando que dispusieran unas sillas alrededor de la chimenea antes de mandar al servicio que nos dejara solos. Padre permaneció de pie mientras Madre se sentaba delante, las manos sobre las rodillas, tranquilizándome con su mirada. La escena me recordó a la vez que me clavé una astilla y Madre me sujetó y consoló secando mis lágrimas mientras Padre me cogía el dedo y la extraía.

—Élise —comenzó—, lo que estamos a punto de decirte debía haber esperado hasta tu décimo cumpleaños. Pero los acontecimientos de hoy sin duda habrán despertado muchas preguntas en tu mente, y tu madre cree que estás preparada para escucharlo, de modo que… aquí estamos.

Miré a Madre que estiró el brazo para tomar mi mano, envolviéndome en una tranquilizadora sonrisa.

Padre se aclaró la garganta.

Era eso. Cualquier ligera idea que me hubiera hecho sobre mi futuro estaba a punto de cambiar.

—Élise —prosiguió—, algún día te convertirás en la cabeza visible en Francia de una orden secreta internacional con siglos de antigüedad. Tú, Élise de la Serre, serás el Gran Maestro de los Templarios.

—¿Gran Maestro de los Templarios? —repetí, paseando los ojos de Padre a Madre.

—Sí.

—¿De Francia? —dije.

—Sí. Actualmente yo ostento esa posición. Tu madre también ocupa un alto cargo dentro de la Orden. Los señores que nos visitan y madame Levesque son también caballeros de la Orden y, como nosotros, se han comprometido a preservar sus principios.

Escuché, sin entenderlo del todo, pero preguntándome por qué entonces todos esos caballeros que estaban comprometidos con lo mismo, se pasaban las reuniones gritándose unos a otros.

—¿Qué son los Templarios? —pregunté en su lugar.

Mi padre se señaló a sí mismo y a Madre, y luego extendió la mano para incluirme en el círculo.

—Todos lo somos. Somos Templarios. Nos hemos comprometido para hacer del mundo un lugar mejor.

Me gustó cómo sonaba aquello. Me gustó la idea de hacer del mundo un lugar mejor.

—¿Cómo lo hacéis, Papá?

Él sonrió.

—Ah, esa es una buena pregunta, Élise. Como cualquier otra organización antigua, existen diferentes opiniones sobre cuál es el mejor medio para alcanzar nuestros propósitos. Están quienes piensan que deberíamos enfrentarnos con violencia a aquellos que se oponen a nosotros. Y otros que creen en difundir pacíficamente nuestras ideologías.

—¿Y cuáles son esas, Papá?

Se encogió de hombros.

—Nuestra divisa es: «Que el padre del entendimiento nos guíe». Debes entender que lo que nosotros los Templarios sabemos es que, a pesar de las exhortaciones en sentido contrario, la gente no desea una verdadera libertad o una responsabilidad real, porque esas cosas suponen una carga demasiado pesada de soportar, y solo las mentes más fuertes son capaces de hacerlo.

»Creemos que la gente es buena pero se deja llevar fácilmente por la maldad, la pereza y la corrupción, y por ello necesita buenos líderes a los que seguir: líderes que no exploten sus características negativas sino que, por el contrario, busquen fomentar las positivas. Creemos que la paz puede mantenerse de esta forma.

Podía sentir, literalmente, como mis horizontes se expandían a medida que hablaba.

—¿Confías en guiar a la gente de Francia de esa forma, Padre? —pregunté.

—Sí, Élise, eso esperamos.

—¿Cómo?

—Bueno, déjame que te pregunte, ¿cómo crees tú?

Mi mente se quedó en blanco. ¿Cómo creía yo? Me pareció que era la pregunta más difícil que se me había formulado nunca. No tenía ni idea. Él me contemplaba con ternura, si bien supe que esperaba una respuesta. Miré hacia Madre que me apretó la mano animándome, suplicándome con los ojos, y entonces encontré mis creencias en las palabras que yo misma le había escuchado decir al señor Weatherall y a la señora Carroll.

—Padre, creo que el actual monarca está corrompido más allá de cualquier posible redención, que su reinado ha envenenado el pozo de Francia y que, a fin de restaurar la fe del pueblo en la monarquía, el rey Luis debe ser apartado.

Mi respuesta le pilló desprevenido y me miró asombrado, lanzando una mirada perpleja a Madre, que se encogió de hombros como diciendo *no tengo nada que ver en esto*, incluso si eran sus palabras las que estaba repitiendo como un loro.

—Ya veo —dijo—. Tu madre, sin duda, estará complacida al oír que adoptas semejantes puntos de vista, Élise, ya que en esa cuestión ella y yo

no estamos totalmente de acuerdo. Ella, al igual que tú, cree en el cambio. Pero yo sé que el monarca ha sido elegido por mandato divino y por tanto creo que un rey corrupto puede ser persuadido para ver el error en su conducta.

Otra mirada perpleja y un encogimiento de hombros antes de que me apresurara a intervenir de nuevo.

—Pero ¿hay otros Templarios, Papá?

Asintió.

—Por todo el mundo, sí. Están los que sirven a la Orden y aquellos que simpatizan con nuestros objetivos. Y sin embargo, como tú y tu madre habéis descubierto hoy, tenemos también enemigos. Al igual que nosotros formamos parte de una antigua orden que confía en modelar el mundo a nuestra imagen, también hay una orden opuesta, una con tantos adeptos como nosotros, sensibles a sus propios principios. Mientras nosotros esperamos aliviar a la gente biempensante de la responsabilidad de elegir y ser sus guardianes, la orden opuesta invita al caos y apuesta por la anarquía al insistir en que los hombres deben pensar por sí mismos. Ellos proponen dejar a un lado las formas tradicionales de pensamiento que tanto han hecho para guiar a la humanidad durante miles de años en favor de un tipo diferente de libertad. Son conocidos como Asesinos. Creemos que fueron Asesinos los que os atacaron hoy.

—Pero, Padre, me pareció oír que no estabas seguro…

—Lo dije simplemente para aplacar la sed de guerra de algunos de los miembros de nuestra Orden. Solo pueden ser Asesinos los que os atacaron, Élise. Únicamente ellos serían tan atrevidos como para matar a Jean y enviar un hombre a matar a la esposa del Gran Maestro. Sin duda esperaban desestabilizarnos. En esta ocasión han fracasado. Debemos asegurarnos de que si lo intentan de nuevo vuelvan a fracasar.

Asentí.

—Sí, Padre.

Miró a Madre.

—Y ahora, supongo que los actos de defensa de tu madre habrán sido una sorpresa para ti.

No lo fueron. Ese encuentro «secreto» con el lobo ya me lo había mostrado.

—Sí, Padre —contesté, mirando a Madre de soslayo.

—Son habilidades que todos los Templarios deben tener. Algún día nos guiarás a todos. Pero antes deberás ser iniciada como Templaría y, previamente, aprenderás los modos de nuestra Orden. A partir de mañana, empezarás a aprender a combatir.

Una vez más miré a Madre de reojo. Ya había comenzado a instruirme para el combate. Llevaba haciéndolo desde hacía más de un año.

—Comprendo que todo esto te resulte difícil de asumir, Élise —continuó Padre mientras mi madre se sonrojaba ligeramente—. Tal vez hayas imaginado tu vida parecida a la de otras chicas de tu edad. Solo deseo que el que sea tan diferente no suponga una fuente de ansiedad para ti. Solo deseo que aceptes el potencial que tienes para cumplir tu destino.

Siempre había pensado que no era como las otras niñas. Ahora lo sabía con certeza.

vii

A la mañana siguiente, Ruth me vistió para salir a pasear por la propiedad. Protestó, se quejó y masculló por lo bajo alegando que no debería correr tantos riesgos después de lo sucedido el día anterior, de cómo habíamos escapado por los pelos del malvado que nos había atacado; y de cómo Madre y yo podríamos haber acabado muertas en ese callejón de no haber sido por el misterioso caballero que pasaba por allí y había hecho huir al ladrón.

De modo que eso era lo que se le había contado al servicio. Un montón de mentiras, un montón de secretos. Me conmovió saber que yo era una de las dos únicas personas —bueno, tres, supongo, si se contaba al doctor— que conocían la verdad de lo sucedido ayer, formando parte del selecto número que sabía que fue Madre quien se enfrentó con el atacante, no un hombre misterioso, y una de las pocas que conocían en toda su magnitud a qué se dedicaba la familia, por no mencionar mi propio papel en ello.

Me había despertado esa mañana sintiendo la luz del sol arrojar un nuevo resplandor a mi vida. Por fin todas esas *verités cachees* que había tenido que callar cobraban sentido. Por fin sabía por qué nuestra familia parecía tan diferente a las otras, por qué yo misma nunca había encajado con los otros niños. Era porque mi destino seguía un sendero muy diferente al suyo, y siempre lo había hecho.

Y lo mejor de todo: «Tu madre será tu tutora en todas estas cuestiones», había dicho Padre con una cálida sonrisa hacia Madre que, a su vez, había reflejado su amor por mí. Mi padre sonrió e hizo un alto. «Bueno, tal vez no en *todas* las cuestiones. Quizá en asuntos de ideología estés mejor aconsejada si sigues las palabras de tu padre, el Gran Maestro».

—François —había protestado mi madre—, la niña deberá tomar sus propias decisiones. Las conclusiones a las que llegue serán las suyas propias.

—Querida, ¿por qué tengo la clara impresión de que para Élise los acontecimientos de hoy no han supuesto tanta sorpresa como deberían?

—¿De qué crees que hablamos las mujeres en nuestros paseos, François?

—¿Zapatos?

—Bueno, sí —concedió—, es cierto que hablamos de zapatos, pero ¿de qué más?

De pronto cayó en la cuenta, sacudiendo la cabeza y preguntándose cómo podía haber estado tan ciego como para no ver lo que había estado sucediendo bajo sus narices.

—¿Sabía algo de la Orden antes de hoy? —le preguntó.

—No exactamente —contestó ella—, aunque me atrevería a decir que estaba preparada para la revelación.

—¿Y las armas?

—Ha seguido un pequeño entrenamiento, sí.

Padre hizo un gesto para que me pusiera en pie.

—Veamos si has aprendido a estar *en garde*, Élise —dijo, adoptando él mismo la posición, su brazo derecho extendido y el dedo índice apuntando como una espada.

Hice como se me pedía. Padre lanzó una mirada impresionada a mi madre y estudió mi postura, caminando a mi alrededor mientras me envolvía en la aureola de su aprobación.

—Diestra como su padre —se rio—, no una zurda como su madre.

Doblé ligeramente las rodillas comprobando mi equilibrio, y mi padre sonrió una vez más.

—¿Es posible que detecte la mano de cierto caballero inglés en el entrenamiento de nuestra hija, Julie?

—El señor Weatherall me ha estado ayudando a llenar las horas extracurriculares de Élise, sí —admitió ella despreocupadamente.

—Ya veo. Me había parecido verle más de lo habitual por el castillo. Y dime, ¿aún sigue prendado de ti?

—François, me estás avergonzando —le reprendió Madre.

(Por aquel entonces no tenía ni idea de a qué se refería, por supuesto. Pero ahora lo sé. Después de ver al señor Weatherall la otra noche desconsolado, como un hombre roto. Oh, ahora lo sé).

El rostro de Padre se puso serio.

—Julie, ya sabes que confío en ti para todo y si has estado aleccionando a la niña, entonces te apoyaré también en eso, y si eso ha ayudado a Élise a mantener la cabeza fría durante el ataque de ayer entonces está más que justificado. Pero Élise será Gran Maestro algún día. Seguirá mis pasos. En materia de combate y tácticas puede ser tu protegida, Julie, pero en cuestiones de ideología debe ser la mía. ¿Queda claro?

—Sí, François —sonrió Madre dulcemente—. Sí, queda muy claro.

Madre y yo cruzamos una mirada. Una *vérité cachee* sobrentendida.

viii

Y así fue como, habiendo escapado de la innecesaria prevención de Ruth, llegué al vestíbulo de entrada preparada para mi paseo con Madre.

—Llevaos a *Scratch* y a los guardias, por favor, Julie —pidió Padre con un tono que no admitía discusión.

—Por supuesto —contestó ella, haciendo un gesto a uno de los hombres que esperaban en las sombras del vestíbulo, nuestro hogar dando la sensación de haberse llenado de gente súbitamente.

El hombre se acercó. Era el señor Weatherall. Durante un instante él y Padre se miraron el uno al otro con cautela, antes de que el señor Weatherall hiciera una profunda reverencia y ambos se estrecharan las manos.

—François y yo le hemos hablado a Élise de lo que le deparará el futuro —indicó mi madre.

Los ojos del señor Weatherall se deslizaron del rostro de mi padre al mío y asintió antes de inclinarse de nuevo, extender su palma para besar el dorso de mi mano y hacerme sentir como una princesa.

—¿Cómo te sientes, joven Élise, sabiendo que algún día liderarás a los Templarios?

—Muy importante, señor —contesté.

—Apuesto a que sí —repuso.

—François ha averiguado que Élise ha estado recibiendo un pequeño entrenamiento —añadió Madre.

El señor Weatherall volvió su atención a Padre.

—Por supuesto —declaró—, y confío en que mi tutelaje no haya ofendido al Gran Maestro.

—Como ya expliqué anoche, confío plenamente en mi esposa en lo que concierne a esos asuntos. Sé que con usted, Freddie, están en buenas manos.

Justo en ese momento apareció Olivier, quedándose a una respetuosa distancia hasta que se le permitió acercarse para susurrar en el oído de su amo.

Padre asintió y se dirigió a Madre.

—Debo retirarme, querida —indicó Padre—, nuestros «amigos» han llegado de visita.

Los Cuervos, por supuesto. Se habían presentado para la discusión de la mañana. Pero resultaba curioso cómo saber lo que ahora sabía proyectaba a mi padre bajo una nueva luz. Ya no era solo mi padre. Ni únicamente el esposo de mi madre. Era un hombre ocupado. Un hombre con responsabilidades cuyas atenciones eran constantemente requeridas. Un hombre cuyas decisiones cambiaban vidas. Los Cuervos entraron mientras

nos marchábamos, saludando educadamente a Madre y al señor Weatherall, y abarrotando el vestíbulo, que súbitamente se volvió bullicioso y lleno de vida con nuevas conversaciones sobre cómo vengar el ataque del día anterior y asegurarse de que la muerte de lean no fuera en vano.

Finalmente los tres salimos afuera y caminamos durante un rato antes de que el señor Weatherall se decidiera a hablar.

—Bueno, Élise, ¿cómo te sientes realmente conociendo tu destino? —preguntó.

—Tal y como le he dicho a Padre —respondí.

—¿Entonces no estás un poco aprensiva, preciosa? ¿Con toda esa responsabilidad por llegar?

—El señor Weatherall cree que eres demasiado joven para conocer tu destino —explicó Madre.

—En absoluto, estoy deseando averiguar lo que me deparará el futuro, señor —repliqué.

Asintió como si aquello bastara para él.

—Y me alegra poder practicar más lucha con espadas, señor —añadí—. Ahora sin tanto secretismo.

—¡Exactamente! Trabajaremos en tu *riposte* y tu *envolvimiento* y tal vez puedas mostrar tus habilidades a tu padre. Creo que se sentirá sorprendido, Élise, al descubrir el espadachín tan habilidoso que eres. Quizás algún día seas mejor que tu madre o tu padre.

—Oh, eso lo dudo, señor.

—Freddie, por favor, no metas extrañas ideas en la cabeza de la niña. —Madre me dio un codazo y susurró—: Aunque, entre tú y yo, creo que tal vez tenga razón, Élise.

El señor Weatherall se puso serio.

—Y ahora, ¿hablamos de lo sucedido ayer?

—Fue un atentado contra nuestras vidas.

—Cómo desearía haber estado allí.

—No importa que no estuvieras, Freddie. Continuamos indemnes y apenas traumatizadas por el incidente. Élise se comportó a la perfección y…

—Tú fuiste como una leona protegiendo a su cachorro, ¿no?

—Hice lo que tenía que hacer. Solo lamento que uno de los hombres escapara.

El señor Weatherall se detuvo en seco.

—¿*Uno* de los hombres? Pero ¿cómo? ¿Había *más* de uno?

Ella le miró de manera significativa.

—Oh, sí. Había otro hombre, el más peligroso de los dos. Llevaba un puñal oculto.

Su boca formó una «O».

—¿De modo que sí fue obra de los Asesinos?

—Tengo mis dudas.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—Salió corriendo, Freddie. ¿Has conocido alguna vez a algún Asesino que haya salido corriendo?

—Son solo humanos y tú eres una formidable oponente. Creo que de haber estado en su piel yo también me habría visto tentado a salir corriendo. Eres un demonio con ese cuchillo de la bota. —Volvió la vista hacia mí con un guiño.

Madre se sonrojó.

—Puedes estar seguro de que tus halagos no caen en saco roto, Freddie. Pero ese hombre…, había algo en él que no encajaba. Era todo… *fachada*. Era un Asesino, la hoja oculta así lo demuestra. Pero me pregunto si era un verdadero Asesino.

—Tenemos que encontrarle y preguntárselo.

—Desde luego.

—Y dime, ¿qué aspecto tenía?

Madre le dio la descripción del doctor.

—… y hay algo más.

—¿Sí?

Ella nos llevó hasta los setos. La noche anterior, cuando escapamos del callejón, Madre se apoderó del maletín del doctor para echarle un vistazo en el carruaje de vuelta a casa. Antes de llegar al castillo, me hizo correr a esconderlo, y ahora se lo entregó al señor Weatherall.

—Se dejó esto, ¿no es así?

—Exactamente. Lo utilizaba para guardar un puñal, pero no hay nada dentro.

—¿Nada que lo identifique?

—Hay algo… Ábrelo. ¿Ves la etiqueta del interior?

—El maletín está fabricado en Inglaterra —señaló el señor Weatherall sorprendido—. ¿Un Asesino inglés?

Madre asintió.

—Posiblemente. Muy posiblemente. ¿Crees plausible que los ingleses quieran verme muerta? Le dejé muy claro a la señora Carroll que yo estaba a favor de un cambio en la monarquía.

—Pero también que te oponías al derramamiento de sangre.

—Ciertamente. Y la señora Carroll pareció creer que aquello era suficiente para su Orden. Sin embargo, tal vez no lo fuera.

El señor Weatherall sacudió la cabeza.

—No lo veo claro. Quiero decir que, dejando mi lealtad de patriota a un lado, no se me ocurre por qué razón podría interesarles. Te ven como una influencia moderadora en el conjunto de la Orden. Matándote se arriesgarían a desestabilizar eso.

—Quizás sea un riesgo que estén dispuestos a asumir. En cualquier caso, el maletín de médico fabricado en Inglaterra es la única pista que tenemos para identificar al Asesino.

El señor Weatherall asintió.

—Lo encontraremos, Julie —le dijo—. Puedes estar segura de ello.

Eso, por supuesto, sucedió hace tres años. Y desde entonces no ha habido ninguna pista del doctor. El atentado contra nuestras vidas se ha desvanecido en la historia, como los pobres tragados por la niebla de París.

13 de abril de 1778

i

Quiero que ella se restablezca. Y quiero que haya un día en el que el sol brille y cuando sus doncellas entren a abrir las cortinas de su habitación la encuentren sentada en la cama, «sintiéndose totalmente recuperada», y que el sol que penetre a través de esas cortinas se abra paso hasta los pasillos de nuestro oscuro hogar y ahuyente las dolorosas y afligidas sombras que allí acechan, tocando a Padre con su calor, restableciéndolo y trayéndolo de vuelta a mí. Quiero oír otra vez canciones y risas llegando desde la cocina. Quiero un final para esta tristeza contenida y quiero que mi sonrisa sea real, y así dejar de enmascarar siempre este dolor que me corroe por dentro.

Pero sobre todo quiero que mi madre vuelva. Mi madre, mi maestra, mi mentora. No solo la quiero, sino que la necesito. A cada momento de cada día me pregunto cómo será la vida sin ella y no tengo ni idea, no logro imaginarlo.

Quiero que ella se restablezca.

ii

Y entonces, a finales de año, conocí a Arno.

EXTRACTO DEL DIARIO DE ARNO DORIAN

12 de septiembre de 1794

Nuestra relación se forjó en el fuego de la muerte: la muerte de mi padre.

¿Durante cuánto tiempo tuvimos una relación normal, convencional? ¿Media hora? Me encontraba en el Palacio de Versalles donde mi padre debía resolver unos asuntos. Me había pedido que esperara mientras él atendía lo que tuviera que hacer, y estando allí sentado con las piernas colgando, observando a los miembros de alta alcurnia de la corte pasar de un lado a otro, de repente apareció Élise de la Serre.

Su sonrisa que tanto llegaría a amar, su cabello pelirrojo que por entonces no me pareció nada especial, y la belleza ante la que mis ojos de adulto se detendrían más tarde resultaron invisibles para mis jóvenes ojos. Después de todo, solo tenía ocho años y los niños de ocho años, bueno, digamos que no tienen demasiado tiempo para las niñas de ocho años, a menos que esa niña fuera alguien muy especial. Y así fue con Élise. Había algo *diferente* en ella. Era una niña, sí. Pero incluso a los pocos segundos de conocerla supe que no era como las niñas que había conocido hasta entonces.

Píllame era su juego favorito. Cuántas veces lo jugamos de niños y adultos. En cierto sentido nunca lo abandonamos.

Corríamos por las brillantes superficies de los suelos de mármol del palacio: entre las piernas de la gente, por los corredores, a troves de columnas y pilares. Incluso ahora el palacio me resulta enorme, sus techos imposiblemente altos, sus salones extendiéndose más allá de donde alcanza

la vista, sus enormes ventanales en arco dominando los escalones de piedra y la inmensa extensión de campos más allá.

Pero ¿entonces? Para mí entonces eran excepcionalmente grandes. Y sin embargo, a pesar de ese enorme y extraño lugar, e incluso cuando con cada paso que daba me alejaba de las instrucciones de mi padre, no pude resistir el encanto de mi nueva compañera de juegos. Las niñas que había conocido no eran así. Se mantenían con los talones muy juntos y los labios apretados mirando con desdén todas las cosas que gustaban a los chicos; caminaban unos pasos por detrás como una versión de muñecas rusas de sus madres; no corrían riéndose a través de los salones del Palacio de Versalles, ignorando cualquier protesta que encontraran a su paso, simplemente disfrutando de la alegría de correr y la diversión de jugar. Me pregunto si ya entonces caí enamorado.

Y luego, cuando ya empezaba a preocuparme porque nunca encontraría el camino de vuelta a Padre, mis inquietudes resultaron irrelevantes. Un grito se alzó a través de los salones. Se escuchó ruido de pasos apresurados. Vi soldados con mosquetes y entonces, casi por casualidad, llegué al lugar en el que mi padre se había topado con su asesino y me arrodillé junto a él mientras exhalaba su último aliento.

Cuando finalmente levanté la vista de su cuerpo sin vida fue para ver a mi salvador, mi nuevo guardián: François de la Serre.

EXTRACTOS DEL DIARIO DE ÉLISE DE LA SERRE

14 de abril de 1778

i

Él vino a verme hoy.

—Élise, tu padre está aquí —anunció Ruth solemne.

Al igual que todo el mundo, su comportamiento cambiaba cuando mi padre estaba cerca, y tras una inclinación se retiró, dejándonos a solas.

—Hola, Élise —saludó mi padre un tanto rígido desde la puerta.

Recordé aquella tarde años atrás cuando Madre y yo regresamos de París tras haber sobrevivido a un terrible ataque en un callejón, y cómo él no podía dejar de rodearnos con sus brazos. Me abrazó tanto que al final de la noche tuve que escapar de él para tomar un poco de aire. Ahora, mientras permanecía allí en el umbral, con aspecto de ser más un preceptor que un padre, habría dado cualquier cosa por uno de esos abrazos.

Se giró y empezó a caminar de un lado a otro, las manos entrelazadas a la espalda. Se detuvo, mirando por la ventana pero sin realmente ver las praderas que se extendían al otro lado, y observé su rostro borroso en el reflejo del cristal cuando, sin darse la vuelta, dijo:

—Quería ver cómo estabas.

—Estoy bien, gracias, Papá.

Hubo una pausa. Mis dedos estrujaron la tela de mi delantal. Se aclaró la garganta.

—Estás haciendo un gran trabajo ocultando tus sentimientos, Élise; son cualidades como esa las que algún día necesitarás como Gran Maestro. Al

igual que tu fuerza reconforta nuestra casa, algún día será un beneficio para la Orden.

—Sí, Padre.

De nuevo se aclaró la garganta.

—Aun así, quiero que sepas que en privado o cuando tú y yo nos encontremos a solas, es… es perfectamente aceptable *no* estar bien.

—En ese caso, debo admitir que estoy sufriendo, Padre.

Su cabeza cayó. Sus ojos eran dos enormes círculos oscuros en el reflejo del cristal. Sabía por qué le costaba tanto mirarme. Era porque le recordaba a ella. Le recordaba a su esposa moribunda.

—Yo también estoy sufriendo, Élise. Tu madre significa el mundo entero para nosotros.

(Y si hubo un momento en el que debería haberse dado la vuelta de la ventana, cruzar la habitación y tomarme en sus brazos, permitiendo que ambos compartiéramos nuestro dolor, ese era el indicado. Pero no lo hizo).

(Y si hubo un momento en el que debería haberle preguntado por qué, si sabía de mi dolor, pasaba tanto tiempo con Arno y no conmigo, ese era el indicado. Pero no lo hice).

Poco más se dijo antes de que se marchara. Algo más tarde, escuché que había salido de caza con Arno.

El médico llega pronto. Nunca trae buenas noticias.

ii

Con los ojos de mi mente revivo otro encuentro, dos años antes, cuando me condujeron al despacho de Padre para una audiencia con él y Madre que, cosa rara en ella, mostraba una mirada preocupada. Supe que había serios asuntos que discutir cuando pidieron a Olivier que se retirara, la puerta se cerró y Padre me indicó que tomara asiento.

—Tu madre me cuenta que tu entrenamiento está progresando bien, Élise —empezó.

Asentí con entusiasmo mirando a uno y a otro.

—Sí, Padre. El señor Weatherall dice que voy a ser un espadachín condenadamente bueno.

La mirada de Padre pareció desconcertada.

—Ya veo. Una de las expresiones británicas de Weatherall, sin duda. Bien, me complace oírlo. Obviamente has salido a tu madre.

—Tú tampoco eres ningún principiante con la espada, François —intervino Madre con un asomo de sonrisa.

—Me has recordado que ya hace tiempo que no nos batimos.

—¿Debo tomármelo como un desafío?

Él la miró y, por un momento, el importante asunto quedó olvidado. Yo quedé olvidada. Durante un segundo solo estuvieron Madre y Padre en la habitación, jugueteando y cortejándose el uno al otro.

Pero entonces, con la misma velocidad con que se produjo, el momento terminó y volvieron su atención a mí.

—Estás en el camino correcto para convertirte en Templaría, Élise.

—¿Cuándo seré iniciada, Papá? —pregunté.

—Tu instrucción terminará en la Maison Royale de Saint-Cyr, y entonces te convertirás en miembro de pleno derecho de la Orden y te prepararás para ocupar mi puesto.

Asentí.

—Sin embargo, primero queremos decirte algo. —Miró a Madre. Ambos mostraron de pronto una expresión seria—. Es sobre Arno…

iii

Para entonces Arno era mi mejor amigo, y supongo que la persona a quien más quería después de mis padres. Pobre Ruth. Se vio obligada a abandonar cualquier mínima esperanza de que, con la adolescencia, yo me asentaría y empezaría a mostrar interés por esas cosas de chicas que tanto adoraban otras niñas de mi edad. Con Arno en la propiedad, disponía no solo de un compañero de juegos siempre que lo necesitaba, sino de un compañero *chico*. Todos sus sueños cayeron en saco roto.

Al echar la vista atrás, supongo que me aproveché de él. Un huérfano que llegó a nosotros tras verse arrojado a la deriva, necesitado de dirección, y yo, por descontado, no solo como una Templaria novata sino también como una niña egoísta, lo hice «mío». Éramos amigos, y de la misma edad, pero aun así mi papel era el de una hermana mayor, un papel que había adoptado gustosa. Me gustaba vencerle en fingidas batallas con espada. Durante las sesiones de entrenamiento del señor Weatherall, yo era una cobarde novata propensa a cometer errores y, como a menudo solía reprocharme, que me dejaba llevar por el corazón y no por la cabeza, pero, jugando a las luchas con Arno, mis habilidades de principiante me convertían en una deslumbrante y avezada maestra. En otros juegos —escondite, rayuela o volante[1]— estábamos más igualados. Pero luchando con la espada siempre ganaba yo.

Cuando el tiempo era bueno, deambulábamos por los terrenos de la propiedad, espiando a Laurent y a otros miembros del servicio o lanzando guijarros al lago. Si llovía, nos quedábamos dentro y jugábamos al backgammon, a las canicas o al boliche.

Lanzábamos nuestros aros por los largos corredores de la planta baja y deambulábamos por los pisos superiores, escondiéndonos de las doncellas y corriendo entre risas cuando nos mandaban salir de allí.

Y así pasaba mis días: por la mañana recibía mis lecciones, preparándome para mi vida adulta de liderazgo de los Templarios franceses; y por la tarde, me liberaba de esas responsabilidades y, en lugar de ser una adulta en ciernes, me convertía de nuevo en niña. Pero incluso entonces, aunque nunca me habría atrevido a expresarlo así, sabía que Arno representaba mi vía de escape.

Y, por supuesto, nadie se había dado cuenta de lo íntimos que nos habíamos hecho Arno y yo.

—Bueno, nunca te he visto tan feliz —comentaba Ruth resignada.

—Ciertamente te has encariñado mucho con tu nuevo compañero de juegos, ¿no es así, Élise? —decía mi madre.

(Ahora —mientras observo a Arno practicando con mi padre en el patio y escucho que se han ido de cacería juntos— me pregunto si mi madre no

estaba un poco celosa de que tuviera a alguien más en mi vida. Ahora sé cómo debió de sentirse).

Sin embargo, nunca se me ocurrió que mi amistad con Arno pudiera ser un motivo de preocupación, no hasta el mismo momento en que allí, en el despacho, delante de mis padres, me explicaron que tenían algo que decirme sobre él.

iv

—Arno es descendiente de Asesinos —dijo mi padre.

Y una pequeña parte de mi vida se desmoronó.

—Pero… —Comencé, tratando de reconciliar las dos imágenes en mi mente. Una, la de Arno con sus brillantes zapatos de hebilla, chaleco y chaqueta, corriendo por los pasillos del castillo y haciendo rodar su aro con un palo. Y otra, la del doctor Asesino del callejón, su sombrero alto resaltando entre la niebla.

—Los Asesinos son nuestros enemigos.

Madre y Padre intercambiaron una mirada.

—Sus principios son opuestos a los nuestros, es cierto —admitió él.

Mi mente bullía desbocada.

—Pero… ¿eso significa que Arno va a querer matarme?

Madre se acercó para tranquilizarme.

—No, cariño, no, no significa eso en absoluto. Arno todavía es tu amigo. Aunque su padre, Charles Dorian, era un Asesino, el propio Arno no sabe nada de su destino. Sin duda se lo habrían dicho, llegado el momento; quizás en su décimo cumpleaños del mismo modo que planeábamos hacer nosotros contigo. Pero tal y como sucedió, él entró en esta casa ignorando lo que el futuro le deparaba.

—Entonces no es un Asesino, sino simplemente el hijo de un Asesino.

Volvieron a cruzar sus miradas.

—Sin duda debe de tener algunas características innatas, Élise. En muchos sentidos Arno es, *era* y siempre será Asesino, aunque aún no lo

sepa.

—Pero si no lo sabe, entonces nunca seremos enemigos.

—Eso es muy cierto —continuó Padre—. De hecho, pensamos que su naturaleza podría ser doblegada con la educación adecuada.

—François… —interrumpió Madre advirtiéndole.

—¿A qué te refieres, Padre? —pregunté, mis ojos pasando de él a ella, notando su incomodidad.

—Quiero decir que pareces tener cierta influencia sobre él, ¿es así? —preguntó Padre.

Sentí como me ruborizaba. ¿Era tan evidente?

—Quizá, Padre…

—Él te admira, Élise, ¿y por qué no? Es gratificante verlo. Y muy alentador.

—François —le reprendió Madre de nuevo, pero él la detuvo con un gesto de la mano.

—Por favor, querida, déjame esto a mí.

Les observé atentamente.

—No veo ningún motivo por el que tú, como amiga de Arno y compañera de juegos, no puedas empezar a educarle en nuestras costumbres.

—¿Adoctrinarle, François?

Un destello de rabia cruzó la mirada de mi madre.

—Guiarle, querida.

—¿Guiarle de una forma que va contra su naturaleza?

—¿Cómo podemos saberlo? Tal vez Élise tenga razón en que no es un Asesino hasta que se haga uno de ellos. Tal vez podamos salvarle de las garras de su gente.

—¿Los Asesinos no saben que está aquí? —pregunté.

—Eso creemos.

—Entonces no hay razón por la que deba ser encontrado.

—Muy cierto, Élise.

—Entonces no necesita ser… nada.

Una mirada de confusión atravesó el rostro de mi padre.

—Lo siento, cariño, creo que no te sigo.

Lo que quería decir es que le dejaran fuera de todo el asunto. Que dejaran que Arno fuera para mí, nada que ver con la forma en que vemos el mundo, la forma en que queremos moldear el mundo. Que dejaran esa parte de mi vida compartida con Arno al margen de todo aquello.

—Creo —intervino Madre— que lo que Élise está tratando de decir es —extendió sus manos—: «¿Qué prisa hay?».

Padre apretó los labios, no muy satisfecho con el muro de resistencia erigido por sus mujeres.

—Él es mi pupilo. Un niño de esta casa. Y por tanto será criado de acuerdo con las doctrinas de la misma. Para dejarlo claro, debemos llegar a él antes de que lo hagan los Asesinos.

—No tenemos razones para temer que los Asesinos descubran alguna vez su existencia —insistió ella.

—Pero no podemos estar seguros. Si los Asesinos acceden a él lo llevarán a la Orden. Y no le veo capaz de resistir.

—Si no le ves capaz de resistir, entonces ¿cómo puede estar bien guiarle en lo contrario? —Aduje, si bien mis razones para hacerlo eran más personales que ideológicas—. ¿Cómo puede estar bien que nosotros vayamos contra lo que el destino tiene preparado para él?

Él me miró con expresión severa.

—¿Quieres que Arno sea tu enemigo?

—No —contesté con fervor.

—Entonces el mejor modo de asegurarnos de ello es llevarlo a nuestra forma de pensar…

—Desde luego, François, pero no ahora —interrumpió Madre—. No ahora mismo. No cuando los niños son tan jóvenes.

Miró de un rostro consternado a otro y pareció suavizarse.

—Vaya par —dijo con una sonrisa—. Está bien. Haz como quieras por el momento. Volveremos a revisar la situación más adelante.

Lancé una mirada de agradecimiento a mi madre.

¿Qué haría yo sin ella?

V

Poco después de aquello cayó enferma y quedó confinada en sus aposentos, que permanecían a oscuras durante el día y la noche, esa parte de la casa convirtiéndose en zona prohibida para todos excepto para su doncella Justine, mi padre y yo, y tres enfermeras que fueron contratadas para cuidarla y que se llamaban todas Marie.

Para el resto de la casa, ella empezó a dejar de existir. Aunque mi rutina matinal continuó siendo la misma, primero con mi preceptor y luego en los bosques en el extremo de nuestros jardines, aprendiendo a luchar con la espada con el señor Weatherall, ya no pasaba las tardes fuera con Arno; en su lugar me quedaba junto a la cabecera de mi madre, agarrando su mano mientras las Maries se afanaban a nuestro alrededor.

Observé como Arno empezaba a gravitar alrededor de mi padre, y como mi padre encontraba consuelo siendo su guardián lejos de la tensión de la enfermedad de Madre. Mi padre y yo intentamos hacer frente a la gradual perdida de Madre, cada uno encontrando diferentes modos de hacerlo. Pero las risas de mi vida se habían desvanecido.

vi

Solía tener un sueño. Solo que no era un sueño porque estaba despierta. Supongo que debería decirse que era una fantasía. En la fantasía yo estaba sentada en un trono. Sé lo raro que debe de sonar pero, después de todo, si no puedes admitirlo en tu diario, ¿cuándo vas a admitirlo? Pues bien, estoy sentada en un trono frente a mis súbditos que en mi ensoñación no tienen identidad, aunque imagino que deben de ser los Templarios. Se han congregado en torno a mí, la Gran Maestro. Y sé que no es una ensoñación especialmente seria porque estoy sentada ante ellos como una niña de diez años, el trono demasiado grande para mí, mis piernas columpiándose, mis brazos aún no lo suficientemente largos para alcanzar los reposabrazos. Soy la persona con menos aspecto de monarca que uno pueda imaginar, pero es una ensoñación y así es como a menudo funcionan

las ensoñaciones. Lo importante de esta ilusión no es que me haya convertido en rey, ni haber adelantado en décadas mi ascenso como Gran Maestro. Lo más significativo para mí, y a lo que me aferró, es que sentados a cada lado mío están mi madre y mi padre.

Cada día que ella amanece más débil y más cerca de la muerte, cada día que él gravita más cerca de Arno, la sensación de tenerlos a mi lado se vuelve más y más borrosa.

15 de abril de 1778

—Hay algo que quiero decirte, Élise, antes de desaparecer.

Me cogió la mano y noté lo débil de su apretón. Mis hombros se sacudieron mientras me echaba a llorar.

—No, por favor, Madre, no…

—Shh, mi niña, sé fuerte. Tienes que ser fuerte por mí. Me marcho lejos de ti pero debes tomártelo como una prueba de fortaleza. Debes ser fuerte, no solo por ti, sino también por tu padre. Mi muerte le hace vulnerable ante las voces que se alzan de la Orden. Debes ser una voz en su otro oído, Élise. Debes presionar a favor de una tercera vía.

—No puedo.

—Sí puedes. Y algún día serás Gran Maestro, y liderarás la Orden, de acuerdo con tus propios principios. Los principios en los que crees.

—Son los tuyos, Madre.

Ella soltó mi mano y estiró el brazo para acariciar mi mejilla. Sus ojos estaban empañados y una sonrisa flotaba en su rostro.

—Son principios basados en la compasión, Élise, y tú tienes mucho de eso. Mucho. Ya sabes que estoy muy orgullosa de ti. No podría haber deseado una hija más maravillosa. En ti veo lo mejor de tu padre y de mí. No podía haber pedido más, Élise, por eso moriré feliz; feliz de haberte conocido y honrada por haber presenciado el florecimiento de tu grandeza.

—No, Madre, por favor, no.

Las palabras fueron articuladas entre los sollozos que sacudían mi cuerpo. Mis manos aferraban su brazo a través de las sábanas, su

terriblemente delgado brazo a través de las sábanas. Como si sujetándolo pudiera evitar que su alma partiera.

Su cabello pelirrojo estaba desplegado por la almohada. Sus ojos pestañearon.

—Por favor, llama a tu padre, si no te importa —pidió con una vocecilla demasiado débil y suave, como si la vida se escapara de ella.

Salí precipitadamente hacia la puerta, la abrí y llamé a una de las Maries para que fuera a buscar a Padre. Luego cerré de golpe la puerta para volver a sentarme a su lado, pero era como si el final estuviera acercándose rápidamente y, mientras la muerte se apoderaba de ella, me miró con ojos acuosos y la sonrisa más afectuosa que nunca le vi.

—Por favor, cuidaos el uno al otro —dijo—. Os quiero mucho a los dos.

18 de abril de 1778

i

Y desde entonces vivo paralizada. Vago por las habitaciones respirando el viciado olor que había llegado a asociar con su enfermedad, sabiendo que en algún momento tendremos que abrir las cortinas y el aire fresco expulsará esa esencia, pero sin desearlo en absoluto pues eso significará que se ha ido para siempre, y no puedo aceptarlo.

Cuando estaba enferma quería que volviera a estar plenamente restablecida. Ahora que está muerta solo la quiero aquí. Solo quiero que esté en casa.

Esta mañana contemplé desde mi ventana como tres carruajes llegaban por el camino de grava y los lacayos descendían los escalones de la entrada y empezaban a cargarlos con baúles. Poco después, las tres Maries salieron, repartiendo besos de despedida. Iban vestidas de negro enjugándose los ojos y, por supuesto, lloraban a Madre, pero su pena era solo temporal y por necesidad, porque su trabajo aquí había concluido y, una vez cobrado su salario, se marcharían a asistir a otra mujer moribunda por la que sentirían la misma tristeza pasajera cuando esa próxima enferma llegara a su fin.

Traté de no pensar en su marcha como un acto indecentemente precipitado. Traté de no reprocharles el dejarme sola con mi pena. No eran las únicas en ignorar la hondura de mis sentimientos. Madre había hecho prometer a Padre que no se observarían los habituales rituales fúnebres, de modo que las cortinas de las plantas bajas permanecían abiertas y el

mobiliario no había sido cubierto con paños negros. Teníamos miembros recientes del servicio que apenas habían conocido a Madre, o que nunca llegaron a conocerla en su esplendor. La madre que yo recordaba era hermosa, elegante y protectora, pero para ellos era distante. No era realmente una persona. Era una dama enferma en cama, como sucedía en tantas otras casas. Y por tanto, y con mayor motivo que las Maries, su luto no era más que una leve punzada pasajera de tristeza.

Y de este modo la casa continuó casi como si nada hubiera sucedido, con solo unos pocos de nosotros llorando sinceramente su ausencia; los pocos que habíamos conocido y amado a Madre como realmente era. Cuando sorprendí la mirada de Justine pude ver en ella un reflejo de mi propio y profundo dolor. Ella había sido la única persona del servicio con acceso a los aposentos de Madre durante la enfermedad.

—Oh, señorita —gimoteó, y cuando sus hombros empezaron a temblar cogí su mano y le di las gracias por todo lo que había hecho, asegurándole que Madre se sentía muy agradecida por sus cuidados.

Ella hizo una reverencia, dio las gracias por mi consuelo y se retiró.

Éramos como dos supervivientes de una gran batalla compartiendo recuerdos con nuestras miradas. Ella, Padre y yo éramos las únicas personas del castillo que habíamos cuidado a Madre hasta que murió.

Ya han transcurrido dos días y aunque Padre me había sostenido junto a su cabecera la noche que falleció, no he vuelto a verle desde entonces. Ruth me ha informado de que ha permanecido en sus habitaciones llorando, pero que muy pronto encontrará la fuerza para emerger, por lo que no debo preocuparme; debo pensar en mí misma. Luego me ha atraído hacia ella, apretándome contra su pecho y frotándome la espalda como si tratara de devolverme el aliento.

—Trata de soltarlo, criatura —susurró—. No te lo quedes dentro.

Pero yo me aparté, dándole las gracias y diciéndole que eso era todo un tanto altiva, en la forma en que imagino que May Carroll debe de dirigirse a su doncella.

El problema es que no hay nada que soltar. No siento nada.

Incapaz de soportar las plantas superiores, empecé a deambular por el castillo, atravesando los corredores como un fantasma.

—Élise… —Arno apareció al final de un pasillo con el sombrero en la mano y las mejillas sonrojadas como si hubiera llegado corriendo—. Siento mucho lo de tu madre, Élise.

—Gracias, Arno —contesté. El corredor pareció alargarse entre nosotros. Se movía inquieto cambiando el peso de un pie al otro—. Lo esperábamos, no ha sido ninguna sorpresa, y aunque por supuesto estoy triste, doy gracias por haber podido estar con ella hasta el final.

Él asintió compasivamente, sin terminar de entenderlo, y pude ver el porqué, ya que en su mundo nada se había alterado. Para él una mujer a la que apenas había conocido, que había vivido en una parte de la casa que no le estaba permitido visitar, había muerto y eso hacía que la gente que a él le importaba estuviera triste. Pero eso era todo.

—Tal vez podamos jugar más tarde —propuse—. Después de nuestras lecciones. —Y sus ojos brillaron.

Probablemente echa de menos a Padre, razoné, observándole marchar.

ii

Pasé la mañana con el preceptor y me crucé con Arno de nuevo en la puerta cuando entraba para empezar sus lecciones. Nuestros horarios estaban coordinados para que Arno se quedara con el profesor mientras yo entrenaba con el señor Weatherall, y así no pudiera verme nunca practicando con la espada. (Quizá algún día él mismo hable en su diario sobre postes indicativos del momento en el que cayó del guindo. «Nunca se me ocurrió preguntarle por qué era tan hábil en la lucha con espadas…»). Y luego me marché por una puerta trasera y caminé a lo largo de la línea de arbustos recortados hasta que llegué al bosque, al final del jardín, y tomé el sendero en dirección al claro donde se encontraba el señor Weatherall sentado sobre un tocón, esperándome. Solía sentarse con las piernas cruzadas, los faldones de su casaca cayendo a cada lado del tocón, bien a la vista, pero mientras que en otras ocasiones se levantaba de un salto para recibirme, una chispa revoloteando en sus ojos y una sonrisa siempre

dispuesta en los labios, ahora su cabeza estaba inclinada como si sintiera el peso del mundo sobre sus hombros. A su lado descansaba una caja de unos cincuenta centímetros de largo y un palmo de ancho.

—Veo que ya lo sabe —dije, acercándome.

Sus ojos miraban apesadumbrados. Su labio inferior tembló ligeramente y durante un terrible instante me pregunté qué haría si el señor Weatherall se ponía a llorar.

—Y tú, ¿cómo te lo estás tomando?

—Lo esperábamos —contesté—. No ha sido ninguna sorpresa, y aunque por supuesto estoy triste, doy gracias por haber podido estar con ella hasta el final.

Me tendió la caja.

—Debo entregarte esto con gran dolor de mi corazón, Élise. —Su voz era ronca—. Ella esperaba poder dártela en persona.

Tomé la caja, sopesando la oscura madera en mis manos, y sabiendo anticipadamente lo que había en su interior. Efectivamente era una espada corta. Su funda era de suave cuero marrón con puntadas blancas en los laterales, y un cinto de cuero diseñado para atarse a la cintura. La hoja de la espada absorbió la luz, el acero era nuevo, el mango hecho de apretadas tiras de cuero teñido. Y allí, en la empuñadura, había una inscripción. «Que el padre del entendimiento sea tu guía. Con amor, Madre».

—Estaba pensada para ser tu regalo de despedida, Élise —añadió inexpresivo, mirando más allá del bosque y llevándose discretamente el dedo pulgar a los ojos—. Debes utilizarla para practicar.

—Gracias —repuse y él se encogió de hombros.

Deseé poder trasladarme a un tiempo en el que me hiciera ilusión tener la espada. Por ahora no sentía nada.

Se produjo una larga pausa. Comprendí que ese día no habría ningún entrenamiento. Ninguno de los dos tenía cuerpo para ello.

Después de un rato, se decidió a hablar.

—¿Dijo ella algo de mí? Al final, me refiero.

Apenas pude ocultar mi mirada de perplejidad al ver algo en sus ojos que reconocí como una mezcla de desesperación y esperanza. Sabía que sus

sentimientos por ella eran fuertes, pero hasta ese momento no comprendí hasta qué punto.

—Me pidió que le dijera que en su corazón había amor por usted, que se sentía eternamente agradecida por todo lo que había hecho por ella.

Asintió.

—Gracias, Élise, es un gran consuelo —declaró y, volviéndose, se secó las lágrimas de los ojos.

iii

Un poco más tarde me llevaron a ver a Padre y los dos nos sentamos en un diván de su estudio sumido en la penumbra, él rodeándome con sus brazos, sujetándome fuerte. Se había afeitado y, aparentemente, era el mismo de siempre, pero sus palabras emergieron lentas y forzadas y su aliento olía a brandy.

—Veo que estás siendo muy fuerte, Élise —declaró—, más fuerte que yo.

En nuestro interior había un doloroso vacío. Me encontré envidiando su habilidad para tocar la fuente de su dolor.

—Lo esperábamos —dije, pero fui incapaz de terminar porque mis hombros se sacudieron, y le abracé con manos temblorosas, permitiendo que me envolviera.

—Suéltalo, Élise —dijo, y empezó a acariciarme el pelo.

Y lo hice. Lo solté. Y por fin empecé a llorar.

EXTRACTO DEL DIARIO DE ARNO DORIAN

12 de septiembre de 1794

Atormentado por la culpa, aparté a un lado su diario, abrumado por el dolor que emanaba de la página. Espantosamente consciente de mi propia contribución a su miseria.

Élise tiene razón. La muerte de la señora apenas ocupó un segundo en mi pensamiento. Para aquel chico egoísta que yo era, fue solo algo que impidió que François y Élise jugaran conmigo. Un inconveniente que significaba que hasta que las cosas volvieran a la normalidad —y Élise estaba en lo cierto, puesto que al haberse decidido que la casa optara por no hacer duelo, las cosas parecieron volver a la normalidad rápidamente— tendría que entretenerme por mi cuenta.

Eso, para mi vergüenza, es todo lo que la muerte de la señora significó para mí.

Pero entonces solo era un niño de diez años.

Ah, pero Élise también tenía esa edad. Y, sin embargo, iba muy por delante de mí en sabiduría. Ella escribe sobre nuestra época con el preceptor, pero cómo debió de protestar ese pobre hombre cuanto llegaba mi turno de aprender. Seguramente apartaba a un lado los libros de texto de Élise y buscaba apesadumbrado otros más elementales.

Y sin embargo, al crecer tan rápido —y tal y como ahora descubro, al ser obligada a crecer tan rápido—, Élise se vio forzada a vivir con una carga. O al menos esa es la sensación que me ha parecido percibir tras leer estas páginas. La niña que conocí era solo una niña, llena de alegría, traviesa y casi como una hermana, inventando siempre los mejores juegos,

rápida en discurrir excusas cuando nos pillaban haciendo algo prohibido, robando comida de la cocina o realizando cualquier otra diablura que hubiera planeado para aquel día.

No era pues de extrañar que cuando Élise fue enviada al colegio Maison Royale de Saint-Louis en Saint-Cyr para completar su educación, se metiera en problemas. Ninguna de esas dos partes opuestas de su personalidad encajaba en la vida escolar y, tal y como era de esperar, aborreció la Maison Royale. La odió. Aunque estaba apenas a treinta kilómetros de Versalles, debió de sentirse en otro país debido a la enorme distancia que había entre su nueva vida y la antigua. No en vano, en sus cartas se refería al lugar como *Le Palais de la Misère*. Las visitas a casa estaban restringidas a tres semanas en verano y a unos pocos días en Navidad, mientras que el resto del año debía someterse al régimen de la Maison Royale. Élise no estaba hecha para regímenes. No, salvo que estos le interesaran. El régimen de practicar la espada con el señor Weatherall era de los que se adecuaban perfectamente a su personalidad; el régimen del colegio, por el contrario, era lo menos indicado para ella. Odiaba las restricciones de la vida escolar. Odiaba tener que aprender «habilidades» tales como el bordado y la música. Y así en su diario hay una entrada tras otra sobre sus problemas en el colegio. Esas entradas por sí solas resultan reiterativas. Años y años de infelicidad y frustración.

El colegio estaba organizado de tal forma que las chicas eran divididas en grupos, cada uno de ellos con una pupila a la cabeza. Por supuesto Élise chocó con la cabecilla de su grupo, Valérie, y ambas se pelearon. Literalmente. A veces leo sobre sus disputas llevándome una mano a la boca sin saber si reír ante el atrevimiento de Élise o escandalizarme por su comportamiento.

Una y otra vez, Élise fue conducida ante la odiada directora, la señora Levene, para dar explicaciones y recibir el preceptivo castigo.

Y una y otra vez, ella volvía a responder con insolencia y esa insolencia complicaba aún más la situación, por lo que la severidad de los castigos aumentaba. Pero cuanto más aumentaban los castigos, más rebelde se volvía Élise, y cuanto más rebelde se volvía, más la llevaban a la directora, y cuanto más insolente era su comportamiento mayores eran los castigos…

Por supuesto yo sabía que se metía frecuentemente en problemas porque, aunque nos vimos muy poco durante ese período —apenas unas miradas escamoteadas a través de las ventanas del cuarto del preceptor durante sus breves vacaciones, o algún ademán extraño y compungido—, nos escribíamos con regularidad. Yo, un huérfano, no había tenido que escribir cartas nunca, y la novedad de recibirlas de Élise nunca decayó. Por supuesto, me escribía sobre su odiado colegio, pero la correspondencia carecía del detalle de su diario, en el que puede palparse el desprecio y desdén que sentía por las otras pupilas, por las profesoras y por la señora Levene. Ni siquiera la gran celebración con fuegos de artificio, para conmemorar el centenario del colegio en 1786, consiguió levantar su espíritu. Aparentemente el rey se asomó a los balcones de Versalles para disfrutar del enorme despliegue, pero ni siquiera eso fue suficiente para animar a Élise. En su lugar, su diario desprende una gran sensación de injusticia y frustración ante el mundo que la rodeaba; página tras página, y año tras año, de mi amor fracasando al no ver el círculo vicioso en el que ella misma se había encerrado. Página tras página de su fracaso al no comprender que lo que estaba haciendo no era rebelarse. Era como guardar luto.

Pero al proseguir su lectura, empecé a descubrir que había estado ocultándome algo más…

EXTRACTOS DEL DIARIO DE ÉLISE DE LA SERRE

8 de septiembre de 1787

Mi padre vino a verme hoy. Me llamaron al despacho de la señora Levene para una audiencia con él, después de haber estado tanto tiempo deseando verle. Pero, por supuesto, esa vieja bruja de la directora permaneció en la habitación cacareando, pues esas eran las reglas de *Le Palais de la Misère*, de modo que la visita se desarrolló como si fuera una audiencia. Con la ventana a su espalda ofreciendo una arrolladora vista de los campos del colegio, que incluso yo hube de admitir que era asombrosa, se sentó con las manos cruzadas tras la mesa, observando con una leve sonrisa mientras Padre y yo nos acomodábamos en las sillas al otro lado del escritorio: el incómodo padre y su problemática hija.

—Esperaba que el camino para completar tu educación fuera un agradable paseo y no un calvario, Élise —declaró con un suspiro.

Se le veía viejo y cansado, y pude imaginar la cháchara de los Cuervos en su hombro, acosándole constantemente, *haz esto, haz lo otro*, mientras a su aflicción se sumaban las airadas cartas que recibía sobre su errática hija, en las que la señora Levene detallaba extensamente mis deficiencias.

—Para Francia la vida continúa siendo dura, Élise —explicó—. Hace dos años hubo una gran sequía que provocó la peor cosecha que nadie puede recordar. El rey autorizó la construcción de un muro alrededor de París. Ha tratado de aumentar los impuestos pero el *parlement* de París apoyó a los nobles que lo desafiaron. Nuestro robusto y resuelto rey fue presa del pánico, retirando los impuestos, y hubo manifestaciones para

celebrarlo. Los soldados a los que se les ordenó disparar a los manifestantes se negaron a hacerlo…

—¿Los nobles desafiaron al rey? —le pregunté arqueando una ceja.

Él asintió.

—Exactamente. Quién lo hubiera imaginado, ¿verdad? Tal vez esperaban que el hombre de la calle se sintiera agradecido, les diera las gracias y regresara a casa.

—Pero tú no crees que vaya a suceder.

—Me temo que no, Élise. Temo que una vez que los trabajadores han tenido un bocado entre los dientes, una vez que han probado el poder, el poder potencial de la masa, entonces no se contentarán simplemente con la retirada de algunas de las nuevas leyes de impuestos. Creo que vamos a encontrarnos con una corriente de frustración social largo tiempo contenida, Élise. Cuando lanzaron petardos y piedras al Palacio de justicia no creo que estuvieran apoyando a los nobles. Y cuando quemaron las efigies del vizconde de Calonne, no creo tampoco que estuvieran apoyando a la nobleza.

—¿Quemaron las efigies? ¿Del Controlador General de Finanzas?

Padre asintió.

—Eso hicieron, precisamente. Se ha visto obligado a dejar el país. Otros ministros le han seguido. Habrá más agitación, Élise, recuerda mis palabras.

Guardé silencio.

—Lo que me lleva a la cuestión de tu comportamiento aquí en el colegio —continuó—. Ahora eres mayor. Una señorita. Y deberías comportarte como tal.

Pensé en ello, y en cómo el llevar el uniforme de las mayores de la Maison Royale no me hacía sentir una mujer. Lo único que conseguía era que me sintiera como una falsa señorita. En cambio, me sentí como una verdadera mujer cuando, tras dejar el colegio, me deshice del odiado y rígido vestido, me solté el cabello y dejé que cayera sobre mi recién adquirido busto. Cuando me miré en el espejo y vi a mi madre mirándome.

—Estás escribiendo a Arno —comentó, intentando buscar un acercamiento diferente.

—No estarás leyendo mis cartas, ¿verdad?

Él puso los ojos en blanco.

—No, Élise, no estoy leyendo tus cartas. Por Dios santo, ¿eso es lo que piensas de mí?

Dejé caer la mirada.

—Lo siento, Padre.

—Estás tan ocupada rebelándote contra cualquier posible autoridad que has olvidado a tus verdaderos amigos, ¿es eso?

Tras su mesa la señora Levene asentía frenéticamente, sintiéndose reivindicada.

—Lo siento, Padre —repetí, ignorándola.

—Sin embargo, el hecho es que estás escribiendo a Arno y, basándome simplemente en lo que me ha contado, veo que no has hecho nada para cumplir los términos de nuestro acuerdo.

Lanzó una significativa mirada hacia la directora, sus cejas levemente fruncidas.

—¿Qué acuerdo era ese, Padre? —pregunté inocentemente, con toda malicia.

Con otro breve gesto en dirección a la directora, añadió intencionadamente:

—El *acuerdo* que hicimos antes de que vinieras a Saint-Cyr, Élise, cuando me prometiste hacer todo lo posible para convencer a Arno de la conveniencia de su *adopción* por nuestra familia.

—Lo siento, Padre, aún no estoy segura de a qué te refieres.

Su ceño se oscureció. Entonces, tras una profunda inspiración, se volvió hacia la directora.

—Me pregunto, señora, si sería posible hablar a solas con mi hija.

—Me temo que eso va contra la política de la institución, señor —declaró ella, sonriendo dulcemente—. Los padres o tutores que necesiten ver a sus pupilas en privado deben presentar una petición por escrito.

—Lo sé, pero…

—Lo siento, señor —insistió.

Él tamborileó los dedos en la pierna cubierta por los calzones.

—Élise, por favor, no seas difícil. Sabes perfectamente a qué me refiero. Antes de que vinieras al colegio acordamos que era el momento adecuado

para *adoptar* a Arno en nuestra familia. —Me lanzó una significativa mirada.

—Pero él es miembro de otra familia —repuse, sin querer dar mi brazo a torcer.

—Por favor, no juegues conmigo, Élise.

La señora Levene carraspeó ruidosamente.

—Aquí, en la Maison Royale, estamos muy acostumbrados a esas cosas, señor.

—Gracias, señora Levene —respondió mi padre irritado.

Pero cuando volvió su atención hacia mí, nuestros ojos se encontraron, y parte del hielo que había entre nosotros se evaporó ante la incómoda presencia de la señora Levene, las comisuras de su boca torciéndose al contener una sonrisa. En respuesta le lancé mi mirada más beatífica e inocente. Sus ojos se llenaron de afecto mientras compartíamos el momento.

Pareció más sereno cuando volvió a hablar.

—Élise, estoy seguro de que no tengo que recordarte los términos de nuestro acuerdo. Simplemente te diré que si continúas sin querer llevarlo a cabo, entonces tendré que ocuparme personalmente del asunto.

Ambos miramos de reojo a la señora Levene, sentada con las manos cruzadas sobre la mesa que tenía delante, tratando con todas sus fuerzas de no parecer confusa, pero fracasando estrepitosamente. Fue el momento en que me sentí más cerca de romper a reír.

—¿Quieres decir que intentarás persuadirle de su conveniencia, Padre?

Él se puso serio, atrapando mi mirada.

—Lo haré.

—¿Incluso si al hacerlo solo consigues que Arno pierda su confianza en mí?

—Es un riesgo que tendré que asumir, Élise —replicó Padre—. Salvo que hagas lo que te comprometiste a hacer.

Y lo que me había comprometido a hacer era adoctrinar a Arno. Reconducirle al rebaño. Sentí un peso en el corazón ante la idea —la idea de *perder* de alguna forma a Arno—. Sin embargo, debía hacerse o Padre se encargaría personalmente. Imaginé a Arno furioso, enfrentándose a mí en

algún momento sin determinar del futuro —«¿porqué nunca me lo dijiste?»— y no pude soportarlo.

—Haré como acordamos, Padre.

—Gracias.

Volvimos la atención a la señora Levene, que miró a Padre con el ceño fruncido.

—Y asegúrate de mejorar tu conducta —añadió rápidamente, antes de golpear la mano contra sus muslos, lo que sabía que significaba que nuestro encuentro había terminado.

El ceño de la directora se frunció aún más cuando, en lugar de reprenderme con mayor severidad, Padre se levantó y me rodeó con sus brazos, casi sorprendiéndome con la fuerza de su emoción.

Fue entonces cuando decidí que, por él, mejoraría. Haría las cosas bien por él. Sería la hija que se merecía.

8 de enero de 1788

Cuando vuelvo a la entrada del diario del 8 de septiembre de 1787 no puedo sino parpadear de vergüenza por haber escrito: «Haría las cosas bien por él. Sería la hija que se merecía», para después no hacer…

… absolutamente nada de lo prometido.

No solo descuidé mi obligación de persuadir a Arno de las bondades de convertirse a la causa Templaría (una situación causada en parte por mi deslealtad al cuestionarme si realmente habría alguna ventaja en convertirse a la causa Templaría), sino que mi comportamiento en la Maison Royale estuvo lejos de mejorar.

Es más, realmente dejaba mucho que desear.

Había ido a peor.

Ayer mismo la señora Levene me llamó a su despacho, por tercera vez en unas pocas semanas. ¿Cuántas veces hice aquel trayecto a lo largo de los años? ¿Cientos? Ya fuera por mostrarme insolente, luchar, escabullirme por la noche (oh, cómo me gustaba escabullirme por la noche, sola bajo el rocío), beber, ser destructiva, ir desaliñada… o por mi motivo favorito: «persistente mala conducta».

No había nadie que conociera el camino al despacho de la señora Levene mejor que yo. Ni seguramente había un mendigo vivo que hubiera tenido que extender la palma de su mano más veces que yo. Incluso aprendí a anticipar los golpes de la vara y a recibirlos sin pestañear cuando esta dejaba su marca en mi piel.

Esta vez sucedió exactamente como esperaba, nuevas repercusiones por una pelea con Valérie quien, además de ser la líder de nuestro grupo, era también la protagonista dramática de las obras de teatro de Racine y Comedie que interpretábamos. Sigue mi consejo, querido lector, y no escojas nunca a una actriz como adversaria. Son terriblemente trágicas para todo o, como diría el señor Weatherall: «¡Esas condenadas reinas de la tragedia!».

Es cierto que este desacuerdo en particular había acabado con Valérie luciendo un ojo a la funerala y con la nariz sangrando. Había sucedido cuando yo, supuestamente, estaba a prueba por un acto menor de rebeldía durante una cena el mes pasado, que no viene a cuento detallar aquí. El motivo era que la directora proclamaba hallarse al límite de su paciencia. Dicho literalmente: «Estoy harta de ti, Élise de la Serre. Harta de ti, jovencita».

Y como siempre, por supuesto, corrían los habituales rumores de expulsión. Excepto que esta vez estaba casi segura de que no era un simple rumor. Estaba casi segura de que cuando la señora Levene me dijo que planeaba enviar a casa una carta redactada en duros términos, exigiendo la atención inmediata de mi padre a fin de discutir mi futuro en la Maison Royale, no sería una más de la serie de vanas amenazas, sino que, efectivamente, su paciencia había llegado al límite.

Pero aun así no me importó.

No, mejor dicho, no me *importa*. Haga lo que quiera, Levene; haz lo que quieras, Padre. No hay ningún círculo del infierno en el que puedas internarme peor que aquel en el que me encuentro ahora.

—He recibido una carta de Versalles —anunció—. Tu padre va a enviar un emisario para ocuparse de ti.

Había estado mirando por la ventana, mis ojos viajando más allá de los muros de la Maison Royale, hacia el exterior, donde deseaba estar. Ahora, sin embargo, giré la cabeza para mirar a la señora Levene, su demacrada y arrugada cara, los ojos como pequeñas piedras detrás de los anteojos.

—¿Un emisario?

—Sí. Y por lo que dice en la carta este emisario ha recibido la tarea de *inculcar* un poco de sentido común en ti.

«¿Un emisario?», repetí para mis adentros. Mi padre había enviado un emisario. Ni siquiera venía personalmente. Tal vez planea aislarme, pensé, comprendiendo súbitamente lo terrible que me parecía aquella idea. Mi padre, una de las tres únicas personas en el mundo a las que de verdad quería y en quienes confiaba, dejándome sencillamente fuera. Me había equivocado. Existía otro círculo del infierno al que me podían confinar.

La señora Levene estaba disfrutando.

—Sí. Al parecer tu padre está demasiado ocupado para atender este asunto personalmente. Ha tenido que enviar un emisario en su lugar. Quizá, Élise, no seas tan importante para él como habías imaginado.

Miré duramente a la directora y por un breve segundo me imaginé abalanzándome sobre ella por encima del escritorio y borrando esa sonrisa de su cara, aunque ya estaba maquinando otros planes.

—El emisario desea verte a solas —declaró, y ambas entendimos el significado implícito de aquello. Significaba que sería castigada. O mejor dicho, castigada físicamente.

—Supongo que se quedará escuchando al otro lado de la puerta.

Sus labios se redujeron a una apretada línea. Los ojos de piedra centellearon.

—Disfrutaré sabiendo que tu impertinencia ha tenido un precio, Élise de la Serre, puedes estar segura de ello.

21 de enero de 1788

Y así llegó el día en que el emisario debía aparecer. Me había mantenido apartada de los problemas durante toda la semana anterior a su llegada. De acuerdo con las otras chicas estaba más tranquila de lo usual. Algunas incluso me preguntaban cuándo regresaría la «vieja Élise»; las más suspicaces cacareaban que finalmente me habían domesticado. Ya lo veríamos.

Pero en realidad lo que estaba haciendo era prepararme, tanto mental como físicamente. El emisario esperaría un manso acatamiento. Esperaría hallar a una asustada jovencita, temerosa de la expulsión y feliz por recibir cualquier otro castigo. Esperaría lágrimas y contrición. Pero no iba a obtener nada de aquello.

Fui convocada al despacho, pidiéndome que esperara, como así hice. Mis manos agarraban mi bolsito en el que había ocultado una herradura «tomada en préstamo» de la parte de arriba del marco de la puerta de mi dormitorio. Nunca me había traído suerte. Ahora era su oportunidad.

Escuché dos voces que provenían del vestíbulo: la de la señora Levene con su obsequiosa y suntuosa bienvenida al emisario de padre, diciéndole: «Esa granuja aguarda su castigo en mi despacho, señor», y luego la voz más profunda y ronca del emisario contestando: «Gracias, señora».

Solté un grito ahogado cuando reconocí la voz, y aún tenía la mano sobre mi boca sorprendida cuando la puerta se abrió y entró el señor Weatherall.

Cerró al entrar, y me abalancé contra él dejándole sin aliento por la fuerza de mi abrazo, los sollozos sacudiendo mis hombros y brotando antes de que tuviera oportunidad de contenerlos. Sentía un gran peso sobre ellos mientras lloraba contra su pecho y debo confesar que nunca en mi vida me había sentido tan complacida por ver a nadie, como me sentí en ese momento.

Nos quedamos así durante un rato, yo sollozando silenciosamente contra mi protector hasta que finalmente fui capaz de recuperar el control de mí misma. Entonces él me apartó ligeramente para poder mirarme a los ojos y, llevándose primero un dedo a los labios, desabotonó su chaqueta, se la quitó y la colgó del picaporte tras la puerta para tapar la cerradura.

A continuación dijo en voz alta por encima de su hombro:

—Llora cuanto gustes, Élise, que tu padre está demasiado furioso contigo como para ocuparse personalmente de este asunto. Está tan indignado que me ha pedido a mí, tu tutor —guiñó un ojo—, que administrara tu castigo en su lugar. Pero primero debes escribirle una carta de sincero arrepentimiento. Y cuando lo hayas hecho te infligiré tu castigo que, como bien puedes imaginar, será el más severo que hayas experimentado nunca.

Me condujo hasta un pupitre en un rincón del despacho donde me incliné sobre el papel de cartas, la pluma y el tintero en el caso de que la directora encontrara una excusa para entrar en la habitación. Entonces acercó una silla, apoyó los codos en la superficie de la mesa y, susurrando, empezamos a hablar.

—Me alegro mucho de verle —dije.

Él se rio suavemente.

—No puedo decir que me sorprenda. Después de todo, estabas esperando que te azotaran hasta sacarte todos los demonios del cuerpo.

—No exactamente —repuse, abriendo mi bolsito para revelar la herradura de su interior—, más bien todo lo contrario.

Frunció el ceño. No era la reacción que esperaba.

—¿Y luego qué, Élise? —susurró malhumorado, su dedo índice clavándose con énfasis en el pupitre—. Serás expulsada de la Maison Royale. Tu educación, pospuesta. Tu iniciación, pospuesta. Tu

nombramiento como Gran Maestro, pospuesto. Exactamente, ¿qué conseguirás yendo por ese camino?

—No me importa —contesté.

—No te importa, ¿eh? ¿Ya no te importa tu padre?

—Sabe condenadamente bien cuánto me importa Padre.

Mostró una sonrisa sarcástica ante mi maldición.

—Y yo sé condenadamente bien que también te importa tu madre. Y el nombre de la familia que eso conlleva. Así que ¿por qué pones tanto énfasis en cubrirlo de Iodo? ¿Eres consciente de que así nunca llegarás a ser Gran Maestro?

—Ser Gran Maestro es mi destino —repliqué, comprendiendo con una incómoda punzada que me estaba pareciendo a May Carroll.

—Tu destino puede cambiar, niña.

—Ya no soy ninguna niña —le recordé—. Ya he cumplido veinte años.

Su expresión se entristeció.

—Siempre serás una niña para mí, Élise. No olvides que recuerdo muy bien a esa entusiasta chiquilla aprendiendo a manejar la espada en los bosques. La pupila más diestra que tuve nunca, pero también la más impulsiva. Demasiado pagada de sí misma. —Me miró de reojo—. ¿Has seguido practicando con la espada?

—¿Aquí dentro? —respondí con tono sarcástico—. ¿Cómo podría?

Con ese mismo sarcasmo él fingió meditar.

—Oh, veamos. Hmm, ¿qué me dices de tratar de pasar desapercibida para que cada movimiento tuyo no sea observado? ¿O de escabullirte de vez en cuando, en lugar de ser siempre el centro de atención? La espada que te hizo llegar tu madre era exactamente para ese propósito.

Me sentí culpable.

—Bueno, no. Como puede ver, no he hecho nada de eso.

—Y, en consecuencia, tus habilidades han sido descuidadas.

—Entonces, ¿por qué enviarme a un colegio en el que eso iba a suceder?

—El caso es que eso *no debía* suceder. No deberías haber dejado que sucediera. Se supone que vas a ser la Gran Maestro.

—Bueno, eso puede cambiar, según acaba de decir —repliqué sintiendo que había ganado ese pulso.

Pero él no se dejó amilanar.

—Y así será si no empiezas a trabajar en serio y te enmiendas. Esa panda a la que llamas los Cuervos, o sea, los señores Lafreniére, Le Peletier y Sivert, así como la señora Levesque, están deseando ver cómo te equivocas. Crees que en la Orden todo es muy sencillo, ¿no es así? Que todos quieren arrojarte flores por tu coronación como su «reina de pleno derecho», tal y como describen los libros de historia. Nada más lejos de la verdad. Cada uno de ellos está deseando el fin del reinado De la Serre para así poder ostentar el título de Gran Maestro. Cada uno de ellos está buscando motivos para deponer a tu padre y apropiarse del título para sí. Sus políticas difieren de las de tu padre, ¿recuerdas? La confianza que le dispensan pende de un hilo. Y tener una hija errática es lo último que él, maldita sea, necesita. Además…

—¿Qué?

Echó un vistazo a la puerta. Seguramente la señora Levene tenía la oreja pegada contra ella, y fue en su beneficio por lo que el señor Weatherall declaró alzando la voz:

—Y asegúrate de utilizar tu mejor caligrafía.

Y bajando la voz se inclinó más cerca de mí.

—Sin duda recordarás a los dos hombres que te atacaron.

—¿Cómo podría olvidarlos?

—Bien —continuó el señor Weatherall—, prometí a tu madre que encontraría al tipo que llevaba el disfraz de doctor, y creo haberlo localizado.

Le lancé una mirada incrédula.

—Sí, ya sé —admitió— que me ha llevado más tiempo del esperado. Pero lo he encontrado, y eso es lo importante.

Nuestros rostros estaban tan cerca que casi se tocaban. Pude oler el vino de su aliento.

—¿Quién es él? —pregunté.

—Su nombre es Ruddock, y ciertamente es un Asesino, o al menos lo *era*.

Y prosiguió:

—Al parecer fue excomulgado de la Orden. Y desde entonces ha estado tratando de volver.

—¿Por qué fue excomulgado?

—Por traer el desprestigio a la Orden. Por apostar, entre otras cosas. Solo que no es un tipo con suerte. Está endeudado hasta las cejas, según me cuentan.

—¿Es posible que confiara en matar a Madre como una forma de ganarse el favor en su Orden?

El señor Weatherall me lanzó una mirada sorprendida.

—Ese podría muy bien ser el caso, aunque no puedo evitar pensar que se trataría de una estrategia bastante estúpida por su parte. Es posible que la muerte de tu madre le hubiera traído incluso más desgracia. No habría tenido forma de saberlo. —Sacudió la cabeza—. Esperar a ver si el asesinato se veía bajo una luz favorable y luego, tal vez, reclamar el mérito de su autoría. Pero no, no lo creo. En mi opinión todo apunta a que estaba ofreciendo sus servicios al mejor postor, tratando de saldar esas viejas deudas de juego. Creo que nuestro amigo Ruddock estaba trabajando por su cuenta.

—Entonces, ¿los Asesinos no están detrás del ataque?

—No necesariamente.

—¿Ha informado a los Cuervos?

Sacudió la cabeza negativamente.

—¿Por qué no?

Parecía cauteloso.

—Tu madre tenía ciertas… *sospechas* respecto a los Cuervos.

—¿Qué clase de sospechas?

—¿Recuerdas a un tal François Thomas Germain?

—No estoy segura.

—Un tipo de aspecto fiero. Estaba por allí cuando aún no levantabas mas de tres palmos.

—¿Tres palmos de qué?

—No importa. El caso es que este François Thomas Germain era el lugarteniente de tu padre. Tenía algunas ideas poco fiables y tu padre le

expulsó de la Orden. Ahora está muerto. Pero tu madre siempre se preguntó si los Cuervos compartían ciertas afinidades con él.

Le miré perpleja, incapaz de creer lo que estaba escuchando.

—No creerá que los consejeros de mi padre serían capaces de planear la muerte de Madre…

Es cierto que siempre había odiado a los Cuervos, pero igualmente siempre había odiado a la señora Levene y no podía imaginarla conspirando para asesinarme. La idea era demasiado descabellada.

El señor Weatherall continuó:

—La muerte de tu madre hubiera convenido a sus fines. Los Cuervos tal vez sean los consejeros de tu padre, pero, tras la expulsión de Germain, fue a tu madre a quien escuchaba por encima de todos los demás, incluidos ellos. Con ella fuera del camino…

—Pero ya está «fuera del camino». Está muerta, y mi padre ha permanecido fiel a sus principios.

—Es imposible saber lo que se está cociendo, Élise. Tal vez se ha mostrado menos flexible de lo esperado.

—No, sigue sin tener sentido para mí —declaré, sacudiendo la cabeza.

—Las cosas no siempre tienen sentido, cariño. Que los Asesinos trataran de matar a tu madre tampoco tenía sentido, pero todo el mundo estaba dispuesto a creerlo. No, por el momento prefiero seguir sospechando, a menos que tenga pruebas de lo contrario, y lo mismo debes hacer tú. Prefiero ser precavido hasta que lo sepamos con certeza.

Experimenté una extraña sensación de vacío en mi interior, una sensación como si se hubiera descorrido una cortina dejando expuestas muchas incertidumbres. Podía haber personas dentro de nuestra propia organización que nos desearan el mal. Tenía que descubrirlo. Tenía que descubrirlo fuera como fuese.

—¿Y qué pasa con Padre?

—¿Qué pasa con él?

—¿No le ha contado sus sospechas?

Movió la cabeza negativamente, los ojos fijos en el pupitre.

—¿Por qué?

—Bueno, en primer lugar porque son solo sospechas y, como bien has apuntado, bastante aventuradas. Si resultan no ser ciertas, lo que es mas probable, pareceré un maldito idiota, pero si lo son, entonces lo único que habré conseguido es ponerles sobre aviso, y mientras están ocupados riéndose de mí porque no tengo una sola prueba, estarán maquinando cómo quitarme de en medio. Y además…

—¿Qué?

—No me he estado comportando demasiado bien desde que tu madre falleció, Élise —admitió—. Una vuelta a las antiguas costumbres, podríamos decir, quemando en el proceso los pocos puentes que había construido con mis colegas Templarios. Existen algunas similitudes entre el señor Ruddock y yo.

—Ya veo. Y esa es la razón por la que puedo oler el vino en su aliento, ¿no es eso?

—Cada uno lo lleva como puede, niña.

—Hace casi diez años que ella desapareció, señor Weatherall.

Me mostró una sonrisa triste.

—En tu opinión he alargado demasiado el luto, ¿no es así? Bueno, podría decir lo mismo de ti, desperdiciando las últimas etapas de tu educación, haciéndote enemigos cuando deberías estar forjando conexiones y contactos. No deberías despreciar a los que son como yo, Élise. No hasta que tu propia casa esté en orden.

Fruncí el ceño.

—Necesitamos averiguar quién estaba detrás de ese ataque.

—Que es exactamente lo que he estado haciendo.

—¿Cómo?

—Ese tipo, Ruddock, se esconde en Londres. Tenemos contactos allí. Los Carroll, por si no lo recuerdas. Ya he mandado un mensaje anunciando mi llegada.

Nunca antes había estado más segura de algo.

—Iré con usted.

Me miró malhumorado.

—No, maldita sea, no, te quedarás aquí y terminarás tu instrucción. ¡Por Dios, muchacha!, ¿qué demonios crees que diría tu padre?

—¿Y qué tal si le decimos que debo hacer una visita educativa a Londres para mejorar mi inglés?

Mi protector clavó el dedo en la madera.

—No. ¿Y qué tal si no hacemos nada de eso? ¿Y qué tal si te quedas aquí?

Sacudí la cabeza.

—No, voy a ir con usted. Ese hombre ha estado acechando mis pesadillas durante años, señor Weatherall. —Le mostré mi mirada más implorante—. Tengo fantasmas que necesito mandar a descansar.

Él puso los ojos en blanco.

—Prueba con otra cosa. Olvidas que te conozco como la palma de mi mano. Di más bien que lo que deseas es la excitación, y también salir de este lugar.

—Bueno, está bien —reconocí—, pero, por favor, señor Weatherall. ¿Sabe lo difícil que es tener a seres como Valérie burlándose de mí y no poder decirles que algún día, cuando ella esté pariendo las criaturas del hijo borracho de un marqués, yo estaré liderando a los Templarios? Esta etapa de mi vida debe terminar cuanto antes. Estoy desesperada por iniciar la siguiente.

—Pues en ese caso tendrás que esperar.

—Solo me queda un año para terminar —presioné.

—Lo llaman año definitivo por una razón. No puedes terminar a no ser que acabes el curso definitivo.

—No estaré fuera tanto tiempo.

—No. En cualquier caso, incluso…, *incluso* si accediera, nunca conseguirías convencer a la señora Levene para decir sí.

—Podríamos falsificar cartas —insistí—. Todo lo que ella escribiera a Padre usted podría interceptarlo. Deduzco que ha estado interceptando las cartas, ¿no…?

—Por supuesto que lo he hecho. ¿Por qué crees que estoy yo aquí y no él? Pero tarde o temprano se dará cuenta. En algún momento, Élise, de una forma u otra, tus mentiras serán descubiertas.

—Para entonces ya será demasiado tarde.

Él pareció hincharse con nueva rabia, su piel enrojeciendo contra sus bigotes blancos.

—Esto…, esto es exactamente a lo que me refería. Estás tan pagada de ti misma que has olvidado tus responsabilidades. Eso te está volviendo temeraria, y cuanto más temeraria eres más pones en peligro la posición de tu familia. Maldita sea, desearía no habértelo contado. Pensé que podría inculcar un poco de sensatez en ti.

Le miré, mientras una idea se formaba en mi cabeza y luego, en un alarde de dramatización que hubiese impresionado a la misma Valérie, fingí darle la razón diciéndole que lo sentía y todas esas cosas que quería ver en mi cara.

Él asintió y luego alzó la voz hacia la puerta.

—Muy bien, por fin has terminado. Llevaré esta carta a tu padre, acompañada con la noticia de haber tenido que darte seis golpes de vara.

Sacudí la cabeza y levanté mis dedos desesperados.

Él palideció.

—Lo que quería decir es doce golpes de vara.

Negué furiosa con la cabeza. Extendí de nuevo los dedos.

—Mejor dicho, diez golpes de vara.

Fingiendo que me secaba la frente, grité en voz alta:

—Oh, no, señor, diez golpes no.

—Y ahora, ¿es esta la vara que se utiliza para castigar a las niñas?

Descolgó la chaqueta del picaporte, se acercó al escritorio de la señora Levene que ahora quedaba a la vista de la cerradura, y levantó la vara del lugar de honor que ocupaba sobre la mesa. Al mismo tiempo, se valió de la cobertura de su espalda y, estirando la mano, atrapó un cojín de la silla de la directora y lo deslizó por el suelo hacia mí.

Todo resultó muy sencillo. Como si lo hiciéramos cada día. Qué buen equipo formábamos. Recogí el cojín del suelo y lo coloqué sobre el pupitre mientras él se acercaba con la vara, y de nuevo quedábamos fuera del ángulo de visión de la cerradura.

—Preparada —dijo en voz alta para beneficio de la señora Levene, al tiempo que me guiñaba un ojo. Me mantuve a un lado mientras él propinaba diez fuertes golpes al cojín, e imité los quejidos correspondientes con cada

uno. Después de todo, cuando se trataba de auténticos gritos de dolor, no había nadie más experimentado que yo. Imaginé a la señora Levene maldiciendo mientras toda la acción transcurría lejos de su vista, seguramente planeando reubicar el mobiliario lo antes posible.

Cuando terminó con los golpes, me obligué a evocar recuerdos de Madre para soltar unas lágrimas, devolvimos el cojín y la vara a su sitio, y abrimos la puerta. La señora Levene estaba de pie en el vestíbulo a cierta distancia. Me desaliñé un poco para aparentar ser una persona que acabara de recibir un castigo, le lancé una mirada torva con ojos enrojecidos y luego, con la cabeza gacha, y resistiendo la tentación de mostrar al señor Weatherall un guiño de despedida, me escabullí como si necesitara lamerme las heridas.

De hecho, tenía mucho en que pensar.

23 de enero de 1788

Veamos. ¿Cómo había empezado todo? Ah, sí, con Judith Poulou diciendo que la señora Levene tenía un amante.

Al menos eso fue lo que Judith declaró una noche, después de apagarse las velas, asegurando que la señora Levene tenía «un amante en el bosque», mientras las otras chicas simplemente se burlaban de la idea. Pero yo no. Recordé una noche tiempo atrás cuando, justo después de cenar, espié a la temida directora desde una ventana del dormitorio, envolviéndose en un chai a la vez que se apresuraba escaleras abajo lejos del edificio del colegio y se fundía en la oscuridad del jardín.

Había algo en su forma de comportarse que me hizo pensar que no estaba simplemente planeando tomar el aire. Su forma de mirar a izquierda y derecha. La forma en que se dirigió hacia el sendero que conducía a la penumbra de los campos y, muy probablemente, a los bosques al final del perímetro.

Me había llevado dos noches de vigilancia, pero finalmente anoche volví a verla. Al igual que las otras veces, abandonó el colegio con el mismo aire furtivo, aunque no lo suficientemente furtivo como para detectar una ventana abriéndose más arriba y a mí descolgándome por ella, descendiendo por el enrejado hasta el suelo y lanzándome en su persecución.

Por fin podía usar mi entrenamiento para entrar en acción. Me convertí en un fantasma nocturno, manteniéndola a la vista, acechándola

silenciosamente mientras se ayudaba del resplandor de la luna para abrirse camino por la pradera, más allá del perímetro de los campos de juegos.

Constituían una vasta extensión y, durante un breve instante, fruncí el ceño. Entonces hice lo que mi madre y el señor Weatherall me habían enseñado a hacer. Evaluar la situación. La señora Levene tenía la luz de la luna a la espalda, sus viejos ojos con lentes contra los míos más jóvenes. Decidí mantenerme detrás de ella, guardando la distancia, hasta que no fue más que una sombra por delante de mí. Vi el brillo de la luna sobre sus lentes mientras se giró para comprobar que nadie la seguía, y me quedé petrificada, fundiéndome con la noche y rezando para que mis cálculos hubieran sido correctos.

Lo fueron. La bruja continuó andando hasta alcanzar la línea del bosque y ser devorada por las ásperas formas de los troncos de los árboles y matorrales. Apresuré el paso y la seguí, descubriendo el mismo sendero que había tomado y que discurría a través del bosque, convertida en un fantasma. El camino me recordó a aquel que recorrí durante años para ver al señor Weatherall. Un sendero que desembocaba en el claro donde mi protector esperaba sobre un tocón, sonriendo, por entonces sin la carga de la muerte de mi madre.

Ni una sola vez en esa época advertí olor a vino en su aliento.

Aparté el recuerdo cuando, unos metros más adelante, distinguí el pequeño pabellón del guarda, y comprendí adonde se dirigía. Me detuve y desde mi posición, detrás de un árbol, observé como llamaba suavemente y la puerta se abría. La escuché decir: «No podía esperar para verte», y entonces se oyó el inconfundible sonido de un beso —*un beso*—, y luego desapareció en el interior, la puerta cerrándose tras ella.

Así que este era su amante de los bosques. Jacques, el encargado, de quien sabía poco más de lo que había visto a cierta distancia mientras atendía sus labores. Lo que sí sabía es que era mucho más joven que la señora Levene. Menuda caja de sorpresas estaba hecha.

Regresé sabiendo que los rumores eran ciertos. Y que, por desgracia para ella, no solamente era yo la que estaba en posesión de la información, sino que además pensaba utilizarla para conseguir lo que quería de ella. De hecho, eso era precisamente lo que pretendía hacer.

25 de enero de 1788

Justo después de comer, Judith vino a verme. La misma Judith de cuyos labios había oído el rumor sobre el amante de la señora Levene. Sin ser del grupo de mis enemigas ni tampoco de mis admiradoras, Judith mantuvo una expresión impasible mientras me avisaba que la directora quería verme de inmediato en su despacho para hablar del robo de la herradura que estaba sobre el marco de la puerta del dormitorio.

Puse una mueca como diciendo: «Oh, Dios mío, otra vez no. ¿Cuándo terminará esta tortura?», cuando en realidad no podía sentirme más excitada. Tenía a la señora Levene donde quería. Ahora se me presentaba en bandeja una oportunidad dorada de soltarle la buena noticia de que lo sabía todo sobre su amante, Jacques, porque mientras ella creía que iba a castigarme con su vara por robar la herradura de la suerte de encima de la puerta del dormitorio, la realidad era que no solo me iría de su despacho sin los habituales golpes de su vara y una profunda sensación de injusticia, sino que obtendría una carta para mi padre. Una carta en la que la señora Levene le informaba de que su hija debía partir para una enseñanza personalizada del inglés a… *Adivinad*.

Eso, claro, si todo salía según mi plan.

Al llegar a su puerta llamé suavemente, entré y entonces, con los hombros encorvados y la barbilla inclinada, avancé hasta su mesa, donde estaba sentada delante de la ventana, y dejé la herradura en ella.

Se produjo un momento de silencio. Sus ojillos brillantes, clavados en el inoportuno objeto de hierro oxidado sobre su mesa, alzándose de pronto

para encontrarse con los míos, pero en lugar de la desdeñosa mirada habitual y el apenas disimulado odio, había otra cosa, una emoción inescrutable que nunca le había visto.

—Ah —exclamó, con un leve temblor en la voz—, muy bien. Has devuelto la herradura robada.

—Ese era el motivo por el que quería verme, ¿no es así? —dije cautelosa, perdiendo de pronto todo mi aplomo.

—Ese era el motivo que le di a Judith para verte, sí. —Hurgó bajo su mesa y escuché el sonido de un cajón abriéndose. Entonces añadió—: Pero hay otra razón.

Sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo, mi garganta incapaz de articular palabra.

—¿Y cuál es, señora? —conseguí decir.

—Es esta —indicó, colocando algo encima de la mesa, delante de ella.

Era mi diario. Noté como mis ojos se abrían desmesuradamente y me quedaba súbitamente sin respiración, los puños apretados.

—Usted… —balbuceé, pero no pude terminar—. Usted…

Blandió un huesudo y tembloroso dedo hacia mí, sus ojos centelleando mientras alzaba la voz y su rabia igualaba la mía.

—No te hagas la víctima conmigo, jovencita. No después de lo que he leído. —Su dedo acusador apuntaba hacia la cubierta de mi diario. En su interior estaban mis pensamientos más íntimos. Había sido extraído de su escondite bajo mi colchón y examinado por mi odiada enemiga.

Mi ira empezó a crecer. Luché para controlar la respiración, mis hombros alzándose y cayendo, los puños apretándose y abriéndose.

—Cuánto… ¿Cuánto ha leído? —Logré articular.

—Lo suficiente para saber que estabas planeando chantajearme —contestó secamente—. Ni más ni menos.

Incluso en medio de mi rabia, la ironía no me pasó desapercibida. Ambas habíamos sido pilladas, atrapadas a medio camino entre la vergüenza por nuestros actos y el ultraje por lo que se nos había hecho. Yo, sintiendo una fuerte punzada de furia, culpa y puro aborrecimiento, en mi mente formándose una imagen en la que me abalanzaba sobre ella a través

de la mesa, las manos agarrando su cuello mientras los ojos se le salían de las órbitas tras sus redondos lentes…

En su lugar, la miré fijamente, apenas consciente de lo que estaba sucediendo.

—¿Cómo ha podido?

—Porque te vi, Élise de la Serre. Te vi agazapada en el exterior del pabellón la otra noche. Te vi espiándonos a Jacques y a mí. Así que me dije, no sin razón, que tu diario podría iluminarme respecto a tus intenciones. ¿Acaso pretendes negar que tenías intención de chantajearme, De la Serre? —Su rostro pareció colorearse—. ¿*Chantajear* a la directora del colegio?

Pero nuestra ira estaba en polos opuestos.

—Leer mi diario es imperdonable —espeté furiosa.

Alzó la voz.

—Lo imperdonable es lo que planeabas hacer. *Chantaje*. —Escupió la palabra como si no pudiera creerlo. Como si nunca en su vida se hubiera enfrentado a ese concepto.

Me refrené.

—No pretendía hacerle daño. Tenía un fin.

—Me atrevería a afirmar que estabas recreándote con ello, Élise de la Serre. —Blandió mi diario—. He leído lo que piensas exactamente de mí. Tu odio, no, peor aún, tu desprecio por mí impregna cada página.

Me encogí de hombros.

—¿Y eso la sorprende? Después de todo, ¿no me *odia* usted también?

—Oh, estúpida muchacha —me increpó furiosa—, pues claro que no. Soy tu directora. Quiero lo mejor para ti. Y, para tu información, tampoco escucho detrás de las puertas.

Le lancé una mirada de incredulidad.

—Se la veía siempre bastante complacida ante la idea de infligirme un castigo.

Bajó los ojos.

—En el fragor del momento todos decimos cosas que no deberíamos, y yo lamento mucho ese reproche. Pero el hecho es que, si bien no eres mi persona favorita en el mundo, yo soy tu directora. Tu guardiana. Y tú, en particular, llegaste a mí como una chica herida, que aún tenía muy reciente

la pérdida de su madre. Tú, en particular, necesitabas especial atención. Oh, es cierto que mis intentos de ayudar han acabado por parecerse más a una batalla de voluntades, y supongo que eso apenas resulta sorprendente, y sí, imagino que el que creas que te odio el de esperar, o lo era cuando aún eras una niña y entraste aquí por primera vez. Pero ahora eres una jovencita, Élise, y deberías saber juzgar mejor. No he leído de tu diario nada más que lo que necesitaba para poder establecer tu culpa, aunque ha sido suficiente para saber que tu futuro se orienta en una dirección muy diferente a la de la mayoría de mis pupilas aquí, y solo por eso me siento complacida. Nadie con tu espíritu debería acomodarse a una vida doméstica.

La miré fijamente, sin terminar de creer lo que estaba escuchando, pero ella dejó pasar unos instantes para que lo asimilara, antes de continuar con voz más suave:

—Y ahora nos encontramos en una difícil encrucijada, pues ambas hemos hecho algo horrible y ambas queremos algo que la otra quiere. Yo quiero silencio de ti sobre lo que has visto; y tú quieres de mí una carta para tu padre. —Me pasó el diario deslizándolo a través de la mesa—. Voy a darte esa carta. Voy a mentir por ti. Voy a decirle que pasarás parte de tu último año en Londres para que puedas hacer lo que tengas que hacer, y cuando hayas exorcizado lo que quiera que sea que te impulsa a marchar, confío en que sea una Élise de la Serre diferente la que vuelva a mí. Alguien que ha conservado el espíritu de una niña, pero abandonado los exaltados impulsos juveniles.

»Tendré la carta lista esta tarde —concluyó, y me levanté para salir, sintiéndome apaciguada, la vergüenza haciendo que me pesara la cabeza. Cuando estaba a punto de alcanzar la puerta, su voz me detuvo—. Y una cosa más, Élise. Jacques no es mi amante. Es mi hijo.

No creo que Madre se sintiera demasiado orgullosa de mí en ese momento.

7 de febrero de 1788

i

Ahora estoy muy lejos de Saint-Cyr. Y después de unos bastante tumultuosos dos últimos días escribo esta entrada en…

Pero no. No adelantemos acontecimientos. Volvamos a cuando me subí al carruaje que me llevaba lejos de mi temido *Le Palais de la Misère*, cuando ya no hubo nadie por quien echar la vista atrás, ni amigos para desearme *Bon voyage* y menos aún la señora Levene de pie junto a la ventana ondeando su pañuelo. Solo yo y mi baúl atado en la parte de arriba del carruaje.

—Ya hemos llegado —indicó el cochero al acercarnos a los muelles de Calais.

Era tarde y el mar estaba oscuro, apenas un ondulante resplandor más allá de los adoquines del puerto y los oscilantes mástiles de los barcos atracados. Sobre nuestras cabezas, los agudos graznidos de las gaviotas, y alrededor, la gente del muelle dando tumbos de taberna en taberna, la noche en pleno apogeo, una algarabía pendenciera flotando en el aire. Mi cochero lanzó un vistazo de desaprobación a izquierda y derecha y luego se encaramó sobre el estribo para soltar mi baúl antes de posarlo sobre los adoquines del muelle. Cuando abrió la portezuela para ayudarme a bajar, sus ojos asombrados parecieron salírsele de las órbitas. No era la misma chica a la que había recogido.

¿Por qué? Porque durante el viaje me había cambiado de ropa. Me había despojado del odioso vestido y ahora vestía calzones, una camisa, chaleco y levita. Además, había decidido descartar el espantoso gorrito, soltando las horquillas de mi cabello y recogiéndolo hacia atrás. Cuando me apeé del carruaje, me calé el tricornio en la cabeza e, inclinándome sobre el baúl, lo abrí bajo la mirada enmudecida del cochero. Mi baúl estaba lleno de ropa y baratijas que odiaba y de las que pensaba desembarazarme. Lo único que necesitaba era mi bolsa de viaje; eso y la espada corta que saqué de las profundidades del baúl y ceñí alrededor de mi cintura, dejando que mi bolsa cayera sobre ella para ocultarla.

—Puede quedarse con el baúl, si quiere —indiqué. Saqué una pequeña bolsita de cuero de mi chaqueta y le di unas monedas.

—¿Y quién se encargará de escoltarla aquí? —replicó, guardándose el dinero mientras miraba a su alrededor, escrutando a los juerguistas nocturnos que merodeaban por el muelle.

—Nadie.

Me lanzó una mirada desconfiada.

—¿Se trata de algún tipo de chanza?

—No, ¿por qué iba a serlo?

—No puede deambular sola por los muelles a estas horas.

Puse otra moneda en su palma. Él la miró.

—No —declaró decidido—. No, me temo que no puedo consentirlo.

Dejé una moneda más en su palma.

—Está bien —accedió—. Será bajo su responsabilidad. Pero al menos manténgase lejos de las tabernas y cerca de alguna farola. Tenga cuidado con los muelles, son altos y desnivelados, y muchos desgraciados han caído de ellos por acercarse demasiado al borde para mirar. Y no sostenga la mirada a nadie. Oh, y haga lo que haga, mantenga esa bolsa escondida.

Sonreí dulcemente, sabiendo que no haría caso a su consejo sobre las tabernas, porque allí era precisamente donde pretendía ir. Vi como el carruaje se alejaba, y entonces me dirigí directamente a la más cercana.

La primera con la que me topé parecía no tener nombre pero, colgando por encima de una hilera de ventanas, había un desvencijado cartel de madera en el que estaban toscamente dibujadas un par de cornamentas, así

que digamos que se llamaba La Cornamenta. Mientras me tomaba unos segundos para reunir el valor de entrar, la puerta se abrió, dejando escapar una ráfaga de aire caliente, el exuberante sonido de un piano y el hedor de la cerveza, así como a un hombre y una mujer, de mejillas sonrosadas y un tanto tambaleantes, sujetándose el uno al otro. Aproveché ese instante para echar un vistazo al interior de la taberna, y fue como mirar dentro de un horno antes de que la puerta se cerrara rápidamente y el muelle quedara de nuevo en silencio, el barullo del interior de La Cornamenta reducido a un mero murmullo de fondo.

Traté de insuflarme ánimos. *Está bien, Élise. Querías alejarte de ese remilgado y correcto colegio, de las reglas y normas que tanto odiabas. Al otro lado de esa puerta reside exactamente lo opuesto a ese colegio. La pregunta es: ¿eres realmente tan dura como crees?*

(La respuesta, que estaba a punto de descubrir, era no).

Entrar en ese tugurio era como penetrar en un nuevo mundo esculpido exclusivamente con humo y ruido. Un sonido de risas estridentes, de pájaros graznando, de piano aporreado y cánticos de borrachos asaltó mis oídos.

Era una habitación pequeña, con una galería en uno de los extremos y jaulas de pájaros colgando de las vigas, y estaba atestada de borrachos. Hombres repantingados sobre las mesas o en el suelo, mientras la galería daba la impresión de soportar un enorme peso debido a la gente que se asomaba desde ella para arengar a los juerguistas de más abajo. Permanecí junto a la puerta, oculta entre las sombras. Los bebedores más cercanos me miraron con interés y escuché un silbido de admiración a través de la algarabía. Entonces mi mirada se cruzó con la de una mujer con delantal que atendía a los clientes y acababa de dejar dos jarras de cerveza en una mesa, la bebida captando afortunadamente la atención de los hombres sentados en ella.

—Estoy buscando al capitán de un barco que parta mañana hacia Londres —dije alzando la voz.

Ella se secó las manos en el delantal y puso los ojos en blanco.

—¿Algún capitán en particular? ¿Algún barco en particular?

Negué con la cabeza. Me era indiferente.

Ella asintió, mirándome de arriba abajo.

—¿Ve esa mesa del fondo? —Entorné los ojos para escrutar a través de la nube de humo y los cuerpos que se arrastraban por el local hasta una mesa en el rincón más alejado.

—Suba allí y hable con el que llaman Mediano. Dígale que le envía Clémence.

Miré más detenidamente, distinguiendo tres hombres sentados con las espaldas apoyadas en la pared del fondo, la cortina de humo dándoles la apariencia de fantasmas, como si fueran los espíritus de unos bebedores condenados a regresar a la taberna eternamente.

—¿Cuál de ellos es Mediano? —pregunté a Clémence.

Ella soltó una carcajada mientras se alejaba.

—Es el que está en medio.

Sintiéndome expuesta, empecé a abrirme paso hacia Mediano y sus dos amigos. Los rostros se giraban mientras avanzaba entre las mesas.

—Vaya, ahí tenemos a una atractiva pequeña demasiado joven para un sitio como este —escuché, junto con un par de insinuaciones indecentes que la modestia me impide compartir. Di gracias a Dios por el humo, la penumbra y el estado general de ebriedad que inundaba aquel lugar, lo que implicaba que solo aquellos más cercanos se fijaban en mí.

Llegué hasta los tres individuos, plantándome ante la mesa donde estaban sentados contemplando la habitación con sus picheles en la mano, hasta que apartaron la vista del jolgorio y la dirigieron hacia mí. Mientras que otros me habían mirado con sonrisa lasciva, puesto mala cara o soltado obscenos comentarios de borracho, ellos simplemente me observaron de forma apreciativa. Mediano, más pequeño que sus otros dos compañeros, estaba mirando a mis espaldas y me volví a tiempo para captar la mirada de la sonriente sirvienta antes de que desapareciera.

Uy, uy. De pronto fui consciente de lo lejos que me hallaba de la puerta. Aquí, en las profundidades de la taberna, estaba aún más oscuro. Los bebedores detrás de mí parecieron haberse apretujado a mi alrededor. Las llamas del fuego que ardía en la chimenea titilaban sobre los muros, mientras los rostros de los tres hombres me observaban. Pensé en el consejo de mi madre y me pregunté lo que diría el señor Weatherall. Mantente

impasible pero vigilante. Examina la situación. (E ignora esa molesta sensación de que deberías haber hecho todo eso antes de entrar en la taberna).

—¿Qué hace una joven bien vestida sola en un sitio como este? —preguntó el hombre del medio. Luego sacó una larga pipa del bolsillo de su pecho y, sin sonreír, la encajó en el hueco entre sus torcidos y ennegrecidos dientes, mascando la boquilla con una encía rosa.

—Me han dicho que podría ayudarme a encontrar al capitán de un barco —contesté.

—¿Y para qué querrías ver a un capitán?

—Para un pasaje a Londres.

—¿A Londres?

—Si —contesté.

—Querrás decir a Dover.

Sentí como me sonrojaba, tragándome mi estupidez.

—Por supuesto —repliqué.

Los ojos de Mediano bailaron divertidos.

—Y necesitas un capitán para ese viaje, ¿no es así?

—Precisamente.

—Bueno, ¿y por qué no tomas el paquebote?

La sensación de estupidez regresó desde lo más hondo de mis entrañas.

—¿El paquebote?

Mediano reprimió una sonrisa.

—No importa, muchacha. ¿De dónde vienes?

Alguien me empujó bruscamente desde atrás. Lo aparté con el hombro y escuché a un borracho rebotar contra una mesa cercana, derramando las bebidas y siendo violentamente maldecido por sus molestias antes de caer al suelo.

—De París —contesté a Mediano.

—Conque París, ¿eh? —Se sacó la pipa de la boca y un hilillo de saliva cayó sobre la mesa cuando la usó para señalar—. Sin duda de alguna de las zonas más finas de la ciudad, imagino. Que me aspen si no salta a la vista solo con mirarte.

Guardé silencio.

La pipa volvió a su sitio. La encía rosa mascando de nuevo.

—¿Cómo te llamas, muchacha?

—Élise —contesté.

—¿Sin apellido?

Hice un gesto evasivo.

—¿Podría ser que reconociera tu apellido?

—Valoro mi privacidad, eso es todo.

Volvió a asentir.

—Bien —continuó—, creo que puedo encontrar un capitán para que hables con él. De hecho, mis amigos y yo nos disponíamos a salir para encontrarnos con ese hombre en particular y tomar un par de cervezas con él. ¿Por qué no te unes a nosotros?

Lo dijo como dándolo por hecho…

Aquello no iba nada bien. Me tensé, consciente del clamor a mi alrededor, rodeada de bebedores y aun así, totalmente sola, y entonces hice una leve inclinación de cabeza sin apartar mis ojos de ellos.

—Les agradezco su tiempo, caballeros, pero lo he pensado mejor.

Mediano pareció desconcertado y sus labios se abrieron en una sonrisa, revelando más dientes podridos. Sin duda eso era lo que un pececillo vería segundos antes de ser devorado por un tiburón.

—¿Lo has pensado mejor? —repitió mirando de reojo a izquierda y derecha a sus dos corpulentos compañeros—. ¿Qué quieres decir? ¿Acaso has decidido que ya no quieres ir a Londres? ¿O es que tal vez mis amigos y yo no te parecemos suficientemente marineros?

—Algo así —repuse, fingiendo no advertir que el hombre a su izquierda apartaba la silla dispuesto a levantarse y que el del otro lado se inclinaba hacia delante casi imperceptiblemente.

—Recelas de nosotros, ¿es eso?

—Podría ser —asentí con la barbilla firme. Crucé los brazos sobre el pecho aprovechando la oportunidad para llevar el brazo derecho más cerca de la empuñadura de mi espada.

—¿Y eso a qué se debe? —inquirió.

—Bueno, para empezar, no me ha preguntado cuánto puedo pagar.

Volvió a sonreír.

—Oh, eso no importa, te ganarías el pasaje a Londres.

Fingí no entender a qué se refería.

—Pues eso está muy bien, y le agradezco su tiempo, pero yo misma me ocuparé de mi pasaje.

Se rio abiertamente.

—Ocuparnos de tu pasaje era precisamente lo que teníamos en mente.

Una vez más dejé que el comentario me resbalara.

—Debo marcharme, messieurs —anuncié haciendo una leve inclinación y girando sobre mis talones para abrirme paso entre la multitud.

—No, no lo harás —aseguró Mediano, y con un gesto de su dedo índice lanzó a sus dos perros sobre mí.

Los hombres se levantaron, llevando sus manos a la empuñadura de las espadas que llevaban en la cintura. Retrocedí, echándome a un lado. Saqué mi propia espada y la blandí contra el primero, un movimiento que les detuvo en seco a ambos.

—Oh —exclamó uno, y los dos se echaron a reír. Eso me desconcertó. Durante un instante no supe cómo reaccionar cuando Mediano buscó en el interior de su chaqueta y sacó una daga curva al tiempo que el segundo hombre borraba la sonrisa de su rostro y se acercaba a mí.

Traté de rechazarle con la espada pero no fui lo suficientemente contundente, y además había demasiada gente alrededor. Lo que hubiera sido un certero corte de advertencia en su cara resultó inútil.

«Debes usarla para practicar».

Pero no lo había hecho. En los casi diez años de internado apenas había practicado con la espada, y aunque había tenido oportunidades cuando el dormitorio se quedaba tranquilo, solo sacaba la caja del escondite donde estaba guardada para abrirla e inspeccionar si el acero estaba pulido, deslizando mis dedos sobre la inscripción de la hoja. Sin embargo, rara vez la había llevado a un lugar privado para poder practicar mi entrenamiento. Solo lo suficiente para evitar que mi destreza se calcificara completamente, pero no lo bastante para evitar que se oxidara.

Ya fuera por falta de entrenamiento o por mi inexperiencia, o más bien por una combinación de las dos, el resultado era que me hallaba penosamente preparada para enfrentarme a esos tres hombres. Y cuando

llegó el momento, no fue un deslumbrante juego de espadas lo que me envió de un revolcón a los húmedos y pegajosos tablones impregnados de serrín de la taberna, sino un empellón con las dos manos del primero de los secuaces que me tuvo a su alcance. Él había visto lo que a mí se me había escapado. Detrás de mí yacía el mismo borracho que me había empujado con anterioridad, y cuando retrocedí, y mis tobillos chocaron con él, perdí el equilibrio, caí y, al instante siguiente, estaba tendida sobre él.

—Monsieur —llamé, confiando en que de alguna manera mi desesperación pudiera penetrar a través del velo del alcohol, pero sus ojos estaban vidriosos y su cara húmeda por la bebida. Un segundo más tarde estaba gritando de dolor cuando el tacón de una bota aterrizó en el dorso de mi mano, aplastando la carne y haciéndome soltar la espada. Otro puntapié lanzó mi querida espada lejos. Rodé, tratando de ponerme en pie, pero unas manos me agarraron, levantándome. Mis ojos desesperados pasaron de la muchedumbre que se había apartado, la mayoría riéndose mientras disfrutaban del espectáculo, al postrado borracho y, de nuevo, a mi espada corta, que para entonces estaba debajo de la mesa a salvo. Pataleé y me retorcí. Delante de mí estaba Mediano empuñando su hoja curva, los labios encogidos en una sonrisa triste y los dientes aún clavados en la boquilla de la pipa. Escuché una puerta abrirse detrás de mí y noté una súbita ráfaga de viento frío, y entonces alguien me arrastró fuera, hacia la noche.

Todo sucedió rápidamente. Un momento antes estaba en la calurosa taberna y, al siguiente, en un patio prácticamente vacío, solos Mediano, sus dos secuaces y yo. Me depositaron en el suelo donde me quedé un segundo atontada, refunfuñando y recuperando el aliento, tratando de mostrarles un rostro valiente, pero por dentro pensando: *Estúpida; estúpida, inexperta y arrogante niña*.

¿En qué demonios había estado pensando?

El patio estaba abierto al muelle de delante de La Cornamenta, por donde la gente pasaba, ya fuera ignorante o indiferente a mi aprieto y, no muy lejos, distinguí un carruaje. Mediano se subió a él, uno de sus matones agarrándome bruscamente por los hombros mientras el otro abría la portezuela. Pude vislumbrar la presencia de otra niña en el interior, más joven que yo, tal vez de quince o dieciséis años, con largos cabellos rubios

que le llegaban hasta los hombros, y un andrajoso sayo marrón, el sayo de faena de una campesina. Sus ojos estaban muy abiertos y asustados y la boca emitía una llamada de socorro que no pude escuchar por encima del sonido de mis propios chillidos y gritos. El matón me transportaba con facilidad, pero cuando me balanceó para arrojarme al interior del carruaje, mis pies encontraron apoyo en un lateral y, con las rodillas dobladas, me impulsé, obligándole a retroceder y haciéndole maldecir. Aproveché mi ventaja para retorcerme de nuevo, de modo que esta vez perdió pie y ambos caímos al suelo.

Nuestro baile fue acogido con una oleada de risas por parte de Mediano desde la parte superior del carruaje, así como del otro secuaz que sujetaba la portezuela. Por detrás de sus risas pude escuchar los sollozos de la chica y supe que si esos matones conseguían meterme en el carruaje, ambas estaríamos perdidas.

Entonces la puerta trasera de la taberna se abrió, cortando sus risotadas con una ráfaga de ruido, calor y humo, y una figura irrumpió tambaleante, mientras se hurgaba en los calzones.

Era el mismo hombre borracho que me había empujado. Se plantó con las piernas separadas, dispuesto a orinar en el muro de la taberna y echando la cabeza hacia atrás.

—¿Todo bien ahí fuera? —graznó, la cabeza colgando mientras volvía al importante asunto de desabrochar los botones de sus calzones.

—No, señor —empecé, pero el primer matón me agarró tapándome la boca y amortiguando mi grito. Me retorcí tratando de morderle, sin éxito. Aún sentado en el pescante, Mediano bajó la vista hacia todos nosotros: hacia mí, aplastada contra el suelo y amordazada por la mano del primer matón; al borracho aún luchando con sus calzones; al segundo secuaz esperando instrucciones con el rostro vuelto hacia arriba. Mediano se pasó un dedo a través de la garganta.

Redoblé mis esfuerzos por liberarme, gritando en la mano que me aplastaba la boca e ignorando el dolor de sus codos y rodillas clavados en mi cuerpo mientras me revolcaba por el suelo, confiando de alguna forma en soltarme o, al menos, hacer el suficiente ruido para atraer la atención del borracho.

Tras echar una ojeada hacia la entrada del patio, el segundo matón sacó silenciosamente su espada y luego se movió hasta el incauto borracho. Atisbé a la chica del carruaje. Se había movido del asiento y ahora miraba al exterior. *Grita, adviértele*. Quise chillar pero no pude y en su lugar traté de clavar mis dientes y morder la sudorosa mano que cubría mi boca. Durante un segundo nuestros ojos se encontraron e intenté urgiría simplemente con el poder de mi mirada, parpadeando frenéticamente y abriendo mucho los ojos en dirección al borracho que seguía concentrado en sus calzones, la muerte apenas a un palmo de distancia.

Pero ella no podía hacer nada. Estaba demasiado aterrada. Demasiado asustada para gritar y demasiado asustada para molerse, y el borracho iba a morir y los matones nos meterían en el carruaje y luego en un barco y después…, bueno, digamos simplemente que empezaría a desear estar de vuelta en el colegio.

La hoja se alzó. Pero entonces sucedió algo. El borracho se dio la vuelta, con más rapidez de lo que hubiera creído posible, y en sus manos advertí mi espada corta, que centelleó, probando la sangre por primera vez mientras rajaba la garganta del matón, que se abrió esparciendo una bruma carmesí por el patio.

Durante tal vez medio segundo la única reacción fue de sorpresa, el único ruido el de la vida abandonando al malhechor. Entonces, con un rugido de rabia y desafío, el primer matón apartó su rodilla de mi cuello y se lanzó sobre el borracho.

Por un instante me había permitido creer que su borrachera era fingida y que, en realidad, era un experto espadachín haciéndose pasar por un borracho. Pero no, mientras permanecía ahí, tambaleándose de un lado a otro y tratando de enfocar al hombre que avanzaba hacia él, comprendí que si bien podía ser un experto espadachín, estaba verdaderamente borracho. De pronto, el primer matón cargó enfurecido contra él, empuñando su espada. No era algo bonito, pero, a pesar de estar ebrio, mi salvador pareció esquivarle con facilidad y, lanzando una estocada de derecha a izquierda con mi espada corta, alcanzó el brazo del hombre arrancándole un grito de dolor.

Por encima de mí escuché: «¡Arre!» y levanté la vista a tiempo para ver a Mediano sacudir las riendas. Para él la batalla había terminado, pero no pensaba marcharse con las manos vacías. Cuando el carruaje se movió hacia la entrada con la portezuela del pasajero oscilando a un lado y al otro, me puse en pie y salí tras él, alcanzando el interior justo cuando llegaba a la estrecha entrada del patio.

Tenía una única oportunidad. Un solo momento. «Agarra mi mano», grité y, a Dios gracias, esta vez la chica fue más decidida de lo que lo había sido hasta entonces. Con desesperación, y ojos asustados, soltó un grito gutural, se estiró a través del asiento y agarró la mano que le tendía. Tiré de ella arrastrándola fuera del carruaje justamente cuando este atravesaba la entrada del patio y desaparecía, traqueteando por los adoquines del muelle. Me llegó un grito por la izquierda. Era el matón que faltaba. Vi como su boca se abría ante la sorpresa del abandono.

El espadachín borracho le hizo pagar su momento de indignación. Corrió al lugar donde estaba y mi espada probó la sangre por segunda vez.

El señor Weatherall me había hecho prometer en su día que no pondría nombre a mi espada. Ahora, mientras contemplaba al esbirro resbalar a lo largo de la hoja empapada en sangre y caer muerto al suelo, entendí por qué.

ii

—Gracias, señor —dije en medio del silencio que descendió sobre el patio tras el fragor de la pelea.

El espadachín borracho me miró. Tenía el largo cabello recogido en la nuca, altas mejillas y mirada ausente.

—¿Podría saber su nombre, señor? —grité.

Podríamos habernos conocido en cualquier civilizado acto social, salvo por los dos cuerpos tendidos en el suelo, eso y el hecho de que él sostenía una espada manchada de sangre. Se movió como si quisiera devolverme la espada, comprendió que necesitaba limpiarla, buscó algún sitio donde

secarla y entonces, al no encontrar nada, se acercó al cuerpo del matón más próximo. Cuando terminó de frotarla contra él, levantó un dedo y dijo: «Discúlpeme», y volviéndose de espaldas vomitó contra el muro de La Cornamenta.

La chica rubia y yo nos miramos. El dedo aún seguía levantado mientras el borracho se sacudía con las últimas arcadas, escupía una última bocanada y luego se giraba intentando rehacerse antes de quitarse un sombrero imaginario, hacer una exagerada reverencia y presentarse a sí mismo.

—Soy el capitán Byron Jackson. A su servicio.

—¿Capitán?

—Sí. Eso es lo que intentaba decirle en la taberna antes de que me empujase tan descortésmente.

Me enfurecí.

—Yo no hice tal cosa. Usted fue muy grosero. Usted fue quien me empujó. Estaba borracho.

—Corrija, estoy borracho. Y tal vez fui algo grosero. Sin embargo, no puede ignorar el hecho de que aun borracho y grosero también estaba intentando ayudarla. O, cuando menos, apartarla de las garras de esos réprobos.

—Bueno, eso no lo consiguió.

—Claro que sí —replicó ofendido y luego pareció reflexionar—. Al final, lo hice. Y a propósito, más vale que nos vayamos antes de que los soldados descubran estos cuerpos. Busca pasaje a Dover, ¿no es cierto?

Me vio vacilar e hizo un gesto con el brazo hacia los dos cadáveres.

—Sin duda he demostrado mi idoneidad como escolta, ¿no? Le prometo, señorita, que, por mucho que las apariencias digan lo contrario, con mi ebriedad y, tal vez, ciertos modales un tanto groseros, vuelo como los ángeles. Simplemente mis alas están un poco más quemadas.

—¿Por qué debería confiar en usted?

—No tiene que confiar en mí —repuso encogiéndose de hombros—. Me trae al fresco en quién confíe. Vuelva ahí dentro y podrá coger el paquebote.

—¿El paquebote? —repetí, irritada—. ¿Qué es el paquebote?

—El paquebote es cualquier barco que transporte correo o mercancías a Dover. Virtualmente cada hombre que está ahí dentro es patrón de un paquebote y estará en proceso de emborracharse, porque las mareas y los vientos son propicios esta noche para poder cruzar. Así que, si tanto interés tiene, vuelva ahí dentro, enseñe una moneda y se asegurará un pasaje. ¿Quién sabe? Tal vez tenga suerte y se encuentre en compañía de otras finas damas viajeras como usted. —Hizo una mueca—. Aunque puede que no, supuesto…

—¿Y usted qué saca si me decido a acompañarle?

Se rascó la nuca, con expresión divertida.

—Este solitario comerciante se sentiría muy contento de tener compañía durante la travesía.

—Mientras el solitario comerciante no se forme ideas equivocadas.

—¿Como cuáles?

—Como las formas en las que podría pasar el tiempo.

Me lanzó una mirada dolida.

—Puedo asegurarle que esa idea no ha cruzado nunca mi mente.

—Y usted, por supuesto, ¿nunca se plantearía decir una mentira? —pregunté.

—Desde luego que no.

—Algo así como decir que es comerciante cuando, en realidad, es contrabandista.

Él levantó las manos.

—Oh, esta sí que es buena. Nunca ha oído hablar de un paquebote y piensa que puede navegar directamente a Londres, pero me toma por contrabandista.

—Entonces ¿*es* contrabandista?

—Veamos, ¿quiere el pasaje o no?

Lo consideré durante un momento.

—Sí —contesté, y di un paso al frente para recuperar mi espada.

—Dígame, ¿qué dice la inscripción cerca del puño? —preguntó, tendiéndomela—. Yo mismo la leería si no estuviera borracho.

—¿Está seguro de que sabe leer? —repliqué sarcástica.

—Oh, vaya. Ciertamente mi dama se ha dejado engañar por mis bruscos modales. ¿Qué podría hacer para convencerla de que soy un caballero?

—Bueno, podría intentar comportarse como tal —alegué.

Tomé la espada que me tendía y, sosteniéndola en mi palma, leí la inscripción del puño. «Que el padre del entendimiento sea tu guía. Con amor, Madre», y luego, antes de que pudiera decir nada, acerqué la punta de la espada a su cuello y presioné la piel de su garganta.

—Y por su vida que si hace cualquier cosa para dañarme, le atravesaré con ella —espeté.

Él se tensó, levantó los brazos, y deslizó la mirada a lo largo de la hoja hasta mí con ojos que parecían sonreír demasiado para mi gusto.

—Lo prometo, señorita. Por tentador que sea tocar a una criatura tan exquisita como usted, me aseguraré de mantener las manos lejos. Y, por cierto —añadió, mirando por encima de mi hombro—, ¿qué pasa con su amiga?

—Me llamó Hélène —dijo la chica rubia acercándose. Su voz aún temblorosa—. Estoy en deuda con la señorita de por vida. Ahora le pertenezco a ella.

—*¿Qué?*

Dejé caer el brazo de la espada y me volví para mirarla.

—No, desde luego que no. No me pertenece. Debe encontrar a su gente.

—No tengo a nadie. Soy suya, señorita —declaró, y nunca vi un rostro tan sincero.

—Creo que ya está todo dicho —declaró Byron Jackson a mis espaldas. Mi mirada pasó de él a ella, sin encontrar palabras.

Y de esa forma adquirí una doncella y un capitán.

iii

Byron Jackson resultó ser, efectivamente, un contrabandista. Un caballero inglés haciéndose pasar por caballero francés, que atiborraba su pequeño barco, el *Granny Smith*, con té, azúcar o cualquier otro producto

fuertemente gravado por su gobierno, navegando hasta la costa este de Inglaterra, y que, por medios que solo podía describir como «mágicos», lo pasaba de contrabando por las aduanas.

Hélène, en cambio, era una chica campesina que había visto morir tanto a su madre como a su padre y, viéndose sola, había viajado a Calais confiando en poder encontrar a su último pariente vivo, su tío Jean. Quería empezar una nueva vida con él; pero, en su lugar, este la vendió a Mediano. Y, por supuesto, Mediano querría que le devolvieran su dinero y el tío Jean se lo habría gastado un día o dos después de recibirlo, de modo que Hélène podría tener problemas si se quedaba. Así que permití que estuviera en deuda conmigo, y formamos una compañía de tres mientras nos alejábamos de la costa de Calais. El *Granny Smith* era una pequeña goleta de dos mástiles —con solo nosotros tres a bordo—, pero era robusta y notablemente hogareña.

Y ahora puedo escuchar el sonido de la cena al ser dispuesta. Nuestro gracioso anfitrión ha prometido una copiosa pitanza. Dice tener suficiente comida para los dos días que dura la travesía.

8 de febrero de 1788

i

—Si va a ser su doncella debería aprender algunos modales —sugirió Byron Jackson durante la cena.

Lo que, considerando que bebía constantemente de su botella de vino y comía con la boca abierta y los codos apoyados en la mesa, era una afirmación cargada de un pasmoso grado de hipocresía.

Miré a Hélène. Había arrancado un trozo de pan, lo había echado en su sopa y estaba a punto de llevarse el empapado mendrugo a la boca, pero se detuvo en seco y ahora nos contemplaba desde debajo de su cabello, como si estuviéramos hablando en una lengua extranjera incomprensible.

—Ella está bien tal cual es —repliqué, burlándome mentalmente de la señora Levene, mi padre, los Cuervos y cualquier sirviente de nuestra casa de Versalles, todos los cuales se hubieran mostrado horrorizados por los modales en la mesa de mi nueva amiga.

—Están bien para tomar la cena a bordo de un barco de contrabando —respondió Byron alegremente—, pero no quedarán tan bien cuando intente hacerla pasar por su doncella en Londres durante esa «misión secreta» que se trae entre manos.

Le lancé una mirada irritada.

—No es una misión secreta.

Sonrió.

—Tal vez esté equivocado. En cualquier caso, va a tener que enseñarle a comportarse en público. Para empezar deberá dirigirse a usted como «señorita». Y necesita conocer las normas básicas de la etiqueta y el decoro.

—Sí, de acuerdo, gracias, Byron —contesté remilgada—. No necesito que me explique los modales en la mesa. Yo misma le enseñaré.

—Como usted diga, señorita —repuso, y sonrió.

Lo hacía a menudo. Tanto el referirse sarcásticamente a mí como «señorita» como sonreír.

Cuando la cena terminó, Byron tomó su botella de vino y algunas pieles de animales, subió a cubierta y nos dejó para que nos preparásemos para dormir. Me pregunté qué estaría haciendo ahí arriba, en qué estaría pensando.

Al día siguiente navegamos todo el día. Byron aseguró el timón con una cuerda y luego él y yo entrenamos, mis descuidadas habilidades con la espada empezando a recuperar su antigua forma mientras me deslizaba a través de los tablones y nuestros aceros chocaban. Pude advertir que estaba impresionado. Soltó una carcajada y sonrió, animándome. Era un contrincante mucho más apuesto que el señor Weatherall, aunque tal vez un poco menos disciplinado.

Esa noche, después de cenar, Hélène se retiró a su litera en el estrecho cubículo que llamábamos nuestra cabina, debajo de cubierta, mientras Byron salía a manejar el timón. Solo que esta vez, yo también busqué una piel de animal y subí.

—¿Alguna vez ha usado su espada con rabia? —preguntó cuando me uní a él en la cubierta superior. Se había sentado y conducía el timón con los pies a la vez que bebía de su petaca forrada de cuero.

—¿Por rabia, quiere decir…?

—Bueno, empecemos: ¿alguna vez ha matado a alguien?

—No.

—¿Sería la primera vez, entonces? ¿Si trato de tocarla sin su permiso?

—Exactamente.

—En ese caso, tendré que asegurarme de tener su permiso, ¿no es así?

—Créame, nunca lo obtendrá, señor. Estoy prometida con otro. Le ruego que vuelque sus atenciones en otra parte.

No era verdad, por supuesto. Arno y yo no estábamos prometidos. Y, sin embargo, mientras permanecía en cubierta, con el mar moteado por la luna lamiendo el casco y la placidez de la noche rodeándome, luché contra una súbita sensación de estar muy lejos de casa, y la consciencia de que, por encima de todo, echaba de menos a Arno. Por primera vez comprendí que mi amor por él iba más allá de una amistad infantil. No solo «quería» a Arno. Lo amaba.

Frente a mí, Byron asintió, como si pudiera leer mis pensamientos y advertir que, al menos en este asunto, hablaba en serio, dándose cuenta de que yo era un premio que no podría reclamar.

—Lo entiendo —declaró—. Ese «otro» es un hombre afortunado.

Levanté la barbilla.

—Usted lo ha dicho.

Volvió a adoptar una actitud más formal y alzó la punta de su espada.

—Comencemos, pues. ¿Alguna vez ha cruzado su espada con un oponente?

—Desde luego.

—¿Un oponente que quisiera hacerle daño?

—No —admití.

—Está bien. ¿Alguna vez ha utilizado su espada para protegerse?

—Claro que sí.

—¿Cuántas veces?

—Una.

—Y fue en esa ocasión, ¿no es cierto? ¿Allá en la taberna?

Apreté los labios.

—Sí.

—Pero entonces no le fue demasiado bien, ¿verdad?

—No.

—¿Y por qué cree que fue?

—Ya sé por qué fue, gracias —repliqué—. No necesito que alguien como usted me lo diga.

—Vamos, concédame esa satisfacción.

—Porque vacilé.

Él asintió pensativo, dio un buen tiento a su petaca y luego me la pasó. Eché un trago, sintiendo el alcohol expandirse cálidamente por mi cuerpo. No era estúpida. Sabía que el primer paso para ganar la confianza de una dama y llevarla al lecho era emborracharla. Pero hacía frío y era una agradable compañía, tal vez un poco frustrante y… Oh, y nada. Simplemente bebí.

—Eso es. ¿Qué debería haber hecho en su lugar?

—Mire, no necesito…

—¿Ah, no? Estuvo a punto de ser secuestrada. ¿Sabe lo que hubieran hecho con usted después de sacarla de ese patio? Desde luego no estaría en cubierta bebiendo vino con el capitán. Habría pasado el viaje bajo cubierta, tendida de espaldas, entreteniendo a la tripulación. A cada uno de los miembros de la tripulación. Y cuando hubiera llegado a Dover, deshecha, mental y físicamente, la habrían vendido como si fuera ganado. A las dos. A usted y a Hélène. Y todo eso si no fuera por mi presencia en la taberna. ¿Y aún piensa que no tengo derecho a decirle en qué se equivocó?

—Me equivoqué en primer lugar entrando en esa maldita taberna —reconocí.

Él arqueó una ceja.

—¿Ha estado antes en Inglaterra? —preguntó.

—No, pero fue un caballero inglés quien me enseñó a luchar con la espada.

Se rio.

—Y sin duda lo que él le diría si estuviera aquí sería que su vacilación estuvo a punto de costarle la vida. Una espada corta no es un arma de advertencia. Es un arma de acción. Si la saca, úsela, no la mueva simplemente alrededor. —Bajó los ojos, dio un largo trago a su petaca de cuero y me la pasó de nuevo—. Existen muchas razones para matar a un hombre: deber, honor, venganza. Todas ellas deberían hacerle pensar y, en consecuencia, proporcionarle una razón para cuando después se sienta culpable. Pero la autoprotección o la protección de otro, matar en nombre de la protección, es un motivo por el que no debería tener que preocuparse.

ii

Al día siguiente Hélène y yo nos despedimos de Byron Jackson en la playa de Dover. Él había declarado tener mucho trabajo por hacer para conseguir eludir los controles de la aduana, de modo que Hélène y yo tendríamos que arreglárnoslas solas. Aceptó las monedas que le di con una graciosa inclinación y nos marchamos.

Cuando tomábamos el sendero para alejarnos de la playa, me volví para encontrarlo observándonos marchar, le saludé con la mano, y me alegró ver que me devolvía el saludo. Después se dio la vuelta y desapareció, y nosotras continuamos subiendo hasta la cima, con el faro de Dover sirviéndonos de guía.

Aunque me habían advertido que el trayecto en carruaje a Londres podría ser peligroso a causa de los salteadores de caminos, nuestro viaje transcurrió sin incidentes y, al llegar a la capital, nos encontramos con una ciudad muy similar al París que había dejado atrás, con un manto de oscura niebla suspendido sobre los tejados y un amenazante río Támesis abarrotado de tráfico fluvial. El mismo hedor a humo, estiércol y caballo mojado.

Tomamos un coche de caballos y me dirigí al cochero en perfecto inglés.

—Disculpe, señor, ¿sería tan amable de transportarnos a mí y a mi amiga a casa de los Carroll en Mayfair?

—¿Qué diablos *tá* diciendo? —Nos miró por el ventanillo de comunicación. En lugar de intentarlo de nuevo, decidí pasarle simplemente el trozo de papel con la dirección. Entonces, en cuanto nos pusimos en marcha, Hélène y yo cerramos las cortinas y nos turnamos para tapar la abertura mientras nos cambiábamos. Recuperé mi para entonces bastante arrugado y desaliñado vestido del fondo de la bolsa de viaje e instantáneamente lamenté no haber dedicado más tiempo a doblarlo con cuidado. Mientras tanto, Hélène descartó su sayo de campesina en favor de mis calzones, camisa y chaleco, consiguiendo apenas alguna mejora

teniendo en cuenta la suciedad que había acumulado durante los tres últimos días, pero tendría que servir.

Finalmente llegamos a la mansión de los Carroll en Mayfair, donde el cochero nos abrió la portezuela poniendo la ya familiar expresión de asombro cuando dos chicas vestidas de forma diferente se materializaron ante sus ojos. Se ofreció a llamar a la puerta y presentarnos, pero le despedí dándole una moneda de oro.

Y entonces, mientras esperábamos frente a las dos columnas a cada lado de la entrada, mi nueva doncella y yo respiramos hondo, escuchando los pasos acercarse antes de que la puerta se abriera y un hombre con librea y cara redonda, que olía ligeramente a abrillantador de plata, nos recibiera.

Me presenté y él asintió, reconociendo mi nombre, o al menos dando esa impresión, y luego nos condujo a través de un opulento vestíbulo y a lo largo de una alfombrada galería, donde nos pidió que esperáramos delante de lo que parecía ser un comedor. El murmullo de conversación educada y el civilizado tintineo de la cubertería emanaban del interior.

Escuché como hablaba a través de la puerta entornada.

—Señora, tiene una visita. La señorita De la Serre de Versalles está aquí para verla.

Hubo un instante de asombrado silencio. Afuera en el pasillo me crucé con la mirada de Hélène y me pregunté si parecería tan preocupada como ella.

Entonces el mayordomo reapareció, indicando que podíamos pasar, y entramos para ver a los propietarios sentados a la mesa del comedor con aspecto de haber disfrutado de una copiosa comida: el señor y la señora Carroll, cuyas bocas se abrieron atónitas; May Carroll, que aplaudió con sarcástico deleite: «Oh, es la Apestosa», cacareó, y dado el humor en que me encontraba, con qué gusto me habría acercado a ella para soltarle una bofetada por sus comentarios; y el señor Weatherall, que ya se había puesto en pie, su cara sonrojada y sofocada.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo aquí?

11 de febrero de 1788

Mi protector me concedió un par de días para instalarme antes de venir a verme esta mañana. Mientras tanto, tomé prestada ropa de May Carroll, quien intentó por todos los medios dejar claro que los vestidos cedidos eran «viejos» y «un tanto pasados de moda», nada que ver con aquellos que vestía esta temporada, «pero para ti estarán bien, Apestosa».

—Si vuelves a llamarme así, te mato —amenacé.

—¿Cómo dices? —preguntó.

—Oh, no es nada. Gracias por los vestidos.

Y lo dije sinceramente. Para mi fortuna, había heredado el desprecio por la moda de mi madre, de modo que, aunque aquellos vestidos pasados de moda parecían claramente diseñados para irritarme, no consiguieron su propósito.

Lo que me irritaba era May Carroll.

Hélène, mientras tanto, había estado enfrentándose a la vida en la parte del servicio de la casa, descubriendo que los sirvientes eran aún más presumidos que los aristócratas de la parte noble. Hube de admitir que no estaba haciendo un buen trabajo cuando apareció ante nosotros disfrazada de doncella, realizando extrañas y absurdas reverencias mientras lanzaba constantes miradas de terror en mi dirección. Había que trabajar con Hélène, no cabía duda al respecto. Al menos los Carroll eran tan arrogantes y pagados de sí mismos que simplemente supusieron que Hélène era «muy francesa», y achacaron a ese motivo su ingenuidad.

justo entonces el señor Weatherall llamó a la puerta.

—¿Estás visible? —Le escuché decir.

—Sí, señor, estoy visible —contesté, y mi protector entró, pero se tapó inmediatamente los ojos.

—Condenada muchacha, dijiste que estabas visible —refunfuñó.

—*Estoy* visible —protesté.

—Pero ¿qué dices? Si estás en camisón.

—Sí, pero es visible.

Sacudió la cabeza detrás de su mano.

—No, verás, en Inglaterra, cuando decimos: «¿Estás visible?», significa: «¿Llevas la ropa puesta?».

El camisón de May Carroll era escasamente revelador, pero aun así no sentía ningún deseo de escandalizar al señor Weatherall, de modo que se retiró y unos momentos más tarde volvimos a intentarlo. Entró y se apartó una silla para sentarse mientras yo me encaramaba al borde de la cama. La última vez que le había visto fue la noche de nuestra llegada, cuando su rostro se puso como la grana al vernos entrar a Hélène y a mí en el comedor, ambas con aspecto de… —¿cómo fue la expresión que utilizó la señora Carroll?— «haberos peleado con un gato», por lo que rápidamente me vi obligada a improvisar la historia de que habíamos sido interceptadas por salteadores de caminos en la carretera entre Dover y Londres.

Había mirado a la mesa, contemplando esos rostros que había visto por primera vez una década atrás. La señora Carroll no había cambiado demasiado, ni tampoco su marido. Ambos lucían la habitual sonrisa indefinida tan apreciada por la clase alta inglesa. May Carroll, sin embargo, había crecido y, si acaso, su expresión de aburrida altanería parecía haberse consolidado desde que nos conocimos en Versalles.

Entretanto el señor Weatherall se vio obligado a fingir que estaba al tanto de nuestra llegada, disimulando su evidente sorpresa, así como su preocupación por mi bienestar. Los Carroll mostraron toda una colección de miradas atónitas haciéndonos numerosas preguntas, pero él y yo fanfarroneamos con suficiente confianza para evitar ser expulsados en el acto de allí.

Para ser sinceros, pensé que formábamos un buen equipo.

—¿A qué demonios crees que estás jugando? —me dijo ahora.

Le miré fijamente.

—Ya sabe a lo que estoy jugando.

—Por amor de Dios, Élise, tu padre va a matarme por esto. No soy precisamente santo de su devoción. Me voy a despertar con un cuchillo en la garganta.

—Todo ha ido como la seda con Padre —le tranquilicé.

—¿Y la señora Levene?

Tragué con fuerza, no queriendo pensar en la señora Levene si podía evitarlo.

—Con ella también.

Me lanzó una larga mirada de soslayo.

—Es mejor que no sepa nada, ¿no es cierto?

—Justamente —le aseguré—. No quiera saber nada.

Frunció el ceño.

—Bueno, ahora que estás aquí, tenemos que…

—Ya puede descartar cualquier idea de enviarme a casa.

—Oh, me encantaría enviarte de vuelta a casa si pudiera, si no creyera que al mandarte a casa de tu padre querría saber por qué, y entonces me metería en problemas aún peores. Y si los Carroll no tuvieran planes para ti…

Salté furiosa.

—¿*Planes* para mí? No soy su sierva. Soy Élise de la Serre, hija del Gran Maestro y futura Gran Maestro. No tienen autoridad sobre mí.

Puso los ojos en blanco.

—Oh, trata de dominarte, muchacha. Estás aquí, en Londres, como su invitada. Y no solo eso, esperas poder beneficiarte de sus contactos a fin de encontrar a Ruddock. Si no querías que tuvieran autoridad sobre ti, entonces tal vez hubiera sido mejor no haberte colocado en esta posición. —Empecé a protestar, pero él hizo un gesto levantando la mano para detenerme—. Mira, ser Gran Maestro no es solo manejar la espada y comportarse como si fueras el ombligo del mundo. Por el contrario, consiste más bien en moverse con diplomacia y habilidad política. Tu madre lo sabía. Tu padre lo sabe y ya va siendo hora de que tú también lo aprendas.

Suspiré.

—Entonces ¿qué? ¿Qué tengo que hacer?

—Pretenden introducirte en una casa aquí, en Londres. A ti y a tu doncella.

—¿Que quieren que yo *haga qué*?

—Introducirte. Infiltrarte.

—¿Quieren que espíe?

Se rascó su canosa barba, incómodo.

—Por así decirlo. Quieren que te hagas pasar por otra persona para así ganarte la confianza en la casa.

—Es decir, espiar.

—Bueno…, sí.

Lo pensé un momento, y decidí que, a pesar de todo, me gustaba bastante la idea.

—¿Será peligroso?

—Eso te gustaría, ¿no es cierto?

—Es mejor que la Maison Royale. ¿Cuándo podré saber más detalles de mi misión?

—Conociéndolos como los conozco, cuando ellos estén listos y preparados. Mientras tanto, te sugiero que dediques tu tiempo a adiestrar a esa pretendida doncella tuya. Tal y como se comporta ahora mismo no es de utilidad, ni siquiera sirve como adorno. —Me miró fijamente—. Supongo que no llegaré a saber nunca qué hiciste para inspirar semejante lealtad.

—Tal vez sea mejor que no lo sepa —repuse.

—Lo que me recuerda otra cosa, ya que estamos en ello.

—¿Qué es, señor?

Se aclaró la garganta, mirándose los zapatos y frotándose las uñas.

—Bueno, se trata de la travesía. Del capitán que encontraste para que os trajera.

Sentí como me ruborizaba.

—¿Sí?

—¿De qué nacionalidad era?

—Inglés, señor, igual que usted.

—Muy bien —dijo asintiendo—, muy bien. —Volvió a carraspear, respiró hondo y alzó la cabeza para mirarme a los ojos—. La travesía de

Calais a Dover no dura dos días, Élise, sino más bien un par de horas si tienes suerte; nueve o diez a lo sumo, si no la tienes. ¿Por qué crees que te retuvo fuera dos días?

—No estoy segura de poder contestarle, señor —contesté remilgada.

Asintió.

—Eres una hermosa muchacha, Élise. Dios sabe que eres tan hermosa como lo fue tu madre, y déjame decirte que todas las cabezas se volvían cuando ella entraba en una habitación. Vas a encontrarte con una buena cantidad de granujas.

—Soy consciente de ello, señor.

—Sin duda, Arno está aguardando tu regreso en Versalles, ¿no es así?

—Exactamente, señor.

O eso esperaba.

Se levantó para marcharse.

—Entonces, ¿qué hiciste exactamente durante dos días en el canal inglés, Plise?

—Manejar la espada, señor —declaré—. Estuvimos practicando con la espada.

20 de marzo de 1788

Los Carroll han prometido ayudarme a encontrar a Ruddock y, de acuerdo con el señor Weatherall, eso implica tener una red de espías e informantes a nuestra disposición.

—Si continúa en Londres entonces le encontrarán, Élise, puedes estar segura de ello.

Pero, por supuesto, primero quieren que yo lleve a cabo otra tarea.

Debería estar nerviosa por el cometido que me aguarda, pero el pobre señor Weatherall ya está bastante angustiado por mí, atusándose constantemente sus bigotes y quejándose en voz alta a cada momento, sin dejar suficiente ansiedad para los dos.

Y, en cualquier caso, tenía razón al suponer que la idea me resultaba excitante. No hay razón para negarlo, así es. Y después de todo, ¿quién puede culparme? Diez años en ese mustio y odiado colegio. Diez años esperando poder salir y abrazar un destino que se hallaba a solo unos pocos centímetros de mis dedos. En otras palabras, diez años de frustración y añoranza. Estaba preparada.

Había transcurrido un mes. Me habían hecho escribir una carta que debía ser enviada a los asociados de Carroll en Francia quienes, a su vez, la sellarían y expedirían de nuevo a una dirección aquí, en Londres. Mientras esperábamos la respuesta, ayudé a Hélène a mejorar su lectura enseñándole también unas nociones de inglés y, al hacerlo, pulí de paso mis propios conocimientos.

—¿Va a ser peligroso? —me preguntó Hélène una tarde, practicando su inglés mientras dábamos una vuelta por los jardines.

—Lo será, Hélène. Deberás permanecer aquí hasta que vuelva o quizá intentar encontrar un empleo en otra casa.

Entonces cambió al francés.

—No se librará de mí tan fácilmente, señorita —señaló tímidamente.

—No se trata de librarme de ti, Hélène. Eres una maravillosa compañía y ¿quién no querría tener una amiga tan cariñosa y generosa de espíritu? Es simplemente que creo que la deuda está pagada. No necesito una doncella, ni tampoco la responsabilidad de tener que cuidar de ti.

—¿Y qué me dice de una amiga, señorita? Tal vez pueda ser su amiga.

Hélène era justo lo opuesto a mí. Mientras yo dejaba que mi boca me metiera en problemas, ella era más reticente y podía pasarse días sin apenas decir más de una palabra o dos; mientras que yo era expresiva, de risa fácil y con un fuerte temperamento, ella guardaba silencio y raramente traicionaba sus emociones. Pero imagino lo que debes de estar pensando, querido lector. Seguramente lo mismo que pensaba el señor Weatherall. Que podía aprender un par de cosas de Hélène. Quizá eso era lo que me ablandaba, al igual que me había sucedido la primera vez que la vi, y en varias ocasiones más desde entonces. Había permitido que se quedara conmigo, preguntándome por qué Dios me había concedido el favor de enviarme a ese ángel.

Además de pasar tiempo con Hélène, por no mencionar el evitar a las engreídas mujeres Carroll, había estado practicando la lucha con el señor Weatherall, quien…

Bueno, es inútil ocultarlo: ha decaído mucho. Ya no es el espadachín que solía ser. Ya no es tan rápido como solía ser. Ni tampoco tan clarividente. ¿Será la edad? Después de todo, han pasado catorce años desde la primera vez que vi al señor Weatherall, algo que sin duda hay que tener en cuenta. Pero hay más… En las comidas le veo estirar el brazo para hacerse con la garrafa de vino antes de que el servicio tenga tiempo de llegar a ella. Un detalle que no pasa inadvertido a los anfitriones, a juzgar por la forma en que May Carroll le mira por encima de su nariz. Su

aversión hace que me sienta muy protectora con él. Tengo la impresión de que aún sigue llorando a Madre.

—¿Tal vez un poco menos de vino esta noche, señor Weatherall? —bromeé durante una sesión, cuando se inclinó para recoger su espada de entrenamiento de madera del césped a nuestros pies.

—Oh, no es la bebida lo que me hace parecer malo. Eres tú. Subestimas tu propia destreza, Élise.

Tal vez sí, tal vez no.

También ocupaba mi tiempo escribiendo a Padre, asegurándole que mis estudios seguían su curso y que estaba trabajando duramente. Cuando me llegó el turno de escribir a Arno, hice un alto para reflexionar.

Pero entonces decidí escribirle y confesarle que le quería.

Nunca antes le había escrito una carta tan afectuosa, y cuando firmé asegurando que esperaba verle pronto —dentro de un par de meses o así—, tuve la sensación de no haber formulado nunca palabras más sinceras.

Pero ¿qué pasaría si mis razones para querer verle fueran egoístas? ¿Si veía a Arno como una evasión a mis responsabilidades cotidianas, un rayo de luz en la oscuridad de mi destino? ¿Importaría eso cuando mi único deseo era proporcionarle felicidad?

Están llamando a mi puerta. Hélène me informa de que acaban de traer una carta, lo que significa que ha llegado el momento de enfundarme un vestido, bajar las escaleras y descubrir lo que me espera.

2 de abril de 1788

i

El día empezó con un momento de pánico.

—No creemos que necesites una doncella —dijo el señor Carroll.

El espantoso trío estaba reunido en el imponente vestíbulo de su casa en Mayfair, contemplándonos a Hélène y a mí mientras nos preparábamos para salir en nuestra misión secreta.

—No hay inconveniente por mi parte —aseguré, y aunque sentí un pellizco de nervios ante la idea de ir sola, al menos tendría la ventaja de no necesitar preocuparme por ella.

—Ni hablar —intervino el señor Weatherall, acercándose. Sacudió la cabeza con énfasis—. Élise puede inventar una historia sobre que la familia la ha colocado con la esperanza de mejorar su educación. No quiero que vaya sola. Ya es bastante malo no poder acompañarla.

La señora Carroll miró dubitativa.

—Esa es otra cosa que debe recordar. Otra cosa con la que deberá enfrentarse.

—Señora Carroll —gruñó el señor Weatherall—, con el debido respeto, eso son tonterías. El papel de dama noble es el que la joven Élise ha estado desempeñando toda su vida. Estará bien.

Hélène y yo esperamos pacientes mientras nuestro futuro era decidido. Diferentes en prácticamente todo, lo único que teníamos en común era que

los demás decidían nuestros destinos por nosotras. Estábamos acostumbradas a ello.

Cuando terminaron, y el nuevo baúl con nuestras pertenencias fue colocado en el techo del carruaje, el cochero —un ayudante de los Carroll en quien nos aseguraron que se podía confiar— nos condujo por la ciudad a través de Bloomsbury hasta una dirección en la plaza Queen.

ii

—Solía llamarse plaza Queen Anne —nos contó el cochero—. Pero ahora es solo plaza Queen.

Nos acompañó a Hélène y a mí hasta las escaleras de entrada y llamó al timbre. Mientras esperábamos, eché un vistazo a la plaza, advirtiendo a cada lado dos nítidas filas de mansiones blancas, muy inglesas. Distinguí campos hacia el norte y una iglesia cercana. Había niños jugando en la calzada, corriendo delante de las carretas y los carruajes, la calle llena de vida.

Escuchamos pasos acercarse y luego el ruido sordo de varios cerrojos al descorrerse. Traté de parecer tranquila. Traté de parecer la persona que se suponía que era.

¿Y quién era?

—Señorita Yvonne Albertine y su doncella, Hélène —anunció el cochero al mayordomo que nos abrió la puerta—, para ver a la señorita Jennifer Scott.

En contraste con la vida y el bullicio a nuestra espalda, la casa se veía oscura y ominosa. Tuve que luchar con una fuerte sensación de no querer entrar allí.

—La señorita Scott la está esperando, señorita —contestó el impertérrito mayordomo.

Penetramos en el enorme vestíbulo, que estaba oscuro y revestido de paneles de madera, las puertas que daban a él, cerradas. La única luz provenía de las ventanas de un descansillo más arriba y en todo el lugar

reinaba un silencio casi sepulcral. Durante un segundo más o menos, traté de pensar a qué me recordaba esa atmósfera, y entonces lo supe: era como nuestro castillo de Versalles durante los días posteriores a la muerte de Madre. Esa misma sensación de tiempo estancado, de la vida llevada entre susurros y silenciosas pisadas.

Me habían advertido que encontraría algo así: que la señorita Jennifer Scott, una solterona de setenta y pocos años, era en cierto sentido… *rara*. Que tenía aversión por la gente, no solo los extraños o un tipo concreto de persona, sino por la gente en general. Mantenía un mínimo personal de servicio en su casa de la plaza Queen y, por alguna razón —una razón que los Carroll aún no me habían revelado—, era muy importante para los Templarios ingleses.

Nuestro cochero se excusó antes de marcharse, y luego Hélène se retiró, quizá para poder refugiarse en algún rincón de la cocina y ser despreciada por el servicio, la pobre niña, y entonces, cuando solo quedamos el mayordomo y yo, me condujo hasta el salón.

Entramos en una gran habitación con las cortinas echadas. Altas plantas en tiestos habían sido dispuestas delante de las ventanas deliberadamente, imagino, para impedir que la gente pudiera ver el interior o mirar hacia fuera. Una vez más, todo estaba sombrío y oscuro. Sentada delante de un pálido fuego estaba la dueña de la casa, la señorita Jennifer Scott.

—La señorita Albertine ha venido a verla, señora —anunció el mayordomo antes de marcharse sin esperar respuesta, cerrando la puerta suavemente tras él y dejándome a solas con esa extraña dama a la que no le gustaba la gente.

¿Qué más sabía sobre ella? Que su padre era el pirata Asesino Edward Kenway y su hermano el renombrado Gran Maestro Templario Haytham Kenway. Supuse que sus retratos eran los que colgaban de una de las paredes: dos caballeros de aspecto similar, uno vistiendo las prendas de un Asesino y otro con uniforme militar que supuse que sería Haytham. La propia Jennifer Scott había pasado muchos años en el continente, víctima del conflicto entre Asesinos y Templarios. Y, aunque nadie parecía saber con exactitud qué le había sucedido, no cabía duda de que había quedado marcada por sus experiencias.

Me hallaba a solas en la habitación con ella. Aguardé inmóvil durante unos instantes, observando como contemplaba llamas con la barbilla apoyada en la mano y expresión preocupada. Empezaba a preguntarme si debería carraspear para llamar su atención o si tal vez podría sencillamente acercarme y presentarme, cuando el fuego vino a mi rescate. Crepitó y estalló, sobresaltándola de tal modo que pareció salir de su ensimismamiento y recordar dónde estaba. Levantó la barbilla lentamente de su mano y me miró por encima del borde de sus lentes.

Me habían contado que en su día fue toda una belleza, y ciertamente aún quedaban vestigios de ella en sus facciones —que continuaban siendo exquisitas—, en su cabello oscuro, ligeramente descuidado, y en el grueso mechón de pelo gris, como el de una bruja. Sus ojos eran duros, inteligentes y apreciativos. Permanecí de pie obediente y dejé que me estudiara.

—Acérquese, muchacha —dijo por fin, indicando el asiento de enfrente.

Me senté y, una vez mas, fui objeto de su prolongado escrutinio.

—¿Su nombre es Yvonne Albertine?

—Sí, señorita Scott.

—Puede llamarme Jennifer.

—Gracias, señorita Jennifer.

Apretó los labios.

—No, solo Jennifer.

—Como desee.

—Conocí a su abuela y a su padre —declaró, y luego, haciendo un gesto con la mano, añadió—: Bueno, exactamente no los «conocí» bien, pero coincidí con ellos una vez en un castillo cerca de Troyes, en su país natal.

Asentí. Los Carroll me habían advertido que Jennifer Scott podría abrigar sospechas y tal vez intentara ponerme a prueba. Sin duda, este era el momento.

—¿El nombre de su padre era…? —inquirió la señorita Scott, como si tuviera problemas para recordarlo.

—Lucio —contesté.

Alzó un dedo.

—Eso es. Eso es. ¿Y su abuela?

—Mónica.

—Por supuesto, por supuesto. Buena gente. ¿Y cómo están ahora?

—Me entristece decir que han fallecido. La abuela hace algunos años y mi padre a mediados del año pasado. Esta visita —la razón por la que estoy aquí— es para cumplir uno de sus últimos deseos: venir a verla.

—¿Ah, sí?

—Me temo que las cosas no acabaron demasiado bien entre mi padre y el señor Kenway, señora.

Su rostro permaneció impasible.

—Recuérdemelo, muchacha.

—Mi padre hirió a su hermano.

—Por supuesto, por supuesto —asintió—. Le clavó la espada a Haytham, ¿no es así? ¿Cómo he podido olvidarlo?

No lo ha olvidado.

Sonreí tristemente.

—Ese fue tal vez su mayor remordimiento. Decía que poco antes de que su hermano perdiera la consciencia, él insistió en pedir indulgencia para él y mi abuela.

Ella asintió en su pecho, las manos apretadas.

—Ya recuerdo, ya recuerdo. Un terrible asunto.

—Mi padre lo lamentó incluso en el mismo momento de su muerte.

Sonrió.

—Una pena que no pudiera hacer el viaje para decírmelo personalmente. Le hubiera asegurado que no tenía nada de lo que preocuparse. Yo misma sentí deseos de apuñalar a Haytham en alguna que otra ocasión.

Miró las saltarinas llamas, su voz cambiando al sumirse en sus recuerdos.

—Pequeño arrogante. Debería haberle matado cuando éramos niños.

—No puede decirlo en serio…

Se rio sarcástica.

—Supongo que no. Y tampoco creo que lo sucedido fuera culpa de Haytham. Al menos no del todo.

Respiró hondo, estiró la mano buscando su bastón, que permanecía contra el reposabrazos, y se levantó.

—Vamos, debe de estar cansada después de su viaje desde Dover. Le mostraré su habitación. Me temo que no soy una persona muy sociable, y menos aún cuando se trata de cenar, de modo que tendrá que hacerlo sola, aunque tal vez mañana podamos pasear por los jardines e ir conociéndonos.

Me levanté e hice una reverencia.

—Eso me complacería mucho —contesté.

Ella volvió a mirarme mientras nos dirigíamos hacia los dormitorios en el piso de arriba.

—Se parece mucho a su padre, ¿sabe? —declaró.

Se refería a Lucio, por supuesto. Me pregunté cómo sería y si realmente me parecía en algo, porque, si una cosa me había quedado clara sobre Jennifer, es que no tenía un pelo de tonta.

—Gracias, señora.

iii

Más tarde, cuando terminé de cenar a solas, atendida por Hélène, me retiré a mi dormitorio y me preparé para acostarme.

La verdad es que me incomodaba sobremanera ser atendida por Hélène. Hacía mucho tiempo que no consentía que me vistiera y desvistiera nadie, pero ella replicaba que tenía que hacer algo para que, de ese modo, todas esas horas pasadas escuchando los aburridos chismorreos de los empleados valieran la pena, así que le permití preparar mi ropa y traerme una jofaina con agua caliente para lavarme. Y por la noche dejaba que cepillara mi pelo, algo que había llegado a disfrutar.

—¿Qué tal va todo, señorita? —preguntó mientras me peinaba, hablando en francés en voz baja.

—Creo que todo va bien. ¿Has tenido ocasión de hablar con la señorita Scott?

—No, señorita, la he visto pasar y eso es todo.

—Bueno, no te has perdido mucho. Ciertamente tiene un carácter especial.

—¿Harina de otro costal?

Esa era una de las expresiones favoritas del señor Weatherall. Nos sonreímos la una a la otra a través del espejo.

—Sí —contesté—, ciertamente es harina de otro costal.

—¿Se me permite saber que es lo que el señor y la señora Carroll quieren de ella?

Suspiré.

—Incluso aunque lo supiera, sería mejor para ti no saberlo.

—¿No lo sabe?

—Aún no. Lo que me recuerda algo, ¿qué hora es?

—Acaban de dar las diez, señorita Élise.

La fulminé con la mirada.

—Es señorita Yvonne —susurré.

Noté que se sonrojaba.

—Lo siento, señorita Yvonne.

—No vuelvas a hacerlo.

—Lo siento, señorita Yvonne.

—Y ahora debo pedirte que me dejes sola.

iv

Cuando se marchó, me acerqué a mi baúl, guardado bajo la cama, lo saqué y, arrodillándome, solté las cerraduras. Hélène lo había vaciado, pero ella no conocía el doble fondo. Bajo una lengüeta de tela había un cierre oculto y cuando lo apreté, el panel cedió revelando el contenido de debajo.

Entre otras cosas había un catalejo y un pequeño dispositivo de señales. Encajé la vela en el artefacto, cogí el catalejo y me acerqué a la ventana, donde abrí las cortinas lo suficiente para poder mirar hacia la plaza Queen.

Allí estaba, al otro lado de la calle. Con todo el aspecto de ser el conductor de un coche de alquiler esperando algún cliente, el señor Weatherall estaba sentado en lo alto del pescante, la parte inferior de su rostro cubierta por una bufanda. Le mandé la señal predeterminada. Él

utilizó la mano para tapar la luz del carruaje, mandándome su respuesta, y entonces, tras echar una mirada alrededor, se soltó la bufanda. Me llevé el catalejo al ojo para poder verle claramente y leer sus labios mientras articulaba:

—Hola, Élise.

Y luego se llevaba su propio catalejo al ojo.

—Hola —pronuncié en respuesta.

Y así mantuvimos nuestra silenciosa conversación.

—¿Qué tal va todo?

—Estoy dentro.

—Bien. Por favor, ten cuidado, Élise —advirtió, y si era posible insuflar auténtico miedo en una conversación leyendo los labios en plena noche, el señor Weatherall lo consiguió.

—Lo tendré —contesté.

Luego me retiré a dormir y a darle vueltas a mi cometido en este extraño lugar.

6 de abril de 1788

i

Ha pasado mucho tiempo y hay mucho que contar sobre los acontecimientos de los últimos días. Mi espada ha probado la sangre por segunda vez, solo que, en esta ocasión, fui yo quien la empuñé. He descubierto algo, algo que, volviendo a leer mi diario, debería haber sabido mucho antes.

Pero comencemos por el principio.

—Me pregunto si veré a la señorita Scott esta mañana en el desayuno — inquirí a un lacayo la mañana de nuestro primer día completo allí.

Sus ojos se desviaron, y luego salió sin decir palabra, dejándome sola en aquel comedor que olía a cerrado, y con el estómago revuelto tal y como parecía estar cada mañana. La larga y vacía mesa del desayuno daba la impresión de alargarse cada vez más.

El señor Smith, el mayordomo, se materializó en lugar del lacayo, cerrando la puerta tras él y deslizándose hasta donde yo estaba sentada frente a mi desayuno.

—Lo siento, señorita —me interrumpió con una leve inclinación—, pero la señorita Scott ha desayunado en su habitación esta mañana como suele hacer, especialmente cuando no se siente muy católica.

—¿Muy católica?

Sonrió tímidamente.

—Es una expresión que significa no encontrarse demasiado bien. Le pide que se sienta como en su casa y espera poder unirse a usted en algún momento del día a fin de continuar conociéndose.

—Eso me gustaría mucho —repliqué.

Y esperé, en compañía de Hélène. Pasamos la mañana deambulando por la mansión, como dos exploradoras realizando una inusualmente minuciosa inspección. No había señales de la señorita Scott por ninguna parte. A media mañana nos retiramos a la salita, donde mis años de clases de costura en la Maison Royale por fin fueron puestos en práctica. Seguimos sin saber nada de nuestra anfitriona.

Y, después, durante la tarde, tampoco dio señales de vida cuando Hélène y yo salimos a pasear por los jardines. Faltó también durante la cena y, una vez más, tuve que comer sola.

Mi indignación empezó a crecer. Sobre todo cuando pensaba en los riesgos que había asumido viniendo aquí: las violentas escenas con la señora Levene, la decepción de mi padre y Arno. Mi intención al venir a Londres era encontrar a Ruddock, no pasarme los días tratando de parecer una competente bordadora, sintiéndome virtualmente como una prisionera de mi anfitriona, y sin tener aún ni una ligera idea de cuál era el propósito de tenerme allí.

Me retiré a mi habitación y, más tarde, hacia las once, intercambié de nuevo señales con el señor Weatherall.

Esta vez le dije: «Voy a salir», y observé su rostro horrorizado mientras me contestaba: «No, no», pero ya había desaparecido de la ventana y, por supuesto, me conocía demasiado bien para saber que si decía que iba a salir, sin lugar a dudas lo haría.

Me enfundé un sobretodo por encima del camisón, deslicé mis pies en unas zapatillas, y luego descendí de puntillas hasta la puerta principal. Muy, muy sigilosamente, descorrí los cerrojos, salí de la casa y corrí apresuradamente por la calzada hasta su carruaje.

—Estás asumiendo un gran riesgo, muchacha —protestó enfadado.

A pesar de sus palabras, me alegró comprobar que era incapaz de esconder su satisfacción por verme.

—No la he visto en todo el día —le conté rápidamente.

—¿En serio?

—Sí, y he tenido que pasarme las horas deambulando de un lado a otro, como un pavo real, sin nada especial que hacer. Quizá si supiera cuál es el motivo por el que estoy aquí, tal vez podría ponerme rápidamente con mi cometido, completar mi misión y dejar este horrible lugar. —Le miré seria—. Esa casa es una maldita tortura, señor Weatherall.

Asintió, reprimiendo una sonrisa ante mi uso de su término inglés para maldecir.

—Está bien, Élise. Bueno, casualmente, me lo han explicado hoy. Debes recuperar unas cartas.

—¿Qué clase de cartas?

—Unas misivas. Cartas escritas por Haytham Kenway a Jennifer Scott antes de morir.

Le miré incrédula.

—¿Eso es todo?

—¿Te parece poco? Jennifer Scott es la hija de un Asesino. Las cartas están dirigidas a ella por un alto cargo Templario. Los Carroll quieren conocer su contenido.

—Parece una forma un tanto prolija de averiguarlo.

—Antes que tú, hubo un agente infiltrado en la casa que fracasó en su intento de encontrarlas. Lo único que sacaron en limpio es que dondequiera que estén guardadas esas cartas no se trata precisamente de un lugar evidente y de fácil acceso. La señorita Scott no las guarda con un bonito lazo en el cajón de su escritorio. Las ha ocultado.

—¿Y mientras tanto?

—¿Te refieres a Ruddock? Los Carroll me han dicho que su gente está haciendo averiguaciones.

—Eso mismo nos aseguraron hace semanas.

—Estas cosas no se consiguen de un día para otro.

—Están yendo demasiado despacio para mi gusto.

—Élise… —me advirtió.

—Está bien, no haré ninguna estupidez.

—Bien —suspiró—. Tal y como están las cosas, ya te encuentras en una posición bastante peligrosa. No hagas nada para empeorarla.

Le di un pellizco en la mejilla, salí del carruaje y crucé apresuradamente la calle. Entré sigilosamente en la casa y, al detenerme un segundo para recuperar el aliento, advertí que no estaba sola.

Salió de la penumbra, su rostro envuelto en sombras. Era el señor Smith, el mayordomo.

—¿Señorita Albertine? —preguntó burlón, su cabeza ladeada con los ojos centelleando en la oscuridad, y, durante un inquietante momento, olvidé que yo era Yvonne Albertine de Troyes.

—Oh, señor Smith —farfullé, ciñéndome más fuerte el sobretodo—. Me ha asustado. Estaba solo…

—Es Smith a secas —me corrigió—. No *señor* Smith.

—Lo siento, Smith, yo… —Me giré indicando la puerta— necesitaba un poco de aire.

—¿Su ventana no es suficientemente grande, señorita? —insinuó amablemente, aunque su rostro permanecía en las sombras.

Luché contra una pequeña oleada de irritación, mi May Carroll interior sintiéndose ultrajada al verse interrogada por un *simple mayordomo*.

—Quería un poco más de aire —repliqué sin convicción.

—Bueno, eso está muy bien, por supuesto. Pero, verá, cuando la señorita Scott era joven, esta casa fue escenario de un ataque durante el cual su padre fue asesinado.

Eso ya lo sabía, pero asentí de todas formas mientras él proseguía.

—La familia tenía soldados vigilando la propiedad y también perros guardianes, pero los asaltantes consiguieron igualmente acceder al interior. La casa sufrió un grave incendio durante el ataque. Desde su regreso, la señora ha insistido en que las puertas permanezcan cerradas a cal y canto a todas horas. Si bien no hay inconveniente, por supuesto, en que salga a la calle en cualquier momento —me mostró una leve sonrisa desganada—, debo insistir en que esté presente algún miembro del servicio para asegurar que vuelven a echarse los cerrojos después de que salga y regrese.

Sonreí.

—Por supuesto, me hago cargo. No volverá a suceder.

—Gracias. Le estaré muy agradecido. —Sus ojos se pasearon por mi ropa, dejándome claro que consideraba mi aspecto bastante inusual, y luego

se echó a un lado, indicando las escaleras con la mano.

Me retiré, maldiciendo mi propia estupidez. El señor Weatherall tenía razón. No debería haber asumido semejante riesgo.

ii

El día siguiente transcurrió exactamente igual. Bueno, no *exactamente* igual, solo desesperadamente similar. Una vez más, desayuné sola; una vez más, se me dijo que ella me vería en algún momento del día y se me pidió que permaneciera en las proximidades de la casa. Hubo más merodeos por los corredores, más bordados chapuceros, más cháchara, por no mencionar un excitante paseo alrededor del perímetro del jardín.

Pero al menos había un aspecto en nuestros paseos que había cambiado a mejor. Mi itinerario ahora tenía un propósito. Me descubrí preguntándome dónde podría ocultar Jennifer las cartas. Una de las puertas del vestíbulo de entrada daba a una sala de juegos, y aproveché la oportunidad para hacer una rápida inspección de los paneles de madera del interior, considerando la posibilidad de que alguno de ellos pudiera ceder para revelar un compartimento secreto detrás. Para ser sincera, necesitaba estudiar más detenidamente toda la casa, pero era enorme; las cartas podían estar en cualquiera de las dos docenas de habitaciones, y después del susto de la noche anterior, no me sentía muy dispuesta a pasear cuando oscureciera. No, mi mejor oportunidad para recuperar esas cartas era conocer más a fondo a Jennifer.

Pero ¿cómo podría hacerlo si ni siquiera abandonaba su habitación?

iii

El tercer día fue más de lo mismo. No entraré en ello. Simplemente hubo más bordados, más cháchara y más «oh, creo que tomaré un poco el aire, Hélène, ¿y tú?».

—No me gusta —vocalizó el señor Weatherall cuando nos comunicamos esa noche.

Resultaba difícil mantener una conversación por señales y leyendo los labios, pero no había otra manera. Yo no quería que me escabullera al exterior y, después de mi encuentro con Smith la otra noche, tampoco a mí me apetecía.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que podrían estar comprobando todo lo referente a tu identidad.

Pero si lo hacían, ¿qué podrían descubrir de mi historia? Eso solo los Carroll lo sabían. Me hallaba a su merced tanto como era prisionera de Jennifer Scott.

Y entonces, al cuarto día, ¡Jennifer Scott emergió por fin de su habitación! Me pidieron que me encontrara con ella en los establos. Las dos iríamos a pasear por Rotten Row en Hyde Park.

Cuando llegamos al parque, nuestro carruaje se unió a otros paseantes de media mañana. Eran hombres y mujeres que caminaban juntos bajo innecesarios parasoles, bien abrigados contra el frío. Los paseantes saludaban a los carruajes y eran recompensados con imperiosos ademanes en respuesta, mientras que aquellos que iban a caballo saludaban a paseantes y ocupantes de los carruajes. Cada hombre, mujer y niño se mostraba resplandeciente con sus mejores galas, saludando con la mano, caminando, sonriendo, saludando de nuevo…

Todos excepto la señorita Jennifer Scott, quien, aunque se había vestido para la ocasión y lucía un majestuoso vestido, miraba Hyde Park con desagrado desde detrás del velo que cubría su cabello canoso.

—¿Era este tipo de cosas las que esperaba ver cuando viniera a Londres, Yvonne? —me preguntó, ondeando una mano desdeñosa hacia los que saludaban, los adultos sonrientes y los niños pequeños de abotonados trajes —. ¿Idiotas cuyos horizontes apenas llegan más allá de los muros de este parque?

Reprimí una sonrisa pensando que ella y mi madre hubieran encajado bien.

—Era a usted a quien esperaba ver, señorita Scott.

—¿Y por qué exactamente?

—Por mi padre. Su último deseo de moribundo, ¿no recuerda?

Apretó los labios.

—Tal vez le parezca vieja, señorita Albertine, pero puedo asegurarle que no soy tan mayor como para olvidar cosas como esa.

—Discúlpeme, no pretendía ofenderla.

Un nuevo gesto desdeñoso con la mano.

—No me ha ofendido. De hecho, a menos que le indique lo contrario, debe asumir que no hay ofensa. No me ofendo fácilmente, señorita Albertine, de eso puede estar segura.

No me costaba creerlo.

—Dígame, ¿qué sucedió con su padre y su abuela después de que nos dejaran aquel día? —preguntó.

Recuperé el ánimo y le conté la historia que había memorizado.

—Después de la clemencia de su hermano, mi padre y mi abuela se establecieron a las afueras de Troyes. Fueron ellos quienes me enseñaron inglés, español e italiano. Sus habilidades para los idiomas y la traducción estaban muy solicitadas, y así consiguieron vivir cómodamente de los servicios que ofrecían.

Hice una pausa escrutando en su rostro algún indicio de incredulidad. Gracias a mis tristes años en la Maison Royale creía poder pasar el examen de idiomas si decidía probarme.

—¿Lo suficiente para permitirse sirvientes? —preguntó.

—A este respecto tuvimos suerte —declaré, y en mi mente traté de conciliar la imagen de dos «expertos en idiomas» pudiéndose permitir un hogar lleno de sirvientes, pero descubrí que no era capaz.

Aun así, si albergó alguna duda la mantuvo oculta detrás de esos ojos grises medio entornados.

—¿Y su madre?

—Era una chica de la zona. Lamentablemente no llegué a conocerla. Poco después de casarse me dio a luz, pero murió en el parto.

—¿Y ahora? Con su abuela y su padre muertos, ¿qué piensa hacer cuando se marche de aquí?

—Regresaré a Troyes y continuaré su trabajo.

Hubo una larga pausa. Saludé a los paseantes.

—Me pregunto —dije finalmente— si el señor Kenway estuvo en contacto con usted antes de morir. ¿Le escribió tal vez?

Ella miró por la ventanilla pero comprendí que estaba contemplando su propio reflejo. Contuve la respiración.

—Fue abatido por su propio hijo, ¿sabe? —declaró un tanto distante.

—Ya veo.

—Haytham era un experto luchador, como su padre —prosiguió—. ¿Sabe cómo murió nuestro padre?

—Smith me lo ha mencionado —repliqué, y luego añadí rápidamente cuando ella me fulminó con la mirada—: Como una forma de explicarme las normas de seguridad de la casa.

—Ciertamente. Bueno, Edward, nuestro padre, fue abatido por nuestros atacantes. Por supuesto, la primera pelea que pierdes es la que te mata, y nadie puede ganar todas las batallas, además por entonces él ya era un hombre mayor. Pero a pesar de ello, tuvo la destreza y la experiencia para derrotar a dos espadachines. Creo que perdió la lucha debido a una herida que le habían infligido años atrás. Eso le hizo más lento. Haytham perdió igualmente una lucha con su propio hijo, y a menudo me he preguntado por qué. ¿Estaría, al igual que Edward, lastrado por una antigua herida? ¿Sería esa herida la causada por la espada que su padre le clavó? ¿O tal vez tenía otro tipo de desventaja? Quizá Haytham decidiera simplemente que había llegado su hora, y que morir a manos de su hijo podría ser algo noble. Haytham era Templario, ya sabe. El Gran Maestro de las Trece Colonias, nada menos. Pero yo sé algo que muy pocos conocen sobre Haytham. Tal vez aquellos que hayan leído sus diarios; o aquellos destinatarios de sus cartas…

Las cartas. Sentí que el corazón se me salía del pecho. De pronto, el chacoloteo de los caballos y la cháchara incesante de los paseantes de alrededor parecieron desvanecerse en el fondo mientras preguntaba:

—¿Y qué era, Jennifer? ¿Qué sabía de él?

—Sus *dudas*, hija mía. Sus dudas. Haytham fue adoctrinado por su mentor, Reginald Birch, y, a todos los efectos, ese adoctrinamiento obtuvo un buen resultado. Después de todo, acabó su vida como Templario. Sin

embargo, no pudo evitar cuestionarse lo que sabía. Estaba en su naturaleza hacerlo. Y aunque no es probable que alguna vez obtuviera respuestas a sus preguntas, el hecho de planteárselas ya era suficiente. ¿Tiene usted creencias, Yvonne?

—Por supuesto, he heredado los valores de mis padres —repliqué.

—Desde luego, espero que sus modales sean impecables y que sea considerada con su prójimo…

—Eso intento —contesté.

—¿Y qué me dice respecto a cuestiones más universales, Yvonne? Digamos en asuntos de su país natal, por ejemplo. ¿Dónde residen sus simpatías?

—Me atrevería a decir que la situación es más compleja que un simple reparto de simpatías, señorita Scott.

Ella arqueó una ceja.

—Una respuesta muy razonable, querida. Me sorprende que no haya adoptado una postura clara desde su nacimiento.

—Me gusta creer que conozco mi mente.

—Estoy segura de ello. Pero dígame, y sea un poco más precisa esta vez, ¿qué piensa de la situación en su país natal?

—Nunca he dedicado mucho tiempo a pensar sobre ese tema, señorita —protesté, no queriendo dar mi brazo a torcer.

—Por favor, complázcame. Trate de dedicarle un momento ahora.

Pensé en mi casa. En mi padre, que creía fervientemente en un monarca designado por Dios, y en que cada hombre debería conocer su lugar; en los Cuervos que querían derrocar al rey. Y en Madre, que creía en una tercera vía.

—Creo que sería necesario realizar algún tipo de reforma —contesté.

—¿De verdad?

Hice una pausa.

—Creo que *sí*.

Asintió.

—Bien, bien. Es bueno tener dudas. Mi hermano tenía dudas. Las reflejó en sus cartas.

Otra vez las cartas. No sabiendo adonde me llevaría todo aquello, declaré:

—Por lo que dice parece que fuera un hombre sabio, además de piadoso.

Se rio.

—Oh, tenía sus defectos. Pero en el fondo, sí, creo que era un hombre sabio, un buen hombre. Vamos —golpeó el techo del carruaje con la empuñadura de su bastón—, regresemos ya. Es casi la hora de comer.

Mientras regresábamos a la plaza Queen, me dije que me estaba acercando al objetivo.

—Hay algo que quiero mostrarle antes de comer —indicó por el camino, y me pregunté si no serían las cartas.

Al llegar a la plaza, el cochero nos ayudó a bajar, pero entonces, en lugar de acompañarnos hasta los escalones de la entrada principal, regresó al pescante, sacudió las riendas y se marchó, traqueteando hasta sumergirse en una cortina de fina niebla que se arremolinó entre las ruedas del coche.

Las dos caminamos hasta la puerta, donde Jennifer hizo sonar una vez la campanilla, y luego dos veces más con rápidos tirones.

Tal vez estuviera paranoica, pero…

El cochero dejándonos así. La campanilla sonando. Al límite de mis nervios, logré mantener la sonrisa en mi cara cuando escuché los cerrojos descorrerse, la puerta abrirse y a Jennifer saludar a Smith con un imperceptible gesto de la cabeza, antes de pasar al interior.

La puerta de entrada se cerró detrás de nosotras. El suave murmullo de la plaza desapareció. La ya familiar sensación de encarcelamiento volvió a abatirse sobre mí, excepto que esta vez estaba mezclada con auténtico miedo, una sensación de que las cosas no iban bien. ¿Dónde estaba Hélène?, me pregunté.

—¿Sería tan amable de avisar a Hélène de mi llegada, por favor, Smith? —le pedí al mayordomo.

En respuesta inclinó la cabeza en la forma habitual y con una sonrisa contestó:

—Por supuesto, señorita.

Pero no se movió.

Miré inquisitiva a Jennifer. Quería que las cosas volvieran a la normalidad. Que reprendiera al mayordomo, pero no lo hizo. En su lugar, me miró y dijo:

—Vamos, quiero enseñarle la sala de juegos, pues fue allí donde mi padre murió.

—Desde luego, señorita —respondí, mirando de reojo a Smith mientras nos acercábamos a la puerta de madera, cerrada como de costumbre.

—Aunque creo que ya ha visto la sala de juegos, ¿no es así? —preguntó.

—Durante los últimos cuatro días he tenido numerosas oportunidades para conocer su bonita propiedad, señorita —respondí.

Ella se detuvo con la mano sobre el pomo. Me miró.

—Cuatro días que también nos han proporcionado el tiempo que necesitábamos, *Yvonne*…

No me gustó el énfasis que puso. No me gustó ni un ápice.

Abrió la puerta y me hizo pasar al interior.

Las cortinas estaban echadas. La única luz provenía de las velas colocadas a lo largo de anaqueles y repisas, lo que otorgaba a la habitación un titilante resplandor naranja, como si estuviera preparada para alguna siniestra ceremonia religiosa. La mesa de billar estaba cubierta y retirada a un lado, dejando el espacio libre salvo por dos sillas de madera de la cocina enfrentadas la una a la otra en medio de la habitación. Además, un lacayo permanecía de pie con las manos enguantadas cruzadas delante. Mills, creo que se llamaba. Generalmente Mills sonreía, mostraba una leve reverencia con la cabeza y era siempre tan cortés y decoroso como cualquier miembro del servicio debiera serlo ante la visita de una mujer noble de Francia. Ahora, sin embargo, se quedó simplemente mirando, su rostro inexpresivo. Incluso cruel.

Jennifer prosiguió:

—Cuatro días nos han proporcionado el tiempo necesario para enviar a un hombre a Francia a fin de poder verificar su historia.

Smith había entrado en la habitación detrás de nosotras y se había quedado junto a la puerta. Estaba atrapada. Qué irónico que habiendo

pasado los últimos días quejándome por estar atrapada, ahora lo estuviera de verdad.

—Señorita —empecé, sonando más confusa de lo que pretendía—, debo ser sincera y decirle que encuentro esta situación tan confusa como incómoda. Si se trata quizás de algún tipo de broma o de una costumbre inglesa que desconozco, le rogaría que se explicara.

Mis ojos se movieron del rostro serio de Mills, el lacayo, a las dos sillas, y de vuelta a Jennifer. Su expresión era impasible. Añoré la presencia del señor Weatherall. De mi madre. De mi padre. De Arno. No creo que en toda mi vida me hubiera sentido tan asustada y sola como en ese momento.

—¿Quiere saber lo que nuestro hombre descubrió allí? —preguntó Jennifer. Había ignorado mi pregunta.

—Señora… —repetí con tono insistente, pero ella no se dio por aludida.

—Ha descubierto que Mónica y Lucio Albertine se ganaron efectivamente la vida con sus habilidades para los idiomas, pero no como para poder permitirse tener servicio. Además, tampoco existió ninguna chica de la zona. Ninguna chica local, ni boda o hijos. Y menos aún una Yvonne Albertine. Madre e hijo vivieron plácidamente a las afueras de Troyes en modestas condiciones, hasta el día en que fueron asesinados hace solo cuatro semanas.

iv

Contuve el aliento.

—¡No! —La palabra salió de mi boca antes de que tuviera oportunidad de detenerla.

—Sí. Me temo que así fue. Sus amigos los Templarios les degollaron mientras dormían.

—*No* —repetí, angustiada no solo porque mi farsa había sido descubierta, sino por la pobre Mónica y Lucio Albertine.

—Si me disculpa un minuto —comentó Jennifer, y salió, dejándome bajo la mirada atenta de Smith y Mills.

Regresó a los pocos minutos.

—Estas son las cartas que busca, ¿no es eso? Es lo que me dio a entender en Rotten Row. Me pregunto por qué querrían sus jefes Templarios las cartas de mi hermano.

Mis pensamientos eran un torbellino. Las opciones atravesaban mi mente a toda velocidad: confesar, atreverme a revelarle la verdad, tratar de escapar, mostrarme indignada, derrumbarme y echarme a llorar…

—Le aseguro que no sé de qué está hablando, señorita —supliqué.

—Oh, estoy segura de que sí, Élise de la Serre.

Oh, Dios. ¿Cómo lo habría adivinado?

Pero entonces tuve la respuesta, pues, a un gesto de Jennifer, Smith abrió la puerta y otro lacayo entró, arrastrando a Hélène al interior de la habitación.

Fue arrojada a una de las sillas de madera, donde se sentó y me contempló con ojos exhaustos y suplicantes.

—Lo siento —susurró—. Me dijeron que estaba en peligro.

—Desde luego —confirmó Jennifer—, y no hemos faltado a la verdad, porque de hecho ambas están en peligro.

V

—**Y** ahora dígame, ¿qué es lo que su Orden pretende de las cartas?

Mi mirada pasó de ella a los lacayos y supe que la situación era desesperada.

—Lo siento, Jennifer —dije—. Lo siento de corazón. Tiene razón, soy una impostora infiltrada en su casa, y ha acertado al suponer que confiaba en poder echar mano a las cartas de su hermano…

—Para *arrebatármelas* —corrigió con voz tensa.

Dejé caer la cabeza.

—Sí. Sí, para arrebatárselas.

Llevó las dos manos a la empuñadura de su bastón y se inclinó hacia mí. Su cabello había caído sobre las lentes y el único ojo que quedaba a la vista

centelleaba de furia.

—Mi padre, Edward Kenway, era un Asesino, Élise de la Serre —espetó —. Unos agentes Templarios atacaron mi casa y le mataron en esta misma habitación en la que está ahora sentada. Me secuestraron, entregándome a una vida que incluso en mis más terribles pesadillas nunca hubiera podido imaginar. Una vida de pesadilla que continuó durante años. Seré sincera con usted, Élise de la Serre, no estoy en muy buena disposición con los Templarios y, menos aún, con los Templarios espías. ¿Cuál supone que es el castigo de los Asesinos a los espías, Élise de la Serre?

—No lo sé, señorita, pero, por favor, no le haga daño a Hélène —le imploré—. Si le complace puede hacérmelo a mí, pero no a ella. Ella no ha hecho nada. Es completamente inocente de todo esto.

Pero Jennifer soltó ahora una risa corta y ronca.

—¿Inocente? Entonces puedo simpatizar con su situación porque yo también fui inocente una vez.

»¿Acaso cree que merecía lo que me sucedió? ¿El ser secuestrada y mantenida cautiva? ¿Utilizada como una vulgar prostituta? ¿Acaso cree que yo, un ser inocente, merecía ser tratada de modo semejante? ¿Acaso cree que yo merecía vivir el resto de mis años en soledad y oscuridad, aterrorizada por los demonios que me acechan cada noche?

»No, supongo que no lo cree. Pero, ya ve, la inocencia no es el escudo que uno desearía, no cuando se trata de la eterna guerra entre Templarios y Asesinos. Hay inocentes que mueren en esta batalla a la que parece tan ansiosa por unirse, Élise de la Serre. Mujeres y niños que no saben nada de Asesinos y Templarios. La inocencia muere y los inocentes mueren; eso es lo que ocurre en la guerra, Élise, y el conflicto entre Templarios y Asesinos no es diferente.

—Pero usted no es así —repliqué finalmente.

—¿A qué demonios se refiere, muchacha?

—Quiero decir que no nos matará.

Hizo una mueca.

—¿Por qué no? Ojo por ojo. Hombres de su cuerda asesinaron a Mónica y Lucio, y ellos eran inocentes también, ¿o no lo eran?

Asentí.

Y ella se enderezó. Sus nudillos palidecieron cuando sus dedos se cerraron sobre la empuñadura de marfil de su bastón, y al ver su mirada perderse en el vacío recordé la primera vez que la vi, cuando estaba sentada frente a la chimenea contemplando el fuego. Lo más doloroso era que en el corto período que habíamos pasado juntas había llegado a apreciar y admirar a Jennifer Scott. No la creía capaz de hacernos daño, la creía mejor que todo eso.

Y lo era.

—La verdad es que odio a toda su maldita banda —declaró finalmente, exhalando las palabras tras un largo suspiro, como si hubiera esperado años para decirlas—. Estoy harta de todos ustedes. Dígaselo a sus amigos Templarios cuando las envíe de vuelta a usted y a su doncella. —Se detuvo y señaló con el bastón hacia Hélène—. No es realmente una doncella, ¿no es cierto?

—No, señorita —reconocí y miré hacia Hélène—. Cree estar en deuda conmigo.

Jennifer puso los ojos en blanco.

—Y ahora usted está en deuda con ella.

Asentí con gravedad.

—Sí, sí, lo estoy.

Me miró.

—¿Sabe una cosa?, puedo ver lo bueno en usted, Élise. Veo dudas y preguntas y creo que esas son cualidades positivas, y gracias a eso he tomado una decisión. Voy a dejar que tenga las cartas que está buscando.

—Ya no las quiero, señorita —contesté llorosa—. No a cualquier precio.

—¿Qué le hace pensar que tiene elección? —replicó—. Estas cartas son lo que sus colegas los Templarios quieren, y las tendrán con la condición, en primer lugar, de que me dejen fuera de sus batallas en el futuro, que *me dejen en paz*; y, en segundo lugar, que las lean. Que lean lo que mi hermano tenía que decir sobre cómo Templarios y Asesinos podrían trabajar juntos y entonces, tal vez, solo tal vez, actuar en consecuencia.

Hizo un gesto con la mano hacia Mills, quien asintió, y luego se acercó a los paneles de la pared.

Ella me sonrió.

—Ya se había preguntado sobre esos paneles, ¿no es cierto? Sé que lo ha hecho.

Evité su mirada. Mientras tanto, Mills había pulsado un resorte de modo que uno de los paneles se deslizó hacia atrás, lo que le permitió sacar dos cajas de puros de un compartimento. Regresó a su puesto al lado de su señora, y abrió la tapa de una de ellas mostrándome lo que había en el interior: un paquete de cartas atado con una cinta negra.

Sin siquiera mirarlas, Jennifer indicó:

—Aquí está toda la correspondencia de Haytham desde América. Quiero que lea las cartas. No se preocupe, no estará husmeando en ningún asunto privado de la familia; nunca fuimos muy cercanos, mi hermano y yo. Pero lo que encontrará en ellas es a mi hermano explayándose largo y tendido sobre sus filosofías personales. Y tal vez encuentre también, si la he juzgado correctamente, Élise de la Serre, una razón para transformar su propio pensamiento. Quizá pueda trasladar esa forma de pensar a su papel como Gran Maestro Templario.

Devolvió la primera caja a Mills, y a continuación abrió la segunda. Dentro había un collar de plata del que pendía un colgante con centelleantes gemas rojas incrustadas con la forma de una cruz templada.

—Él también me envió esto —explicó—. Un regalo. Pero yo no sentía ningún deseo por él. Debería pertenecer a un Templario. Tal vez a alguien como usted.

—No puedo aceptarlo.

—No tiene elección —repitió—. Lléveselo. Llévese las dos cosas. Haga cuanto esté en su mano para poner fin a esta contienda sin sentido.

La miré, y aunque no quería romper el encanto o que cambiara de idea, no pude evitar preguntar:

—¿Por qué hace esto?

—Porque ya se ha derramado demasiada sangre —contestó, girando rápidamente sobre sus talones para retirarse, como si no pudiera soportar mirarme por más tiempo, como si estuviera avergonzada de la clemencia que había sentido en su alma y deseara haber sido más fuerte para hacer que me mataran.

Y entonces, con un gesto, ordenó a sus hombres que se llevaran de allí a Hélène, apresurándose a decir cuando la miré como si fuera a protestar:

—Cuidaremos de ella.

Jennifer prosiguió:

—Hélène no quería hablar porque estaba protegiéndola. Debería sentirse orgullosa de inspirar semejante lealtad a sus seguidores, Élise. Tal vez pueda utilizar esos dones para inspirar a sus socios Templarios en otros caminos. Ya veremos. Esas cartas 110 son entregadas a la ligera. Solo puedo confiar en que las lea y tome nota de su contenido.

Me concedió dos horas para leerlas. Fue tiempo suficiente para estudiarlas y formularme preguntas por mi cuenta. Para saber que existía otra forma. Una tercera vía.

vi

Jennifer no se despidió de nosotras. En su lugar nos condujeron hasta una puerta trasera que daba al patio de cuadras donde un carruaje estaba esperándonos. Mills nos ayudó a subir a él y nos marchamos sin cruzar palabra.

El coche traqueteaba entre sacudidas. Los caballos resoplaban, las bridas tintineaban mientras nos abríamos paso, cruzando las calles de Londres en dirección a Mayfair. Llevaba la caja en mi regazo, en su interior las cartas de Haytham y el collar que me había regalado Jennifer. La sujeté con fuerza, sabiendo que proporcionaban la llave a futuros sueños de paz. Le debía a ella asegurarme de que acabarían en buenas manos.

A mi lado, Hélène guardaba silencio. Alargué el brazo para tocarla, las yemas de mis dedos acariciaron el dorso de su mano mientras trataba de tranquilizarla.

—Siento haberte metido en esto —declaré.

—No me ha metido en nada, señorita, ¿no recuerda? Trató de convencerme para que no viniera.

Le mostré una sonrisa desganada.

—Supongo que en este momento desearías haber hecho lo que te pedí.

Miró a través del cristal observando como las calles de la ciudad iban quedando atrás.

—No, señorita, ni por un segundo he deseado lo contrario. Cualquiera que sea mi destino es mejor que el que aquellos hombres habían planeado para mí en Calais. Los hombres de los que me salvó.

—En cualquier caso, Hélène, la deuda está saldada. Cuando lleguemos a Francia deberás seguir tu propio camino como una mujer libre.

La sombra de una sonrisa asomó a sus labios.

—Eso ya lo veremos, señorita —contestó—. Ya lo veremos.

Cuando el carruaje se adentró en la plaza de árboles alineados de Mayfair, distinguí cierta actividad en el exterior de la casa de los Carroll, a unos cincuenta metros de distancia.

Avisé al cochero para que se detuviera golpeando el techo del carruaje y, mientras los caballos relinchaban y piafaban, abrí la portezuela y me encaramé sobre el estribo, protegiendo mis ojos para mirar a lo lejos. Distinguí dos carruajes con los lacayos de los Carroll afanándose alrededor. Vi al señor Carroll de pie en la entrada de su casa, poniéndose un par de guantes. Y luego al señor Weatherall aparecer trotando escaleras abajo, la espada colgando de su costado.

Aquello era interesante. También los lacayos iban armados, al igual que el señor Carroll.

—Espere aquí —ordené al cochero, y entonces me asomé al interior.

—Volveré enseguida —indiqué suavemente a Hélène y entonces, recogiéndome las faldas, me precipité hacia un punto junto a unas barandillas desde donde pude ver los carruajes más de cerca.

El señor Weatherall estaba de espaldas a mí. Ahuequé las manos llevándomelas a la boca, emitiendo nuestro acostumbrado canto de lechuza, y me sentí aliviada cuando solo él se volvió, los demás demasiado ocupados en sus tareas para preguntarse por qué estaban escuchando a una lechuza a esa hora tan temprana de la tarde.

Los ojos del señor Weatherall escrutaron la plaza hasta que me encontraron. Entonces cambió de posición, cruzando las manos sobre el

pecho y asumiendo una postura informal mientras con una mano cubría un lateral de su boca y vocalizaba: «¿Qué demonios estás haciendo aquí?».

Di gracias por nuestras conversaciones leyendo los labios.

—Han encontrado a Ruddock. Se hospeda en la Posada de la Cabeza de Jabalí en la calle Fleet.

—Necesitaré mis cosas —le dije—. Mi bolsa de viaje.

Asintió.

—Iré a buscarla y la dejaré en uno de los establos de la parte de atrás. No te entretengas; nos marcharemos en cualquier momento.

Toda mi vida me habían dicho que era hermosa, pero no creo que nunca me hubiera aprovechado de ello hasta entonces, cuando regresé a nuestro carruaje, agité mis pestañas ante el cochero y le convencí para ir a buscar mi bolsa a los establos.

Cuando regresó, le pedí que se sentara en el pescante mientras, con la sensación de estar reencontrándome con una vieja amiga, rebuscaba en mi bolsa. La bolsa con las cosas de Élise de la Serre y no las de Yvonne Albertine. Efectué mi acostumbrado cambio de ropa en el carruaje despojándome del infausto vestido. Aparté las manos de Hélène de un palmetazo cuando intentó ayudarme, me puse mis calzones y la camisa, golpeé el tricornio para darle forma y me ceñí la espada. Luego guardé un manojo de cartas en la parte delantera, bajo mi camisa. Todo lo demás lo dejé en el carruaje.

—Tendrás que continuar con el coche de caballos hasta Dover —le dije a Hélène, abriendo la portezuela—. Debes partir ahora mismo. Espera la marea. Y toma el primer barco de vuelta a Francia. Si Dios quiere, nos encontraremos allí.

Llamé al cochero.

—Lleve a esta muchacha a Dover —ordené.

—¿Va a embarcar para Calais? —preguntó, tras haber mostrado la habitual mirada de sorpresa ante mi cambio de ropa.

—Al igual que yo. Deberá esperarme allí.

—Entonces tal vez coja la marea. La carretera a Dover tiene mucho tráfico a esta hora.

—Excelente —declaré, y le lancé una moneda—. Asegúrese de cuidarla bien, y sepa que si sufriera algún daño iré a por usted.

Sus ojos se posaron en mi espada.

—La creo —repuso—. No se preocupe por eso.

—Bien —sonreí—. Entonces nos entendemos.

—Eso parece.

De acuerdo.

Respiré hondo.

Tenía las cartas. Tenía mi espada y una bolsa con monedas. Todo lo demás iba con Hélène.

El cochero me encontró otro carruaje, y mientras me subía a él, observé a Hélène marcharse, y silenciosamente ofrecí una oración para que llegara sana y salva. Luego ordené a mi cochero:

—A la calle Fleet, por favor, y no refrene a los caballos.

Asintió con una sonrisa y nos pusimos en marcha. Me asomé a la ventanilla y miré hacia atrás justo a tiempo para ver al último de la partida de los Carroll subir a los coches de caballos. Los látigos fustigaron el aire y, acto seguido, los dos carruajes comenzaron a moverse.

—Señor, hay dos carruajes a cierta distancia por detrás. Tenemos que llegar a la calle Fleet antes que ellos —expliqué a través del ventanillo al conductor.

—Sí, señorita —asintió imperturbable.

Entonces sacudió las riendas. Los caballos relincharon y sus herraduras chacolotearon con más urgencia sobre los adoquines mientras me apoyaba en el respaldo del asiento con la mano aferrada a la empuñadura de mi espada, sabiendo que la caza había comenzado.

vii

Poco después nos detuvimos frente a la Posada de la Cabeza de jabalí en la calle Fleet. Lancé unas monedas despidiéndome agradecida del

cochero con un gesto de la mano y luego, antes de que tuviera tiempo de abrir la portezuela, salté al exterior.

El patio estaba atestado de diligencias y caballos, damas y caballeros dirigiendo a lacayos que gruñían bajo el peso de los paquetes y baúles. Miré hacia la entrada. No había señal de los Carroll. Bien. Eso me daba la oportunidad de encontrar a Ruddock. Me escabullí por la puerta trasera y luego a través de un largo pasillo en penumbra hasta la taberna, que era oscura y con bajas vigas de madera. Al igual que La Cornamenta en Calais, estaba muy bulliciosa con las risas cascadas de los sedientos viajeros, la atmósfera cargada por el humo. Encontré un tabernero, cuya boca parecía ocultarse entre unos gruesos carrillos, medio dormido y pasando un trapo por el interior de una jarra de peltre, los ojos ausentes como si soñara con un lugar mejor.

—¿Hola? ¿Señor?

Continuó mirando fijamente a otra parte. Chasqueé los dedos, lo llamé con voz más fuerte por encima del alboroto de la taberna y finalmente pareció volver a la realidad.

—¿Qué quiere? —Gruñó.

—Estoy buscando a un hombre que se hospeda aquí, el señor Ruddock.

Sus gruesos carrillos y la papada se sacudieron cuando negó con la cabeza.

—No hay nadie aquí con ese nombre.

—Tal vez esté usando un nombre falso —insinué esperanzada—. Por favor, señor, es importante que lo encuentre.

Me examinó con renovado interés.

—¿Qué aspecto tiene ese señor Ruddock suyo? —me preguntó.

—Viste como un médico, señor, al menos lo hacía la última vez que le vi, pero hay algo que no puede cambiar y es el distintivo tono de su cabello.

—¿Casi blanco?

—Eso es.

—No, no le he visto.

Incluso en medio del jolgorio de la taberna pude escuchar con claridad un gran alboroto en el patio. El sonido de carruajes llegando. Eran los Carroll.

El tabernero vio como yo también lo advertía. Sus ojos centellearon.

—Usted lo *ha* visto —le presioné.

—Es posible —contestó y con una mirada inescrutable extendió la mano.

Le llené la palma de monedas.

—Arriba. Primera habitación a la izquierda. Está usando el nombre de Mowles. Señor Gerald Mowles. Por lo que parece debe darse prisa.

La conmoción en el exterior iba en aumento, y ya solo podía confiar en que se tomaran su tiempo en reunir y ayudar a la señora Carroll y a su espantosa hija a apearse del carruaje antes de entrar en la Posada con la arrogancia de un séquito real, dándome el tiempo suficiente para…

Subir al piso superior, primera puerta a la izquierda, y recuperar el aliento. Me hallaba en una zona abuhardillada, las inclinadas vigas prácticamente rozando la parte de arriba de mi sombrero. Aun así se estaba más tranquilo que abajo, el ruido reducido a un murmullo de fondo constante, sin señales de la inminente invasión.

Aproveché esos pocos instantes de calma antes de la tormenta para serenarme, levanté la mano para llamar pero, pensándolo mejor, me agaché para espiar por el ojo de la cerradura.

Allí estaba, sentado en la cama con una pierna doblada bajo su cuerpo, vistiendo calzones y una camisa abierta que dejaba a la vista un torso huesudo con una espesa mata de vello. Aunque ya no tenía el aspecto de un médico, no había confusión posible en aquella cabeza de pelo blanco y el hecho de que definitivamente era él, el hombre que había poblado mis pesadillas. Qué curioso cómo ese terror de mi infancia parecía ahora muy poco amenazador.

Desde el piso de abajo me llegó el leve alboroto de los Carroll irrumpiendo en la taberna. Se oyeron voces alzándose y amenazas, y escuché a mi amigo el tabernero protestando mientras ellos hacían sentir su presencia. En unos instantes, Ruddock se daría cuenta de lo que estaba sucediendo y todo elemento sorpresa se habría perdido.

Llamé a la puerta.

—Adelante —contestó, lo que me sorprendió.

Cuando entré en la habitación, él se levantó a recibirme con una mano apoyada en la cadera, una postura, para mi sorpresa, aparentemente provocativa. Durante un segundo o dos, ambos nos quedamos confusos al vernos: él, con la mano en la cadera; yo, al irrumpir allí tan de improviso.

Hasta que finalmente habló con una voz que me sorprendió por lo cultivada.

—Lo siento, pero no tiene aspecto de ser una prostituta. Quiero decir…, no se ofenda, es usted muy atractiva, pero no como una… prostituta.

Fruncí el ceño.

—No, señor, no soy una prostituta, soy Élise de la Serre, hija de Julie de la Serre.

Me miró con expresión perpleja y curiosa.

—Usted trató de matarnos —expliqué.

Su boca formó una «O».

viii

—Ah —exclamó—, y ahora es la hija crecida que ha venido a vengarse, ¿no es así?

Mi mano estaba sobre el puño de mi espada. Por detrás de mí escuché el ruido de botas sobre los peldaños de madera, cuando los hombres de Carroll empezaron a subir. Cerré de un portazo y eché el cerrojo.

—No. Estoy aquí para salvar su vida.

—¿Ah? ¿En serio? Eso no lo esperaba.

—Considérese afortunado —declaré. Las pisadas estaban frente a la puerta—. Márchese.

—Pero ni siquiera estoy vestido adecuadamente.

—*Márchese* —insistí, señalando la ventana.

Estaban aporreando la puerta, que se estremecía en sus goznes, y Ruddock no necesitó que se lo dijera por tercera vez. Pasó una pierna por encima del alféizar y desapareció, dejando tras él un fuerte tufillo maloliente a sudor. Escuché como se deslizaba por la pendiente del tejado.

En ese preciso momento la puerta se vino abajo y los hombres de Carroll irrumpieron en la habitación.

Eran tres. Saqué mi espada y ellos las suyas. Por detrás aparecieron el señor Weatherall y los tres Carroll.

—Deténganse —ordenó el señor Carroll—. Por Dios santo, es la señorita De la Serre.

Permanecí de espaldas a la ventana, la habitación ahora atestada de gente, las espadas desenvainadas. Por detrás escuché un estrépito mientras Ruddock se abría paso hacia su seguridad.

—¿Dónde está? —preguntó el señor Carroll, aunque no con el tono de urgencia que hubiera esperado.

—No lo sé —contesté—. Yo también he venido a buscarle.

A un gesto del señor Carroll, los tres espadachines bajaron las espadas. Carroll parecía confuso.

—Veo que has venido hasta aquí buscando al señor Ruddock. Pero se suponía que éramos *nosotros* los que debíamos encontrarlo. De hecho, tenía el convencimiento de que, mientras nosotros nos encargábamos de localizarle, tú estarías en casa de Jennifer Scott resolviendo otro asunto. Un asunto muy importante para los Templarios, ¿no es así?

—Eso es exactamente lo que he estado haciendo —respondí.

—Ya veo. Bueno, pero primero, ¿por qué no retiras tu espada como una buena chica?

—Es precisamente por lo que he sabido por boca de la propia Jennifer por lo que mi espada permanece desenfundada.

Él alzó una ceja. La señora Carroll curvó el labio y May Carroll puso cara de asco. El señor Weatherall me lanzó una mirada de advertencia.

—Ya veo. ¿Algo que te ha contado Jennifer Scott, la hija del Asesino Edward Kenway?

—Sí —admití, sonrojándome.

—¿Y piensas decirnos lo que esa mujer, una enemiga de los Templarios, te contó sobre nosotros?

—Que ordenaron el asesinato de Mónica y Lucio.

El señor Carroll encogió lánguidamente los hombros.

—Ah, bueno, eso es cierto, me temo. Una precaución necesaria a fin de que nuestro subterfugio no careciera de veracidad.

—Yo nunca hubiera consentido en tomar parte en este juego de haberlo sabido.

El señor Carroll extendió sus manos como si mi reacción fuera una justificación de sus acciones. La punta de mi espada corta permaneció firme. Podía abrirle en canal: rajarle de arriba abajo en un instante.

Pero si lo hacía estaría muerta incluso antes de que su cuerpo tocara el suelo.

—¿Cómo has sabido que debías venir aquí? —preguntó lanzando una mirada inquisitiva hacia el señor Weatherall, y comprendiendo seguramente cuál era la verdad. Vi los dedos del señor Weatherall flexionarse, dispuestos a agarrar su espada.

—Eso no importa —declaré—. Lo importante es que haya cumplido con su parte del trato.

—Por supuesto que sí —aseguró—, pero ¿has cumplido tú con la tuya?

—Me pidieron que recuperara unas cartas de Jennifer Scott. Tanto mi doncella, Hélène, como yo, hemos pagado un precio muy alto por conseguirlo.

Intercambió una mirada con su esposa y su hija.

—¿Lo has hecho?

—No solo eso, sino que he leído las cartas.

Sus labios se replegaron hacia abajo como diciendo: «¿Sí? ¿Y qué?».

—He leído las cartas y tomado nota de todo lo que Haytham Kenway tenía que decir. Y lo que tenía que decir implicaba que los mundos de los Asesinos y los Templarios debían cesar en sus hostilidades. Haytham Kenway, una leyenda entre los Templarios, tenía una visión para el futuro de nuestras dos órdenes y era que estas debían trabajar unidas.

—Ya veo —repuso el señor Carroll, asintiendo—, y eso ha significado algo para ti, ¿no es así?

—Sí —admití, súbitamente convencida—. Sí. Viniendo de él significa mucho.

Asintió.

—Por supuesto. Por supuesto. Haytham Kenway fue… muy *valiente* al plasmar esas ideas en el papel. De haber sido descubierto habría sido juzgado por traición a la Orden.

—Pero puede que tuviera razón. Podemos aprender mucho de sus escritos.

El señor Carroll hizo un gesto de asentimiento.

—Desde luego, querida. Podemos. De hecho, estaré muy interesado en saber lo que tenía que decir. Y dime, ¿tienes por casualidad las cartas contigo?

—Sí —repuse cautelosa—. Las tengo.

—Oh, magnífico. Eso es magnífico. ¿Me permitirías, por favor, echarles un vistazo?

Extendió la mano, con la palma hacia arriba. Su cara mostraba una sonrisa que le llegaba casi hasta los ojos.

Rebusqué bajo mi camisa, extraje el paquete de cartas de donde las tenía pegadas contra mi pecho, y se las pasé.

—Gracias —dijo, todavía sonriente, sus ojos sin apartarse de los míos mientras le tendía las cartas a su hija, que las recibió con una gran sonrisa.

Sabía lo que iba a suceder a continuación. Estaba preparada para ello. Y efectivamente así fue. May Carroll lanzó las cartas al fuego.

—*No* —grité, saltando hacia delante, pero no hacia la chimenea como ellos esperaban, sino al lado del señor Weatherall, al tiempo que soltaba un codazo a uno de los hombres de Carroll, apartándolo.

El hombre soltó un grito de dolor a la vez que levantaba su espada. El sonido del acero entrechocando ensordeció súbitamente la pequeña habitación, cuando nuestras hojas se encontraron.

Casi a la vez, el señor Weatherall había desenvainado su espada, y rechazado diestramente al segundo de los hombres de Carroll.

—Deténgase —ordenó Carroll, y la escaramuza terminó.

El señor Weatherall y yo, con nuestras espaldas dando a la ventana, nos enfrentábamos a los tres espadachines de Carroll, los cinco respirando pesadamente, fulminándonos con la mirada.

El señor Carroll habló con voz tensa.

—Por favor, recuerden caballeros, que la señorita De la Serre y el señor Weatherall aún son nuestros huéspedes.

Yo no me sentía precisamente como su huésped. A mi lado las llamas de la chimenea chisporrotearon y luego se apagaron; las cartas reducidas a grises y revoloteantes fragmentos de ceniza. Comprobé mi postura: pies separados, centro equilibrado, respiración regular. Mis codos flexionados y pegados al cuerpo. Mantuve al espadachín más cercano a mi alcance, sin apartar la vista mientras el señor Weatherall cubría al otro. ¿Y el tercero? Bueno, de ese ya nos ocuparíamos en su momento.

—¿Por qué? —pregunté al señor Carroll sin apartar mis ojos del espadachín más cercano, mi pareja para este baile—. ¿Por qué ha quemado las cartas?

—Porque no puede haber tregua con los Asesinos, Élise.

—¿Por qué no?

Con la cabeza ligeramente ladeada y las manos entrelazadas delante de él, sonrió condescendiente.

—No lo entenderías, querida. Los nuestros han guerreado con los Asesinos durante siglos…

—Exactamente —presioné—, y por esa razón debemos ponerle fin.

—Calla, querida —espetó, y su tono condescendiente me irritó—. Las divisiones entre nuestras dos órdenes son demasiado grandes, la enemistad demasiado arraigada. Es como si pidieras a una serpiente y una mangosta que tomaran juntas el té de la tarde. Cualquier tregua sería llevada a cabo en una atmósfera de desconfianza mutua y bajo un clima de antiguas reivindicaciones. Cada uno sospechando que el otro estaría planeando derrocarle. Eso nunca sucederá. Y sí, impediremos cualquier intento de propagar la difusión de esas ideas —hizo un gesto con la mano hacia el fuego—, ya sean los escritos de Haytham Kenway o las aspiraciones de una ingenua jovencita destinada a ser el Gran Maestro de Francia algún día.

El impacto de lo que eso significaba me golpeó con fuerza.

—¿A mí? ¿Pretende matarme a mí?

Todavía con la cabeza ligeramente ladeada, me miró con ojos tristes.

—Es por un bien mayor.

—Pero yo soy un Templario —repliqué furiosa.

Mostró un gesto despectivo.

—Bueno, no del todo todavía, pero entiendo a lo que te refieres y admito que eso influye en cierta medida. Aunque no lo suficiente. El hecho es que las cosas deben permanecer como están. ¿Acaso no recuerdas el momento en que nos vimos por primera vez?

Mis ojos se volvieron hacia May Carroll. Su bolsito balanceándose entre sus dedos enguantados, mientras nos observaba como si estuviera disfrutando de una velada en el teatro.

—Oh, recuerdo muy bien nuestro primer encuentro —aseguré al señor Carroll—. Recuerdo a mi madre despachándole sin contemplaciones.

—Ciertamente —reconoció—. Tu madre tenía tendencias progresistas que no estaban de acuerdo con las nuestras.

—Uno podría pensar que querían verla muerta —declaré.

El señor Carroll me miró confuso.

—¿Cómo dices?

—Tal vez querían verla muerta hasta el punto de contratar a un hombre para hacer el trabajo. ¿A un Asesino expulsado, tal vez?

Sus manos aplaudieron al comprenderlo.

—Oh, ya entiendo. ¿Te refieres al recientemente desaparecido señor Ruddock?

—Exactamente.

—¿Y piensas que fuimos nosotros los que lo contratamos? ¿Crees que estuvimos detrás del intento de asesinato? Y, presumiblemente, ¿esa es la razón por la que has ayudado al señor Ruddock a escapar?

Sentí como me ruborizaba, comprendiendo que me había delatado mientras el señor Carroll volvía a aplaudir con deleite.

—Bueno, ¿no fue así?

—Siento mucho decepcionarte, querida, pero esa acción en concreto no tuvo nada que ver con nosotros.

Maldije en silencio. Si estaba diciendo la verdad entonces había cometido un error al dejar escapar a Ruddock. No tenían motivos para matarlo.

—Ahora comprenderás nuestro problema, Élise —estaba diciendo el señor Carroll—, por ahora no eres más que un miembro Templario de

segundo rango con ideas fantasiosas. Pero algún día serás el Gran Maestro y sostienes no solo uno sino dos principios claves en oposición a los nuestros. En consecuencia, dejarte salir de Inglaterra queda fuera de discusión, me temo.

Su mano se dirigió a la empuñadura de su espada. Me tensé, tratando de calcular nuestras posibilidades: el señor Weatherall y yo contra los tres sicarios de Carroll, además de los tres Carroll en persona.

Las posibilidades eran nefastas.

—May —llamó el señor Carroll—, ¿te gustaría hacer los honores? Por fin podrás probar la sangre.

Ella sonrió obsequiosa a su padre, y comprendí que era igual que yo: había sido entrenada en el manejo de la espada pero aún no había matado. Yo iba a ser su primera víctima. Menudo honor.

Detrás de ella, la señora Carroll sacó una espada, una espada corta como la mía, fabricada a su medida y peso. La luz resplandeció sobre el ornamentado guardamanos curvo, la espada entregada como si fuera algún tipo de artefacto religioso que May se volvió para recoger.

—¿Estás preparada para esto, Apestosa? —preguntó girándose de nuevo.

Oh, desde luego que estaba preparada. El señor Weatherall y mi madre me habían dicho siempre que todas las peleas a espada comienzan en la mente y que la mayoría terminan con la primera estocada. Todo dependía de quién realizara el primer movimiento.

Así que lo hice yo. Me deslicé ágilmente hacia ella y clavé la punta de mi espada en el cuello de May Carroll, atravesándola hasta que salió por su boca.

El primer asalto era mío. No fue exactamente una muerte honorable pero, en aquel momento, el honor era la última de mis preocupaciones. Estaba más interesada en seguir con vida.

Aquello era lo último que esperaban, ver a su hija ensartada por mi espada. Vi los ojos de la señora Carroll abrirse desmesuradamente de incredulidad medio segundo antes de que gritara conmocionada y angustiada.

Mientras tanto, aproveché el impulso de mi movimiento para cargar con el hombro contra el señor Carroll, al mismo tiempo que sacaba mi espada del cuello de May Carroll, golpeándole con tal tuerza que se tambaleó hacia atrás perdiendo el equilibrio y estrellándose contra la puerta. May Carroll se había desplomado sin vida antes de llegar al suelo, bañándolo todo con su sangre; la señora Carroll estaba buscando algo en su bolsito pero la ignoré. Afianzando mis pies, me agaché girando en redondo en anticipación a un ataque por detrás.

Llegó. El espadachín que avanzaba pesadamente hacia mí mostraba una mirada de sorprendida incredulidad en su rostro, incapaz de creer el súbito giro de los acontecimientos. Me mantuve acuclillada y desvié su espada con la mía, rechazando su ataque y girando al mismo tiempo con una pierna extendida. El impulso de mi pierna chocó con tal violencia contra sus tobillos que le hice rodar por el suelo.

No había tiempo para rematarlo. Junto a la ventana el señor Weatherall estaba peleando aunque con dificultades. Pude notarlo en su rostro, en su mirada de inminente derrota y confusión, como si no pudiese entender por qué sus dos oponentes aún seguían en pie. Como si eso no le hubiera sucedido nunca.

Mi espada atravesó a uno de sus asaltantes. El segundo hombre se apartó sorprendido, descubriendo súbitamente que tenía dos oponentes en lugar de uno, pero con el primer espadachín incorporándose de nuevo, el señor Carroll en pie a punto de desenvainar, y la señora Carroll sacando por fin algo de su bolsito, que resultó ser una pequeña pistola de tres cañones rotativos, decidí que ya había tentado demasiado a mi suerte.

Era el momento de seguir el mismo camino que mi amigo el señor Ruddock.

—Por la ventana —grité, y el señor Weatherall me lanzó una mirada como diciendo: «Estarás de broma», antes de que apoyara mis dos manos sobre su pecho y le empujara de tal forma que salió de culo por la ventana para caer por la pendiente del tejado.

Justo cuando lo hice se oyó un chasquido, el sonido de una bala impactando en algo suave. Entonces la ventana se cubrió de sangre, como si hubieran extendido súbitamente una sábana de encaje rojo sobre ella. Pero incluso mientras me preguntaba si el sonido que había oído era el de la bala alcanzándome, o si la salpicadura de sangre en la ventana era mía, me lancé por el hueco, chocando contra las tejas del otro lado y resbalando sobre mi estómago hasta topar con el señor Weatherall, que se había detenido al borde del tejado.

Entonces advertí que la bala había alcanzado la parte inferior de su pierna, la sangre tiñendo de oscuro sus calzones. Sus botas se arrastraron sobre las tejas, haciendo que se desprendieran y cayeran al patio, acompañadas por el sonido de voces y pasos apresurados más abajo. Por encima de nosotros se escuchó un grito y una cabeza asomó por la ventana. Vi la cara de la señora Carroll contorsionada de angustia y rabia, su necesidad de matar a la mujer que había asesinado a su hija imponiéndose a todo lo demás en su vida, incluyendo la necesidad de apartarse de la ventana para que sus hombres pudieran pasar por ella y perseguirnos.

En su lugar, agitó la pistola hacia nosotros. Con un rugido que dejaba sus dientes al descubierto, me apuntó y sin duda no habría fallado salvo que alguien la empujara por detrás…

Y eso fue exactamente lo que sucedió. Su disparo, tan apresurado como desviado, rebotó inofensivo con un sonido metálico en las tejas cercanas.

Más tarde, mientras corríamos a toda velocidad en dirección a Dover en un coche de caballos, el señor Weatherall me contó que era corriente que el cañón de una pistola rotativa prendiera los otros cañones, y que podía resultar «desagradable» para aquel que estuviera disparando.

Eso fue precisamente lo que le ocurrió a la señora Carroll. Escuché un silbido seguido de un pequeño estallido y la pistola apareció rodando por el tejado hasta nosotros mientras, más arriba, la señora Carroll gritaba y su mano, ahora una chamuscada sombra roja y negra, comenzaba a sangrar.

Aproveché la distracción y empujé la pierna buena del señor Weatherall fuera del borde del tejado. Se quedó colgando de la punta de los dedos, su rostro contorsionado por el dolor pero negándose a gritar mientras yo movía su otra pierna por encima del alero, y le gritaba: «Lo siento mucho», para después gatear por encima de él y quedarnos los dos colgando, saltar al patio de más abajo y dispersar a los mirones.

Era un salto corto, pero aun así nos dejó sin aliento, el sudor empapando el rostro del señor Weatherall mientras se tragaba el dolor de su pierna herida. Tan pronto como se incorporó ordené que trajeran caballos y un carruaje, y entonces saltó para ocupar su lugar a mi lado.

Todo sucedió en un instante. Salimos precipitadamente del patio a la calle Fleet. Alcé la vista y vi los rostros en la ventana de la habitación de huéspedes. Supe que pronto estarían sobre nosotros, y conduje a los caballos tan rápido como me fue posible, prometiéndoles silenciosamente una sabrosa ración de alfalfa cuando llegáramos a Dover.

Al final, el trayecto nos llevó casi seis horas, pero al menos pude dar gracias a Dios al no ver señales de los Carroll en la carretera detrás de nosotros. De hecho, no volví a verlos hasta el momento en que empezamos a alejarnos de la playa de Dover en un bote de remos en dirección al paquebote que, como nos habían contado, estaba a punto de levar anclas.

Nuestro remero gruñó mientras nos acercaba a la embarcación más grande. Vislumbré como dos carruajes llegaban por la carretera de la costa que discurría por encima de la playa. Nos estábamos alejando, pero al no llevar ninguna luz, el bote fue tragado por el mar oscuro como la tinta, los remeros guiándose por la luz del paquebote, de forma que los Carroll no podían vernos desde la orilla. Pero nosotros a ellos sí, difusamente pero iluminados por el balanceo de sus faroles mientras escrutaban la zona en busca de su presa.

No logré distinguir el rostro de la señora Carroll pero pude imaginar la mezcla de odio y pena que llevaría como una máscara. El señor Weatherall observaba, apenas consciente, con la pierna herida oculta bajo las mantas de viaje. Me vio hacer un discreto *bras d'honneur*[2] y me propinó un codazo.

—Incluso aunque pudieran verlo no sabrían lo que significa. Eso solo es una grosería en Francia. Aquí debes intentar esto otro. —Sacó dos dedos de

la mano y le imité.

El casco del paquebote ya no quedaba lejos. Podía percibir su voluminosa presencia en la noche.

—Irán detrás de ti, ya lo sabes —declaró, su barbilla hundida en su pecho—. Has matado a su hija.

—Y no solo eso. Aún tengo las cartas.

—¿Las que se han quemado eran un señuelo?

—Algunas de mis cartas a Arno.

—Tal vez eso nunca lo descubran. En cualquier caso, irán detrás de ti.

Habían sido tragados por la noche. Inglaterra ya solo era una masa informe de tierra, una enorme luna moteaba los acantilados a nuestra izquierda.

—Lo sé —asentí—, estaré preparada para ellos.

—Solo asegúrate de estarlo.

9 de abril de 1788

—Necesito su ayuda.

Estaba lloviendo. La clase de lluvia que se clava como cuchillos en la piel, golpea tus párpados y aporrea tu espalda. Había aplastado mi pelo contra mi cabeza, y cuando hablé el agua rebotaba en mi boca, pero al menos disimulaba las lágrimas y los mocos mientras permanecía en los escalones de la Maison Royale en Saint-Cyr, tratando de no desfallecer de puro agotamiento, y observando el pálido rostro de la señora Levene, aún impresionada por verme, como si yo fuera un fantasma que hubiera aparecido en los escalones del colegio a altas horas de la noche.

Allí plantada, con el carruaje detrás de mí, en cuyo interior iba el señor Weatherall dormido o inconsciente y Hélène mirando ansiosa por la ventanilla, contemplando a través de la lluvia torrencial el lugar donde yo aguardaba en los escalones del colegio, me pregunté si estaba haciendo lo correcto.

Durante un segundo, mientras la señora Levene clavaba sus ojos en mí, pensé que simplemente me despacharía con viento fresco por todos los problemas que le había causado y me cerraría la puerta en las narices. Y si lo hacía, ¿quién podría culparla?

—No tengo otro sitio donde ir —expliqué—. Por favor, ayúdeme.

Pero ella no cerró la puerta en mis narices. Y en su lugar contestó:

—Por supuesto, querida.

Y me arrojé en sus brazos, medio muerta de cansancio.

10 de abril de 1788

¿Existió nunca un hombre tan valiente como el señor Weatherall? Ni una sola vez gritó de dolor durante el viaje a Dover, aunque para cuando subimos al paquebote había perdido mucha sangre. Me reuní con Hélène a bordo —los acantilados de Dover encogiéndose en la distancia, mi tiempo en Londres apenas transformándose en un mero recuerdo—, y entre las dos llevamos al señor Weatherall hasta una sección en cubierta donde dispondríamos de un poco de privacidad.

Hélène se arrodilló a su lado, posando sus frías manos en su frente.

—Eres un ángel —dijo él, sonriendo, y entonces se sumió en la inconsciencia.

Le vendamos lo mejor que supimos, y para cuando llegamos a las costas de Calais había recuperado algo de color.

Sin embargo, aún sufría fuertes dolores y hasta donde sabíamos la bala permanecía alojada en su pierna, por no mencionar que cuando cambiamos sus vendajes la herida brilló ante nuestros ojos, sin mostrar ningún signo de estar cicatrizando.

El colegio tenía una enfermera, pero la señora Levene prefirió llamar al médico de Châteaufort, un hombre con experiencia en tratar heridas de guerra.

—Va a tener que amputarla, ¿no es así? —le había preguntado el señor Weatherall desde la cama, los cinco apiñados en el dormitorio.

El doctor asintió y noté las lágrimas aguijonear mis ojos.

—No se preocupe —estaba diciendo el señor Weatherall—. Sabía que esta maldita cosa tendría que ser amputada desde el mismo momento en que me alcanzó, cuando me deslicé por el condenado tejado sobre mi propia sangre con la bala de mosquete dentro de mi pierna. Ya entonces me dije: «Ya está, puedes despedirte de ella. Dalo por seguro».

Miró al médico y tragó con fuerza, un ligero temor asomando por fin a su rostro.

—¿Es usted rápido?

El médico asintió, añadiendo con aire ligeramente orgulloso:

—Puedo liquidar una pierna en cuarenta y cuatro segundos.

El señor Weatherall le miró impresionado.

—¿Utilizará un cuchillo de sierra?

—Tan afilado como una navaja…

El señor Weatherall respiró honda y pesarosamente.

—Entonces ¿a qué estamos esperando? —declaró—. Acabemos con ello.

Jacques, el hijo ilegítimo de la directora, y yo agarramos al señor Weatherall, y el doctor fue fiel a su palabra, actuando rápida y concienzudamente, incluso cuando el señor Weatherall se desmayó por el dolor. Cuando todo acabó, envolvió la pierna amputada de mi protector en papel marrón y se la llevó de allí. Al día siguiente regresó con un par de muletas.

2 de mayo de 1788

Para mantener las apariencias, me reincorporé a las clases, donde me convertí en un misterio para mis compañeras a las que se les dijo que había sido separada por motivos disciplinarios. A lo largo de esos últimos meses fui la pupila sobre la que más se hablaba en el colegio, blanco de rumores y cotilleos como estos que me atrevo a mencionar: que había sido recogida por un caballero de mala reputación (mentira), que había quedado encinta (mentira), y que me había aficionado a pasar mis noches jugando en los bares de los muelles (y bueno, sí, eso lo había hecho, una o dos veces).

Ninguna de ellas imaginó que había estado intentando seguir la pista de un hombre que, en su día, fue contratado para matarnos a mi madre y a mí; ni que había regresado con el señor Weatherall malherido y una devota Hélène, y que los tres vivíamos ahora con Jacques en el pabellón del guarda.

No, nadie averiguó jamás aquello.

Releí las cartas de Haytham Kenway y luego, un día, escribí a Jennifer Scott.

Le dije lo mucho que lo sentía. Me «presenté» a mí misma hablándole de mi vida en casa, de Arno, mi amado, y cómo se suponía que debía apartarle de su credo y atraerle hacia las formas de los Templarios.

Y, por supuesto, comenté las cartas de Haytham y sus palabras, y lo mucho que me habían conmovido. Le aseguré que pondría todo mi empeño en ayudar a traer la paz entre las dos organizaciones, porque ella tenía razón

y Haytham tenía razón: había habido demasiados asesinatos, y eso tenía que acabar.

6 de diciembre de 1788

Esta tarde el señor Weatherall y yo hemos cogido la carreta hasta Cháteaufort, dirigiéndonos hasta una casa que él llama su «escondrijo».

—Debo admitir que eres un cochero mucho más agradable que el joven Jacques —declaró, acomodándose a mi lado—. Pero también es cierto que él es un asombroso conductor. Nunca necesita usar el látigo y rara vez toca las riendas. Simplemente se sienta ahí, en la vara, con los pies levantados, silbando entre dientes, de este modo…

Silbó imitando a su habitual cochero. Bueno, yo no era Jacques, y mis manos se helaban sobre las riendas, pero disfruté del paisaje mientras avanzábamos. El invierno había empezado a morder duro y los campos a cada lado de la carretera que llevaba a la ciudad estaban cubiertos de hielo que resplandecía bajo la baja capa de niebla de primera hora de la tarde. Iba a ser otro crudo invierno, eso seguro, y me pregunté cómo se sentirían los campesinos que trabajaban en los campos al contemplar ese panorama desde sus ventanas. Mi privilegiada situación me permitía ver la belleza escondida en el paisaje. Ellos solo verían la miseria.

—¿Qué es un «escondrijo»? —le pregunté.

—Ajá —se rio, golpeando sus manos enguantadas, su frío aliento formando una nube alrededor del cuello subido de su abrigo—. ¿Alguna vez has visto algún envío llegar al pabellón del guarda? No. Eso es porque vienen aquí. —Señaló más allá de la carretera—. Un escondrijo es mi forma de llevar los negocios sin tener que facilitar mi localización exacta. La versión oficial es que estás completando tu educación y yo en algún lugar

desconocido. Así es como quiero que continúen las cosas por el momento. Y para lograrlo, debo desviar mi correspondencia a través de una serie de contactos.

—¿Y quién es esa gente que espera despistar? ¿Los Cuervos?

—Podría ser. Aún no lo sabemos, ¿no es cierto? Aún no hemos conseguido averiguar quién contrató a Ruddock.

Hubo unos instantes de incómoda tensión entre los dos. Prácticamente todo lo relativo al viaje a Londres había sido implícitamente enterrado en nuestra memoria, sobre todo el hecho de haber conseguido escasos resultados que valieran la pena. Sí, tenía las cartas y había regresado siendo alguien diferente, una mujer más lúcida, pero la realidad era que habíamos ido hasta allí para encontrar a Ruddock y en ese sentido no habíamos avanzado nada.

Bueno, le habíamos encontrado. Solo que lo dejé escapar. Y los únicos indicios de información obtenidos en la experiencia eran que Ruddock ya no se vestía como un médico, y que a veces utilizaba el alias de Gerald Mowles.

—No creo que vaya a utilizar ese alias de nuevo, ¿verdad? Sería un maldito idiota si lo hiciera —gruñó el señor Weatherall, lo que redujo los indicios de información a uno solo.

A todo ese desastre había que sumar, por supuesto, el hecho de que yo hubiera matado a May Carroll.

Habíamos discutido en torno a la mesa de la cocina de la casa del guarda cómo podrían responder los Carroll. Durante un mes aproximadamente, el señor Weatherall había supervisado los correos sin encontrar mención del incidente.

—No creo que quieran hacer de ello un asunto oficial —comentó el señor Weatherall—. La realidad es que estuvieron a punto de acabar con la hija del Gran Maestro y futura Gran Maestro. Trata de explicar eso. No. Los Carroll querrán su venganza, pero se la cobrarán de forma clandestina. Querrán vernos a ti, a mí y tal vez incluso a Hélène, muertos. Y tarde o temprano, probablemente cuando menos lo esperemos, alguien nos hará una visita.

—Estaremos preparados para recibirlos —contesté. Pero entonces recordé la pelea en la Posada de la Cabeza de Jabalí, cuando el señor Weatherall actuó como una sombra de su antiguo yo. La bebida, el paso de los años, la pérdida de confianza… Cualquiera que fuese la razón había hecho que dejara de ser el gran guerrero que había sido. Y ahora, además, había perdido una pierna. Nos habíamos estado entrenando, y si bien continuaba adiestrándome en el manejo de la espada, él por su parte había empezado a concentrarse más en su habilidad como lanzador de cuchillos.

Al final del camino, fuimos recibidos por la visión de los tres castillos de Cháteaufort y al llegar a la plaza desmonté, recogí las muletas del señor Weatherall y le ayudé a apearse.

Él me condujo hasta una tienda en una esquina de la plaza.

—¿Una tienda de quesos? —pregunté arqueando las cejas.

—El pobre Jacques no puede soportar el olor; tengo que dejarle siempre fuera. ¿Vienes?

Sonreí y le seguí mientras agachaba la cabeza y se quitaba el sombrero, penetrando en la tienda. Saludó a una chica joven detrás del mostrador, y luego continuó hasta la parte trasera. Resistiendo las ganas de llevarme una mano a la boca, le seguí para encontrarlo rodeado de estanterías de madera repletas de redondos quesos. Tenía la nariz levantada como si disfrutase del aroma acre del vapor de los quesos.

—¿Puedes olerlo? —preguntó.

¡Y cómo no!

—Este es el escondrijo, ¿no es así?

—Efectivamente. Si miras debajo de ese queso de allí, tal vez encuentres alguna correspondencia para nosotros.

Había una sola carta y se la tendí. Esperé mientras la leía.

—Bien —declaró cuando hubo terminado, doblando la carta y guardándosela en el gabán—. ¿Recuerdas cuando dije hace un rato que nuestro amigo el señor Ruddock sería un maldito estúpido si utilizaba de nuevo su alias de Gerald Mowles?

—Sí —contesté cautelosa, sintiendo al mismo tiempo una leve punzada de ansiedad.

—Bueno, pues lo es, es un maldito estúpido.

12 de enero de 1789

El interior de La Vaca Despedazada era oscuro y humeante, tal y como había imaginado que sería, y la penumbra resultaba opresiva, a pesar del estrépito del local. ¿Sabes a lo que me recordó? A La Cornamenta de Calais. Aunque a una Cornamenta trasladada a los ásperos campos y a las aún más duras condiciones de vida de los agricultores de Ruán.

Tenía razón. El invierno había golpeado con fuerza. Más fuerte que nunca.

El olor a cerveza parecía estar suspendido de las húmedas vigas como densa niebla; incrustado en los muros y la carpintería, las mesas a las que se sentaban los bebedores apestaban a ella, aunque no parecía importarles. Algunos hombres estaban encorvados sobre sus picheles, tan encogidos que el borde de sus sombreros casi tocaba la mesa, hablando en voz baja y pasando la tarde entre protestas y chismes; otros formaban grupos, agitando dados en sus cubiletes o riendo y bromeando. Aporreaban sus picheles vacíos contra la mesa pidiendo más cerveza, que era servida por la única mujer de la habitación, una sonriente tabernera con tanta práctica despachando cerveza como en deslizarse graciosamente esquivando las manazas de los hombres.

Fue en esta taberna en donde entré, escapando de un viento mordiente que silbaba y se arremolinaba a mi alrededor mientras abría la puerta y me quedaba durante un segundo en el umbral, sacudiendo la nieve de mis botas.

Vestía prendas que casi llegaban al suelo, una capucha echada sobre mi cara. La ruidosa cháchara de la taberna se convirtió súbitamente en susurro, reemplazada por suaves murmullos. Las alas de los sombreros se hundieron aún más; los hombres observaron mientras me giraba, cerraba la puerta y permanecía en las sombras durante un instante.

Avancé a través de la habitación, mis botas resonando en el suelo de madera, hasta un mostrador donde se encontraba el tabernero, la camarera y dos parroquianos aferrados a sus picheles, uno de ellos mirando al suelo, el otro observando con ojos duros y boca firme.

Al llegar al mostrador retiré hacia atrás la capucha, revelando mi cabello pelirrojo que agité soltándolo un poco. La camarera apretó los labios levemente y, casi de forma inconsciente, se llevó las manos a las caderas y su pecho se agitó ligeramente.

Mis ojos recorrieron lentamente la estancia, haciéndoles saber que no me sentía en absoluto intimidada por lo que me rodeaba. Los hombres me devolvieron la mirada, dejando de estudiar la superficie de las mesas, fascinados y cautivados por la recién llegada. Algunos se pasaron la lengua por los labios y hubo muchos codazos y risitas disimuladas, en medio de un intercambio de comentarios irreverentes.

Lo absorbí todo y luego me volví para dar la espalda a la clientela, aproximándome aún más al mostrador donde uno de los parroquianos se movió para dejarme sitio. El otro, sin embargo, permaneció donde estaba, de modo que continuó muy cerca de mí, mirándome deliberadamente de arriba abajo.

—Buenas tardes —saludé al tabernero—. Confío en que pueda ayudarme, estoy buscando a un hombre —anuncié con voz lo suficientemente alta para que toda la taberna pudiera oírlo.

—Entonces creo que ha venido al lugar adecuado —gruñó a mi lado el bebedor con nariz de patata, aunque se dirigió hacia la concurrencia, que soltó una carcajada.

Sonreí y le ignoré.

—Responde al nombre de Bernard —añadí—. Tiene cierta información que necesito. Me dijeron que podría encontrarle aquí.

Todos los ojos se volvieron hacia un rincón de la taberna donde Bernard estaba sentado, con ojos desmesuradamente abiertos.

—Gracias —contesté—. Bernard, tal vez deberíamos salir afuera un momento para poder hablar.

Bernard me miró fijamente pero no se movió.

—Vamos, Bernard, que no muerdo.

En ese momento, Nariz de Patata se apartó del mostrador hasta colocarse delante de mí, como desafiándome. Su mirada se endureció aún más si es que eso era posible, pero su sonrisa era acuosa y se balanceaba ligeramente sobre los pies.

—Aguarde un momento, mocita —increpó, con tono despreciativo—. Bernard no va a ir a ninguna parte, y mucho menos hasta que no nos diga lo que tiene en mente.

Fruncí el ceño, inspeccionándole.

—¿Y qué tiene usted que ver con Bernard? —pregunté cortés mente.

—Bueno, resulta que me acabo de convertir en su guardián —replicó Nariz de Patata—. Dispuesto a protegerle contra una mocita pelirroja que parece creerse superior, si no le importa que se lo diga.

Se escucharon unas risas por la sala.

—Soy Élise de la Serre de Versalles —sonreí—. Para ser sincera, si no le importa que se lo diga, es usted quien parece sentirse superior.

Resopló.

—Dudo que eso sea verdad. Tal y como yo lo veo, los días de gloria para aquellos como ustedes y los de su clase están a punto de llegar a su fin. —Escupió las últimas palabras por encima de su hombro, de forma un tanto atropellada.

—Pues se llevaría una sorpresa —repliqué serena—. Lleguen a su fin o no, las mocitas pelirrojas tenemos la costumbre de terminar el trabajo. Un trabajo que en este caso implica hablar con Bernard. Pretendo llevarlo a cabo, así que le sugiero que vuelva a su cerveza y me deje con mis asuntos.

—¿Y qué asuntos son esos? Hasta donde se me alcanza, los únicos asuntos de una mujer en una taberna son servir cerveza, y me temo que ese puesto ya está ocupado.

Más risas, esta vez lideradas por la camarera.

—¿O es que tal vez ha venido a entretenernos? ¿Es eso cierto, Bernard, has pagado a una cantante para la noche? —Nariz de Patata se pasó la lengua por unos labios que ya estaban húmedos—. ¿O tal vez se trata de otra clase de entretenimiento?

—Mire, está usted borracho y ha olvidado sus modales, de modo que no tendré en cuenta su comentario con la condición de que se haga a un lado.

Mi voz era firme, y así lo advirtieron los hombres en la taberna.

Todos menos Nariz de Patata, que no fue consciente del súbito cambio en la atmósfera y parecía estar disfrutando de lo lindo.

—Tal vez esté aquí para entretenernos con un baile —insistió alzando la voz—. ¿Qué es lo que está ocultando ahí debajo? —Y acto seguido extendió el brazo para apartar mis ropas.

Se quedó petrificado. Mi mano atrapó la suya al vuelo. Mis ojos se estrecharon. Nariz de Patata se echó hacia atrás sacando una daga de su cinturón.

—Bueno, bueno —continuó—, parece como si la mocita pelirroja llevara una espada. —Agitó el cuchillo—. ¿Para qué necesita una espada, señorita?

Suspiré.

—Oh, no sé. ¿Por si quiero cortar un poco de queso? Y en cualquier caso, ¿a usted qué le importa?

—Me quedaré con ella si le parece bien —declaró—, y *luego* podrá seguir su camino.

Por detrás, los otros clientes observaban con ojos asombrados. Algunos empezaron a apartarse, presintiendo que la visitante no se prestaría a dar su arma voluntariamente.

Sin embargo, después de un momento en que fingí considerarlo, llevé la mano a mis ropas. Nariz de Patata blandió amenazadoramente la daga pero yo alcé mis palmas y me moví lentamente, apartando las prendas.

Por debajo vestía una túnica de cuero. En mi cintura estaba el cinto de la espada. Acerqué la mano a él, sin que mis ojos se apartaran en ningún momento de Nariz de Patata.

—La otra mano —indicó, sonriendo ante su propia clarividencia y amenazando con la daga.

Obedecí. Valiéndome de un dedo y el pulgar utilicé la otra mano para sacar suavemente la espada por el mango. Se deslizó lentamente de la funda. Todos contuvieron la respiración.

Entonces, con un súbito movimiento de muñeca, tiré de la espada hacia arriba sacándola de la funda, de modo que un momento antes estaba entre mis dedos y al siguiente había desaparecido.

Todo transcurrió en un abrir y cerrar de ojos. Durante una fracción de segundo Nariz de Patata miró al lugar donde debería estar la espada, y luego sus ojos se alzaron a tiempo para ver como esta descendía sobre la mano con la que sujetaba el cuchillo. La retiró rápidamente, y la espada cayó con un ruido sordo en la madera donde se clavó, vibrando ligeramente.

Una sonrisa de victoria había empezado a dibujarse en el rostro de Nariz de Patata antes de comprender que se había quedado expuesto, su cuchillo apuntando en la dirección equivocada, dándome suficiente espacio para retroceder, girarme y golpearle en la nariz con mi antebrazo.

La sangre brotó en chorro de su nariz, y sus ojos se quedaron en blanco. Sus rodillas chocaron con el suelo de madera al desplomarse, y luego pareció tambalearse cuando me acerqué, planté mi bota sobre su pecho y a punto estuve de empujarle suavemente de espaldas antes de pensarlo mejor, dar un paso atrás y soltarle en su lugar una patada en la cara.

Cayó de bruces y se quedó inmóvil, respirando pero fuera de combate.

Se hizo un gran silencio en la taberna mientras yo le hacía una seña a Bernard para que se acercara y recuperaba mi espada. Bernard estaba ya encaminándose con paso vacilante hacia mí cuando la envainé.

—No se preocupe —aseguré cuando se quedó a algunos pasos, su nuez subiendo y bajando—, no corre peligro, salvo que esté pensando en llamarme mocita pelirroja. —Le miré seria—. ¿Está pensando en llamarme mocita pelirroja?

Bernard, más joven, alto y delgado que Nariz de Patata, sacudió vigorosamente la cabeza.

—Bien, entonces salgamos fuera.

Miré a mi alrededor para comprobar si había algún contrincante más —los clientes, el dueño y la camarera encontraron algún punto interesante que estudiar a sus pies— y, satisfecha, conduje a Bernard al exterior.

—De acuerdo —empecé una vez fuera—. Me han dicho que podría saber algo sobre el paradero de un amigo mío que responde al nombre de Mowles.

14 de enero de 1789

i

En una ladera que dominaba una aldea a las afueras de Ruán, tres agricultores vistiendo jubones de cuero reían y bromeaban y después, tras contar hasta tres, alzaron una horca sobre una baja plataforma de madera.

Uno de los hombres colocó un taburete de tres patas por debajo de la soga y luego se agachó para ayudar a sus dos compañeros, que empezaron a martillear los puntales que mantendrían la horca fija, los rítmicos golpeteos arrastrados por el viento hasta donde yo me encontraba montada a lomos de mi caballo, un hermoso y tranquilo castrado al que había llamado *Scratch* en honor de nuestro querido y largo tiempo desaparecido lebrel.

A los pies de la colina se hallaba la aldea. Era pequeña, más bien un conjunto de chozas aisladas y una taberna dispuestas a lo largo del perímetro de una parduzca y embarrada plaza, pero en cualquier caso era una aldea.

La gélida lluvia había derivado en una constante e igualmente glacial llovizna, y un fuerte viento que helaba los huesos soplaba inclemente. Los aldeanos que aguardaban en la plaza se envolvían en sus bufandas concienzudamente apretadas, cerrándose las camisas alrededor del cuello mientras esperaban el entretenimiento del día: un ahorcamiento. ¿Qué podría haber mejor? Nada como un buen ahorcamiento para elevar los ánimos cuando el hielo había arrasado cultivos y cosechas y los

terratenientes locales elevaban las rentas, mientras el rey imponía nuevos tributos que confiaba en recaudar.

Desde un edificio que supuse que serviría de calabozo llegó un ruido, y los congelados espectadores se volvieron para ver emerger a un sacerdote con sombrero negro y túnica, su voz reflejando la solemnidad del acto mientras leía en una Biblia. Por detrás apareció el carcelero, que sostenía una larga cuerda en cuyo extremo estaban atadas las manos de un hombre que llevaba la cabeza encapuchada y andaba dando tumbos, resbalando en el barro de la plaza y gritando ciegamente sus protestas en dirección a nadie en particular.

—Ha habido un error —protestaba a voz en grito, salvo que lo gritaba en inglés, antes de recordar que debía hacerlo en francés.

Los aldeanos continuaron contemplándole mientras era guiado hacia la colina, algunos santiguándose y otros abucheando. No había ningún gendarme a la vista. Ni tampoco un juez o un agente de la ley. Al parecer, esto era lo que se entendía por justicia aquí en el campo. Y luego decían que París era incivilizado.

El hombre, por supuesto, era Ruddock, y mirando colina abajo hacia él, mientras tiraban de la cuerda que le llevaba hasta la horca de cuyo extremo acabaría colgado, era difícil creer que alguna vez hubiera sido un Asesino. No era de extrañar que el credo se hubiera lavado las manos respecto a él.

Retiré la capucha de mi capa, sacudí mi cabello para liberarlo y bajé la vista hacia Bernard que estaba observándome con ojos dilatados, llenos de admiración.

—Aquí vienen, señorita —indicó—, justo como le prometí que harían.

Agité una bolsa de dinero sobre su palma y luego la retiré cuanto trató de agarrarla.

—¿Y ese definitivamente es él? —pregunté.

—Es él, sí, señorita. El hombre que responde al nombre de señor Gerald Mowles. Dicen que trató de estafar a una anciana pero fue atrapado antes de que pudiera escapar.

—Y luego sentenciado a muerte.

—Así es, señorita; los aldeanos le sentenciaron a muerte.

Solté una breve carcajada volviendo la vista hasta donde la sombría procesión había alcanzado los pies de la colina que ascendía hacia la horca, y sacudí la cabeza con incredulidad por lo bajo que Ruddock había caído, preguntándome si no sería mejor hacerle un favor al mundo y dejar que le colgaran. Después de todo, este era el hombre que había intentado matarnos a mi madre y a mí.

Sin embargo, un comentario que el señor Weatherall me había hecho antes de partir me rondaba insistentemente por la cabeza.

—Si lo encuentras, hazme un favor y no lo traigas aquí.

Le miré bruscamente.

—¿Y eso por qué, señor Weatherall?

—Bueno, por dos razones. La primera porque este es nuestro escondite y no quiero comprometerlo con alguien despreciable que vende sus servicios al mejor postor.

—¿Y la segunda?

Se revolvió incómodo alargando el brazo para rascar el muñón de su pierna, un gesto que últimamente acostumbraba a hacer con frecuencia.

—La otra razón es porque he estado pensando mucho en nuestro señor Ruddock. Tal vez más de lo recomendable, me dirás. Y supongo que le culpo por esto —señaló su pierna—. Y además, bueno, trató de mataros a Julie y a ti, y creo que nunca lo he superado.

Me aclaré la garganta.

—¿Hubo alguna vez algo entre usted y mi madre, señor Weatherall?

Sonrió y se golpeó el lateral de la nariz.

—Un caballero nunca habla de esas cosas, joven Élise, ya deberías saberlo.

Pero tenía razón. Este hombre nos había atacado. Por supuesto que iba a salvarle de la horca, pero eso era porque había cosas que necesitaba saber. Pero ¿qué sucedería después? ¿Se habría cumplido mi venganza? Caminando tambaleantes hacia el cadalso, un grupo de mujeres formaban una línea desordenada mientras Ruddock, aún proclamando su inocencia, era arrastrado hasta la horca, su silueta erigiéndose contra el frío horizonte gris del invierno.

—¿Qué están haciendo? —le pregunté a Bernard.

—Son mujeres estériles, señorita. Creen que tocar la mano del hombre condenado podría ayudarles a concebir.

—Es usted un hombre supersticioso, Bernard.

—No es superstición si sé que es cierto, señorita.

Le miré fijamente, preguntándome qué pasaría por su cabeza. ¿Cómo Bernard y la gente como él podían ser tan medievales?

—¿Quiere usted salvar al señor Mowles, señorita? —me preguntó.

—Desde luego.

—Bueno, pues entonces más le vale apresurarse, ya han comenzado.

¿Qué? Me alcé en la silla a tiempo para ver a uno de los hombres con jubón de cuero apartar el taburete a un lado y el cuerpo de Ruddock caer colgando tenso del nudo.

—*Motí dieu* —murmuré, espoleando al caballo a través de la ladera, agachada en la silla, y con el cabello suelto ondeando hacia atrás.

Ruddock se sacudió retorciéndose en la soga.

—¡Jia! —Urgía mi caballo—. ¡Vamos, *Scratch*! —Y me precipité hacia la horca desenvainando mi espada, mientras las piernas colgantes de Ruddock se movían sin parar.

Solté las riendas y me enderecé sobre la silla, la horca ahora apenas a unos metros. Cambié la espada de la mano derecha a la izquierda, pasando el arma a través de mi cuerpo, y luego estirando el brazo derecho. Me ladeé a la derecha inclinándome peligrosamente en la silla.

Sus piernas se convulsionaron por última vez.

Blandí mi espada y corté la soga de un tajo al mismo tiempo que agarraba el cuerpo convulso de Ruddock con el brazo derecho, cargándolo sobre el cuello de *Scratch* y confiando en que pudiera soportar el súbito peso extra y, con la gracia de Dios y tal vez un poco de suerte, consiguiera mantenernos sobre las cuatro patas.

Vamos, Scratch.

Pero fue demasiado para *Scratch*, cuyas patas cedieron dando con nuestros cuerpos en el suelo.

En un santiamén me puse en pie, sacando la espada. Un furioso aldeano, privado de su día de ahorcamiento, surgió de la pequeña multitud moviéndose pesadamente hacia mí, pero me mantuve firme, giré sobre mí

misma y le lancé una patada, decidida a asustarle más que herirle, lo que le envió tambaleándose de vuelta al círculo de aldeanos. El grupo se pensó dos veces si debía detenerme, prefiriendo en su lugar quedarse quietos mientras murmuraban sombríamente, las mujeres señalándome —«Oye, no puedes hacer eso»—, jaleando a sus hombres para que hicieran algo, y todos ellos mirando severamente al sacerdote, que apenas parecía preocupado.

A mi lado, *Scratch* había logrado levantarse. Al igual que Ruddock, que inmediatamente había echado a correr. Aún encapuchado, presa del pánico, se precipitó en la dirección equivocada, de vuelta a la horca, sus manos atadas, y el dogal cortado bailando en su espalda.

—*Cuidado* —grité. Pero con pasos decididos corrió hasta la plataforma, golpeándose contra ella con un grito de dolor y cayendo al suelo, donde se quedó tendido, tosiendo y evidentemente dolorido. Aparté mi capa y envainé la espada, volviéndome para agarrar las riendas de *Scratch*. Entonces advertí la mirada de un joven campesino al frente de la multitud.

—Tú —llamé—. Pareces un tipo bastante fuerte. Podrás ayudarme con un poco de peso. Sube a ese hombre apenas consciente a mi caballo, por favor.

—Oye, no puedes hacerlo —empezó a decir una mujer mayor a su lado, pero en menos de un segundo mi espada estuvo en su garganta. Miró desdeñosa primero la hoja y luego a mí—. Los de vuestra clase creéis que podéis hacer lo que queráis, ¿no es así? —espetó.

—¿En serio? Entonces decidme con qué autoridad ha sido condenado a muerte este hombre. Todos vosotros podéis consideraros afortunados por que no informe de vuestros actos a los gendarmes.

Parecían avergonzados; hubo algunos carraspeos hasta que la mujer al final de mi espada retiró su mirada.

—Ahora —declaré—, solo necesito un poco de ayuda para levantarlo.

Mi ayudante hizo lo que se le pidió.

Después, y tras comprobar que Ruddock estaba seguro, monté a *Scratch,* y cuando le hice dar la vuelta mi mirada se cruzó con la del tipo que me había ayudado, le guiñé un ojo y me fui de allí.

Estuve cabalgando durante muchas millas. Había un montón de gente por los caminos, la mayoría apresurándose a volver a casa antes de que se

hiciera de noche, pero nadie me prestó atención. Tal vez llegaron a la conclusión de que yo era una sufrida esposa llevando a su borracho marido de vuelta a casa desde la taberna. Y si fue así, no andaban desencaminados, pues ciertamente yo era una sufrida muchacha que llevaba mucho tiempo padeciendo por culpa de Ruddock.

Del cuerpo cubierto delante de mí surgió una especie de gorjeo, de modo que desmonté, descargué a mi prisionero en el suelo, busqué la cantimplora con agua y me acuclillé junto a él. El hedor que despedía atacó mis fosas nasales.

—Hola de nuevo —dije cuando sus ojos se abrieron y me miró con ojos vidriosos—. Soy Élise de la Serre.

Soltó un quejido.

ii

Ruddock trató de incorporarse sobre sus codos, pero estaba demasiado débil y, desde mi posición en cuclillas, volví a tenderle fácilmente con la yema de los dedos de una mano, llevando la otra a la empuñadura de mi espada.

Durante unos instantes se retorció patéticamente, más bien como si estuviera teniendo una rabieta de bebé que realizando un esfuerzo por escapar.

Una vez tranquilizado, me miró con hostilidad.

—Diga, ¿qué es lo que quiere? —me increpó con tono herido—. Me refiero a que obviamente no quiere matarme, pues de lo contrario ya lo habría hecho…

Pero entonces se le ocurrió algo.

—Oh, no. No me habrá salvado la vida para poder tener el placer de matarme usted misma, ¿verdad? Porque eso sería un acto cruel y de lo más impropio. No va a hacer nada de eso, ¿verdad?

—No —contesté—, no voy a hacer nada de eso. Aún no.

—Pues entonces, ¿qué es lo que quiere?

—Quiero saber quién le contrató para matarnos a mi padre y a mí en París en el 75.

Resopló con incredulidad.

—Pero si se lo digo, entonces me matará.

—Diga más bien que si no me lo dice le mataré.

Volvió la cabeza hacia un lado.

—¿Y si no lo supiera?

—En ese caso le torturaré hasta que me lo diga.

—Pues entonces diré cualquier nombre para que me deje marchar.

—Pero yo sabré si me ha mentido e iré a por usted. Ya le he encontrado dos veces, señor Ruddock, le encontraré de nuevo, una y otra vez, si es necesario. Nunca se librará de mí, no hasta que obtenga lo que busco.

—¡Por todos los demonios! —exclamó—. ¿Qué he hecho yo para merecer semejante castigo?

—Trató de matarnos a mi madre y a mí.

—Bueno, sí —admitió—, pero no lo conseguí, ¿no es cierto?

—¿Quién le contrató?

—No lo sé.

Me incorporé sobre una rodilla, saqué mi espada y la presioné contra su cara, la punta rozando por debajo de su globo ocular.

—A menos que fuera contratado por un fantasma, sabe muy bien quién le contrató. Y ahora dígame: ¿quién le contrató?

Sus ojos se movían furiosamente como si trataran de fijarse en la punta de la espada.

—Se lo prometo —declaró tratando de engatusarme—, le prometo que no lo sé.

Hundí ligeramente la hoja.

—¡Un hombre! —soltó—. Un hombre en un café de París.

—¿Qué café?

—El café Procope.

—¿Y cuál era su nombre?

—No me lo dijo.

Deslicé la hoja por su mejilla derecha, haciéndole un corte. Soltó un grito y, aunque por dentro sentí una punzada de compasión, mantuve una

expresión vacía —incluso cruel—, el rostro de alguien determinado a obtener lo que quiere, y a pesar de debatirme con una sensación que me encogía el estómago, tuve la intuición de estar llegando al final de una cacería inútil que se había prolongado durante una larga década.

—Lo juro. Lo juro. Era un desconocido. Él no me lo dijo y yo no pregunté. Acepté la mitad del dinero entonces, debiendo regresar por el resto cuando el trabajo estuviera acabado. Pero, por supuesto, nunca regresé.

Comprendí con el corazón encogido que estaba diciendo la verdad: que catorce años atrás un hombre anónimo había contratado a otro hombre anónimo para hacer un trabajo. Fin de la historia.

Sin embargo, aún me quedaba un último as en la manga, y me levanté, manteniendo la hoja donde estaba.

—Entonces lo único que resta es cobrarme la venganza por lo que hizo en el 75.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—Oh, por el amor de Dios, va a matarme.

—Sí —declaré.

—Puedo averiguarlo —sugirió rápidamente—. Puedo averiguar quién fue ese hombre. Permítame que lo busque para usted.

Le contemplé atentamente, como si estuviera sopesándolo, aunque la verdad es que no tenía ninguna intención de matarle. No así. No a sangre fría.

—Le perdonaré la vida para que pueda cumplir con lo que dice —concedí finalmente—. Pero debe saber una cosa, Ruddock, quiero tener noticias suyas en menos de seis meses. *Seis meses*. Podrá encontrarme en la mansión De la Serre, en la isla de San Luis, en París. Tanto si lo averigua como si no, tendrá que presentarse ante mí o de lo contrario se pasará el resto de su vida esperando verme aparecer entre las sombras para rajarle la garganta. ¿Me he expresado con claridad?

Envainé mi espada y monté en *Scratch*.

—Hay un pueblo a unos tres kilómetros en esa dirección —indiqué señalando la carretera—. Le veré en seis meses, Ruddock.

Y me marché de allí. Esperé a estar fuera de su vista para dejar caer mis hombros.

Ciertamente la cacería había resultado de lo menos provechosa. Lo único que había averiguado era que no había nada que averiguar.

¿Volvería a ver algún día a Ruddock? Lo dudaba. Yo misma no estaba segura de si mi promesa de ir tras él era una amenaza vacía o no, pero tenía algo muy claro: como muchas cosas en la vida era más fácil decirlo que hacerlo.

4 de mayo de 1789

Esta mañana me desperté temprano, me vestí y salí a recoger mi baúl que estaba esperando junto a la puerta de entrada del pabellón del guarda. Tenía la esperanza de poderme marchar sigilosamente, pero cuando me acerqué de puntillas al vestíbulo todos estaban allí: la señora Levene y Jacques; Hélène y el señor Weatherall.

El señor Weatherall levantó una mano. Y le miré.

—Tu espada corta —indicó—. Puedes dejarla aquí. Yo cuidaré bien de ella.

—Pero entonces no tendré una…

Él alargó el brazo para coger otra espada. Se encajó las muletas bajo los brazos y, acercándose, me la ofreció.

—Un alfanje —reconocí girándolo entre mis manos.

—Justamente, tú lo has dicho —asintió el señor Weatherall—. Una estupenda arma de lucha. Ligera y fácil de manejar; perfecta para el combate cuerpo a cuerpo.

—Es hermosa —declaré.

—Bien puedes decirlo. Y continuará siendo hermosa si la cuidas bien. Pero nada de ponerle un nombre, ¿me has oído?

—Lo prometo —aseguré, poniéndome de puntillas para darle un beso —. Gracias señor Weatherall.

Se sonrojó.

—¿Sabes, Élise? Ahora eres toda una mujer. Una mujer adulta que me salvó la vida. Puedes dejar de llamarme señor Weatherall. Llámame

simplemente Freddie.

—Usted siempre será el señor Weatherall para mí.

—Oh, haz como te dé la maldita gana —replicó, fingiendo estar exasperado, y aprovechando la oportunidad para girarse y secarse una lágrima del ojo.

Besé a la señora Levene dándole las gracias por todo. Con ojos brillantes me sostuvo delante de ella como si quisiera estudiarme.

—Te pedí que volvieras de Londres como una persona cambiada, y me has hecho sentir orgullosa. Te fuiste como una chica furiosa y regresaste como una mujercita. Haces honor a la Maison Royale.

Aparté a un lado la mano que me tendía Jacques y en su lugar le abracé y le besé, lo que le hizo sonrojarse. Miré de reojo a Hélène y en ese instante comprendí que entre ellos se había formado un intenso vínculo.

—Es un muchacho encantador —susurré en su oído al darle un beso de despedida—, y estoy dispuesta a tragarme el sombrero si para cuando os haga mi próxima visita no estáis juntos.

Hablando de lo cual, me puse el sombrero y agarré mi baúl. Jacques se inclinó para cogerlo pero le detuve.

—Es muy amable de tu parte, Jacques, pero desearía esperar el carruaje a solas.

Y eso hice. Arrastré el baúl por el camino de servicio hasta la verja de la Maison Royale. El edificio del colegio se erguía sobre la ladera observándome, y donde en su día había visto malevolencia, ahora advertí consuelo y protección, justo lo que dejaba atrás.

No había demasiada distancia entre la Maison Royale y mi casa, por supuesto. Apenas me había acomodado en el asiento cuando el carruaje penetró por el sendero bordeado de árboles de nuestro castillo, el cual desde la distancia me pareció un auténtico castillo medieval, con sus torres y almenas presidiendo los jardines que se extendían en todas las direcciones.

Allí fui recibida por Olivier y, una vez en el interior, por todo el servicio, a algunos de los cuales conocía muy bien, como a Justine —cuya visión me trajo de nuevo recuerdos de mi madre—, mientras que otros rostros me eran desconocidos. Cuando mi baúl fue instalado en mi dormitorio hice un recorrido por la casa. Había regresado durante los días

de vacaciones del colegio, por supuesto, de modo que no era como si esta fuera una gran vuelta a casa. Pero aun así, la sentí como tal. Y, por primera vez en años, subí las escaleras hasta los aposentos de Madre y entré en su dormitorio.

El hecho de que estuviera en perfectas condiciones de uso y, a la vez, conservado igual que cuando vivía, creaba una poderosa y casi abrumadora sensación de estar ella presente, como si en cualquier momento fuera a entrar en la habitación, me encontrara sentada a los pies de su cama y se acomodara a mi lado, rodeando mis hombros con su brazo y diciendo: «Estoy muy orgullosa de ti, Élise. Ambos lo estamos».

Permanecí inmóvil durante un rato, creyendo notar su fantasmal brazo alrededor de mi hombro. Y no fue hasta que sentí el cosquilleo de las lágrimas en mis mejillas cuando comprendí que estaba llorando.

5 de mayo de 1789

i

En un patio del Palacete de los Pequeños Placeres en Versalles, el rey iba a dirigirse a los mil ciento treinta y nueve representantes de los Estados Generales. Era la primera vez que los delegados de los tres estamentos —el clero, la nobleza y el pueblo— se reunían oficialmente desde 1614, y la enorme cámara abovedada se hallaba hasta los topes, con una fila tras otra de franceses expectantes confiando en que el rey dijera algo —cualquier cosa— que ayudara a sacar al país del cenagal en el que aparentemente estaba inmerso. Algo que marcase el camino a seguir.

Me senté junto a mi padre para escuchar el discurso, los dos sintiéndonos esperanzados y expectantes. Pero esa sensación se disipó casi de inmediato, tan pronto como nuestro admirado líder empezó a divagar monótonamente durante lo que pareció una eternidad, sin decir nada de significancia, ni ofrecer consuelo alguno al vapuleado Tercer Estado, el pueblo.

Al otro lado, sentados juntos, estaban los Cuervos. Los señores Lafreniére, Le Peletier y Sivert y la señora Levesque, luciendo su habitual ceño fruncido, muy acorde con sus ropas negras. Al sentarme en mi sitio mi mirada se cruzó con la suya y les hice una pequeña reverencia de respeto, ocultando mis verdaderos sentimientos tras una falsa sonrisa. En respuesta, ellos asintieron también con falsas sonrisas y noté sus ojos clavados en mí, evaluándome mientras me acomodaba.

Fingí inspeccionar algo a mis pies y aproveché para observarles subrepticiamente desde debajo de mis rizos. La señora Levesque estaba susurrando algo a Sivert. Recibió un asentimiento en respuesta.

Cuando el aburrido discurso terminó, los representantes empezaron a gritarse entre sí. Padre y yo nos marchamos de allí, despedimos a nuestro carruaje y caminamos a lo largo de la avenida de París antes de atajar por el sendero que desembocaba en las praderas traseras de nuestro castillo.

Charlábamos distraídamente mientras caminábamos. Él me preguntó por mi último año en la Maison Royal, pero yo desvié la conversación a aguas menos peligrosas, y durante un rato recordamos los buenos tiempos en que Madre estaba viva y Arno llegó a nuestro hogar. Entonces, una vez que ya habíamos dejado a la muchedumbre atrás y teníamos los campos abiertos a un lado, y el palacio observándonos al otro, sacó a colación el tema, el espinoso tema de mi fracaso por no haber sabido atraer a Arno al redil.

—Adoctrinarlo, querrás decir —corregí ante la mención de la idea.

Padre suspiró. Llevaba su sombrero favorito, el de castor negro que ahora se quitó para rascarse la peluca de debajo, que le irritaba, y luego pasarse una mano por la frente y contemplar su palma como si esperara encontrarla pegajosa por el sudor.

—¿Acaso tengo que recordarte, Élise, que existe una posibilidad muy real de que los Asesinos encuentren a Arno primero? Olvidas que he pasado mucho tiempo con él. Estoy al tanto de sus habilidades. Él… tiene un don. Solo es cuestión de tiempo antes de que los Asesinos también lo detecten.

—Padre, ¿qué me dirías si consigo atraer a Arno a la Orden…?

Me mostró una breve sonrisa desganada.

—Bueno, que ya iba siendo hora.

Continué ahondando.

—Has dicho que está dotado. ¿Qué me dirías si Arno pudiera combinar de alguna forma los dos credos? ¿Qué pasaría si fuera el único capaz de conseguirlo?

—Tus cartas —comentó Padre, asintiendo pensativo—. Ya me has hablado de esto en tus cartas.

—He pensado mucho en ello.

—Ya lo veo. Tus ideas poseían cierto idealismo juvenil, pero al mismo tiempo mostraban cierta… madurez.

Di gracias en silencio por sus palabras (por no mencionar una disculpa) a Haytham Kenway.

—Tal vez te interese saber que he concertado una reunión con el Gran Maestro Asesino, el conde de Mirabeau —continuó Padre.

—¿De verdad?

Se llevó un dedo a los labios.

—Sí, de verdad.

—¿Acaso pretendes que nuestras dos órdenes empiecen a dialogar? —pregunté, ahora susurrando.

—Así es. Creo que tal vez tengamos una base común respecto al futuro de nuestro país.

Tal vez, querido diario, te estés preguntando si mi conversión a la idea de la unidad Asesino-Templaria tenía algo que ver con el hecho de que yo era una Templaría y Arno un Asesino.

La respuesta es no. Cualquier visión que tuviera del futuro era por el bien de todos nosotros. Pero si eso significaba que Arno y yo podíamos estar juntos, sin fingimientos ni mentiras entre nosotros, entonces por supuesto que lo abrazaría también, pero solamente como un agradable efecto colateral. Lo prometo.

ii

Poco después tuvo lugar una ceremonia en el palacio: mi introducción en la Orden. Padre vestía las prendas ceremoniales del Gran Maestro: una larga y fluida capa bordeada de armiño y una estola de seda envuelta alrededor de su cuello, su chaleco abotonado y las hebillas de sus zapatos lustradas hasta centellear.

Cuando me puso el alfiler templario de iniciación, sondeé sus ojos sonrientes, y me pareció notarle especialmente apuesto y orgulloso.

No podía imaginar que esa sería la última vez que le vería con vida.

Sin embargo, durante la iniciación no hubo ningún signo que mostrara nuestro anterior desacuerdo. En lugar de fatiga había orgullo en sus ojos. Por supuesto, había más gente presente. Los odiados Cuervos, así como otros caballeros de la Orden, que sonreían débilmente ofreciendo falsas felicitaciones, pero la ceremonia perteneció a la familia De la Serre. Sentí el espíritu de mi madre contemplándonos mientras me investían por fin Caballero Templario y juraba llevar bien alto el nombre de los De la Serre.

iii

Más tarde, en la «soirée privada» celebrada en honor de mi iniciación, caminé a través de la fiesta sintiéndome una mujer diferente. Quizá creyeron que no podía escuchar sus chismorreos detrás de sus abanicos, murmurando entre ellos cómo había pasado mis días bebiendo y jugando, o susurrando cómo compadecían a mi padre al tiempo que hacían despectivos comentarios sobre mi atuendo.

Pero sus palabras me resbalaban como quien oye llover. Mi madre odiaba a esas mujeres de la corte y me crio para que no prestara atención a lo que decían. Sus lecciones me sirvieron bien. Ahora esas mujeres no podían herirme.

Y entonces le vi. Vi a Arno.

iv

Por supuesto decidí hacerle sufrir un poco, en parte por los viejos tiempos y en parte para poder prepararme antes de encontrarme de nuevo con él.

Ajá. Al parecer la presencia de Arno en la fiesta no había sido oficialmente confirmada. Eso o que, como era de esperar, se había ganado un enemigo. Conociéndole, probablemente había un poco de ambas cosas. De hecho, mientras me abría rápidamente paso por los corredores,

recogiéndome las faldas y deslizándome entre los invitados, con él pisándome los talones, daba la impresión de que formábamos una especie de procesión.

Desde luego no era muy propio de la recién iniciada hija del Gran Maestro ser vista participando o incluso alentando semejante comportamiento. (¿Lo ve, señor Weatherall? ¿Lo ves, Padre? Estaba madurando. Estaba creciendo). Así que decidí poner fin a la caza. Me oculté en una habitación lateral, esperé a que Arno apareciera, le arrastré al interior y por fin estuvimos frente a frente.

—Pareces haber causado una considerable conmoción —observé, devorándole con la mirada.

—¿Qué puedo decir? —respondió—. Siempre has sido una mala influencia…

—Y tú aún peor —repliqué.

Y entonces nos besamos. Cómo sucedió no puedo explicarlo con certeza. Un momento antes éramos dos amigos que volvían a reunirse, y al siguiente eran dos amantes los que volvían a encontrarse.

Nuestro beso fue largo y apasionado, y cuando finalmente nos separamos, nos miramos el uno al otro durante unos instantes.

—¿Llevas puesto uno de los trajes de mi padre? —bromeé.

—¿Llevas puesto un vestido? —replicó. Con lo que se ganó un afectuoso tortazo.

—No te atrevas a mencionarlo. Me siento como una momia envuelta en estos trapos.

—Debe de tratarse de una gran ocasión para que te hayas arreglado tanto —comentó sonriente.

—No es así. La verdad es que hay demasiada ceremonia y dogmatismo. Todo terriblemente aburrido.

Arno sonrió. Oh, el viejo Arno. La antigua diversión volviendo a mi vida. Era como si hubiera estado lloviendo y al verle el sol hubiera aparecido; era como regresar a casa desde muy lejos y ver por fin la puerta de entrada en la distancia. Nos besamos de nuevo estrechándonos con fuerza.

—Bueno, cuando no me invitas a tus fiestas, todo el mundo sufre —bromeó.

—Lo intenté, pero Padre fue inflexible.

—¿Tu padre?

Desde el otro lado de la puerta llegó el sonido amortiguado de la música, las risas de los invitados yendo de un lado a otro por el pasillo, y fuertes pisadas, o más bien gente corriendo, sin duda los guardias buscando aún a Arno. Entonces súbitamente la puerta tembló, golpeada desde el otro lado, y una voz ronca preguntó: «¿Quién anda ahí?».

Arno y yo nos miramos, volvíamos a ser niños, niños pillados robando manzanas o tartas de la cocina. Si hubiera podido conservar ese momento lo habría hecho.

Algo me dice que no voy a volver a sentir esa felicidad de nuevo.

V

Obligué a Arno a escapar por la ventana, agarré una copa y luego salí abruptamente por la puerta, fingiendo un aspecto vacilante.

—Oh, vaya. Me temo que no era la sala de billar, ¿no es cierto? —dije alegremente.

Los soldados se revolvieron incómodos al verme. Más les valía. Después de todo, esa «soirée privada» se celebraba en mi honor…

—Estamos persiguiendo a un extraño, señorita De la Serre. ¿Lo ha visto?

Le lancé al hombre una mirada deliberadamente confusa.

—¿Un rebaño? No, no creo que pudieran subir hasta aquí, no con esas pequeñas pezuñas, ¿y cómo han conseguido escapar de la Real Casa de Fieras?

Los hombres intercambiaron una mirada dubitativa.

—No un rebaño, sino un extraño. Una persona sospechosa. ¿Ha visto usted a alguien así?

Ahora los guardias parecían ansiosos y al límite de sus nervios. Intuyendo que su presa estaba tan cerca, se mostraban irritados por que les

hiciera perder el tiempo.

—Oh, veamos, estaba la señora de Polignac —dije bajando la voz hasta que fue un susurro—. Su cabello tenía un pájaro dentro. Creo que debió de robarlo de la Real Casa de Fieras.

Incapaz de controlar su irritación por más tiempo, otro de los guardias dio un paso al frente.

—Por favor, retírese a un lado para que podamos comprobar esta habitación, señorita.

Me bamboleé fingiéndome ebria y tal vez, al menos confiaba en ello, un poco provocativa.

—Me temo que solo me encontrarán a mí. —Me dirigí a él, obsequiándole con el beneficio de mi sonrisa, por no mencionar de mi escote—. Llevo casi una hora buscando la sala de billar.

Los ojos del guardia se movieron nerviosos.

—Podemos llevarla a ella, señorita —propuso con una leve reverencia—, y cerraremos la puerta para impedir cualquier otro malentendido.

Mientras los guardias me acompañaban, confié en primer lugar en que Arno fuera capaz de saltar hasta el patio y, en segundo lugar, en que sucediera algo para distraer a los guardias e impedir que me llevaran hasta la sala de billar.

Existe un dicho: ten cuidado con lo que deseas, porque puede hacerse realidad.

Encontré la distracción que estaba buscando cuando escuché un alarido:

—Dios mío, han matado al señor De la Serre.

Y todo mi mundo cambió.

1 de julio de 1789

Parece como si Francia estuviera desplomándose ante mis ojos. La tan ansiada Asamblea de los Estados Generales había tenido un funesto nacimiento al tener que soportar el remedio del rey contra el insomnio en forma de discurso, y como no podía ser de otro modo, toda aquella pantomima se vino rápidamente abajo, transformándose en un muestrario de disputas y luchas internas, con el que nada se consiguió.

¿Por qué? Porque ya con anterioridad a la reunión, el Tercer Estado estaba furioso. Furioso por ser el más pobre y el que más gravámenes soportaba, sus miembros doblemente furiosos porque, a pesar de constituir la mayoría en los Estados Generales, tenían muchos menos votos que la nobleza y el clero.

Y después de la reunión, se pusieron aún más furiosos. Furiosos porque el rey no había abordado ninguna de sus preocupaciones. Algo tenían que hacer. Todo el país sabía —a menos que fueran estúpidos o profundamente torpes y tozudos— que *algo* iba a suceder.

Pero no me importaba.

El 17 de junio el Tercer Estado votó para poder autoproclamarse Asamblea Nacional, es decir, una asamblea del «pueblo». Hubo cierto apoyo de los otros estamentos, pero sobre todo se trataba del hombre corriente encontrando por fin su voz.

Pero no me importaba.

El rey trató de detenerlos cerrando el Salón de los Estados en el Palacete de los Pequeños Placeres, pero fue como intentar cerrar las puertas de un

establo después de que el caballo se hubiera escapado. Para que dicho cierre no les impidiera reunirse, organizaron sus encuentros en una instalación cubierta vecina donde se practicaba el Juego de Pelota y así, el 20 de junio, la Asamblea Nacional prestó juramento. El juramento del Juego de Pelota lo llamaron, lo que podía sonar cómico, pero no lo era en absoluto.

No, si considerabas que estaban planeando instaurar una nueva constitución para Francia.

No, si considerabas que eso implicaba el fin de la monarquía.

Pero no me importaba.

El 27 de junio los nervios del rey fueron más evidentes que nunca. Mientras los mensajes de apoyo a la Asamblea entraban a raudales de París y otras ciudades francesas, el ejército empezó a concentrarse en París y Versalles. Había una tensión palpable en el aire.

Pero tampoco eso me importaba.

Debería haberlo hecho, por supuesto. Debería haber tenido la fuerza de carácter para dejar a un lado mis problemas personales. Pero el hecho fue que no pude.

No pude porque mi padre estaba muerto, y la pena había regresado a mi vida como una masa oscura que viviera dentro de mí, que se despertaba conmigo por la mañana, me acompañaba a lo largo del día y cuya inquietud por la noche me impedía dormir, llenándome de remordimientos y lamentos.

Había pasado muchos años siendo una decepción para él, y ahora que por fin tenía la oportunidad de ser la hija que él merecía, me lo habían arrebatado de golpe.

Y sí, soy consciente de que nuestras casas de Versalles y París han caído en el descuido y la negligencia, su condición reflejando directamente el propio estado de mi mente. Estoy viviendo en París pero las cartas de Olivier, nuestro mayordomo jefe en Versalles, llegan dos veces por semana, cada vez más preocupadas y acuciantes. En ellas me habla de doncellas y criados que se marchan y no son reemplazados. Pero no me importa.

Aquí, en la mansión de París, he expulsado al servicio de mis aposentos y evito las plantas inferiores por la noche, no queriendo encontrarme con nadie. Las bandejas con comida y correspondencia son depositadas ante mi

puerta, y a veces escucho a la criada cuchichear con la doncella, y puedo imaginar la clase de cosas que estarán diciendo sobre mí. Pero no me importa.

He recibido cartas del señor Weatherall. Entre otras cosas quiere saber si he ido a ver a Arno a la Bastilla, donde está preso como sospechoso por el asesinato de mi padre, o si estoy dando algún paso para demostrar su inocencia.

Debería escribir y decirle al señor Weatherall que la respuesta es no, porque poco después del asesinato de Padre regresé al castillo de Versalles, fui a su despacho y encontré una carta que había sido introducida por debajo de la puerta. Una carta dirigida a Padre que rezaba así:

> *Gran Maestro De la Serre:*
>
> *He sabido a través de mis agentes que un individuo dentro de su Orden está conspirando contra usted. Le suplico esté en guardia en la iniciación de esta noche.* No *confíe en nadie. Ni siquiera en aquellos que considera amigos.*
>
> *Que el padre del entendimiento le guie,*
>
> *L*

Escribí a Arno una carta en la que le acusaba de ser responsable de la muerte de mi padre. Una carta en la que le decía que no quería volver a verlo nunca. Pero no la envié.

Sin embargo, mis sentimientos hacia él se enconaron. El lugar del amigo de la infancia y, más tarde, del amante lo ocupó un intruso, un patético huérfano que había llegado para robarme el amor de mi padre y luego ayudar a matarle.

Arno está en la Bastilla. Bien. Espero que se pudra allí.

4 de julio de 1789

Al señor Weatherall le resultaba doloroso caminar demasiado. Pero no solo eso, la zona de la Maison Royale donde vivían, más allá del colegio y fuera del perímetro reservado para las alumnas, no era precisamente una zona muy bien mantenida; y transitar por ella con las muletas se le hacía de lo más complicado.

Aun así, le gustaba caminar hasta esos parajes siempre que le visitaba. Solos él y yo. Me preguntaba si no sería porque allí habíamos visto aquel extraño ciervo contemplándonos entre los árboles, o quizá porque sabía que llegaríamos a esa zona soleada y despejada con un tocón en el centro donde poder sentarnos, lo que nos recordaría los viejos tiempos que habíamos pasado entrenándonos en el manejo de la espada.

Esta mañana nos dirigimos de nuevo hasta allí, donde el señor Weatherall se sentó con un suspiro agradecido, aliviado por poder liberar el peso de su pierna buena y, como era de esperar, sentí una enorme punzada de nostalgia por mi antigua vida, cuando ocupaba mis días en aprender la lucha de espada con él y en jugar con Arno. Cuando Madre estaba viva.

Les echaba de menos. Les echaba mucho de menos a los dos.

—¿Y la carta? ¿Debía haberla entregado Arno? —preguntó después de un rato.

—No. Tendría que habérsela *dado* a Padre. Olivier le vio con una carta.

—De modo que debió hacerlo y no lo hizo. ¿Y cómo te sientes por ello?

Mi voz sonó serena.

—Traicionada.

—¿Piensas que la carta podría haber salvado a tu padre?

—Creo que podría haberlo hecho.

—¿Y esa es la razón por la que te has cruzado de brazos respecto al pequeño asunto de que tu novio esté residiendo actualmente en la Bastilla?

Guardé silencio, sobre todo porque tampoco había demasiado que decir. El señor Weatherall permaneció un instante con el rostro alzado hacia el rayo de sol que atravesaba la bóveda de los árboles, la luz danzando sobre sus bigotes y los pliegues de piel que rodeaban sus ojos cerrados, mientras absorbía el calor del día con una sonrisa casi beatífica. Entonces, con un breve asentimiento como para agradecer que hubiera respetado su silencio, extendió una mano.

—Déjame ver de nuevo esa carta.

Rebusqué en mi túnica y se la tendí.

—¿Quién cree que es «L»?

El señor Weatherall arqueó una ceja y me miró al devolverme la carta.

—¿Quién cree usted que es «L»? —insistí.

—La única «L» que se me ocurre es la de nuestro amigo el señor Chretien Lafreniére.

—Pero es un Cuervo.

—¿Y eso no daría al traste con la teoría de que los Cuervos estaban conspirando contra tu madre y tu padre?

Seguí su línea de razonamiento.

—No, simplemente podría significar que alguno de ellos estaba conspirando contra mi madre y mi padre.

Se rio y se rascó la barba.

—Es cierto. De acuerdo con la carta se trata de «un individuo». Solo que, hasta donde sabemos, nadie se ha postulado para Gran Maestro.

—No —reconocí en voz baja.

—Bueno, esta es la situación: tú eres el Gran Maestro ahora, Élise.

—Ya lo saben.

—¿Tú crees? Entonces tal vez yo esté equivocado. Dime, ¿cuántas reuniones has mantenido con tus consejeros?

Le miré con los ojos entrecerrados.

—Debe permitírseme llorar mi luto.

—Nadie dice lo contrario. Pero ya han transcurrido dos meses, Élise. Dos meses sin que hayas dedicado un solo instante a los asuntos templarios. Ni un instante. La Orden sabe que nominalmente eres la Gran Maestro, pero no has hecho nada para asegurarles que la administración está en buenas manos. Si hubiera un golpe de mano, si otro Caballero se ofreciera y se declarara, él o ella, Gran Maestro, entonces, esa persona no tendría demasiada oposición en contra, ¿no es cierto?

»Una cosa es llevar luto por tu padre —prosiguió—, pero también tienes que honrarlo. Eres la última en la línea de los De la Serre. La primera mujer Gran Maestro de Francia. Tienes que salir ahí fuera y demostrar que te lo mereces, en vez de seguir vagando errabunda por tu casa, lamentándote a todas horas.

—Pero mi padre fue asesinado. ¿Qué ejemplo daría si dejara que su muerte quedara sin vengar?

Soltó una risa breve.

—Bien, corrígeme si me equivoco, pero ahora mismo no estás haciendo ni una cosa ni otra, ¿no es así? Lo mejor que puedes hacer es tomar el control de la Orden de inmediato y ayudar a conducirla a través de los duros tiempos que se avecinan. Otra posibilidad es mostrar un poco del espíritu De la Serre y dejarles claro que estás buscando al asesino de tu padre, y tal vez así averigües quién es ese «individuo». Pero lo peor que puedes hacer es permanecer sentada sobre tus posaderas gimoteando por la muerte de tu mamá y tu papá.

Asentí.

—¿Qué debo hacer entonces?

—Para empezar debes contactar con Lafreniére. No le menciones la carta, simplemente comunícale que estás deseando tomar el mando de la Orden. Si es leal a la familia, entonces seguramente te tenderá su mano. En segundo lugar, voy a buscarte un lugarteniente. Alguien en quien podamos confiar. En tercer lugar, deberías pensar en ir a ver a Arno. No olvides que no fue Arno quien mató a tu padre. El asesino de tu padre es la persona que mató a tu padre.

8 de julio de 1789

He recibido una carta.

Mi *querida Élise:*

En primer lugar quiero disculparme por no haber podido contestar a sus cartas hasta ahora. Confieso que mi fracaso a la hora de otorgarle la cortesía de mi respuesta ha sido debido, sobre todo, a mi enfado por el modo en que se ganó mi confianza, pero, pensándolo mejor, he comprendido lo mucho que tenemos en común y, de hecho, me siento muy honrada por que haya elegido confiar en mí; así pues, tenga la seguridad de que sus disculpas han sido aceptadas.

Me siento muy complacida por que las cartas de mi hermano le hayan llegado al corazón. No solamente porque eso justifica mi acertada decisión al entregárselas, sino también porque creo que de haber vivido mi hermano hubiera intentado llevar adelante alguna de sus metas, y espero que usted pueda conseguirlo en su lugar.

He advertido que su amado Arno es por su herencia paterna un Asesino y el hecho de que esté enamorada de él encaja perfectamente con un futuro acuerdo. Creo que tiene razón en recelar de los planes de su padre para convertirle, y si bien estoy de acuerdo en que sus propias inquietudes podrían tener su causa en motivos más egoístas, eso no los descalifica como línea de acción. Igualmente, si Arno fuera descubierto por los Asesinos, el credo

podría ser lo suficientemente persuasivo para convertirle, por lo que su amado podría volverse fácilmente su enemigo.

A este respecto, poseo información que tal vez le sea de utilidad. Algo que ha aparecido en lo que solo puedo describir como «comunicados de los Asesinos». Como puede imaginar, normalmente no suelo involucrarme en esos asuntos; cualquier información que recibo de pasada de las actividades del credo no suele ir más allá, debido tanto a mi propio desinterés como a mi especial discreción. Pero este chismorreo tal vez le resulte de importancia. Involucra a un alto cargo Asesino llamado Pierre Bellec, que actualmente está encarcelado en la Bastilla. Bellec ha escrito para informar de que ha descubierto a un joven que posee enormes dotes de Asesino. En el comunicado bautiza al joven prisionero como «Arnaud». Sin embargo, como sin duda podrá imaginar, la similitud en el nombre me ha resultado algo más que una mera coincidencia. En todo caso vale la pena que lo investigue.

Suya sinceramente,

Jennifer Scott

14 de julio de 1789

i

Un enorme alboroto sacudía París mientras me abría paso por las calles. Llevaba sucediendo lo mismo hacía más de dos semanas, desde que veinte mil hombres del rey habían llegado para sofocar los disturbios y, de paso, amenazar al conde de Mirabeau y a los representantes del Tercer Estado. Poco después, cuando el rey destituyó a su ministro de finanzas, Jacques Necker, un hombre al que muchos creían el salvador del pueblo francés, se produjeron más levantamientos.

Días atrás, la prisión de Abbaye había sido asaltada para liberar a los guardias encarcelados por haberse negado a disparar sobre los manifestantes. Últimamente se decía que los soldados de rango más bajo estaban ofreciendo su lealtad al pueblo, no al rey. Y daba la sensación de que la Asamblea Nacional —ahora llamada Asamblea Constituyente— era la que estaba al mando. Habían creado su propia bandera: una tricolor, que estaba por todas partes. Y si alguna vez hubo un símbolo que representara el creciente poder de la Asamblea, fue ese.

Desde la revuelta de la prisión de Abbaye, las calles de París se habían llenado de hombres armados. Trece mil voluntarios habían formado una milicia ciudadana y recorrían los distritos en busca de armas. Su llamada para encontrar armas era cada vez más intensa y clamorosa, hasta que esta mañana llegó a su apogeo.

Desde primera hora la milicia había tomado el Palacio de los Inválidos haciéndose con los mosquetes: decenas de miles de mosquetes, según todas las fuentes. Pero no tenían pólvora, de modo que ahora necesitaban encontrarla. ¿Dónde podía encontrarse pólvora?

En la Bastilla. Y hacia allí era donde yo me dirigía en esa temprana hora de la mañana, a través de una ciudad que bullía de furia reprimida y venganza. No era un buen lugar para hallarse.

ii

En un principio, al echar un vistazo a mi alrededor mientras corría apresurada por las calles, no me chocó, pero entonces me fijé más detenidamente en la multitud y, a pesar del confuso tropel de cuerpos entremezclados, corriendo y empujándose, pude apreciar dos grupos claramente diferenciados: aquellos que intentaban prepararse para los problemas que se avecinaban, protegiéndose a sí mismos, a sus familias y sus posesiones, huyendo del problema porque querían evitar el conflicto o, como en mi caso, preocupados por que tal vez fueran ellos el objetivo del problema.

Y aquellos que intentaban prender la mecha del problema.

¿Y qué diferenciaba a los dos grupos? Las armas. El llevar armas —distinguí horcas, hachas y bastones empuñados y sostenidos en alto— y también cómo las blandían. Un susurro recorrió la muchedumbre hasta convertirse en un grito, en un clamor. ¿Dónde están los mosquetes? ¿Dónde están las pistolas? ¿Dónde está la pólvora? Todo París era un polvorín.

¿Podría haberse evitado todo esto?, me pregunté. ¿Podríamos nosotros, los Templarios, haber impedido que nuestro amado país llegara a este atroz callejón sin salida, columpiándose al borde de un abismo de cambios imposibles de anticipar?

Se escuchaban gritos, gritos de «¡libertad!» mezclados con los relinchos y rebuznos de los aturdidos animales dispersos.

Los caballos resollaban al ser conducidos a peligrosa velocidad por conductores asustados a través de calles atestadas. Los pastores trataban de poner a salvo sus amedrentados y perplejos rebaños. El hedor a estiércol apestaba el aire, pero, por encima de todo, había hoy otro olor en París. El olor a rebelión. No, no a rebelión, a revolución.

¿Y por qué me encontraba en las calles en vez de estar ayudando a los sirvientes a tapiar las ventanas de la propiedad De la Serre?

Por culpa de Arno. Porque a pesar de odiar a Arno, no podía quedarme de brazos cruzados, no mientras estuviera en peligro. Lo cierto era que no había hecho nada con la información de la carta de Jennifer Scott. ¿Qué hubieran pensado el señor Weatherall, Madre y Padre de saberlo? Yo, una Templaría —o mejor dicho, nada menos que el Gran Maestro de los Templarios—, sabiendo a ciencia cierta que uno de los nuestros estaba a punto de ser encontrado por los Asesinos y no haciendo nada —ni una sola cosa— al respecto, más que vagar sin ningún propósito por los vacíos pasillos de la mansión en París como una solitaria y excéntrica viuda.

Pero debo decir algo sobre la rebelión, no hay nada igual para incitar a una chica a la acción, y a pesar de que mis sentimientos por Arno no habían cambiado —no era como si de repente hubiera dejado de odiarlo por su error al no entregar la carta—, aun así quería llegar a él antes de que lo hiciera el populacho.

Confiaba en poder encontrarle antes que ellos, pero incluso cuando me precipitaba hacia Saint-Antoine resultó evidente que no iba por delante de la marea de gente que se desplazaba en la misma dirección; más bien formaba parte de ella, uniéndome a un tropel de campesinos, milicianos y comerciantes de toda índole que, blandiendo armas y banderas, avanzaban hacia el gran símbolo de la tiranía del rey, la Bastilla.

Solté una maldición sabiendo que llegaba demasiado tarde, pero continué entre la multitud, moviéndome entre los grupos de gente mientras intentaba de alguna manera llegar al frente de la masa. Con las torres y baluartes de la Bastilla visibles en la distancia, la muchedumbre pareció reducir el paso de repente y se alzó un grito. En la calle había una carreta rebosante de mosquetes, probablemente tomados de la armería, y justo al lado, hombres y mujeres entregándolos a un mar de manos extendidas y

ondeantes. Reinaba un ambiente jovial, incluso festivo, y una sensación de que aquello iba a ser pan comido.

Seguí abriéndome paso a empujones a través de las filas de cuerpos apiñados, ignorando las maldiciones que soltaban a mis espaldas. La multitud era menos densa en el otro lado, pero entonces distinguí un cañón que era arrastrado a lo largo de la calzada por hombres a pie, algunos de uniforme, otros vestidos de paisano, y por un instante me pregunté qué estaba sucediendo, hasta que un grito se alzó por encima de la multitud: «¡La Guardia Francesa se ha unido!». En efecto había escuchado rumores de soldados que se habían rebelado contra sus mandos; y también se decía que las cabezas de algunos hombres habían sido clavadas en la punta de las picas.

No muy lejos de allí, vi a un caballero bien vestido que también lo había escuchado. Cruzamos una rápida mirada y pude constatar el miedo en sus ojos. Estaba pensando lo mismo que yo: si estaría a salvo. ¿Hasta dónde llegarían estos revolucionarios? Después de todo, su causa había sido apoyada por muchos nobles y miembros de otros estamentos, e incluso el propio Mirabeau era un aristócrata. Pero ¿tendría eso algún valor en el tumulto? ¿Harían alguna distinción cuando llegara la hora de la venganza?

El asalto de la Bastilla comenzó en el momento en que me acercaba. Al aproximarme a la prisión escuché que una delegación de la Asamblea había sido invitada al interior para discutir los términos con el gobernador DeLaunay, Sin embargo, la delegación llevaba allí dentro tres horas disfrutando del desayuno, y la multitud del exterior empezaba a impacientarse. Entre tanto, uno de los manifestantes había trepado desde el tejado de una perfumería hasta las cadenas que sostenían el puente levadizo y había empezado a cortarlas, de suerte que para cuando rodeé la esquina teniendo la Bastilla a la vista, terminó el trabajo y el puente levadizo cayó con tal estrépito que pareció reverberar por toda el área.

Todos pudimos ver como la plancha caía sobre un hombre que estaba de pie justo debajo. Un hombre con la mala fortuna de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado, que un momento antes estaba en el borde del foso, blandiendo un mosquete y alentando a aquellos que trataban de liberar el puente levadizo, y, al siguiente, había desaparecido entre una

nube de sangre y extremidades aplastadas que asomaban en ángulos imposibles desde debajo de los tablones.

Un clamor de vítores entusiastas se elevó. Esa pobre y desafortunada vida no era nada comparada con la victoria de haber conseguido abatir el puente levadizo. Y, al momento siguiente, la muchedumbre avanzó en tropel por el puente hasta el patio exterior de la Bastilla.

iii

La respuesta no se hizo esperar. Escuché un grito proveniente de las almenas y un estampido de fuego de mosquete, seguido por una nube de humo que se alzó como una bocanada de polvo desde los baluartes.

Aquellos que nos encontrábamos más abajo nos tiramos al suelo buscando refugio mientras las balas de mosquete rebotaban en la piedra y los adoquines a nuestro alrededor, y se escuchaban gritos. Sin embargo no fue suficiente para dispersar a la multitud. Como si hubieran hurgado en un nido de avispas con un palo, los disparos, lejos de detener a los protestantes, solo los habían enfurecido aún más, insuflándoles una mayor determinación.

Y además, contaban con cañones.

—¡Fuego! —Se escuchó gritar no muy lejos, y distinguí como los cañones quedaban envueltos en densas nubes de humo antes de que sus proyectiles derribaran partes del muro de la Bastilla.

Advertí más hombres armados avanzando. Mosquetes sostenidos por encima de las cabezas de los atacantes erizados como las espinas de un puerco espín.

La milicia se había hecho con el control de los edificios aledaños y el humo emergía por las ventanas. Alguien dijo que la casa del gobernador estaba ardiendo. El olor a pólvora se mezclaba con el del humo. De la Bastilla llegó otro grito y se escuchó una segunda descarga de disparos, por lo que me agazapé detrás de un murete de piedra. A mi alrededor surgieron nuevos gritos.

Mientras tanto la multitud había conseguido llegar hasta un segundo puente levadizo y estaba tratando de cruzar el foso. Por detrás de mí alguien había traído unos tablones que estaban siendo utilizados para formar una pasarela hasta el interior de la prisión. Pronto estarían al otro lado.

Se escucharon más disparos. Los cañones de los sublevados contestaron. A nuestro alrededor cayó una lluvia de piedras.

Allí dentro, en alguna parte, estaba Arno. Desenvainé mi espada y me uní a los sublevados encaminándome hacia el corazón del edificio.

Por encima de nuestras cabezas el fuego de mosquetes había cesado, la batalla ahora ganada. Por el rabillo del ojo distinguí al gobernador De Launay. Había sido capturado y se hablaba de llevarle al Ayuntamiento, en el centro de París.

Por un instante me permití sentir cierto alivio. La revolución había mantenido su cabeza fría; no iba a haber derramamiento de sangre.

Pero me equivocaba. Un grito se elevó por encima de la muchedumbre. Irreflexivamente, De Launay había lanzado una patada contra un hombre del gentío y este, enfurecido, se había abalanzado sobre el gobernador clavándole un cuchillo. Los soldados que trataron de proteger a De Launay fueron apartados a empujones por la muchedumbre y este desapareció bajo una enfebrecida masa de cuerpos. Distinguí las hojas de acero subiendo y bajando, los chorros de sangre formando un arco iris y escuché un largo y punzante alarido como el de un animal herido.

Súbitamente se escuchó una gran ovación y una pica se alzó por encima del gentío. Sobre ella estaba la cabeza de De Launay, la carne de su cuello retorcido desgarrada y sangrienta, los globos oculares hundidos en sus cuencas.

La muchedumbre gritaba y vociferaba de alegría mirando su premio con rostros felices salpicados de sangre mientras la cabeza era balanceada de un lado a otro, desfilando de vuelta por las planchas improvisadas y los puentes abatidos, pasando por encima del destrozado y olvidado cuerpo del manifestante aplastado bajo el puente levadizo y desapareciendo por las calles de París, donde su sola visión inspiraría nuevos actos sangrientos y de barbarie.

Supe en ese momento que ese sería el final para todos nosotros. Que sería el final de todo noble de Francia, ya fuera hombre o mujer, cualesquiera que fueran sus simpatías: incluso si habíamos hablado de la necesidad de un cambio; incluso si habíamos admitido que los excesos de María Antonieta eran lamentables y el rey un codicioso inepto, e incluso si habíamos apoyado al Tercer Estado y respaldado a la Asamblea, porque ya nada importaba, porque a partir de ese momento ninguno de nosotros estaba seguro; todos éramos colaboradores u opresores a los ojos de la masa enfervorecida que ahora estaba al mando.

Escuché más gritos cuando nuevos guardias procedentes de la Bastilla fueron linchados. A continuación vislumbré a un prisionero, un anciano de aspecto frágil que estaba siendo ayudado a bajar por unas escaleras que daban a la puerta de la prisión. Y entonces, con una oleada de emoción en la que se mezclaba gratitud, amor y odio, vi a Arno en lo alto del muro. Estaba con un hombre mayor, los dos corriendo hacia el otro lado de la fortaleza.

—Arno —llamé, pero no me escuchó. Había demasiado ruido y estaba muy lejos.

Grité de nuevo: «Arno», y aquellos que estaban a mi alrededor se volvieron para mirar en mi dirección, empezando a recelar de mi voz educada.

Incapaz de hacer nada, observé como el primer hombre llegaba hasta el borde del muro y saltaba.

Era un salto de fe. El salto de fe de un Asesino. De modo que ese era Pierre Bellec. Como era de esperar, Arno vaciló un instante y luego le imitó. Otro salto de Asesino.

Ahora era uno de ellos.

iv

Me di la vuelta y eché a correr. Necesitaba llegar a casa lo más rápido posible y despedir al servicio. Dejarles marchar antes de que se vieran atrapados en medio del conflicto.

La muchedumbre empezaba a alejarse de la Bastilla en dirección al Ayuntamiento. Hasta mis oídos llegó el rumor de que el preboste de los mercaderes de París, Jacques de Flesselles, había sido asesinado en las escaleras del Ayuntamiento y su cabeza cortada exhibida por las calles.

Mi estómago se revolvió. Los comercios y edificios estaban en llamas. Escuché ruido de cristales rotos, vi gente corriendo, cargando con mercancías robadas. Durante semanas París había estado hambriento. Nosotros, en cambio, habíamos comido sin privaciones en nuestras fincas y castillos, mientras el pueblo llano padecía casi hasta la inanición, y aunque la milicia de las calles había evitado un saqueo a gran escala, ahora se veían incapaces de detenerlo.

Lejos de Saint-Antoine la aglomeración pareció reducirse ostensiblemente, e incluso se veían carruajes y carretas en la carretera, la mayoría conducidos por habitantes de la ciudad que deseaban huir de los disturbios. Gente que había recogido precipitadamente sus pertenencias metiéndolas en el primer medio de transporte que pudieron encontrar y que ahora trataban desesperadamente de escapar. La mayor parte eran ignorados por la muchedumbre, sin embargo contuve el aliento al ver un enorme carruaje tirado por dos caballos, con su lacayo de librea al frente, tratando lentamente de abrirse paso por las calles, dándome cuenta de inmediato de que quienquiera que estuviera en su interior estaba pidiendo problemas.

El ostentoso coche de caballos no pasaba, precisamente, desapercibido. Como si la simple visión del carruaje no fuese suficiente para incendiar a la multitud, el lacayo iba gritando a los paseantes que despejaran el paso, haciéndoles señas con su fusta como si tratara de apartar una nube de insectos, al tiempo que era incitado por su señora de cara sonrojada, que se asomaba por la ventanilla agitando un pañuelo de encaje.

La arrogancia y estupidez de ambos resultaba sobrecogedora e incluso yo, por cuyas venas corría sangre aristocrática, sentí un pellizco de placer cuando la gente pareció ignorarlos.

Sin embargo, poco después, la muchedumbre se volvió hacia ellos. La situación se había enrarecido bastante y empezaron a zarandear el carruaje sobre sus muelles.

Consideré la idea de acercarme a echar una mano, pero comprendí que hacerlo sería firmar mi propia sentencia de muerte. En su lugar, me limité a contemplar como el lacayo era arrancado de su imperiosa percha y empezaban a vapulearle.

No se lo merecía. Nadie se merecía recibir una paliza a manos de una turba, era algo indiscriminado y perverso, motivado por un deseo de sangre colectivo. Aun así, él no había hecho nada para protegerse contra su destino. Todo París sabía que la Bastilla había caído. El Antiguo Régimen había ido desmoronándose poco a poco, pero en una mañana había caído por completo. Pretender lo contrario era absurdo. O, en su caso, suicida.

El cochero había huido, al tiempo que algunas personas trepaban hasta el techo del carruaje, despanzurrando los baúles y lanzando las ropas desde arriba mientras buscaban objetos de valor. Las portezuelas fueron arrancadas y una mujer sacada del interior entre protestas. El gentío se rio cuando uno de los sublevados le dio una patada en el trasero tirándola al suelo.

Del interior del carruaje surgió un grito de protesta: «¿Qué pretenden con todo esto?», y mi corazón se encogió todavía más al escuchar el habitual tono indignado y arrogante de un aristócrata. ¿Sería estúpido? ¿Sería tan estúpido como para no comprender que él y los de su clase ya no tenían derecho a utilizar ese tono de voz? ¿Que ni él ni los de su clase estaban ya al mando?

Escuché como desgarraban sus ropas al sacarlo del carruaje. Su mujer había salido corriendo y gritando por la calle, impulsada por una serie de patadas en sus posaderas, y me pregunté cómo podría arreglárselas sola en un París tan caótico y diferente a aquel que había conocido durante toda su vida. Dudé que acabara el día con vida.

A medida que proseguía mi camino, mis esperanzas empezaron a desvanecerse. Al parecer los saqueadores estaban vaciando las casas a ambos lados de la vía pública. El aire estaba lleno de estampidos del fuego de los mosquetes, de ruido de cristales rotos, de los gritos triunfantes de aquellos que conseguían abrirse paso, y de los lamentos decepcionados de los menos afortunados.

Para entonces había empezado a correr, mi espada aún desenvainada preparada para enfrentarse a cualquiera que se entrometiera entre mi castillo y yo. El corazón me martilleaba en los oídos. Recé para que el servicio se hubiera marchado, para que la muchedumbre no hubiera llegado a nuestra propiedad. En lo único que podía pensar era en mi baúl. Entre otras cosas contenía las cartas de Haytham Kenway y el collar que me había regaladlo Jennifer Scott, así como pequeñas baratijas que había ido coleccionando a lo largo de los años, cosas que solo tenían valor para mí.

Al llegar a la verja me encontré al mayordomo, Pierre, esperando con una maleta que apretaba contra su pecho, sus ojos miraron a un lado y al otro.

—Gracias a Dios, señorita —declaró al verme y miré por encima de él, mis ojos recorriendo el patio hasta las escaleras de la entrada principal.

Advertí mis pertenencias desparramadas por el patio. La puerta del castillo estaba abierta y, a través de ella, distinguí la devastación del interior. Mi casa había sido saqueada.

—La muchedumbre entró y salió en cuestión de minutos —explicó Pierre jadeante—. Las ventanas estaban cegadas con tablones y los cerrojos echados, pero atraparon al jardinero Henri y amenazaron con matarle a menos que abriéramos las puertas. No nos quedó otra elección, señorita.

Asentí pensando únicamente en mi baúl guardado en el dormitorio. Una parte de mí deseaba subir corriendo a buscarlo, mientras que la otra necesitaba poner las cosas en orden.

—Ha hecho lo correcto —le aseguré—. ¿Y qué ha pasado con sus efectos personales?

Levantó la maleta que sostenía.

—Está todo aquí.

—Aun así debe de haber sido una experiencia aterradora. Debería marcharse. Ahora mismo no es un buen momento para verse relacionado con la nobleza. Vaya a Versalles y allí nos aseguraremos de que reciba su recompensa.

—¿Y qué pasa con usted, señorita? ¿No va a venir?

Miré hacia la mansión, sintiendo un gran peso en el corazón al ver las pertenencias de mi familia desechadas como basura. Reconocí un vestido

que había pertenecido a mi madre. De modo que habían llegado a las plantas superiores rebuscando en los dormitorios.

—Yo voy a entrar —señalé con mi espada.

—No, señorita, no puedo permitírselo —replicó Pierre—. Aún quedan algunos bandidos dentro, borrachos como cubas, merodeando por las habitaciones en busca de más cosas que robar.

—Por eso mismo voy a entrar. Para evitar que lo consigan.

—Pero están armados, señorita.

—Yo también lo estoy.

—Están borrachos y agresivos.

—Bien, pues yo estoy furiosa y agresiva. Lo que es aun mejor. —Le miré fijamente—. Y ahora váyase.

V

En realidad no había dicho en serio lo de quedarse. Pierre era un buen hombre, pero su lealtad no llegaba tan lejos. Puede que se hubiera resistido a los asaltantes, pero no demasiado. Quizás fue mejor que yo no estuviera en casa cuando los saqueadores llegaron. Sin duda se habría producido un derramamiento de sangre. Y posiblemente habrían perdido sus vidas las personas equivocadas.

Al llegar a la puerta principal saqué mi pistola. Abrí la puerta del todo con el codo y me adentré en el vestíbulo.

Estaba hecho un caos. Mesas patas arriba. Jarrones hechos añicos. Restos descartados del botín tirados por todas partes. Tendido boca abajo, muy cerca del umbral, había un hombre durmiendo con ronquidos de beodo. Y desplomado en la esquina opuesta otro más, pero este con la barbilla descansando sobre el pecho y una botella de vino vacía en la mano. La puerta que llevaba a la bodega estaba abierta y me acerqué sigilosa, pistola en mano. Presté atención pero no escuché nada, empujé con el pie al borracho que estaba más cerca, obteniendo un voluminoso ronquido en respuesta. Borracho, sí. Agresivo, no. Y lo mismo su amigo el de la puerta.

Aparte de los ronquidos, la planta baja estaba en silencio. Avancé hasta las escaleras que conducían a la planta inferior y volví a aguzar el oído sin escuchar nada.

Pierre tenía razón; debieron de entrar y salir en pocos minutos, saqueando a su paso la bodega y la despensa y seguramente la plata del cuarto de la vajilla. Mi casa constituía simplemente otra parada a lo largo del camino.

Ahora tocaba mirar arriba. Regresé al vestíbulo y empecé a subir las escaleras, dirigiéndome directamente a mi dormitorio para hallarlo igual de desvalijado que el resto de la casa. Habían encontrado el baúl pero al parecer decidieron que lo que quiera que hubiera en su interior no merecía la pena, de modo que se limitaron a esparcir su contenido por el suelo. Enfundé mi alfanje, guardé la pistola y me arrodillé, recolectando los papeles sobre mi regazo, ordenándolos y colocándolos de nuevo en el baúl. Gracias a Dios el collar estaba en el doble fondo y no lo habían encontrado. Guardé cuidadosamente la correspondencia encima de los abalorios, alisando las páginas arrugadas y colocando las cartas juntas. Cuando terminé, cerré con llave el baúl. Tendría que enviarlo a la Maison Royale para que lo mantuvieran a salvo en cuanto hubiera despejado y asegurado mi casa.

Al ponerme en pie, me di cuenta de lo entumecida que me sentía, así que me recosté a los pies de la cama para tratar de ordenar mis pensamientos. Lo único que se me ocurría era cerrar las puertas, arrastrarme hasta algún rincón y evitar cualquier contacto humano. Tal vez esa fuera la verdadera razón por la que había enviado a Pierre lejos. Porque el saqueo de mi hogar me proporcionaba una nueva razón para continuar mi luto, y quería hacerlo a solas.

Me levanté y me dirigí al descansillo, mirando por encima de la barandilla hasta el vestíbulo de entrada más abajo. El único ruido perceptible era el del sonido distante de los disturbios en la calle. Advertí que la luz empezaba a desvanecerse afuera; se estaba haciendo de noche y necesitaba encender algunas velas. Pero, ante todo, debía deshacerme de mis indeseados invitados.

El que estaba durmiendo junto a la puerta pareció espabilarse un poco cuando me acerqué a los pies de la escalera.

—Si está despierto le sugiero que se marche —declaré, mi voz resonando con fuerza en el vestíbulo—. Y si no lo está, entonces voy a patearle las pelotas hasta que lo esté.

Intentó levantar la cabeza, parpadeando como si quisiera recuperar la consciencia y tratando de recordar dónde estaba y cómo había llegado allí. Tenía un brazo atrapado debajo de su cuerpo y gruñó rodando sobre sí mismo para liberarlo.

Entonces se levantó y cerró la puerta.

Tal cual. Se levantó y cerró la puerta.

vi

Me llevó un par de segundos hacer una sencilla deducción. La deducción de cómo un hombre borracho que hasta hacía unos instantes había estado tendido en el suelo de mi vestíbulo pudo levantarse, sin rastro de titubeo o vacilación, y cerrar la puerta sin andar a tientas o golpearse. ¿Cómo lo había hecho?

La respuesta era que no estaba borracho. Nunca lo había estado. Y lo que tenía debajo del cuerpo era la pistola con la que ahora me apuntaba, casi de modo accidental.

Mierda.

Me di la vuelta a tiempo para ver que el segundo borracho también se había recobrado milagrosamente de su curda y estaba en pie. Al igual que su compañero llevaba una pistola con la que me apuntaba. Estaba atrapada.

—Los Carroll de Londres le envían saludos —dijo el primer borracho, el de más edad y torso más fuerte, que obviamente era el jefe, y la cruda realidad de lo inevitable cayó con todo su peso sobre mí.

Sabíamos que los Carroll vendrían por nosotros, tarde o temprano. Hay que prepararse, decíamos, y tal vez creímos que estábamos preparados.

—Entonces ¿a qué están esperando? —pregunté.

—Las instrucciones son hacerla sufrir antes de morir —indicó el jefe con tono monótono y sin verdadera malicia—. Además la recompensa es por usted, un tal Frederick Weatherall y su doncella, Hélène. Pensamos que sonsacarle su paradero y hacerla sufrir podría ser una buena combinación, como matar dos pájaros de una pedrada.

Le sonreí.

—Puede causarme tanto daño como quiera, causarme todo el daño del mundo, que no se lo diré.

Por detrás de mí, su amigo soltó un «ja». La clase de sonido que uno hace cuando ve a un cachorro especialmente gracioso jugando con una pelota.

El jefe inclinó la cabeza.

—Se ríe porque todos dicen lo mismo. Todos a los que hemos torturado lo decían. Solo cuando llega el momento en que introducimos ratas hambrientas en el interrogatorio empiezan a dudar de la sabiduría de sus palabras.

Puse un gesto melodramático y miré a mi alrededor, volviéndome hacia él y sonriendo.

—No veo ninguna rata hambrienta.

—Bueno, eso es porque aún no hemos empezado. Es un antiguo y largo proceso el que tenemos en mente. La señora Carroll fue muy explícita al respecto.

—Aún sigue enfadada por lo de May, ¿no es cierto?

—Dijo que le recordáramos a May durante el proceso. Supongo que es su hija.

—Lo era, sí.

—¿Y usted la mató?

—Así es.

—Se lo merecía, ¿no es así?

—Yo diría que sí. Estaba a punto de matarme.

—¿Entonces fue en defensa propia?

—Podría decirse. ¿Cambia en algo su intención el saberlo?

Sonrió. La pistola siguió apuntándome con firmeza.

—No. Solo me dice que es usted tramposa y que tendré que estar en guardia. Así que ¿por qué no empezamos con la espada y la pistola? Déjelas caer al suelo, si no le importa.

Hice lo que me pedía.

—Y ahora apártese de ellas. Dese la vuelta de cara a la balaustrada, ponga las manos en la cabeza y sepa que mientras el señor Hook la está cacheando para buscar armas ocultas, yo estaré cubriéndolo con las pistolas. Quiero que recuerde que el señor Hook y yo somos conscientes de sus habilidades, señorita De la Serre. No hemos cometido el error de subestimarla por ser joven y mujer. ¿No es cierto, señor Hook?

—Así es, señor Harvey —contestó Hook.

—Me tranquiliza mucho saberlo —repuse, y mirando de reojo al señor Hook, hice lo que me pedían, acercándome a la balaustrada y llevando mis manos a la cabeza.

Apenas había luz en el vestíbulo, y aunque mis dos simpáticos asesinos lo habrían tenido en cuenta, seguía siendo una ventaja a mi favor.

Pero había algo más a mi favor: no tenía nada que perder.

Hook estaba ahora detrás de mí. Empujó mis armas hasta el centro del vestíbulo antes de regresar, quedándose a unos pocos pasos.

—Quítese la chaqueta —declaró.

—¿Cómo dice?

—Ya le ha oído —intervino el señor Harvey—. Quítese la chaqueta.

—Entonces tendré que bajar las manos de la cabeza.

—Solo quítese la chaqueta.

La desabotoné y la arrojé al suelo.

En la habitación se hizo un tenso silencio. Los ojos del señor Hook se deslizaron sobre mí.

—Suéltese la blusa —ordenó el señor Harvey.

—No pretenderán que me…

—Solo suéltese la camisa y recójasela en el talle para que podamos ver su pretina.

Hice lo que me pedían.

—Ahora quítese las botas.

Me arrodillé mientras pensaba si podría utilizar una bota como arma. Pero no. Tan pronto como atacara a Hook, Harvey me dispararía con su pistola. Necesitaba encontrar otra táctica.

Una vez descalza, me enderecé sobre mis pies cubiertos por las medias, con la camisa suelta, lista para la inspección.

—Bien —asintió Harvey—. Ahora dese la vuelta con las manos de nuevo en la cabeza. Recuerde lo que he dicho sobre tenerla cubierta.

Recuperé mi posición de cara a la balaustrada mientras Hook se acercaba a mí por detrás. Se arrodilló, sus manos tocando mis pies y empezando a recorrerme desde la punta de mis dedos, subiendo por mis calzones. Al llegar arriba, se detuvieron…

—Hook… —le advirtió Harvey.

—Tengo que ser minucioso —explicó Hook, y pude advertir por la dirección de su voz que estaba mirando hacia Harvey mientras lo decía, lo que me daba una oportunidad. Una mínima oportunidad, pero oportunidad al fin y al cabo. Y la aproveché.

De un salto me agarré a uno de los balaustres verticales de la escalera, atrapando en el mismo movimiento el cuello de Hook entre mis muslos y retorciéndolo. Se lo retorcí con ganas tratando de partírselo, pero romper el cuello de un hombre haciendo presión con las piernas nunca formó parte del entrenamiento del señor Weatherall y no tenía la fuerza suficiente para apretar más. Aun así, él estaba ahora entre la pistola y yo, lo que era mi primer objetivo. Su cara enrojeció, a la vez que sus manos trataban de liberarse de mis muslos, mientras yo le estrujaba confiando en poder ejercer la suficiente presión como para dejarle inconsciente.

No tuve tanta suerte. Se retorció y tiró y yo me aferré al balaustre como si me fuera la vida en ello, sintiendo mi cuerpo alargarse y la madera empezar a ceder cuando trató de liberarse. Harvey mientras tanto soltó una maldición, enfundó su pistola y sacó una espada corta.

Lancé un nuevo grito al hacer un último esfuerzo y aumenté la presión de mis muslos a la vez que tiraba hacia arriba. El balaustre se astilló y me quedé con él en las manos al tiempo que me enderezaba. Durante un segundo, pareció que me quedaba a caballito sobre Hook, como una niña

pequeña a hombros de su padre, mirando desde arriba a un repentinamente asombrado Harvey, con el trozo del balaustre todavía en mis manos.

Pero entonces lo dejé caer con todas mis fuerzas contra la cara de Harvey.

Ignoro en qué parte del rostro de Harvey se incrustó, pero tampoco tengo interés en saberlo.

Lo único que puedo decir es que apunté hacia un ojo, y aunque el balaustre era demasiado grueso para penetrar en su cuenca, hizo su trabajo, pues un momento antes estaba avanzando hacia nosotros con su espada corta lista para atacar, y al siguiente tenía varias astillas clavadas en el ojo y estaba dando vueltas, con las manos en la cara, llenando los últimos segundos de su vida con gritos espeluznantes.

Con un giro de mis caderas conseguí que Hook y yo cayéramos al suelo. Aterrizamos torpemente pero yo me aparté veloz, abalanzándome con todo el cuerpo sobre la espada y la pistola que se encontraban en el centro de la habitación. Mi pistola estaba cargada y lista, pero también lo estaba la de Hook. Lo único que podía hacer era saltar para atrapar mi pistola y rezar para que pudiera cogerla primero, antes de que él se recobrara lo suficiente para echar mano de la suya.

La alcancé, rodé sobre mi espalda y la sostuve con las dos manos hacia Hook justo cuando él hacía lo mismo. Durante un breve segundo ambos nos tuvimos a tiro.

Y entonces la puerta se abrió y una voz dijo: «Élise», y Hook se movió y entonces disparé.

Durante medio segundo pensé que había errado el tiro antes de que la sangre empezara a brotar de sus labios, su cabeza cayera y me diera cuenta de que le había alcanzado en la boca.

vii

—**P**arece que he llegado justo a tiempo —declaró Ruddock más tarde, después de que hubiéramos trasladado los cuerpos de Hook y Harvey

por el patio trasero hasta la calle, donde los abandonamos entre un montón de cajas, barriles y carretas volcadas. De vuelta a casa encontramos una botella de vino en la despensa, encendimos unas velas y nos sentamos en el estudio del ama de llaves desde donde podríamos echar una ojeada a las escaleras traseras, en caso de que alguien regresara.

Serví un vaso para cada uno y le pasé el suyo deslizándolo a través de la mesa. Huelga decir que se le veía mucho más saludable que la última vez que nos encontramos, cuando estaba colgando del extremo de una soga, pero incluso teniendo eso en cuenta, debía reconocer que también parecía haber recuperado su porte. Se le veía más dueño de sí mismo y, por primera vez desde nuestro encuentro en el 75, pude imaginar a Ruddock como un Asesino.

—¿Qué es lo que querían sus dos amigos? —preguntó.

—Cobrarse venganza en nombre de una tercera parte.

—Ya veo. Ha disgustado a alguien, ¿no es así?

—Eso parece.

—Sí, no hay duda. Sospecho que es usted bastante hábil disgustando a la gente, ¿no? Como he dicho, ha sido una suerte que llegara a tiempo.

—No se dé tanta importancia. Lo tenía todo controlado —declaré, dando un sorbo a mi vino.

—Bien, entonces me alegra oírlo —afirmó—. Simplemente me dio la impresión de que la situación podría haberse decantado de cualquier lado, y que mi entrada le proporcionó el elemento sorpresa que necesitaba para tener ventaja.

—No tiente a su suerte, Ruddock —advertí.

Lo cierto era que estaba sorprendida de verle. Ya fuera porque se había tomado en serio mi amenaza de perseguirle o porque era un hombre más honrado de lo que había supuesto, el hecho era que había regresado. Y no solo eso, había venido trayendo lo que podrían llamarse «noticias».

—¿Ha descubierto algo?

—Así es.

—¿La identidad del hombre que le contrató para matarnos a mi madre y a mí?

Me miró avergonzado y se aclaró la garganta.

—Solo fui contratado para matar a su madre. No a usted.

Tuve que luchar contra una sensación de irrealidad. Ahí sentada, en la desbaratada mansión de mi familia, compartiendo vino con un hombre que admitía abiertamente haber tratado de matar a mi madre y que, si todo hubiera salido conforme a su plan, me habría dejado sola y llorando sobre su cadáver sin la menor duda.

Me serví otro vaso, prefiriendo beber y no cavilar demasiado porque, si lo hacía, entonces me preguntaría cómo podía ser tan tonta como para estar bebiendo con ese hombre o poder pensar en Arno sin experimentar emoción alguna, o cómo podía haber escapado de la muerte por tan poco y no sentir nada.

Ruddock continuó:

—El hecho es que no sé exactamente quién me contrató, pero sí con quién estaba asociado.

—¿Y quién podría ser?

—¿Alguna vez ha oído hablar del Rey de los Mendigos?

—No, no puedo decir que lo haya hecho, pero ¿es esa la persona a la que su hombre estaba asociado?

—Hasta donde yo sé, era el Rey de los Mendigos quien quería ver a su madre muerta.

De nuevo experimenté esa extraña sensación de irrealidad, al escucharlo del hombre que había sido contratado para llevar a cabo el trabajo.

—La pregunta es por qué —añadí, y a continuación di un buen trago al vino.

—Tómeselo con calma —me recomendó, alargando la mano para tocar mi brazo. Me detuve en seco, el vaso aún en mis labios, y clavé mis ojos en su mano hasta que la retiró.

—No vuelva a tocarme —ordené—, *nunca*.

—Lo siento —se disculpó, bajando los ojos—. No pretendía ofenderla. Es solo que… parece estar bebiendo demasiado rápido, eso es todo.

—¿Acaso no ha oído los rumores? —conteste irónica—. Soy una borracha con cierta reputación. Y sé muy bien controlarme, gracias.

—Solo quería ayudar, señorita —replicó—. Es lo menos que puedo hacer. Al salvarme la vida me proporcionó una nueva perspectiva. Ahora

intento hacer algo de mí mismo.

—Me alegro por usted. Pero si llego a saber que por salvarle la vida iba a tener que soportar un sermón sobre lo rápido que bebo el vino, entonces no me habría molestado.

Hizo un gesto de asentimiento.

—Le pido perdón otra vez.

Di otro trago solo para fastidiarlo.

—Ahora refiérame todo lo que sabe sobre el Rey de los Mendigos.

—Es un hombre difícil de encontrar. Los Asesinos trataron de matarle en el pasado.

Arqueé una ceja.

—¿Estaba trabajando para un enemigo jurado de los Asesinos? Ahora entiendo que no haya querido airearlo antes.

Pareció avergonzado.

—Sí. Aquellos eran días muy diferentes, desesperados, señora mía.

Lo dejé pasar.

—De modo que los Asesinos trataron de matarle. ¿Y por qué motivo?

—Es un hombre cruel. Manda sobre los mendigos de la ciudad, que se ven obligados a pagarle un tributo. Se comenta que si el tributo resulta insuficiente entonces el Rey de los Mendigos envía a un secuaz llamado La Touche a que les ampute sus extremidades, porque la buena gente de París es más propicia a dar dinero y ser generosa con un mendigo privado de alguno de sus miembros.

Reprimí una punzada de repulsión.

—¿Y por esa razón los Asesinos y los Templarios le quieren ver muerto? No es amigo de ninguno —observé frunciendo el gesto—. ¿O está diciendo que solo los Asesinos de buen corazón querían verlo muerto, mientras el negro corazón de los Templarios hacía la vista gorda?

Con una estudiada mirada de pena declaró:

—¿Acaso estoy yo en posición de hacer juicios morales, señorita? Pero el hecho es que si los Templarios hacen la vista gorda respecto a sus actividades se debe a que él es uno de ellos.

—Sandeces. Nosotros no tendríamos nada que ver con un hombre tan despreciable. Mi padre no le hubiera permitido entrar en la Orden.

Ruddock se encogió de hombros y alzó las manos.

—Lamento mucho si lo que cuento le escandaliza, milady. Tal vez no debería tomárselo como un reflejo de toda la Orden, sino de algunos elementos indeseables en su seno. Y hablando de elementos indeseables, yo mismo…

Elementos indeseables, pensé. Elementos indeseables que conspiraban contra mi madre. ¿Serían las mismas personas que mataron a mi padre? Si era así, yo sería la siguiente.

—Usted quiere volver a unirse a los Asesinos, ¿no es así? —le interrumpí sirviendo más vino.

Asintió.

Le sonreí.

—Bien, pues entonces debo decirle, y le pido perdón por mi crudeza, pero ya trató de matarme una vez, así que creo que puedo permitírmelo, que si tiene alguna esperanza de volver a unirse a los Asesinos, primero deberá hacer algo con ese olor.

—¿El olor?

—Sí, Ruddock, el olor. Su olor. Olía en Londres, olía en Ruán y huele ahora. Quizá no le vendría mal un buen baño. O un poco de perfume. Y bien, ¿he sido muy grosera?

Sonrió.

—En absoluto, señorita, aprecio su candor.

—Aunque la razón por la que quiere volver a formar parte de los Asesinos escapa a mi entendimiento.

—¿Cómo dice, milady?

Me incliné hacia delante, mirándole con ojos escrutadores y ondeando al mismo tiempo el vaso de vino.

—Quiero decir que yo me lo pensaría detenidamente si estuviera en su lugar.

—¿A qué se refiere?

Hice un gesto con la mano.

—Me refiero a que ahora está fuera de eso. Muy fuera de eso. Libre de todas esas… —Hice otro ademán— *historias*. Asesinos. Templarios. Bah. Poseen suficientes dogmas para fundar diez mil iglesias y el doble de

creencias equivocadas. Durante años no han hecho otra cosa más que pelear, ¿y para qué? La vida sigue su curso a pesar de todo. Fíjese en Francia. Mi padre y sus consejeros pasaron años discutiendo sobre la «mejor» dirección para el país y, al final, la revolución ha salido adelante y se ha producido igualmente sin ellos. ¡Ja! ¿Dónde estaba Mirabeau cuando asaltaron la Bastilla? ¿Todavía votando en locales de juego de pelota? Los Asesinos y los Templarios son como garrapatas luchando por controlar al gato, en un ejercicio de orgullo desmesurado y futilidad.

—Pero señorita, cualquiera que sea el resultado debemos creer que tenemos capacidad para efectuar un cambio a mejor.

—Solo si nos dejamos engañar, Ruddock —corregí—. Solo si nos dejamos engañar.

viii

Después de despedir a Ruddock decidí estar preparada por si volvían a intentar entrar, quienquiera que fuese: saqueadores revolucionarios, agentes de los Carroll, un traidor de mi propia Orden. Estaría preparada para ellos.

Afortunadamente hay vino más que suficiente en la casa para fortalecerme durante la espera.

25 de julio de 1789

Era ya de día cuando vinieron. Irrumpieron en el patio, el ruido de sus pisadas llegando hasta donde yo les esperaba en el oscuro vestíbulo de ventanas tapiadas, pistola en mano.

Yo, que había estado esperando, me hallaba preparada para recibirles. Y cuando subieron los escalones hasta la puerta que deliberadamente había dejado entornada, al igual que hacía cada día, cogí la pistola, la amartillé y la levanté.

La puerta crujió. Una sombra se dibujó en el rectángulo de luz proyectado en el suelo de madera, alargándose a través de este cuando una figura cruzó el umbral entrando en la penumbra de mi hogar.

—Élise —llamó, y comprendí vagamente que había pasado mucho, mucho tiempo desde la última vez que escuché una voz humana con un sonido tan dulce. Qué dicha que aquella voz fuera la suya.

Entonces recordé que podría haber salvado a mi padre y no lo hizo, y que había caído en manos de los Asesinos. Pero ahora que lo pensaba, quizá esos dos hechos estuvieran conectados. Y aunque no lo estuvieran…

Encendí un farol sin dejar de apuntar la pistola contra él, complacida al ver que se sobresaltaba levemente cuando la llama cobró vida. Durante unos instantes los dos nos quedamos mirándonos, nuestros rostros sin expresar nada, hasta que asintió, señalando la pistola.

—Esa sí que es una bienvenida.

Me ablandé un poco al ver su rostro. Solo un poco.

—Uno nunca es suficientemente cuidadoso. No, después de lo que ha pasado.

—Élise, yo…

—¿No has hecho ya suficiente para recompensar la generosidad de mi padre? —espeté secamente.

—Élise, por favor. No puedes creer que maté al señor De la Serre. Tu padre… no era el hombre que tú creías. Ninguno de nuestros padres lo era.

Secretos. Cómo aborrecía su sabor. *Vérités cachees*. Toda mi vida.

—Sé perfectamente quién era mi padre, Arno. Y sé quién era el tuyo. Supongo que era inevitable. Tú un Asesino, y yo una Templaría.

Observé su rostro mientras asimilaba lentamente la información.

—¿Tú…? —comenzó, quedándose sin palabras.

Asentí.

—¿Acaso te sorprende? Mi padre siempre quiso que yo siguiera sus pasos. Ahora lo único que puedo hacer es vengarle.

—Te juro que no tuve nada que ver con su muerte.

—Oh, pero sí tuviste…

—No. No. Por mi vida, te juro que no…

Llevaba la carta conmigo y se la mostré.

—¿Es esa…? —preguntó, examinándola.

—Una carta dirigida a mi padre el día en que fue asesinado. La encontré en el suelo de su despacho. Sin abrir.

Casi sentí pena por Arno al ver como la sangre se retiraba de su rostro al comprender lo que había hecho. Después de todo, él también había querido a Padre. Sí, casi sentí pena por él. *Casi*.

La boca de Arno se abrió y se cerró. Sus ojos dilatados mirando fijamente.

—No lo sabía —dijo finalmente.

—Ni tampoco mi padre —repuse.

—¿Cómo podría haberlo sabido?

—Ahora vete —pedí. Odié el asomo de un sollozo en mi voz. Odié a Arno—. Solo vete.

Y lo hizo. Cerré la puerta tras él, atrancándola, y luego bajé por la escalera de servicio hasta el estudio del ama de llaves, donde tenía instalado

mi catre. Allí abrí una botella de vino. Lo mejor para ayudarme a dormir.

20 de agosto de 1789

i

Zarandeada hasta despertar, parpadeé para despejar mi mirada borrosa, los ojos enrojecidos tratando de enfocar al hombre que estaba plantado ante mi cama con unas muletas bajo los brazos. Se parecía al señor Weatherall, pero no podía tratarse de él porque mi protector estaba en Versalles y no podía viajar, no con la pierna como la tenía. Además, yo no estaba en Versalles, estaba en la isla de San Luis, en París, esperando…, esperando algo.

—Muy bien —estaba diciendo—, veo que ya estas vestida. Es hora de levantarse del catre y venir con nosotros.

Detrás de él vi a otro hombre que se revolvía incómodo junto a la puerta del estudio del ama de llaves. Por un instante pensé que era Jacques de la Maison Royale, pero no, era otro hombre, uno más joven.

Y sí, *era* él: era el señor Weatherall. Me incorporé de golpe, aferrándome a su cuello y tirando de él hacia mí, mientras lloraba agradecida en su pecho, apretándole fuerte.

—Ten cuidado —señaló con voz estrangulada—, me estás apartando de mis malditas muletas. Espera un momento.

Le solté, sentándome sobre mis rodillas.

—Pero no podemos irnos —rechacé con firmeza—. Tengo que estar preparada para cuando ellos vengan a por mí.

—¿Cuando quién venga por ti?

Le agarré de las solapas, y levanté la vista hacia su rostro barbudo, arrugado por la preocuparán, negándome a dejarle marchar.

—Los Carroll enviaron tinos sicarios, señor Weatherall. Enviaron a dos hombres para matarme por lo que le hice a May Carroll.

Sus hombros cayeron hasta sus muletas cuando me abrazó.

—Oh, Dios, muchacha. ¿Cuándo fue?

—Les maté —continué sin aliento—. Les maté a los dos. A uno de ellos le clavé una estaca.

Me reí.

Él se apartó un poco mirándome fijamente a los ojos con el ceño fruncido.

—Y luego lo celebraste con unos cientos de botellas de vino, por lo que parece.

Negué con la cabeza.

—No. Solo para ayudarme a dormir, para ayudarme a olvidar que… he perdido a Arno, a mi padre, por lo que le hice a May Carroll y a los dos hombres que vinieron a matarme. —Comencé a sollozar de nuevo, riendo de pronto y gimiendo al momento siguiente, apenas comprendiendo que aquella no era una conducta normal, pero incapaz de controlarme—. Le clavé una estaca a uno de ellos.

—Está bien —dijo y se volvió hacia el otro hombre—. Ayúdala a subir al carruaje, llévala en brazos si es necesario. No está en sus cabales.

—Estoy bien —insistí.

—Lo estarás —corrigió—. Este joven es Jean Burnel. Al igual que tú, acaba de ingresar en los Templarios, aunque, a diferencia de ti, no es el Gran Maestro ni está borracho. Sin embargo es leal al apellido De la Serre y puede ayudarnos. Pero no podrá hacerlo hasta que te incorpores.

—Mi baúl —indiqué—. Necesito mi baúl…

Eso sucedió…, bueno, la verdad es que no recuerdo cuánto tiempo hace de aquello, y me da vergüenza preguntarlo. Todo lo que sé es que desde entonces he estado confinada en mi cama del pabellón del guarda, sudando profusamente durante los primeros días, insistiendo en que me encontraba bien, enfadándome cuando se negaban a darme el vino que les pedía; y por fin, después de dormir mucho, mi cabeza se despejó lo suficiente como para entender que había estado sumida en una oscura evasión: un «desorden de los nervios», había dicho el señor Weatherall.

iii

Finalmente estuve lo bastante recuperada para dejar la cama y ponerme ropa recién lavada y planchada por Hélène, que era ciertamente un ángel, y que tal y como vaticiné había establecido una estrecha relación con Jacques durante mi ausencia. Entonces, una mañana el señor Weatherall y yo salimos de la casa y caminamos en silencio, ambos sabiendo que nos dirigíamos a nuestro lugar de costumbre, hasta llegar al claro donde el sol se filtraba a través de las ramas como en una cascada, dejándonos bañar por sus rayos.

—Gracias —dije, cuando nos sentamos, el señor Weatherall sobre el tocón y yo en el blando suelo del bosque, arrancando inconscientemente briznas de hierba y levantando la vista hacia él.

—¿Gracias por qué? —contestó con esa voz ronca que tanto amaba.

—Gracias por salvarme.

—Querrás decir gracias por salvarte de ti misma.

Sonreí.

—Salvarme de mí misma sigue siendo salvarme.

—Si tú lo dices… Yo mismo pasé por momentos difíciles cuando tu madre murió. Y también le di a la botella.

Lo recordé. Recordé el olor a vino de su aliento en la Maison Royale.

—Hay un traidor dentro de la Orden —anuncié a continuación.

—Eso ya lo sabíamos. La carta de Lafreniére…

—Pero ahora estoy segura. Se hace llamar el Rey de los Mendigos.

—¿El Rey de los Mendigos?

—¿Lo conoce?

Asintió.

—He oído hablar *de* él. No es un Templario.

—Eso es lo que yo dije. Pero Ruddock insistió en que lo era.

Los ojos del señor Weatherall llamearon al escuchar el nombre de Ruddock.

—Tonterías. Tu padre nunca lo habría permitido.

—Eso fue exactamente lo que le contesté a Ruddock, pero ¿es posible que Padre no lo supiera?

—Tu padre lo sabía todo.

—¿Podría el Rey de los Mendigos haber sido introducido después?

—¿Tras el asesinato de tu padre?

Asentí.

—Quizás precisamente por el asesinato de mi padre, como pago por haberlo llevado a cabo, como recompensa.

—No es un mal argumento —reconoció el señor Weatherall—. ¿Y dices que Ruddock fue contratado por el Rey de los Mendigos para matar a tu madre, y tal vez para ganarse el favor de los Cuervos?

—Exactamente.

—Pues entonces fracasó, ¿no es cierto? Quizás haya intentado dejar pasar un tiempo prudencial, esperando otra oportunidad para demostrar su valía. Y al matar a tu padre por fin consiguió lo que quería: su admisión.

Lo consideré un momento.

—Quizás, pero no me parece que tenga mucho sentido, y aún sigo sin entender por qué los Cuervos querrían ver a Madre muerta. En todo caso, su tercera vía era un puente entre las dos líneas de pensamiento.

—Ella era demasiado fuerte para ellos, Élise. Constituía una gran amenaza.

—¿Una amenaza para quién, señor Weatherall? ¿Bajo qué autoridad está sucediendo todo esto?

Intercambiamos una mirada.

—Escucha, Élise —indicó—, necesitas consolidarte. Debes convocar una reunión extraordinaria y afianzar tu liderazgo, hacer que la maldita Orden sepa quién lleva las riendas, y eliminar a quienquiera que esté conspirando contra ti.

Noté como un escalofrío recorría mi cuerpo.

—¿Está diciendo que no es solo un individuo, sino más bien una facción?

—¿Y por qué no? Durante este último mes hemos visto como el gobierno de un remoto y desinteresado rey era aplastado por una revolución.

Fruncí el ceño.

—Y eso es lo que cree que soy yo, ¿no es así? ¿Una «remota y desinteresada» gobernante?

—Yo no lo pienso. Pero tal vez haya otros que sí lo hagan.

Asentí.

—Tiene razón. Necesito congregar a mis partidarios alrededor mío. Presidiré el encuentro en la propiedad de Versalles, bajo los retratos de mi madre y mi padre.

Alzó las cejas.

—Bien. De acuerdo. Pero no echemos a correr antes de empezar a andar, ¿vale? Primero debemos asegurarnos de que se presentarán. El joven Jean Burnel puede empezar con la tarea de avisar a los miembros.

—Necesito también que sondee a Lafreniére. Lo que he descubierto le da a esta carta aún más credibilidad.

—Sí, pero debes ir con cuidado.

—¿Cómo reclutó a Jean Burnel?

El rostro del señor Weatherall pareció colorearse levemente.

—Bueno, ya sabes, simplemente lo hice.

—Señor Weatherall… —insistí.

Se encogió de hombros.

—Está bien, verás, como sabes tengo mi propia red de agentes y se me ocurrió pensar que el joven Burnel estaría encantado con la oportunidad de trabajar estrechamente con la bella Élise de la Serre.

Sonreí a pesar de una incómoda y desleal sensación.

—¿Así que está prendado de mí?

—Yo diría que su lealtad a tu familia es la guinda del pastel, pero sí, supongo que lo está.

—Ya veo. Tal vez sea un buen pretendiente.

Soltó una carcajada.

—Oh, ¿a quién pretendes engañar, muchacha? Tú amas a Arno.

—¿Ah, sí?

—¿Acaso no es cierto?

—Me ha hecho mucho daño.

—¿Y no has pensado que él pueda sentir lo mismo? Después de todo, le ocultaste importantes secretos. Es probable que tenga el mismo derecho que tú a sentirse como la parte ofendida. —Se inclinó hacia delante—. Deberías empezar a pensar en lo que tenéis en común, en vez de en aquello que os separa. Tal vez descubras que una cosa supera a la otra.

—No lo sé —repuse, dirigiendo la mirada hacia otro lado—. Ya no sé nada.

5 de octubre de 1789

i

Como ya he mencionado con anterioridad, la toma de la Bastilla marcó el final del reinado del rey, y si bien lo hizo en cierto sentido —en el sentido de que su poder se vio cuestionado, puesto a prueba y fallado—, nominalmente al menos, si no en la realidad, él continuaba al mando.

Mientras las noticias de la caída de la Bastilla empezaban a viajar por toda Francia, también lo hizo el rumor de que el ejército del rey impondría una terrible venganza sobre todos los revolucionarios. Los mensajeros llegaban a los pueblos portando la terrible noticia de cómo el ejército estaba barriendo todo a su paso. Señalaban hacia la puesta de sol y decían que era una aldea ardiendo en la distancia. Los campesinos preparados para alzarse en armas contra un ejército que no llegó nunca. Se quemaron las oficinas de impuestos, luchando contra la milicia local enviada para aplacar los disturbios.

Y con toda esa agitación de fondo, la Asamblea promulgó una ley, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, para impedir que los nobles exigieran impuestos, diezmos y trabajos a los campesinos. El texto fue redactado por el marqués de Lafayette, que también había ayudado a esbozar la Constitución Americana, configurando un conjunto de normas que acababan con los privilegios de los nobles y hacían a todos los hombres iguales a los ojos de la ley.

Pero también hacían que la guillotina se convirtiera en el instrumento oficial de muerte en Francia.

ii

Pero ¿qué podía hacerse con el rey? Oficialmente aún conservaba el poder de veto. Mirabeau, que en los últimos tiempos estuvo a punto de forjar una alianza con mi padre, argumentaba que las protestas debían cesar, y que el rey debía continuar gobernando como lo había hecho hasta entonces.

En ese empeño sin duda habría recibido el apoyo de mi padre de haber vivido este, pero cuando me preguntaba si una alianza de Asesinos y Templarios hubiera cambiado las cosas, descubría mi absoluto convencimiento de que así habría sido y comprendía que ese era el motivo por el que le habían matado.

Otros —entre ellos y a la cabeza de todos el médico y científico Jean-Paul Marat, que, si bien no era miembro de la Asamblea, se había convertido en su portavoz— estaban convencidos de la necesidad de despojar definitivamente al rey de sus poderes y solicitar al monarca que se trasladara de Versalles a París, donde ejercería simplemente el papel de consejero.

El punto de vista de Marat era el más radical, lo que en mi opinión era importante, porque ni una sola vez escuché decir que el rey debía ser depuesto, como sí había escuchado siendo niña.

O, por decirlo de otra manera, los revolucionarios más apasionados de París nunca habían propuesto nada tan radical como lo sugerido por los consejeros de mi padre en nuestra propiedad de Versalles, allá por el año 1778.

Esa certeza me provocaba escalofríos en la espina dorsal a medida que la fecha del Consejo de Templarios se acercaba. Se había invitado a los Cuervos, por supuesto, aunque tendría que dejar de emplear ese apodo para ellos ahora que iba a ser su Gran Maestro. Lo que sí puedo afirmar es que

once de los asociados y consejeros más cercanos a mi padre habían sido convocados, así como los representantes de otras familias con altos cargos templarios.

Una vez que estuviéramos reunidos, les diría que yo estaba al mando, para luego advertirles que no pensaba tolerar la traición y que si el asesino de mi padre resultaba ser alguien de entre sus filas, él (o ella) sería expuesto y castigado debidamente.

Ese era el plan. Y así era como lo imaginaba en mis momentos de intimidad. Imaginaba que la reunión tenía lugar en nuestro castillo de Versalles, tal y como le había explicado al señor Weatherall aquel día en la Maison Royale.

Al final, sin embargo, se decidió que sería preferible llevarla a cabo en un territorio más neutral, escogiendo el Palacete de Lauzun en la isla de San Luis. Era propiedad del marqués de Pimôdan, un caballero de la Orden conocido por su simpatía hacia los De la Serre. De modo que no era totalmente neutral, aunque sí *un poco más*.

El señor Weatherall puso algunos reparos, insistiendo en la necesidad de mantener una postura humilde. Y tal y como se desarrollaron las cosas, le estoy muy agradecida por ello.

iii

No había pasado ese día. De hecho daba la sensación de que cada día sucedía algo, pero ese en concreto —o para ser más precisa, la víspera y ese mismo día— algo mucho más grave de lo habitual sucedió, un evento que puso todos los mecanismos en movimiento cuando, apenas unos días atrás, el rey Luis y María Antonieta bebieron demasiado vino en una fiesta celebrada en honor del regimiento de Flandes.

Al parecer los rumores contaban que la pareja real, en plan de burla, se dedicó a pisotear ostentosamente una escarapela revolucionaria mientras otros asistentes a la fiesta se la pasaban entre ellos habiéndole dado la

vuelta para mostrar su lado blanco, lo que se consideró una actitud antirrevolucionaria.

Cuánta arrogancia. Cuánta estupidez. El comportamiento del rey y la reina me recordó al de aquella mujer noble y su lacayo el día en que cayó la Bastilla, empeñados en aferrarse a las antiguas formas. Y naturalmente los moderados, como Mirabeau y Lafayette, debieron de echarse las manos a la cabeza llenos de incredulidad y frustración ante la insensatez del monarca, ya que esas acciones del rey jugaban a favor de los radicales. La gente estaba hambrienta y el rey se había permitido celebrar un banquete. Y, lo que era aún peor, había pisoteado un símbolo de la revolución.

Los líderes revolucionarios convocaron una marcha sobre Versalles y miles de personas, sobre todo mujeres, hicieron el trayecto a pie desde París a Versalles. Los guardias que dispararon contra los manifestantes fueron decapitados y, como ya era habitual, sus cabezas clavadas y exhibidas sobre picas.

Fue el marqués de Lafayette quien convenció al rey para que hablara a la muchedumbre, su aparición secundada poco después por la de María Antonieta, cuyo valor al enfrentarse a la multitud pareció disminuir gran parte de su furia.

Después de ello, el rey y la reina fueron trasladados de Versalles a París. El viaje les llevó nueve horas y, una vez en París, se les instaló en el Palacio de las Tullerías. El acontecimiento provocó un tumulto en la ciudad parecido al que se había experimentado con la toma de la Bastilla tres meses atrás, y las calles se llenaron de tropas, *sans-culottes*[3], hombres, mujeres y niños. Así que el Puente Marie estaba abarrotado cuando Jean Burnel y yo tratamos de cruzarlo a pie tras haber abandonado nuestro carruaje, decididos a llegar al Palacete de Lauzun.

—¿Esta nerviosa, Élise? —me preguntó, su rostro resplandeciente de admiración y orgullo.

—Le ruego que se dirija a mí como Gran Maestro, por favor —le dije.

—Le pido disculpas.

—Y no, no estoy nerviosa. Liderar la Orden es mi prerrogativa por nacimiento. Aquellos miembros que asistan encontrarán en mí una renovada

pasión por el liderazgo. Puede que sea joven, puede que sea mujer, pero pretendo ser el Gran Maestro que la Orden merece.

Sentí como se henchía de orgullo por mi causa y me mordí el labio, algo que hacía cuando estaba nerviosa, como era el caso.

A pesar de lo que le había dicho a Jean, quien había resultado ser un excesivamente obediente y perdidamente enamorado cachorro, me sentía, como habría dicho el señor Weatherall, «temblorosa como un perrillo asustado».

—Ojalá pudiera estar allí —había exclamado mi protector, a pesar de haber acordado que era mejor mantenerse al margen.

Sus palabras para aleccionarme habían comenzado cuando me presenté para la inspección.

—Hagas lo que hagas, no esperes milagros —advirtió—. Si consigues a los asesores y, digamos, a cinco o seis miembros más de la Orden, será suficiente para inclinar la Orden a tu favor. Y cuando entres allí, no olvides que has tardado mucho tiempo en convocar esta reunión y exigir tus derechos de nacimiento. Por supuesto, no dejes de mencionar la conmoción por la muerte de tu padre como el motivo de tu tardanza, pero no esperes que sea la panacea que cure todos los males. Le debes una disculpa a la Orden, así que lo mejor será que te presentes mostrando un aire contrito, y no olvides que habrás de defender tu posición. Serás tratada con respeto pero eres joven, eres mujer y has sido negligente. Las peticiones para juzgarte no serán tomadas en serio, pero tampoco deben ser ridiculizadas.

Le miré con ojos muy abiertos.

—¿Ser juzgada?

—No. ¿No acabo de decir que no serán tomadas en serio?

—Sí, pero después ha dicho…

—Sé lo que he dicho —interrumpió irritado—, pero lo que debes recordar es que durante algunos meses has dejado a la Orden carente de un liderazgo firme, en un momento convulso y en plena revolución, para dedicarte a tus propias batallas. La Serre o no, con derechos de nacimiento o no, ese hecho no te favorece. Lo único que puedes hacer es confiar.

Estaba preparada para marcharme.

—Está bien, ¿ha quedado todo claro? —preguntó, inclinándose sobre sus muletas para quitar una pelusa del hombro de mi chaqueta. Comprobé mi espada y la pistola, y luego me eché un abrigo por encima para ocultar mis armas y el atuendo templario, me recogí el cabello hacia atrás y me calé un tricornio.

—Creo que sí. —Sonreí respirando profundamente un tanto nerviosa—. Debo mostrarme contrita, no demasiado confiada, pero agradecida a quienquiera que me muestre su apoyo. —Me detuve—. ¿Cuántos han confirmado su asistencia?

—El joven Burnel ha recibido doce «síes», incluyendo a nuestros amigos los Cuervos. Por lo que sé, es la primera vez que un Gran Maestro convoca una reunión de este tipo, de modo que es posible que haya algunos que se presenten llevados por la curiosidad, pero incluso eso puede obrar en tu favor.

Me puse de puntillas para dar un beso al señor Weatherall antes de desaparecer en la noche, corriendo hasta donde se encontraba el carruaje con Jean esperando en el asiento del cochero. Mi protector había tenido razón respecto a Jean. Definitivamente parecía estar perdidamente enamorado, pero también era leal y había trabajado sin descanso para reunir los apoyos para el consejo. Su objetivo, por descontado, era ganarse un puesto a mi lado y convertirse en uno de mis asesores, pero difícilmente eso le haría único. Pensé en los Cuervos y recordé sus sonrisas y susurros cuando regresé para mi iniciación; en las sospechas que ahora les rodeaban; en la presencia de ese Rey de los Mendigos.

—Élise… —llamó el señor Weatherall desde la puerta.

Me volví. Él me hizo un gesto impaciente para que me acercara. Avisé a Jean para que esperara y corrí de vuelta.

—¿Sí?

Estaba muy serio.

—Mírame, muchacha, mira estos ojos y recuerda que te mereces todo esto. Eres el mejor guerrero que he enfrenado nunca. Tienes el cerebro y el encanto de tu madre y tu padre combinados. Puedes hacerlo. Puedes liderar la Orden.

Sus palabras se ganaron otro beso antes de marcharme rápidamente.

Al mirar por encima del hombro a la casa y echar un último vistazo, distinguí a Hélène y a Jacques detrás de una ventana, y al llegar a la portezuela del carruaje me giré, me quité el sombrero y les hice una exagerada reverencia.

Me sentía bien. Nerviosa pero bien. Era el momento de poner orden.

iv

Y ahora Jean Burnel y yo estábamos atravesando el Puente Marie, oscuro aunque iluminado por las ondeantes antorchas de la multitud, para llegar a la isla de San Luis. Pensé en la cercana mansión de mi familia, abandonada y descuidada, pero la aparté de mi mente. Mientras caminábamos, Jean permanecía a mi lado, su mano oculta bajo su chaqueta, lista para desenfundar la espada si éramos abordados. Entre tanto, me mantuve alerta deseando atisbar entre la multitud a otros caballeros de la Orden también de camino hacia el Palacete de Lauzun.

Ahora parece divertido de contar —quiero decir «divertido» en un sentido irónico—, pero a medida que nos acercábamos al lugar de la reunión una parte de mí confiaba en encontrar a un gran número de asistentes, una enorme e histórica demostración de apoyo al apellido De la Serre. Y aunque ahora parece absurdo haberlo pensado, especialmente viéndolo en retrospectiva, en aquel momento, bueno…, ¿por qué no? Mi padre era un líder admirado y los De la Serre una respetada dinastía familiar. Quizás una orden necesitada de liderazgo se volvería hacia mí para honrar el legado del apellido de mi padre.

Al igual que todos los rincones de la isla, la calle que daba al Lauzun estaba muy concurrida. Una gran puerta de madera con un pequeño postigo de entrada se alzaba en el alto muro cubierto de hiedra que rodeaba un patio. Miré a un lado y a otro de la vía pública, distinguiendo a docenas y docenas de personas, aunque ninguna vestida como nosotros.

Jean me miró. Había estado muy callado desde que le hice el reproche y me sentí culpable por ello, especialmente cuando pude notar sus nervios

sabiendo que eran por mí.

—¿Está preparada, Gran Maestro? —preguntó.

—Lo estoy, gracias, Jean —contesté.

—Entonces, por favor, permítame que sea yo quien llame.

Un criado elegantemente vestido con librea y guantes blancos nos abrió la puerta. Al verle con su fajín ceremonial bordado ceñido a la cintura, me sentí aliviada. Al menos estaba en el lugar correcto, y me estaban esperando.

Con una inclinación de cabeza se echó a un lado para dejarnos pasar al patio. Una vez dentro miré a mi alrededor, encontrando ventanas y balcones cegados con tablas y un descuidado espacio central con hojas secas diseminadas por todas partes, macetas volcadas y un buen número de cajas destrozadas.

En otros tiempos el agua de una fuente resonaría delicadamente entre los cantos vespertinos de los pájaros proporcionando un pacífico ocaso a otro civilizado día en el Palacete de Lauzun, pero ya no.

Ahora solo estábamos Jean y yo, el criado y el marqués de Pimôdan, que había estado esperando a un lado, ataviado para la ocasión y con las manos entrelazadas delante de él, y que ahora se acercó para recibirnos.

—Pimôdan —saludé calurosamente. Nos abrazamos. Le besé en las mejillas y, aún envalentonada por la visión de nuestro anfitrión y su criado con el fajín templario, me permití creer que mis reservas anteriores habían sido en vano. Que todo saldría bien, y que incluso esa aparente tranquilidad no era más que una costumbre de la Orden.

Sin embargo, cuando Pimôdan dijo: «Es un honor, Gran Maestro», sus palabras sonaron huecas mientras se volvía rápidamente para guiarnos a través del patio, y mis recelos anteriores a la reunión regresaron multiplicados por diez.

Miré de reojo a Jean, que hizo una mueca, desconcertado ante la situación.

—¿Están reunidos los demás, Pimôdan? —pregunté mientras nos dirigíamos hacia una puerta doble que llevaba al edificio principal. El criado la abrió dándonos paso.

—La habitación está preparada para usted, Gran Maestro —contestó Pimôdan evasivo al cruzar el umbral de un oscuro comedor con ventanas cegadas y sábanas cubriendo el mobiliario.

El criado cerró la puerta doble y esperó allí, dejando que Pimôdan nos condujera hasta una gruesa y ornamentada puerta en la pared más alejada.

—Bien, ¿y qué miembros han llegado? —pregunté. Las palabras sonaron roncas y noté mi garganta seca.

No me contestó, sino que agarró una gran anilla de hierro de la puerta y tiró de ella. El ruido sordo que hizo fue parecido al de un disparo de pistola.

—Señor Pimôdan… —insistí.

La puerta se abrió sobre un tramo de escalones de piedra que descendían, el hueco apenas iluminado por las titilantes antorchas dispuestas en la pared. Unas vibrantes llamas naranjas danzaban sobre los toscos muros de piedra.

—Vamos —indicó Pimôdan ignorándome. Me fijé en que estaba apretando algo. Un crucifijo.

Y eso fue todo. Ya había tenido bastante.

—*Deténgase* —ordené.

Pimôdan dio otro paso adelante como si no me hubiera escuchado, pero entonces eché mi abrigo hacia atrás, saqué la espada y apoyé la punta en su nuca. Eso le hizo detenerse. Detrás de mí, Jean Burnel desenvainó su espada.

—¿Quién está ahí abajo, Pimôdan? —inquirí—. ¿Amigo o enemigo?

Silencio.

—No me ponga a prueba, Pimôdan —gruñí, pinchándole en el cuello—. Si estoy equivocada entonces le ofreceré mis más humildes disculpas, pero hasta entonces tengo el presentimiento de que aquí está ocurriendo algo extraño, y quiero saber qué es.

Los hombros de Pimôdan se alzaron cuando suspiró, como si estuviera a punto de quitarse de encima el peso de un enorme secreto.

—Es porque no hay nadie, señorita.

Me quedé paralizada y creí escuchar un extraño pitido en mis oídos mientras me esforzaba en entender.

—¿Cómo? *¿Nadie?*

—Nadie.

Me giré a medias hacia Jean Burnel que tenía la mirada perdida, incapaz de creer lo que estaba oyendo.

—¿Y qué me dice del marqués de Kilmister? —pregunté—. ¿Jean-Jacques Calvert y su padre? ¿El marqués de Simonon?

Pimôdan ladeó el cuello apartándolo de mi hoja para negar lentamente con la cabeza.

—¿Pimôdan? —insistí, volviendo a apoyar la punta—. *¿Dónde están mis partidarios?*

Extendió las manos.

—Todo lo que sé es que hubo un ataque de los *sans-culottes* al castillo de Calvert esta mañana —declaró—. Tanto Jean-Jacques como su padre perecieron en el incendio que se declaró. De los demás no sé nada.

Se me congeló la sangre. Volviéndome hacia Burnel declaré:

—Una purga. Esto es una purga.

Miré de nuevo a Pimôdan.

—¿Y allí abajo? ¿Están mis asesinos esperándome allí abajo?

Se giró ligeramente en la escalera.

—No, señorita —declaró—, allí abajo no hay nada salvo algunos documentos que precisan de su atención.

Pero mientras lo decía, con ojos muy abiertos levantados hacia mí, ojos de cobarde, asintió. Y fue todo un consuelo, supongo, saber que un último vestigio de lealtad permanecía vivo en ese hombre cobarde, que al menos no iba a permitir que descendiera los últimos peldaños hasta un nido de asesinos.

Me di la vuelta en redondo, empujé a Jean Burnel escaleras arriba y luego cerré de golpe la puerta tras nosotros echando el cerrojo. El criado continuaba junto a la doble puerta del comedor, mostrando una mirada confusa ante el súbito giro de los acontecimientos. Mientras Jean y yo corríamos por el pasillo, saqué mi pistola y apunté hacia él, deseando poder borrar esa mirada desdeñosa de su cara, pero en su lugar hice un gesto para que abriera las puertas.

Lo hizo, y salimos del palacio al oscuro patio delantero.

Las puertas se cerraron a nuestra espalda.

Podría llamarse sexto sentido, pero en ese mismo momento supe que algo iba mal, y al instante siguiente sentí un súbito tirón alrededor de mi cuello. Sabía exactamente lo que era.

Era un fino cordón hecho de tripas, de los usados para suturar heridas, lanzado con precisión desde un balcón más arriba. En mi caso una precisión no demasiado perfecta: enganchado en el cuello de mi abrigo, el nudo no se había ajustado lo suficiente, concediéndome unos preciosos segundos para reaccionar, mientras a mi lado el asesino de Jean Burnel había conseguido una perfecta lazada y, en un abrir y cerrar de ojos, la ligadura estaba cortando la carne de su cuello.

Llevado por el pánico, Burnel había dejado caer la espada. Sus manos luchaban contra el lazo que se apretaba alrededor de su cuello mientras un extraño ruido escapaba de sus fosas nasales al tiempo que su rostro empezaba a colorearse y sus ojos se abrían desmesuradamente. Al ser levantado por el cuello su cuerpo se estiró y las puntas de sus botas rozaron el suelo.

Me moví para alcanzar la ligadura de Burnel con mi espada, pero en ese momento mi atacante tiró bruscamente a un lado y me vi apartada lejos de él, impotente, advirtiendo como su lengua asomaba por la boca y los ojos parecían salírsele de las cuencas mientras era izado aún más alto. Tiré hacia abajo de mi propia ligadura, y al levantar la vista distinguí unas sombras oscuras en el balcón de más arriba manejándonos a su antojo como sí fuéramos dos marionetas.

Pero yo tuve suerte —*afortunada, afortunada Élise*— porque, si bien me había quedado sin aliento por un instante, el cuello de mi abrigo aún hacía de tope, lo que me proporcionó suficiente presencia de ánimo para balancear de nuevo mi espada, solo que esta vez no lo hice para cortar la ligadura de Jean Burnel, que ahora estaba fuera de mi alcance, sus pies pataleando en convulsiones de muerte, sino la mía.

La corté y caí al suelo apoyándome sobre mis manos y rodillas, tratando de recuperar el aliento al mismo tiempo que rodaba sobre mi espalda, sacaba mi pistola y, amartillándola, apuntaba con las dos manos hacia el balcón de más arriba y disparaba.

El tiro resonó por todo el patio y tuvo un efecto instantáneo. El cuerpo de Jean Burnel cayó como un saco de patatas al suelo cuando su ligadura se soltó, su rostro mostrando una espantosa máscara de muerte; las dos figuras del balcón desaparecieron de mi vista, su ataque interrumpido, al menos por el momento.

Desde el interior del edificio escuché gritos y el sonido de pasos corriendo. A través de los cristales de la doble puerta, me pareció ver al criado, allí de pie, inmóvil entre las sombras, observándome mientras me levantaba. Me pregunté cuántos más habría allí dentro, contando los dos asesinos del balcón, y tal vez otros dos o tres sicarios en la bodega. A mi izquierda otra puerta se abrió de golpe y dos matones ataviados como *sans-culottes* irrumpieron por ella.

Oh. De modo que había otros dos hombres en la casa.

Escuché el sonido de un disparo y una bala surcó el aire a un lado de mi cabeza. No tenía tiempo para cargar de nuevo mi arma. No había tiempo para nada salvo para correr.

Corrí hasta un banco adosado a un muro lateral, a la sombra de un gran árbol del patio. Di un salto, me subí a él y con el pie delantero me impulsé hacia arriba, encontrando una rama baja y golpeándome torpemente contra el tronco.

Detrás de mí se escuchó un grito y un segundo disparo de pistola, me abracé al tronco del árbol mientras la bala se hundía en la madera pasando entre dos de mis dedos extendidos. *Afortunada Élise, muy afortunada*. Empecé a trepar. Unas manos trataron de agarrarme la bota pero las aparté a patadas y seguí subiendo a ciegas con la esperanza de alcanzar la parte alta del muro.

Por fin llegué al borde superior y me aparté del árbol. Pero cuando bajé la vista, me encontré con las caras sonrientes de dos hombres que habían utilizado la verja de entrada para salir y estaban esperándome al otro lado, con expresión de «ya te tengo» en sus ojos.

Era evidente que creían tenerme atrapada al estar ellos justo debajo, y sabiendo que había otros hombres que llegaban por detrás. Estaban convencidos de que todo había terminado.

Así que hice lo que menos esperaban. Salté sobre ellos.

No soy muy grande, pero llevaba unas pesadas botas de cuero y empuñaba una espada, además de contar con el elemento sorpresa a mi favor. Alcancé a uno de ellos según bajaba, atravesándole el rostro, y luego, sin retirar la espada, pivoté soltando una fuerte patada en la garganta del segundo hombre. Este cayó de rodillas llevándose las manos al cuello, su rostro empezando a amoratarse. Saqué mi espada de la cara del primer hombre, y la hundí en su pecho.

Hubo más gritos por detrás. Vi unos rostros asomar en la parte alta del muro, justo por encima de mi cabeza. Me enderecé y eché a correr abriéndome paso entre la multitud. Por detrás dos de mis perseguidores hicieron lo mismo, pero seguí corriendo, ignorando las maldiciones de la gente a la que apartaba a empujones en cuanto se me ponía por delante. Al llegar al puente me oculté tras un muro bajo.

Y entonces escuché un grito.

—¡Un traidor! Un traidor a la revolución. No dejéis que la mujer del cabello rojo escape.

El grito fue recogido por otro de mis perseguidores.

—¡Cogedla! ¡Coged a la moza del cabello rojo!

Y luego otro: «¡Una traidora a la revolución!».

Y otro más: «¡Ha escupido sobre la bandera tricolor!».

En menos de un minuto el mensaje se expandió entre la multitud y observé como, gradualmente, una serie de cabezas se volvían hacia mí, la gente advirtiendo por primera vez mis finas ropas, sus ojos clavándose en mi cabello. Mi cabello *pelirrojo*.

—*Tú* —me increpó un hombre—, eres tú. —Y acto seguido gritó—: ¡La tenemos! ¡Tenemos a la traidora!

Un poco más abajo, en el río, una barcaza pasaba lentamente bajo el puente, la mercancía en la cubierta tapada con una lona. Ignoraba qué mercancías llevaba, solo podía esperar que fueran lo suficientemente blandas para amortiguar mi caída si saltaba desde el pretil.

Al final no importó si eran blandas o no. Justo cuando iba a saltar, el enfurecido ciudadano intentó agarrarme, y mi salto se convirtió en un movimiento evasivo que me desvió de mi trayectoria. En la caída golpeé la

barcaza, pero por el lado malo, por el exterior, chocando contra el casco con tal fuerza que me dejó sin aire.

Comprendí confusamente que el crujido que había escuchado era el de mis costillas rompiéndose al caer al oscuro río Sena.

V

Pero por supuesto conseguí emerger. Una vez que llegué a la orilla, salí como pude del río y aproveché la confusión creada por el viaje del rey a París para «liberar» un caballo, y tomar la carretera plagada de escombros y restos en sentido opuesto a la multitud. Salí de París en dirección a Versalles, tratando de mantenerme lo más inmóvil posible mientras cabalgaba pensando en mis costillas rotas.

Para cuando llegué y desmonté delante de la puerta del pabellón del guarda, mis ropas estaban empapadas y los dientes me castañeteaban. Pero por muy mal que me encontrara, lo único en que podía pensar era en que había fallado. Había fallado a mi padre.

EXTRACTO DEL DIARIO DE ARNO DORIAN

12 de septiembre de 1794

Mientras leo estas líneas me descubro conteniendo el aliento, no solo por admiración ante su audacia y coraje, sino también porque cuando sigo su trayectoria tengo la sensación de estar viendo mi propio reflejo en el espejo. El señor Weatherall estaba en lo cierto (y gracias, gracias, señor Weatherall, por ayudarla a verlo) porque, en ese sentido, Élise y yo éramos tal para cual.

La única diferencia, por supuesto, es que ella empezó primero. Fue Élise quien primero se entrenó en los modos de… Ah, estaba a punto de escribir la Orden «elegida», aunque obviamente no hubo ninguna elección en ello, no para Élise. Nació para ser un Templario y fue educada para el liderazgo, y si bien al principio ella abrazó su destino, como sin duda hizo, ya que eso le proporcionaba una forma de escapar de la vida de chismes y abanicos agitados que veía en Versalles, más tarde empezó a recelar; había crecido para cuestionarse el eterno conflicto entre Asesinos y Templarios, llegando a preguntarse si aquello merecía la pena, si toda esa matanza había servido para algo, o si alguna vez lo haría.

Tal y como ella averiguó, el hombre con el que me había visto era Bellec, y supongo que podría decirse que caí en sus redes, que él cambió mi mente y me hizo ser consciente de ciertos dones que estaban a mi alcance. En otras palabras, fue Bellec quien me hizo un Asesino. Fue él quien me apadrinó para mi iniciación en los Asesinos; él quien me embarcó en una cacería para atrapar al asesino de mi padre adoptivo.

Y sí, Élise. Tú no fuiste la única en llorar la muerte de François de la Serre. No fuiste la única que investigó su muerte, pues, en esa empresa, yo

tenía ciertas ventajas: los conocimientos de mi Orden, los «dones» que fui capaz de desarrollar bajo la tutela de Bellec y el hecho de haber estado allí la noche en que François de la Serre fue apuñalado.

Quizá debería haber esperado y cederte ese honor. Quizá fui tan impulsivo como tú. Quizá.

EXTRACTOS DEL DIARIO DE ÉLISE DE LA SERRE

25 de abril de 1790

i

Han pasado seis meses desde la última vez que escribí en mi diario. Seis meses desde que me zambullí en el río lanzándome del Puente Marie en una gélida noche de octubre.

Durante un tiempo, por supuesto, tuve que guardar cama, aquejada de unas fiebres que me sobrevinieron unos días después de mi chapuzón en el Sena, a la vez que trataba de sanar una costilla rota. Mi pobre y maltrecho cuerpo estaba teniendo problemas para conseguir las dos cosas simultáneamente, y durante muchos días, al menos según cuenta Hélène, me debatí entre la vida y la muerte.

Tendré que creer su versión. Estuve demasiado ausente no solo mentalmente sino también de cuerpo, con fiebre alta y alucinaciones, murmurando cosas extrañas por la noche, gritando, mi delgado y empapado cuerpo bañado en un sudor frío.

Mi recuerdo de ese período es haberme despertado una mañana para encontrar unos rostros preocupados rodeando mi cama: Hélène, Jacques y el señor Weatherall, y a Hélène diciendo: «La fiebre ha remitido», y una mirada de alivio recorrer sus ojos como una ola.

ii

Fue algunos días después cuando el señor Weatherall vino a mi dormitorio y se sentó a los pies de mi cama. Estando en el pabellón del guarda tratábamos de no guardar mucha ceremonia. Esa era una de las razones por las que me gustaba vivir en él. Hacía que el hecho de *tener* que permanecer allí, ocultándome de mis enemigos, fuera un poco más soportable.

Durante un rato se quedó simplemente sentado, ambos en silencio, como solo unos viejos amigos saben estar, cuando no se tiene miedo a estar callado. De fuera nos llegaba el sonido de Hélène y Jacques bromeando entre sí, de pisadas corriendo al otro lado de la ventana, Hélène riendo sin aliento. Entonces nos miramos y compartimos una sonrisa de reconocimiento antes de que la barbilla del señor Weatherall se hundiera en su pecho y continuara tirándose de la barba, algo que en los últimos tiempos se había convertido en un hábito.

Y luego después de un rato dije:

—¿Qué habría hecho mi padre, señor Weatherall?

De forma inesperada se echó a reír.

—Habría pedido ayuda a ultramar, muchacha. A Inglaterra probablemente. Y dime, ¿cuál es el estado de tus relaciones con los Templarios ingleses?

Le lancé una mirada fulminante.

—¿Y qué más?

—Bueno, habría intentado conseguir apoyos. Y antes de que digas nada, sí, ¿qué crees que he estado haciendo mientras tú estabas aquí chillando a voz en grito y transpirando por Francia? Pues eso precisamente, buscar apoyos.

—¿Y?

Suspiró.

—No hay mucho de lo que informar. Mi red de espías ha ido quedándose progresivamente en silencio.

Me abracé las rodillas sintiendo una punzada de dolor en las costillas, aún no curadas del todo.

—¿Qué quiere decir con «quedarse progresivamente en silencio»?

—Quiero decir que tras muchos meses de enviar cartas y recibir respuestas evasivas, nadie quiere saber nada, ¿no es cierto? Nadie quiere hablar conmigo, con nosotros, ni siquiera en secreto. Dicen que ahora hay un nuevo Gran Maestro, que la era De la Serre ha llegado a su fin. Mis corresponsales ya no firman sus cartas y me ruegan que las queme una vez que las haya leído. Quienquiera que sea ese nuevo líder, los tiene a todos amedrentados.

—«La era De la Serre ha llegado a su fin». ¿Eso es lo que dicen?

—Eso es lo que dicen, muchacha. Sí, más o menos.

Solté una breve y seca carcajada.

—¿Sabe una cosa, señor Weatherall? No sé si ofenderme o sentirme agradecida cuando la gente me subestima. La era De la Serre *no ha llegado aún a su fin*. Dígales eso. Dígales que la era De la Serre no llegará nunca a su fin mientras aún me quede aire en los pulmones. ¿De verdad creen esos conspiradores que van a poder salir indemnes del asesinato de mi padre y de haber expulsado a mi familia de la Orden? Pues si es así merecen morir solo por su estupidez.

Se enfureció.

—¿Sabes lo que es eso? Eso es hablar de venganza.

Me encogí de hombros.

Usted lo llama venganza. Yo lo llamo devolver el golpe. En todo caso no lo lograré quedándome sentada sobre mi trasero, como usted diría, ocultándome en el recinto de un colegio de niñas, dando vueltas y esperando a que alguien escriba a nuestro buzón secreto. Pretendo contraatacar, señor Weatherall. Dígale eso a nuestros contactos.

Pero el señor Weatherall podía ser muy persuasivo. Además, mis habilidades estaban oxidadas, mi fuerza desaparecida —aún me duelen las costillas—, así que me quedé en la casita mientras él continuaba llevando sus asuntos, escribiendo cartas y tratando de reunir apoyos para mi causa bajo el manto del subterfugio.

Me han llegado noticias de que los últimos miembros del servicio han abandonado el castillo de Versalles y estoy deseando trasladarme allí, pero

por supuesto no puedo, porque no es seguro, de modo que debo dejar mi amada mansión familiar a merced de los saqueadores.

Había prometido al señor Weatherall que sería paciente y eso es lo que pretendo hacer. Al menos de momento.

16 de noviembre de 1790

Tras siete meses intercambiando correspondencia esto es lo que hemos averiguado: mis aliados y amigos son ahora *antiguos* aliados y amigos.

La purga se ha completado. Algunos han cambiado de parecer, otros han sido sobornados y el resto —los que opusieron más resistencia y se negaron a plegarse a sus términos, hombres como el señor Le Fanu—, bueno, digamos que se encargaron de ellos de otras maneras. Una mañana Le Fanu apareció con la garganta cortada en un burdel de París, de donde fue sacado con los pies por delante y desnudo, abandonándolo en la calle para ser contemplado por los paseantes. Por semejante deshonor fue póstumamente despojado de su estatus en la Orden, y su mujer y sus hijos, que en circunstancias normales habrían podido contar con apoyo económico, fueron abandonados en la miseria.

Sin embargo Le Fanu era un hombre familiar, tan devoto de su mujer, Claire, como el mejor de los hombres y por lo tanto no solo nunca habría visitado un burdel, sino que dudo mucho que hubiese sabido lo que hacer de haber entrado en uno. Nunca un hombre mereció menos semejante destino.

Y eso es lo que su lealtad al apellido De la Serre le costó. Todo lo que tenía: su vida, su reputación y su honor, todo.

Después de aquello, imaginaba que cualquier miembro de la Orden que aún no hubiera entrado en vereda lo haría al enterarse del ignominioso final que podría esperarles. Y como era de suponer, así había sucedido.

—Quiero que se hagan cargo de la mujer y los hijos del señor Le Fanu —le pedí al señor Weatherall.

—La señora Le Fanu se ha quitado la vida y también la de sus hijos —me contestó—. No podía vivir con esa desgracia.

Cerré los ojos, respirando hondo y exhalando, tratando de controlar la rabia que amenazaba con estallar dentro de mí. Más vidas que añadir a la lista.

—¿Quién es él, señor Weatherall? —pregunté—. ¿Quién es el hombre que está haciendo todo esto?

—Lo descubriremos —suspiró—. No te preocupes por eso.

Pero no se hizo nada. Sin duda mis enemigos creían que su toma de control era completa, que yo ya no era peligrosa. En eso se equivocaban.

12 de enero de 1791

Mi destreza en el manejo de la espada es ahora más aguda que nunca, mi puntería más precisa, de modo que he advertido al señor Weatherall que muy pronto me marcharé, porque aquí encerrados no estamos consiguiendo nada, y cada día que pasaba escondida era un día perdido en mi contraataque. Él intentó persuadirme para que me quedara. Siempre había alguna respuesta que estaba por llegar. Una nueva vía que explorar.

Y cuando eso no funcionó se dedicó a amenazarme. Si intento marcharme, probaré en mis propias carnes lo que se siente al ser azotada por la sudorosa parte superior de una muleta. Basta con que lo intente.

Y me he quedado (im)paciente.

26 de marzo de 1791

i

Esta mañana el señor Weatherall y Jacques tardaron varias horas más de la cuenta en regresar del escondrijo de Cháteaufort, hasta el punto de empezar a preocuparme.

Durante un tiempo habíamos estado hablando de trasladar el escondrijo. Tarde o temprano alguien aparecería, al menos según el señor Weatherall. El tema de si trasladarlo o no se había convertido en otra de las armas en la guerra que nos enfrentaba a los dos constantemente, ese tira y afloja entre si debía quedarme (él: sí) o debía marcharme (yo: sí). Ahora me encontraba muy restablecida. Estaba de nuevo en plena forma y la frustración de la inacción me consumía por dentro; podía visualizar las caras de mis enemigos degustando mi victoria y proponiendo irónicos brindis en mi nombre.

—Esa es la vieja Élise —me había advertido el señor Weatherall—, y con ello me refiero a la Élise joven. La misma que llegó navegando hasta Londres inflamando una disputa que aún estamos librando.

Tenía razón, por supuesto; deseaba convertirme en una Élise madura, más fría, un líder digno. Mi padre nunca se precipitó en nada.

Pero, por otro lado, mis pensamientos volvían a la idea de *hacer algo*. Después de todo, mientras una cabeza más sabia hubiera esperado a terminar su educación como una pequeña y obediente niñita, la joven Élise había entrado en acción, tomando un carruaje a Calais donde su vida había

comenzado. El hecho de estar aquí sentada sin hacer nada me hacía sentir agitada y furiosa. Me hacía sentir aún *más* furiosa. Y ya lo estaba mucho.

Al final mi decisión se vio forzada por lo que había sucedido esa mañana, cuando el señor Weatherall despertó mi ansiedad al regresar a casa tan tarde de su visita al escondrijo. Me precipité a la entrada para recibirle mientras Jacques daba la vuelta con la carreta.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté, ayudándole a descender.

—Te diré algo —respondió frunciendo el ceño—, es una maldita suerte que ese joven deteste el olor del queso —dijo haciendo un gesto hacia Jacques.

—¿A qué se refiere?

—Pues a que, mientras se quedaba esperándome fuera de la tienda de quesos, sucedió algo raro. O quizás debería decir que vio algo raro. A un chiquillo merodeando por allí.

Estábamos a medio camino de la casita, donde pensaba preparar un café al señor Weatherall y dejar que me lo contara todo, pero ahora me detuve.

—¿Cómo dice?

—Lo que te estoy contando, un pequeño golfillo, merodeando por los alrededores.

Ese golfillo, según resultó, había estado ciertamente merodeando.

—¡Quién lo iba a decir! —ironicé—, un golfillo merodeando por la plaza del pueblo.

Pero el señor Weatherall me reprendió con un gruñido malhumorado.

—No cualquier golfillo, sino uno especialmente curioso. Se acercó al joven Jacques cuando este estaba esperando fuera y empezó a hacerle preguntas. Quería saber si había visto a un hombre con muletas entrar en la tienda de quesos esa mañana. Jacques es un buen compañero y le contestó que no había visto a ningún hombre con muletas en todo el día, pero que estaría pendiente.

—Genial —contestó el pícaro—. Estaré por aquí, no muy lejos. Tal vez incluso haya algunas monedas para ti si me cuentas algo útil». Era un pilluelo de no más de diez años, por lo que cuenta Jacques. ¿De dónde se supone que iba a sacar el dinero necesario para pagar a un informador?

Me encogí de hombros.

—¡De quienquiera que le esté pagando, de ese! Si ese chico no está trabajando para los mismos Templarios que conspiraron contra nosotros, yo no me llamo Freddie Weatherall. Quieren encontrar el escondrijo, Élise. Están buscándote, y si creen que han localizado el escondrijo lo tendrán vigilado a partir de ahora.

—¿Llegó a hablar con el chico?

—Desde luego que no. ¿Quién crees que soy, un maldito idiota? En cuanto Jacques entró en la tienda y me contó lo sucedido nos marchamos por la puerta trasera y cogimos el camino más largo de vuelta para asegurarnos de que no nos seguían.

—¿Y no lo han hecho?

Negó con la cabeza.

—Pero es solo cuestión de tiempo.

—¿Cómo lo sabe? —repliqué—. Son demasiados «síes». *Si* el golfillo estaba trabajando para los Templarios y no simplemente buscando a quién robar o pedir dinero o sencillamente darle una patada a sus muletas por diversión; *si* ha visto suficiente actividad para despertar sus sospechas; *si* deciden que el escondrijo es el nuestro.

—Creo que ya lo han hecho —contestó sereno.

—¿Cómo lo sabe?

—Por esto. —Arrugó el ceño buscando en su chaqueta y me tendió una carta.

ii

Señorita Gran Maestro:

Sigo siendo leal a usted y a su padre. Debemos encontrarnos a fin de poder contarle la verdad sobre el asunto de la muerte de su padre y los acontecimientos posteriores. Escríbame inmediatamente.

Lafreniére

Mi corazón dio un vuelco.

—Debo responder —declaré rápidamente.

Él sacudió la cabeza con desesperación.

—Maldita sea, no harás tal cosa —espetó—. Es una trampa. Es una forma de hacernos salir. Están esperando a que respondamos. Si esta carta es de Lafreniére entonces yo soy el obispo de Nantes. Es una trampa. Y si respondemos estaremos cayendo directamente en ella.

—Si respondemos desde aquí, sí.

Negó con la cabeza.

—No vas a marcharte.

—Tengo que saberlo —repliqué, agitando la carta.

Se rascó la cabeza tratando de reflexionar.

—No vas a ir a ninguna parte sola.

Solté una risa seca.

—Y bien, ¿quién más me puede acompañar? ¿Usted?

Y entonces me callé de golpe cuando vi su cabeza hundirse.

—Oh, Dios —murmuré—. Oh, Dios, lo siento, señor Weatherall. No pretendía…

Él sacudió la cabeza con tristeza.

—No, no, tienes razón, Élise, tienes razón. Soy un protector que no puede proteger.

Me acerqué a él, me arrodillé junto a su silla y le rodeé con mis brazos.

Hubo una larga pausa, el silencio se extendió por la habitación principal del pequeño pabellón con excepción de algún sorbetón ocasional del señor Weatherall.

—No quiero que te vayas —dijo finalmente.

—Tengo que hacerlo —contesté.

—No puedes luchar contra ellos, Élise —razonó apartando las lágrimas de sus ojos con furiosos manotazos—. Ahora son demasiado fuertes, demasiado poderosos. No puedes enfrentarte a ellos sola.

Le abracé.

—Pero tampoco puedo seguir huyendo. Sabe tan bien como yo que si han encontrado nuestro escondrijo entonces deducirán que estamos en la vecindad. Trazaran un círculo en el mapa con el escondrijo como centro y comenzaran a buscar. Y la Maison Royale, donde Elise de la Serre completó

su educación, es un lugar tan bueno como cualquier otro para empezar la búsqueda.

Y añadí:

—Sabe tan bien como yo que tendremos que marcharnos de aquí, usted y yo. Tendremos que huir a otra parte donde emprenderemos infructuosos intentos de conseguir apoyos y esperaremos a que nuestro escondrijo sea descubierto antes de volver a mudarnos. Marcharnos no es una opción.

Negó con la cabeza.

—No, Élise. Ya se me ocurrirá algo. Pero debes escucharme. Soy tu consejero, y te aconsejo que permanezcas aquí mientras damos con una respuesta para este último e inopinado giro de los acontecimientos. ¿Qué tal suena eso? ¿Suena como el consejo de un consejero que quiere quitarte esa idea de la cabeza?

Detesté el sabor de la mentira en mis labios cuando le prometí que me quedaría. Me pregunto si sabía que cuando todo el mundo durmiera en la casa, yo me escabulliría.

De hecho, tan pronto como la tinta de esta entrada se seque, guardaré el diario en mi bolsa y huiré. Sé que eso le romperá el corazón. Y por ello le pido perdón, señor Weatherall.

27 de marzo de 1791

i

Mientras me dirigía sigilosamente hacia la puerta principal para salir de la casa, un fantasma cruzó a toda prisa ante la entrada.

Me aclaré la garganta y el fantasma se detuvo, se dio la vuelta y se llevó una mano a la boca. Era Hélène, sorprendida cuando regresaba a su cuarto procedente del de Jacques.

—Siento haberte asustado —susurré.

—Oh, señorita.

—¿Es realmente necesario deslizarse a escondidas?

Su rostro se ruborizó.

—No podría soportar que el señor Weatherall lo supiera.

Abrí la boca para rebatirlo pero me callé, y en su lugar continué mi camino hacia la puerta.

—Bueno, pues entonces me despido de ti, hasta pronto.

—¿A dónde va, señorita?

—A París. Hay algo que debo hacer.

—¿Y se marcha en mitad de la noche sin decir siquiera adiós?

—Debo hacerlo, es… por el señor Weatherall. Él no quiere…

Se deslizó de puntillas por el suelo de madera hasta donde estaba y, acercando mi cara a la suya, me besó con fuerza en ambas mejillas.

—Por favor, tenga cuidado, Élise. Por favor, vuelva con nosotros.

Es curioso. Me embarcaba en un viaje supuestamente para vengar a mi familia, pero en realidad los habitantes del pabellón del guarda eran mi familia. Durante un segundo consideré quedarme. ¿Acaso no era mejor vivir en el exilio con aquellos a los que amaba que morir exigiendo venganza?

Pero no. Tenía una bola de odio en mis entrañas y necesitaba deshacerme de ella.

—Así lo haré —contesté—. Gracias, Hélène. Ya sabes…, ya sabes que te tengo mucha estima.

Sonrió.

—Lo sé.

Entonces me di la vuelta y salí.

ii

No era exactamente felicidad lo que sentía al alejarme de la casa, sino más bien la excitación de entrar en acción y cumplir con mi sentido del deber mientras espoleaba a *Scratch* camino de Chateaufort.

Pero primero había un trabajo que hacer y, al llegar a una hora tan temprana, encontré alojamiento en una taberna que aún estaba abierta, y me dediqué a anunciar a cualquiera que tuviera curiosidad por saberlo que mi nombre era Élise de la Serre, que había estado viviendo en Versalles y que ahora me dirigía a París.

A la mañana siguiente, me marché y llegué a París, cruzando el Puente Marie hasta la isla de San Luis, donde me encaminé hacia… ¿mi hogar? Bueno, algo así. Mi mansión, al menos.

¿Qué aspecto tendría ahora? Ni siquiera podía recordar si la había cuidado con diligencia la última vez que estuve allí. Obtuve la respuesta en cuanto entré. No, no había sido una cuidadora diligente, solo alguien sediento, a juzgar por las muchas botellas de vino tiradas por todas partes. Reprimí un escalofrío pensando en las oscuras horas que había pasado en esa casa.

Dejé como estaban esos vestigios del pasado y, acto seguido, me puse a escribir al señor Lafreniére una carta en la que le pedía que nos encontráramos en el Palacete Voysin dos días más tarde. Cuando la hube entregado en mano en la dirección que él me había facilitado, regresé a la mansión, donde me dediqué a poner trampas para el caso de que vinieran a buscarme aquí, y luego me acomodé en el estudio del ama de llaves a esperar.

29 de marzo de 1791

i

El día acordado me dirigí al Palacete Voysin en el barrio del Marais, donde había fijado el encuentro con Lafreniére. ¿Quién se presentaría? Esa era la cuestión. ¿Lafreniére el amigo? ¿Lafreniére el traidor? ¿O alguien distinto? Pero de ser una trampa, ¿había caído realmente en ella? ¿O había hecho la única cosa posible si quería evitar pasarme la vida escondiéndome de los hombres que querían matarme?

El patio del Palacete Voysin era de piedra oscura. El edificio que se alzaba a cada lado debió de haber sido majestuoso en su día, con un aspecto tan aristocrático como aquellos que lo frecuentaban, pero al haber caído los aristócratas en desgracia con la revolución —y ser despojados cada día de más privilegios por la Asamblea—, ahora parecía encogido por los eventos dé los últimos dos años: las ventanas por las que asomaría la luz de los candelabros ahora se hallaban cerradas, algunas rotas o tapiadas. El jardín, que una vez debió de estar primorosamente cuidado y atendido por diligentes jardineros, había sido abandonado dejando que se echara a perder, de modo que la hiedra había trepado sin control por los muros, sus hojas abriéndose paso a través de las ventanas cerradas de la primera planta. En el patio, donde al entrar el sonido de mis botas retumbó sobre la piedra, los hierbajos crecían libremente entre los adoquines y las losas.

Al ver todas aquellas ventanas oscuras mirando hacia él, en su día, animado patio, tuve que luchar contra una fuerte sensación de desasosiego.

Cualquiera de ellas podía proporcionar un buen escondite para un asaltante.

—¿Hola? —llamé—. Hola, ¿señor Lafreniére?

Contuve el aliento, a la vez que pensaba: *algo no va bien. Algo no está nada bien*. Me reproché haber sido tan idiota al concertar la cita, ya que preguntarse si podría ser una trampa no era lo mismo que estar preparado para caer en una.

El señor Weatherall tenía razón. Por supuesto que la tenía, y yo lo había sabido desde el principio.

Era una trampa.

Detrás de mí escuché un ruido y me volví para ver a un hombre emerger de las sombras.

Entorné los ojos y flexioné los dedos, preparada.

—¿Quién es? —pregunté.

Avanzó unos pasos y advertí que no era Lafreniére al mismo tiempo que vi la luz de la luna reflejarse en la hoja que se sacaba de la cintura.

Tal vez yo hubiera podido desenvainar a tiempo. Después de todo, era rápida.

O tal vez no hubiera podido desenvainar a tiempo. Después de todo, él también era rápido.

En cualquier caso, no importó. La cuestión fue decidida por la hoja de un tercer individuo, una figura que pareció surgir de ninguna parte. Vislumbré lo que reconocí como una hoja oculta surcar la oscuridad y mi posible asesino cayó, mostrando detrás de él a Arno.

Durante un segundo solo pude mirarle boquiabierta, porque este no era el Arno que había conocido hasta entonces. No solo vestía la túnica de los Asesinos y llevaba una espada oculta, sino que aquel muchacho de antaño había desaparecido y en su lugar había un hombre.

Me llevó un momento rehacerme y entonces, mientras me decía que nunca enviarían a un solo asesino para matarme, que habría otros, vi a un hombre surgir por detrás de Arno y todos los meses dedicados a practicar el tiro en el pabellón del guarda regresaron a mi mente cuando disparé por encima de su hombro y alcancé al asesino entre los ojos, haciendo que cayera muerto sobre las piedras del patio.

ii

Mientras volvía a cargar el arma pregunté:

—¿Qué está pasando? ¿Dónde está el señor Lafreniére?

—Está muerto —contestó Arno.

Lo dijo con un tono de voz que no me pasó inadvertido, como si hubiera algo más detrás de esa historia de lo que estaba dejando entrever, y le miré con dureza.

—*¿Qué?*

Pero antes de que pudiera replicar, se escuchó un sonido rebotar por el patio y una bala chocó contra un muro cercano, regándonos de esquirlas de piedra. Había tiradores apostados en las ventanas por encima de nosotros.

Arno alargó el brazo para cogerme y una parte de mí, la parte que aún le odiaba, quiso soltarse de él, decirle que podía arreglármelas sola, gracias, pero entonces las palabras del señor Weatherall resonaron en mi mente, la consciencia de que a pesar de todo Arno estaba aquí por mí, lo que al fin y al cabo era lo único que importaba, de modo que me dejé llevar.

—Te lo explicaré más tarde —estaba diciendo—. ¡Vamos!

Y mientras lo decía, otra descarga de disparos de mosquete llovió sobre nosotros desde las ventanas de más arriba, por lo que echamos a correr hacia las verjas del patio y salimos a los jardines.

Justo delante de nosotros había un laberinto, descuidado y sin podar, pero que no dejaba de ser un laberinto. La túnica de Arno ondeó con la carrera y su capucha cayó hacia atrás, lo que me permitió contemplar sus hermosas facciones, sintiéndome transportada a tiempos más dichosos, mucho antes de que los secretos amenazaran con abrumarnos.

—¿Recuerdas aquel verano en Versalles cuando teníamos diez años? —dije mientras corríamos.

—Recuerdo habernos perdido en aquel maldito y enorme laberinto durante seis horas mientras tú te comías mi porción de postre —replicó.

—Entonces más te vale espabilar esta vez —respondí sin dejar de correr y, a pesar de todo, no pude evitar percibir una nota de alegría en mi voz.

Solo Arno conseguía ese efecto en mí. Solo Arno podía traer esa luz a mi vida. Y creo que si hubo algún momento en el que realmente le «perdoné» —en mi corazón y mi cabeza— fue aquel.

iii

A estas alturas ya habíamos avanzado hasta la mitad del laberinto. Nuestro trofeo, un nuevo sicario, estaba aguardándonos ni fondo de una de las encrucijadas. Se preparó, pasando la mirada de uno a otro, y me sentí feliz por que pudiera irse a la tumba creyendo que me había unido a los Asesinos. Podría reunirse con su hacedor flotando en una nube de rectitud. En mi relato, él era el malo. En el suyo, él era el héroe.

Retrocedí dejando que Arno tuviera su duelo, permitiéndome contemplar su destreza con la espada. Durante todos aquellos años en que yo aprendía mis habilidades con la espada, su mayor disciplina fueron los problemas de álgebra que le ponía nuestro preceptor; entre nosotros dos yo era con mucho el espadachín más experimentado.

Pero ahora me había alcanzado; me había alcanzado rápidamente.

Vio mi mirada asombrada y me mostró una sonrisa que habría derretido mi corazón si es que necesitaba derretirse.

Conseguimos abrirnos paso hasta la salida del laberinto y llegar a un bulevar muy concurrido por la vida nocturna. Una de las consecuencias que había notado en los días inmediatos a la revolución era que la gente celebraba todo más que nunca; vivían cada día como si fuera el último.

Y de ese modo la calle estaba atestada de actores, volatineros, juglares y titiriteros, todos los alrededores poblados de mirones, algunos ya borrachos y otros en vías de estarlo, la mayoría de ellos mostrando amplias sonrisas en sus rostros felices. Vi un montón de barbas y bigotes brillando por la cerveza y el vino —ahora muchos hombres los llevaban para mostrar su apoyo a la revolución—, así como las distintivas «birretinas» rojas.

Razón por la cual los tres hombres que venían hacia nosotros destacaban como un callo en el dedo gordo del pie. Arno, a mi lado, sintió como me tensaba, lista para desenvainar mi espada, pero contuvo mi mano dando un suave apretón a mi antebrazo. Cualquier persona hubiera perdido un dedo o dos por hacer aquello. Pero a Arno estaba dispuesta a perdonarle.

—Reúnete conmigo mañana a la hora del café. Entonces te lo explicaré todo.

1 de abril de 1791

La plaza de los Vosgos, la más antigua y grande de la ciudad, no estaba lejos de donde había dejado a Arno, y tras pasar la noche en casa regresé al día siguiente hecha un manojo de nervios, mi curiosidad y excitación apenas contenidas, y una intensa sensación de que, a pesar del revés de Lafreniére, estaba llegando a alguna parte. Estaba avanzando.

Entré en la plaza por una de las enormes arcadas que formaban parte del perímetro de edificios de ladrillo rojo. Pero algo me hizo pararme en seco y me quedé confusa durante un instante, preguntándome qué había cambiado. Después de todo, los edificios eran los mismos y los ornamentados pilares aún seguían allí. Pero faltaba algo.

Y entonces lo supe. La estatua en medio de la plaza: la figura ecuestre de Luis XIII ya no estaba allí. Había oído decir que la revolución estaba retirando las estatuas para fundirlas. Y aquí estaba la prueba.

Arno me esperaba vestido con su túnica. En la fría luz del día volví a estudiarle, tratando de descubrir qué había cambiado en aquel muchacho para que ahora pareciera un hombre maduro: ¿tal vez una mandíbula más firme y decidida? Sus hombros se veían más cuadrados, su barbilla más alta, sus ojos de granito a la vez fieros y hermosos. Arno siempre había sido un muchacho apuesto y sin duda las mujeres de Versalles habrían puesto sus ojos en él. Las jovencitas se sonrojaban y reían nerviosas tras sus manos enguantadas cada vez que él pasaba por delante; el solo hecho de su extraordinario porte hacía olvidar cualquier recelo que tuvieran sobre su

posición social como pupilo nuestro. Me encantaba esa cálida sensación de superioridad de saber que él «era mío».

Pero ahora…, ahora había algo casi heroico en él. Sentí un pellizco de culpa al preguntarme si al haberle ocultado la verdadera naturaleza de su parentesco, no habríamos de alguna forma impedido que él alcanzara antes todo su potencial.

A eso se le unió otro pellizco de culpa, este por mi padre. Si yo hubiera sido menos egoísta y llevado a Arno al redil, tal y como había prometido hacer, entonces tal vez este nuevo y recién acuñado *hombre* podría estar ahora trabajando al servicio de nuestra causa y no para la oposición.

Pero después, cuando nos sentamos a tomar el café, con algo parecido a la vida parisina normal desarrollándose a nuestro alrededor, no pareció demasiado importante que yo fuera una Templaría y él un Asesino. De no haber sido por la túnica de su credo, podríamos haber pasado por dos enamorados disfrutando de tomar algo juntos esa mañana, y cuando sonrió fue la sonrisa del viejo Arno, del chico con el que había crecido y del que me había enamorado, y durante algunos instantes resultó tentador olvidarse de todo y hundirse en esa cálida ola de nostalgia, dejando el conflicto y el deber a un lado.

—Y bien… —hablé por fin.

—Bien.

—Parece que has estado ocupado.

—Siguiendo el rastro del hombre que mató a tu padre, sí —respondió desviando los ojos, por lo que de nuevo me pregunté si no estaría ocultándome algo más.

—Te deseo suerte —dije—. Ha matado a la mayoría de mis aliados e intimidado al resto para que guarden silencio. Por lo que parece, podría incluso ser un fantasma.

—Le he visto.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Anoche. Justo antes de encontrarte. —Se puso en pie—. Vamos. Te lo explicaré.

Mientras caminábamos le presioné para que me diera más información y entonces me relató lo sucedido la noche anterior. En realidad, lo que vio

fue a una misteriosa figura embozada en una capa. No había un nombre que acompañara a esa aparición. Aun así, la habilidad de Arno para saber tanto resultaba casi pasmosa.

—¿Cómo demonios lo haces? —pregunté.

—Tengo abiertas unas privilegiadas líneas de investigación —reconoció misterioso.

Le miré de reojo y recordé lo que mi padre había dicho sobre los supuestos «dones» de Arno. Por entonces asumí que se refería a «habilidades», pero tal vez no fuera así. Tal vez había algo más, algo único que los Asesinos habían sido capaces de descubrir.

—Está bien, puedes guardarte tus secretos. Solo dime dónde encontrarle.

—No estoy seguro de que sea una buena idea —protestó.

—¿No confías en mí?

—Tú misma lo has dicho. Él ha abatido a tus aliados y se ha apoderado de la Orden. Quiere verte muerta, Élise.

Solté una carcajada.

—¿Y qué? ¿Acaso quieres protegerme? ¿Es eso?

—Quiero ayudarte. —Su voz ahora sonó seria—. La Hermandad tiene recursos, hombres…

—La compasión no es una virtud, Arno —espeté con brusquedad—. Yo no confío en los Asesinos.

—¿No confías en mi? —preguntó inquisitivo.

Me di la vuelta, no sabiendo realmente la respuesta o, mejor dicho, sabiendo que *quería* confiar en Arno y que de hecho estaba desesperada por hacerlo, pero sin olvidar que él ahora era un Asesino.

—No he cambiado tanto, Élise —imploró—. Soy el mismo chico que distraía a la cocinera mientras tú robabas la confitura… El mismo que te ayudó a trepar el muro de ese huerto infestado de perros…

Pero había algo más. Otro aspecto a considerar. Tal y como me había recalcado Weatherall, ahora me encontraba virtualmente sola: yo sola contra ellos. ¿Qué pasaría si obtenía el respaldo de los Asesinos? No hacía falta preguntarme lo que mi padre habría hecho. Ya sabía que él había estado preparando el terreno para pactar una tregua con los Asesinos.

Asentí.
—Llévame con tu Hermandad y escucharé su oferta.
Me miró incómodo.
—*Oferta* tal vez sea un poco fuerte…

2 de abril de 1791

i

Resultó que el Consejo de los Asesinos acabó celebrándose en un salón en la isla de la Cité, a la sombra de Notre-Dame.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —le dije a Arno cuando entramos en la sala rodeada de arcos y bóvedas de piedra.

En una esquina, una gran puerta de madera con un tirador en forma de anilla de acero y, junto a ella, un enorme Asesino con barba cuyos ojos centelleaban desde las oscuras profundidades de su capucha. Sin decir palabra hizo un gesto hacia Arno quien contestó asintiendo, y tuve que luchar contra una ola de irrealidad al ver a Arno de esa manera: Arno el hombre, Arno el Asesino.

—Tenemos un enemigo común —me tranquilizó Arno cuando la puerta se abrió y nos adentramos en un corredor iluminado por antorchas ardiendo —. El Consejo lo entenderá. Además, Mirabeau era amigo de tu padre, ¿no es cierto?

Asentí.

—No exactamente amigos, pero mi padre confiaba en él. Adelante, yo te sigo.

Pero antes Arno sacó de su bolsillo una venda para los ojos insistiendo en que debía ponérmela. Solo para fastidiar conté los escalones y las vueltas, confiando en saber salir de ese laberinto si era necesario.

Cuando el trayecto terminó, me tomé un momento para evaluar mi nuevo entorno, notando que me hallaba en una cámara subterránea, similar a la de arriba, excepto porque esta estaba algo más concurrida. Pude distinguir voces a mi alrededor. Al principio eran difíciles de ubicar y pensé que provenían de las galerías de más arriba antes de comprender que los miembros del Consejo reunidos estaban situados a lo largo de las paredes, sus voces alzándose como si se filtraran entre la piedra, moviéndose sospechosamente y murmurando entre sí.

—¿Es esa…?

—¿Qué está haciendo aquí?

Vislumbré una figura frente a nosotros que hablaba francés con la misma voz ronca y áspera del señor Weatherall.

—¿Qué demonios has hecho esta vez, borrachuza? —increpó.

El corazón me martilleaba, y mi respiración se volvió pesada. ¿Qué sucedería si la infracción era demasiado grande? ¿Si había ido demasiado lejos? ¿Qué es lo que escucharía? ¿Nuevos gritos de: «Matad a la mocita pelirroja». No sería la primera vez, y aunque Arno me había permitido conservar mi pistola y la espada, ¿de qué me servirían si llevaba los ojos vendados y debía enfrentarme a múltiples oponentes? ¿Múltiples oponentes Asesinos?

Pero no. Arno me había salvado de una trampa. Él nunca me metería en otra. Confiaba en él. Confiaba en él tanto como le amaba. Y cuando habló para dirigirse al hombre que nos bloqueaba el paso, su voz fue reconfortantemente tranquila y firme, una balsa para aplacar mis nervios.

—Los Templarios han ordenado su muerte —explicó.

—¿Y por eso la traes *aquí*? —replicó la voz al mando un tanto vacilante. Sin duda ese debía de ser Bellec.

Pero Arno no tuvo tiempo de contestar. Hubo una nueva aparición en la cámara del Consejo. Otra voz se impuso por encima de las demás.

—Y bien, ¿a quién tenemos aquí?

—Me llamo… —Comencé, pero el recién llegado me interrumpió.

—Oh, por amor el de Dios, quítese la venda de los ojos, es ridículo.

Me la quité y eché un vistazo al Consejo de los Asesinos que estaba, justo como había pensado, situado a lo largo de las paredes de piedra de ese

profundo y oscuro santuario, el resplandor naranja de las llamas reflejándose en sus túnicas, los rostros sombríos bajo sus capuchas.

Mis ojos se clavaron en Bellec. De nariz aguileña y mirada recelosa, me contemplaba con descarado desprecio, su lenguaje corporal protegiendo a Arno.

Imaginé que el otro hombre sería el Gran Maestro, Honoré Gabriel Riqueti, conde de Mirabeau. Como presidente de la Asamblea había sido un héroe de la revolución, pero últimamente su tono era más moderado comparado con el de otros que clamaban por un cambio más radical.

Había oído decir que se burlaban de él por su aspecto, pero aunque ciertamente era un caballero corpulento y de cara redonda, con una piel llamativamente imperfecta, tenía ojos amables dignos de confianza y me gustó al instante.

Eché los hombros hacia atrás.

—Soy Élise de la Serre —me presenté—. Mi padre era François de la Serre, Gran Maestro de la Orden Templaría. He venido a solicitar su ayuda.

Las cabezas se inclinaron cuando los miembros del Consejo empezaron a hablar en voz baja entre sí, hasta que el recién llegado, Mirabeau, los silenció levantando un dedo.

—Continúe —ordenó.

Algunos miembros del Consejo protestaron: «¿Debemos retomar ese debate otra vez?», pero Mirabeau los acalló.

—Debemos hacerlo —insistió—, y lo haremos. Si no podéis ver la ventaja de que la hija de François de la Serre nos deba un favor, temo por nuestro futuro. Continúe, señorita.

—Allá vamos —espetó el hombre que creía que era Bellec.

Y fue a él a quien dirigí mi siguiente comentario.

—Ustedes no son los hombres con los que habitualmente parlamentaría, señor, pero mi padre está muerto al igual que mis aliados en la Orden. Si tengo que recurrir a los Asesinos para vengarle, que así sea.

Bellec resopló.

—¡«Parlamentar», y un cuerno! Esto es un truco para hacernos bajar la guardia. Deberíamos matarla ahora mismo y mandar su cabeza como advertencia.

—Bellec… —advirtió Arno.

—*Ya basta* —gritó Mirabeau—. Evidentemente será mejor que sigamos esta discusión en privado. Si nos disculpa, señorita De la Serre…

Hice una leve reverencia.

—Por supuesto.

—Arno, tal vez deberías acompañarla. Estoy seguro de que tenéis mucho de lo que hablar.

ii

Y salimos de allí, regresando a través del puente y caminando por las bulliciosas calles hasta que nos encontramos de vuelta en la plaza de los Vosgos.

—Y bien —dije mientras caminábamos—, todo ha transcurrido tal y como esperaba.

—Dales tiempo. Mirabeau les hará cambiar de opinión.

Seguimos caminando, y mientras lo hacíamos mis pensamientos saltaban de Mirabeau, el Gran Maestro de los Asesinos, al hombre que había ocupado mi puesto en la Orden.

—¿Crees que podremos encontrarle? —pregunté.

—Su suerte no puede durar eternamente. François Thomas Germain creía que Lafreniére era…

—¿François Thomas Germain? —le interrumpí.

—Sí —afirmó Arno—. El platero que me condujo hasta Lafreniére.

Una oleada de fría excitación me atravesó.

—Arno —jadeé—, François Thomas Germain era el lugarteniente de mi padre.

—¿Un Templario?

—Un antiguo Templario. Fue expulsado cuando yo era joven, por algo relacionado con cuestiones heréticas y Jacques de Molay. No estoy muy segura. Pero debería estar muerto. Murió años atrás.

Germain. Jacques de Molay. Aparté a un lado esos pensamientos para retomarlos más adelante, tal vez con la ayuda del señor Weatherall.

—Este Germain parece estar bastante activo para ser un cadáver —estaba diciendo Arno.

Asentí.

—Me gustaría mucho poder hacerle unas preguntas.

—Y a mí también. Su taller está en la calle Saint-Antoine. No muy lejos de aquí.

Con ímpetu renovado nos apresuramos por un pasaje alineado de árboles que se abría a una plaza con banderitas colgando sobre nuestras cabezas, los toldos de los comercios y los cafés agitándose por la ligera brisa de verano.

La calle aún mostraba algunas cicatrices de los insurgentes: una carreta volcada, una pequeña pila de barriles destrozados, marcas de hogueras sobre los adoquines y, por supuesto, banderas tricolores colgando por encima, algunas de ellas mostrando signos de la batalla.

Por lo demás todo parecía tranquilo tal y como lo había estado en su día, con gente yendo de un lado a otro continuando con su vida cotidiana y, por un instante, fue difícil imaginarlo como el lugar de donde habían surgido los dramáticos eventos que estaban cambiando nuestro país.

Arno me condujo por calles adoquinadas hasta que alcanzamos una verja que daba a un patio. Dominándolo todo, se erguía una gran casa, en la que me explicó que estaban los talleres. En ella encontraríamos al platero. Germain. El hombre que había ordenado la muerte de mi padre.

—La última vez que estuve aquí había guardias —observó y se detuvo, mientras una mirada de preocupación cruzaba su rostro.

—Ahora no hay ninguno —constaté.

—No. Aunque ciertamente las cosas han cambiado mucho desde la última vez que vine. Tal vez los guardias hayan sido retirados.

—O quizá se trata de otra cosa.

De pronto estábamos hablando en susurros y moviéndonos con sigilo. Llevé la mano a mi espada y me tranquilicé sintiendo la pistola guardada en mi cinturón.

—¿Hay alguien en casa? —llamó por el patio vacío.

No hubo respuesta. Aunque aún se oía el ruido de la calle a nuestra espalda, de la mansión que teníamos delante solo llegaba silencio y la mirada ciega de las ventanas.

La puerta se abrió cuando la tocó. Me hizo un gesto para pasar al interior, donde descubrimos el vestíbulo desierto. Nos dirigimos a la planta superior, Arno guiándome hacia el taller. Por el aspecto vacío del lugar debía de haber sido abandonado recientemente. Allí dentro estaban la mayoría de las herramientas de trabajo de un platero —al menos hasta donde yo pude ver—, pero ni rastro del hombre.

Empezamos a husmear, cautelosamente al principio, ojeando papeles, apartando objetos de las estanterías, sin saber bien lo que buscábamos, simplemente examinando todo, esperando encontrar alguna confirmación a la teoría de que este platero aparentemente inocente era, en realidad, Germain, el alto cargo Templario.

Porque si lo era, eso significaba que ese aparentemente inocente platero era el hombre que había matado a mi padre y que estaba haciendo cuanto estaba en su mano para destruir cualquier otro aspecto de mi vida.

Mis puños se cerraron al pensarlo. Mi corazón se endureció al evocar el dolor que ese hombre había traído a la familia De la Serre. Nunca en mi vida me había parecido más real la idea de venganza como en ese momento.

Se escuchó un ruido procedente de la puerta. Un leve ruidito —como un susurro de tela— pero que sin embargo fue suficiente para alertar nuestros sentidos ya agudizados. Arno lo escuchó también y ambos nos giramos al unísono en dirección a la entrada.

—No me digas que es una trampa —suspiró.

—Es una trampa —contesté.

iii

Arno y yo intercambiamos una mirada, desenvainando nuestras espadas a la vez que cuatro hombres de expresión adusta atravesaban la puerta, colocándose en posición para bloquear nuestra salida, mientras nos

contemplaban torvamente. Con sus sombreros ajados y botas gastadas, habían puesto mucho esmero en parecer temibles revolucionarios contra los que nadie querría enfrentarse en la calle, pero sus mentes se hallaban ocupadas con otras cosas aparte de la libertad, la igualdad o…

Tenían la muerte en sus mentes. Se dividieron, dos a por mí y dos a por Arno. Uno de los hombres clavó su mirada en mí, sus ojos hundidos en una alta frente, un pañuelo rojo anudado a la garganta. Con un cuchillo en una mano, sacó la espada de detrás, la blandió trazando un ocho con ligera ostentación, y la dirigió hacia mí. Su compañero hizo lo mismo, presentándome el dorso de la mano ligeramente por encima de la parte plana de su espada. De haber sido auténticos revolucionarios, dispuestos a robar o, en su caso, a asaltarme, ambos estarían ahora mismo riéndose, ocupados en subestimarme en esos breves instantes antes de morir rápidamente. Pero no lo eran. Eran asesinos Templarios que sabían que Élise de la Serre no era una presa fácil; que les plantaría batalla.

El que sostenía la espada en alto fue el primero en dar un paso adelante, moviéndose estratégicamente en zigzag y apuntando a mi torso al mismo tiempo que cambiaba el peso hacia el pie que avanzaba.

El acero chirrió cuando rechacé su hoja a un lado danzando ligeramente hacia mi izquierda y anticipando con acierto que Pañuelo Rojo lanzaría su propio ataque simultáneamente.

Así fue, y pude parar su espada con un movimiento descendente de la mía, manteniendo a los dos hombres bajo control durante un momento más, dándoles un instante para pensar y haciéndoles saber que lo que les habían contado era cierto: estaba entrenada y había sido adiestrada por el mejor. Y me encontraba más fuerte de lo que nunca había estado.

A mi derecha escuché el ruido de las espadas de Arno y sus oponentes entrechocando, seguido por un grito que no era de Arno.

Entonces Espada Plana cometió su primer error, sus ojos desviándose para comprobar qué destino había seguido su compañero, y aunque fue un lapsus momentáneo en su concentración, una fracción de segundo en la que su atención no estuvo enfocada en mí, le hice pagar por ello.

Cuando le tuve a mi alcance, me deslicé hacia delante bajo su guardia y levanté la espada, abriéndole la garganta con un giro de muñeca.

Pañuelo Rojo era bueno. Sabía que la muerte de sus compañeros le daba una oportunidad y se abalanzó sobre mí, empuñando la parte plana de su espada en un movimiento ofensivo que, de haberme alcanzado, como poco me habría desequilibrado.

Pero no lo hizo. Fue demasiado precipitado, demasiado desesperado para aprovechar lo que pensó que era una posibilidad. Sin embargo yo había estado esperando que llegara por ese lado, y con una rodilla ligeramente doblada, llevé hacia arriba mi hoja aún brillante por la sangre fresca de Espada Plana y la hundí bajo el brazo de Pañuelo Rojo, entre dos capas de gruesa armadura de cuero.

Casi al mismo tiempo escuché un segundo chillido a mi izquierda y un ruido sordo cuando el cuarto cuerpo golpeó el suelo. La batalla había terminado. Arno y yo éramos los únicos que quedábamos en pie.

Recuperamos el aliento, dejando caer los hombros mientras los últimos gorgoteos de nuestros supuestos asesinos se transformaban en secos estertores.

Observamos los cadáveres, y luego nos miramos decidiendo de mutuo acuerdo reanudar la búsqueda en el taller.

iv

—Aquí no hay nada —indiqué un rato después.

—Debió de suponer que su engaño no se sostendría —repuso Arno.

—Hemos vuelto a perderlo.

—Tal vez no. Sigamos buscando.

Probó con una puerta que no se abría y parecía a punto de renunciar cuando le sonreí y luego la derribé de una patada. Lo que nos encontramos fue otra cámara ligeramente más pequeña, pero llena de símbolos que reconocí al instante: cruces templarías forjadas en plata, hermosos y labrados cálices y jarras.

No había duda, este era un lugar de reunión de Templarios. Bajo un alto dosel en el extremo de la estancia había un ornamentado sillón con relieves

donde el Gran Maestro se sentaría, A cada lado había dispuestas unas sillas para sus lugartenientes.

En el centro de la estancia se alzaba un estrado con cruces insertadas y, descansando sobre él, una serie de documentos a los que me dirigí, examinándolos. Su tacto me resultaba familiar a la vez que extraño, como si estuvieran fuera de lugar en esta cámara adyacente al taller del platero, en vez de en el castillo de la familia De la Serre.

Uno de los documentos era un conjunto de órdenes. Ya había visto algo parecido antes, por supuesto, firmado por mi padre, pero este…, este estaba firmado por Germain y sellado en lacre rojo con la cruz templaría.

—Es él. Germain es ahora el Gran Maestro. ¿Cómo ha podido pasar?

Arno sacudió la cabeza, acercándose a la ventana mientras hablaba:

—Hijo de puta, debemos decírselo a Mirabeau tan pronto como…

No terminó la frase. Se escuchó ruido de disparos en el exterior y luego de cristales rompiéndose cuando las balas de mosquete atravesaron las ventanas, rebotando contra el techo de la habitación donde nos encontrábamos y rociándonos con trozos de escayola. Rápidamente buscamos cobertura —Arno junto a la ventana y yo cerca de la puerta— al tiempo que surgía otra nueva descarga.

—Vete —me gritó—. Dirígete a casa de Mirabeau. Yo me ocuparé de esto.

Asentí y me marché, dispuesta a ver al Gran Maestro Asesino, Mirabeau.

V

Empezaba a anochecer cuando llegué a la mansión de Mirabeau. Al acercarme, lo primero que me llamó la atención fue la escasez de servicio. La casa tenía un aire extraño y silencioso, y me llevó un instante reconocer que era el mismo que reinaba en mi casa durante el luto por la muerte de mi madre.

La segunda cosa que me escamó —aunque por supuesto ahora sé que las dos estaban conectadas— fue el extraño comportamiento del mayordomo de Mirabeau. Mostraba una expresión desencajada, como si sus facciones no se hubieran asentado en su rostro; eso y el hecho de que no me acompañara hasta los aposentos de Mirabeau. Aparte de mi episodio en la Posada de la Cabeza de Jabalí en la calle Fleet, esa era prácticamente la primera vez que alguien me confundía con una mujer de la noche, pero no creí que ni siquiera ese mayordomo de rostro descompuesto fuera *tan* estúpido.

No, ahí pasaba algo. Saqué mi espada y entré silenciosamente en el dormitorio. Estaba a oscuras, las cortinas echadas. Las velas a punto de consumirse, un fuego que ardía débilmente en la chimenea y los restos de lo que parecía ser la cena sobre la mesa. En la cama distinguí a un aparentemente dormido Mirabeau.

—¿Señor? —llamé.

No hubo respuesta, ningún sonido procedente de Mirabeau cuyo amplio pecho, que debía estar subiendo y bajando, permanecía inmóvil.

Me acerqué un poco más.

Por supuesto estaba muerto.

—Élise, ¿qué es esto? —La voz de Arno desde la puerta me sobresaltó y giré en redondo. Parecía agotado por lo que obviamente había sido una rápida escaramuza, pero por lo demás en perfecto estado.

Una súbita sensación de culpa inmerecida se apoderó de mí.

—Le he encontrado así…, yo no…

Me miró un segundo más de lo necesario.

—Por supuesto que no. Pero debo informar de ello al Consejo. Ellos sabrán…

—No —interrumpí—. Tal y como han sucedido las cosas no me creerán. Yo seré su sospechosa, la primera y la última.

—Tienes razón —admitió—. Tienes razón.

—¿Qué vamos a hacer?

—Descubrir lo sucedido —declaró con decisión. Entonces se dio la vuelta estudiando la madera del marco justo detrás de él—. No parece que hayan forzado la puerta —añadió.

—¿Tal vez esperaba al asesino?

—O quizá a un invitado. O a un criado.

Mi mente volvió al mayordomo. Pero si había sido él, entonces ¿por qué seguía aún en la casa? Supuse que el hombre estaba trabajando en un estado de total ignorancia.

Algo captó la atención de Arno y lo recogió, acercándolo a sus ojos para inspeccionarlo. En un primer momento lo confundí con una especie de alfiler decorativo, pero luego vi como lo sostenía en alto con rostro serio, como si fuera algo significativo.

—¿Qué es? —pregunté, pero sabía lo que era, por supuesto. Me habían dado uno igual en mi iniciación.

vi

Arno me lo pasó.

—Es… el arma que mató a tu padre.

Lo estudié, advirtiendo la familiar insignia en el centro del diseño, y luego me concentré en el alfiler. En él había una pequeña cavidad por la que el veneno podía fluir por el interior de la hoja saliendo por dos pequeñas aberturas más abajo. Ingenioso y letal.

Un diseño templario. Quienquiera que lo encontrara —alguno de los compatriotas Asesinos de Mirabeau, por ejemplo— deduciría que el Gran Maestro había sido asesinado por un Templario.

Puede que incluso dedujera que Mirabeau había sido asesinado por mí.

—Es la insignia de un Templario de cierto nivel —confirmé.

Asintió.

—¿No viste a nadie cuando llegaste?

—Solo al mayordomo. Me abrió la puerta, pero no me acompañó hasta arriba.

Había empezado a escrutar la habitación, su mirada moviéndose a través del dormitorio como si estudiara sistemáticamente el área. Con una pequeña

exclamación se apresuró hasta un armario, se arrodilló y buscó por debajo, sacando una copa manchada con pequeñas gotas de vino en el interior.

La olió y se apartó.

—Veneno.

—Déjame olería —dije, llevándomela a la nariz.

Después volví mi atención el cuerpo de Mirabeau, mis dedos separando sus párpados para comprobar las pupilas, abriendo su boca para inspeccionar la lengua, pellizcando su piel.

—Acónito —declaré—. Difícil de detectar salvo que sepas lo que estás buscando.

—¿Es muy utilizado entre los Templarios?

—Y por cualquiera que quiera cometer un asesinato sin que se note —contesté, ignorando la insinuación—. Es casi imposible de detectar, y el olor y los síntomas se parecen a causas naturales. Es muy útil cuando necesitas deshacerte de alguien sin tener que vigilarle.

—Pero ¿cómo puede alguien adquirirlo?

—La planta crece fácilmente en cualquier jardín, pero en vista de lo rápido que han actuado los síntomas, esta debió de ser procesada. O comprada en suficiente cantidad en una botica.

—Veneno templario, insignia templaría… Parece irrefutable. —Me lanzó una significativa mirada que se ganó un ceño fruncido en respuesta.

—Bravo, lo has averiguado —repliqué desdeñosa—. Mi astuto plan consistía en asesinar al único Asesino que no quería verme muerta y a continuación quedarme merodeando a la espera de ser descubierta.

—No es el único Asesino.

—Tienes razón. Lo siento, pero tú sabes que esto no ha sido obra mía.

—Te creo. Pero en cuanto al resto de la Hermandad…

—En ese caso debemos encontrar al verdadero asesino antes de que les llegue la noticia.

En un curioso giro de los acontecimientos, Arno había descubierto a través de un boticario que el veneno había sido adquirido por un hombre que llevaba la túnica de los Asesinos. A partir de ahí Arno siguió una cadena de pistas que nos trajeron hasta aquí, a la Sainte-Chapelle en la isla de la Cité.

Para cuando llegamos a la magnífica iglesia, una fuerte tormenta estaba a punto de desencadenarse en más de un sentido. Podía percibir como Arno temblaba ante la idea de que tal vez hubiera un traidor entre las filas de los Asesinos.

Más vale que te acostumbres, pensé tristemente.

—El rastro termina aquí —indicó Arno pensativo.

—¿Estás seguro?

Estaba mirando hacia arriba, a lo alto de las torres de la gran iglesia donde asomaba una oscura figura. Silueteada contra la línea del ciclo, su manto ondeaba al viento mientras bajaba la vista hacia nosotros.

—Sí, desgraciadamente —afirmó.

Me preparé para enfrentarme junto a él una vez más, pero Arno, posando una mano en la mía, me detuvo.

—No —declaró—, esto debo hacerlo solo.

Me volví hacia él.

—No seas ridículo, no pienso dejarte solo.

—Élise, por favor. Después de que tu padre muriera, los Asesinos… me dieron un propósito. Algo en lo que creer. Y ver todo eso traicionado… Necesito averiguarlo por mí mismo. Necesito saber por qué.

Podía entenderlo. Podía entenderlo mejor que nadie, y con un beso le dejé marchar.

—Vuelve conmigo —le dije.

Estiré el cuello cuanto pude para levantar la vista hacia el tejado de la iglesia, pero solo vi piedra y el enfurecido cielo por encima. La figura había desaparecido. Aun así continué mirando hasta que unos momentos después distinguí dos figuras pelearse en una cornisa.

Llevé una mano a mi boca. Un grito por Arno, que en cualquier caso hubiera sido inútil, muriendo en mis labios. Al instante siguiente las dos figuras caían desde la cornisa, precipitándose por la parte delantera del edificio, prácticamente invisibles por la fuerte lluvia.

Durante medio segundo pensé que se golpearían contra el suelo y morirían instantáneamente delante de mí, pero su caída fue detenida por un saliente que hacía de balcón.

Desde mi posición más abajo escuché el impacto de los cuerpos y los gritos de dolor. Me estaba preguntando si alguno de ellos habría sobrevivido a la caída cuando la respuesta me llegó al verles incorporarse lenta y dolorosamente, tras lo cual continuaron la lucha, tentativamente al principio y luego con creciente ferocidad, sus espadas alzadas destellando como relámpagos en la oscuridad.

Ahora podía escuchar como se gritaban el uno al otro, Arno diciendo: «Por el amor de Dios, Bellec, una nueva era ha llegado. ¿Acaso no hemos aprendido nada de este conflicto eterno?».

Por supuesto era Bellec, el segundo al mando entre los Asesinos. Así que este hombre estaba detrás del asesinato de Mirabeau.

—¿Acaso todo lo que te he enseñado ha rebotado en ese cráneo blindado? —rugió Bellec—. Estamos luchando por la libertad del alma humana. Liderando la revolución contra la tiranía de los Templarios.

—Es curioso lo corto que es el camino desde la revolución contra la tiranía al asesinato indiscriminado, ¿no es cierto? —Gruñó Arno en respuesta.

—*Bah,* no eres más que un testarudo pedazo de mierda, ¿verdad?

—Pregunta a cualquiera —replicó Arno, lanzándose hacia delante con la hoja trazando un ocho.

Bellec retrocedió.

—¡Abre los ojos! —gritó—. Si los Templarios quieren paz, es solo para poder acercarse lo suficiente y darnos la cuchillada en la garganta.

—Te equivocas —negó Arno.

—Tú no has visto lo que yo. He visto Templarios pasando a cuchillo a pueblos enteros solo por la posibilidad de matar a un Asesino. Y dime, muchacho, en tu vasta experiencia, ¿qué has visto?

—He visto al Gran Maestro de la Orden Templaría acoger a un asustado huérfano y criarlo como a su propio hijo.

—Tenía esperanzas puestas en ti —gritó Bellec, ahora furioso—. Creí que podrías pensar por ti mismo.

—Y puedo, Bellec. Es solo que no pienso como tú.

Los dos hombres, aún luchando, aparecieron enmarcados por una gran vidriera por encima de mí. Azotados por la lluvia, iluminados y coloreados desde atrás, forcejearon durante un segundo como si estuvieran al borde de algún precipicio, como si pudieran caer a cualquiera de los lados: o bien por encima del balcón hasta el resbaladizo empedrado del patio de más abajo, o hacia el otro lado, al interior de la iglesia.

Solo era cuestión de saber de qué lado caerían.

Se oyó un estallido, cientos de cristales de colores hechos añicos, túnicas ondeando y rasgándose entre miles de fragmentos de cristal, y una vez más cayeron, pero esta vez a la iglesia. Crucé el patio a toda velocidad hasta una verja cerrada a través de la cual podía ver el interior.

—Arno —llamé.

Se levantó sacudiéndose la cabeza como si tratara de despejarse, esparciendo trozos de cristal por el suelo de piedra de la iglesia. De Bellec no había rastro.

—Estoy bien —me contestó, al escuchar como sacudía la puerta de la verja intentando una vez más abrirla y llegar hasta él—. Quédate donde estás.

Y antes de que pudiera protestar desapareció haciendo que tuviera que afinar el oído mientras se aventuraba en la profunda oscuridad de la iglesia.

A continuación me llegó la voz de Bellec proveniente de… de donde no podía verle. Pero de algún lugar cercano.

—Debería haber dejado que te pudrieras en la Bastilla. —Su voz era ahora un susurro entre las húmedas piedras—. Dime, ¿alguna vez creíste en nuestro credo o fuiste un traidor amante de los Templarios desde el principio?

Estaba provocando a Arno. Burlándose de él desde las sombras.

—Esto no tiene por qué acabar así, Bellec —gritó Arno mirando alrededor y escrutando los oscuros nichos y recovecos.

La respuesta llegó, aunque una vez más fue difícil distinguir de dónde. La voz parecía emanar de las mismas piedras de la iglesia.

—Tú eres quien lo ha querido. Si tuvieras un poco de sensatez, podríamos llevar la Hermandad a un lugar tan alto como no se ha visto en doscientos años.

Arno sacudió la cabeza, Su voz cargada de ironía.

—Sí, claro, matar a todo el que no esté de acuerdo contigo es un brillante modo de empezar a resurgir de las cenizas.

Escuché un sonido delante de mí, y vi a Bellec un segundo antes de que lo hiciera Arno.

—Cuidado —grité cuando el Asesino de más edad apareció de entre las sombras con su espada oculta en ristre.

Arno se volvió, le vio y se echó a un lado, colocándose rápidamente en posición para poder hacer frente al ataque, y durante unos segundos los dos guerreros se miraron el uno al otro. Ambos estaban magullados y ensangrentados por la pelea, sus ropas hechas jirones, casi inexistentes en algunas partes, pero aún dispuestos a la lucha. Cada uno determinado a que todo acabara allí, en ese preciso momento.

Desde su posición, Bellec podía verme ante la verja y sentí sus ojos sobre mí antes de que su mirada regresara a Arno.

—Así que —comenzó, su voz cargada de sarcasmo y desprecio— ahora llegamos al meollo de la cuestión. No fue Mirabeau quien envenenó tu mente. Fue *ella*.

Bellec había forjado un vínculo con Arno, pero no tenía ni idea del vínculo que ya existía entre su pupilo y yo, y por esa misma razón yo no albergaba la menor duda sobre Arno.

—*Bellec*… —le advirtió Arno.

—Mirabeau está muerto. *Ella* es la última pieza de esta locura. Me darás las gracias por este día.

¿Acaso pretendía matarme? ¿O matar a Arno? ¿O a los dos?

No lo sabía. Lo único cierto es que el sonido del acero entrechocando resonó por toda la iglesia cuando las dos hojas ocultas se encontraron una vez más, y ellos se movieron el uno alrededor del otro. Lo que el señor Weatherall me había enseñado muchos años atrás era verdad: la mayoría de los combates a espada se deciden en los primeros segundos de lucha. Pero estos dos contrincantes no eran como la «mayoría de los espadachines». Eran Asesinos bien entrenados. Maestro y alumno. Y la lucha continuó, el acero encontrando el acero, sus túnicas ondeando mientras atacaban y se defendían, lanzaban estocadas y las paraban, esquivaban y giraban; combatiendo sin tregua hasta que sus hombros se hundieron por el agotamiento y Arno, haciendo acopio de todas sus reservas y decisión, derrotó a su rival con un grito de desafío, clavando su espada en el estómago de su mentor en una última embestida.

Bellec se desplomó, al fin, en el suelo de piedra de la iglesia, sujetándose el vientre con las manos. Sus ojos se alzaron hacia Arno.

—Hazlo —imploró, a punto de morir—. Si tienes un gramo de convicción y no eres únicamente un enamorado ofuscado y blandengue, tendrás que matarme ahora mismo. Porque no me detendré. *La mataré*. Soy capaz de quemar París para salvar la Hermandad.

—Lo sé —asintió Arno y le asestó el *coup de grâce* definitivo.

ix

Más tarde, Arno me contó lo que había visto. Había tenido algo parecido a una visión cuando mató a Bellic, confesó mirándome de reojo, como si quisiera constatar que le tomaba en serio, y entonces pensé en lo que mi padre me había dicho sobre Arno, en cómo creía que poseía unos dones especiales, algo no demasiado… usual. Y aquí estaban en plena demostración. Una visión en la que Arno había visto a dos hombres —uno

con la túnica de los Asesinos, el otro un matón Templario— riñendo en plena calle. El Templario parecía estar a punto de ganar pero entonces un segundo Asesino entraba en la refriega y mataba al Templario.

El primer Asesino era Charles Dorian, el padre de Arno, y el segundo, Bellec.

Bellec había salvado la vida de su padre. De ese incidente Bellec había reconocido un reloj de bolsillo que Arno llevaba y entonces, estando en la Bastilla, comprendió inmediatamente quién era Arno.

Pero Arno también había visto algo más: tuvo una segunda visión, presumiblemente de otro crimen. En ella se mostraba a Mirabeau y a Bellec conversando en algún momento de un pasado más reciente, Mirabeau diciéndole a Bellec: «Élise de la Serre será Gran Maestro algún día. Tenerla de nuestro lado sería una gran ayuda».

—Y aún lo sería más matarla antes de que se convierta en una amenaza —había replicado Bellec.

—Tu protegido responde por ella —había añadido Mirabeau—. ¿Acaso no confías en él?

—Con mi vida —repuso Bellec—. Es en la chica en quien no confío. ¿No hay nada que pueda hacer para convencerte?

—Me temo que no.

Y Bellec, a regañadientes —si bien Arno constató que su mentor no extraía ningún placer, ninguna satisfacción maquiavélica en acabar con la vida del Gran Maestro, pensando que era un mal necesario, le gustara o no, vertió el veneno en una copa y se la tendió a Mirabeau.

—*¡Salud!*

Qué ironía que brindaran a la salud del otro. Instantes después Mirabeau yacía muerto y Bellec estaba dejando el alfiler templario y marchándose. Y no mucho más tarde, por supuesto, yo entraba en escena.

Habíamos conseguido encontrar al culpable y así evitar que me acusaran del crimen. Pero ¿había hecho lo suficiente para congraciarme con ellos? Pensaba que no.

EXTRACTOS DEL DIARIO DE ARNO DORIAN

12 DE SEPTIEMBRE DE 1974

i

Sabía muy bien lo que había sucedido después aunque no estuviera en su diario.

Pasé varias hojas hacia delante, pero no, en su lugar faltaban algunas páginas, arrancadas en alguna fecha posterior, probablemente en un arrebato de… ¿qué? ¿Arrepentimiento? ¿Furia? ¿Otra cosa?

En cuanto le conté la verdad, ella la arrancó de su diario.

Sabía que sería complicado, desde luego, porque conocía a Élise tan bien como a mí mismo. En muchos sentidos ella era mi espejo, y sé cómo me hubiera encontrado yo de haber estado en su posición. No se me puede culpar por haber ido posponiéndolo una y otra vez, esperando la ocasión propicia que se presentó una noche que habíamos cenado copiosamente, con una botella de vino casi vacía en la mesa entre nosotros.

—Sé quién mató a tu padre —le dije.

—¿Lo sabes? ¿Y cómo?

—Por las visiones.

La miré de soslayo para confirmar que me tomaba en serio. Como en otras ocasiones parecía confusa, ni muy convencida ni muy descreída.

—¿Y el nombre al que llegaste fue el del Rey de los Mendigos? —preguntó.

La miré comprendiendo que había estado llevando a cabo sus propias investigaciones. Por supuesto que lo había hecho.

—De modo que hablabas en serio cuando dijiste que le vengarías —razoné.

—Si pensaste lo contrario es que no me conoces tan bien como crees.

Asentí pensativo.

—¿Y qué has descubierto?

—Que el Rey de los Mendigos estaba detrás del ataque a mi madre en el 75, y que fue introducido en la Orden después de la muerte de mi familia; todo lo cual me lleva a pensar que fue admitido como una forma de recompensa por su éxito en la muerte de mi padre.

—¿Y sabes por qué?

—Fue un golpe perfecto, Arno. El hombre que se ha proclamado Gran Maestro lo arregló todo para matar a mi padre porque quería ocupar su posición. Y sin duda se valió de los intentos de mi padre para alcanzar una tregua con los Asesinos como excusa. Quizá esa fue la última pieza del rompecabezas. Quizá inclinara la balanza a su favor. Pero no hay duda de que el Rey de los Mendigos actuaba bajo sus órdenes.

—No solo el Rey de los Mendigos. Había alguien más.

Asintió con una extraña y gratificante sonrisa.

—Eso me consuela, Arno, saber que necesitaron dos hombres para matar a Padre. Supongo que lucharía como una fiera.

—Un hombre llamado Sivert.

Ella cerró los ojos.

—Tiene sentido —declaró después de un momento—. Todos estaban involucrados y, cómo no, los Cuervos.

—¿Quiénes? —pregunté, porque por supuesto no tenía ni idea de a quiénes se refería.

—Es el apodo con el que llamaba a los consejeros de mi padre.

—Y este Sivert, ¿era uno de los consejeros de tu padre?

—Oh, sí.

—François le sacó un ojo antes de morir.

Élise soltó una seca carcajada.

—Bien hecho, Padre.

—Ahora Sivert está muerto.

Una sombra cruzó su rostro.

—Ya veo. Me habría encantado cobrarme esa hazaña personalmente.

—Y también el Rey de los Mendigos —añadí, tragando saliva.

Esta vez se volvió para mirarme.

—Arno, ¿qué estás diciendo?

Alargué mi brazo para agarrarla.

—Yo le quería, Élise, como si fuera mi propio padre.

Pero ella se apartó, retrocediendo y cruzando los brazos bajo su pecho. Sus mejillas adquirieron el color de la grana.

—¿*Los* mataste?

—Sí, y no me arrepiento de ello, Élise.

Una vez más traté de cogerla y de nuevo ella se apartó, descruzando los brazos para rechazarme. Durante un segundo, solo un segundo, pensé que iba a echar mano de su espada, pero si lo pensó lo descartó, mientras trataba de controlar su enfado.

—Los mataste.

—Tenía que hacerlo —añadí sin más explicaciones, aunque ella no estaba interesada en el motivo y daba vueltas alrededor no sabiendo bien qué hacer.

—Me has arrebatado *mi* venganza.

—Eran simples lacayos, Élise. El verdadero culpable aún sigue por ahí.

Furiosa se revolvió contra mí.

—Dime que les hiciste sufrir —espetó.

—Por favor, Élise, tú no eres así.

—Arno, me han dejado huérfana, me han vapuleado, engañado y traicionado, y tendré mi venganza cueste lo que cueste.

Sus hombros se alzaban y bajaban. El rubor de sus mejillas era cada vez más intenso.

—Pues no, no sufrieron. Ese no es el modo en que los Asesinos hacen las cosas. Nosotros no disfrutamos matando.

—¿Ah, no? Así que ahora que eres un Asesino te sientes cualificado para sermonearme sobre ética, ¿no es eso? Pues no te equivoques, Arno, yo tampoco me complazco matando. Me complazco haciendo justicia.

—Y eso fue lo que hice. Llevé la justicia a esos hombres. Tenía una oportunidad y la aproveché.

Aquello pareció calmarla y asintió pensativa.

—Sin embargo quiero que dejes a Germain para mí —señaló no como una petición sino como una orden.

—No puedo prometértelo, Élise. Si le tengo a tiro, entonces…

Me miró con media sonrisa.

—Entonces tendrás que responder ante mí.

ii

Después de aquello dejamos de vernos durante algún tiempo, aunque nos escribíamos, y cuando por fin obtuve cierta información para ella, conseguí tentarla para que saliera de la isla de San Luis y fuimos en busca de la señora Levesque, que cayó bajo mi espada. Fue una aventura que continuó con un inesperado y no programado trayecto en el fabuloso globo de aire caliente de los señores Montgolfier, si bien la galantería me impide revelar lo que sucedió durante el vuelo.

Baste decir que para cuando nuestro viaje concluyó, Élise y yo estábamos más unidos que nunca.

Pero no tan unidos como para no advertir lo que le estaba pasando, que las muertes de los asesores de su padre eran una simple distracción para ella. Que lo que de verdad le importaba, y tal vez incluso la *consumía*, era atrapar a Germain.

EXTRACTOS DEL DIARIO DE ÉLISE DE LA SERRE

20 de enero de 1793

i

En una calle de Versalles vi una carreta que reconocí y, enganchada a ella, un caballo que me era familiar. Desmonté, até a *Scratch* al carro, aflojé la silla, le di agua y froté mi cabeza contra la suya.

Me tomé mi tiempo para que *Scratch* se sintiera cómodo, en parte porque lo quería y se merecía toda mi atención y más, y en parte porque estaba demorándome, tratando de alejar el momento en que tuviera que enfrentarme a lo inevitable.

El muro exterior mostraba signos de abandono. Me pregunté qué miembros del servicio habían sido los responsables de cuidarlo cuando todavía vivíamos aquí. Probablemente los jardineros. Sin ellos los muros se habían cubierto de musgo y hiedra, los tallos alcanzando la parte alta como venas en la piedra.

Incrustado en un muro estaba el arco de entrada que tan bien conocía, pero que ahora no me resultó familiar. A merced de los elementos, la madera había empezado a vetearse y palidecer. La que en su día era una puerta imponente, ahora se veía claramente deslucida.

Abrí la puerta y me adentré en el patio del hogar de mi infancia.

Habiendo sido testigo de la devastación de la mansión de París, supuse que al menos estaría preparada mentalmente. Y sin embargo me encontré conteniendo algún que otro sollozo al ver los arriates de flores llenos de malas hierbas y los bancales sin podar. En un peldaño junto a una serie de

postigos desprendidos estaba sentado Jacques, cuyos ojos se iluminaron al verme. Era hombre de pocas palabras; la vez que más animado le había visto fue estando inmerso en una conversación en voz baja con Hélène, pero ahora no le hizo falta hablar. Simplemente se limitó a indicarme la casa detrás de él.

En el interior había tablones tapando las ventanas. La mayoría del mobiliario estaba patas arriba, la misma historia triste que ahora veía tan a menudo, solo que esta vez era incluso más triste porque la casa era el hogar de mi infancia y cada uno de esos tiestos destrozados y sillas astilladas contenía un recuerdo. Al entrar en mi desvencijado hogar, escuché el sonido del viejo reloj de pared de nuestro abuelo, un sonido tan familiar y apegado a mi infancia que me golpeó con la fuerza de una bofetada, dejándome por un segundo petrificada en el vacío vestíbulo, donde mis botas crujían en los suelos en su día abrillantados hasta resplandecer, haciendo que tuviera que sofocar un sollozo.

Un sollozo de arrepentimiento y nostalgia. Tal vez incluso de cierta culpabilidad.

ii

Salí a la terraza y miré las vastas praderas en su día cuidadas y ahora con la hierba crecida y abandonadas. A unos doscientos metros vislumbré al señor Weatherall sentado en la ladera, sus muletas desplegadas a cada lado.

—¿Qué está haciendo? —pregunté llegando hasta él.

Se sobresaltó levemente cuando me senté, pero recuperó la compostura, y me lanzó una mirada apreciativa.

—Pretendía dirigirme al final de la pradera sur, donde solíamos practicar. El problema es que cuando me imaginaba capaz de ir hasta allí y volver, veía los jardines tal y como solían estar entonces, pero cuando llegué y me los encontré así, de repente el camino dejó de ser tan sencillo.

—Bueno, este es un lugar agradable.

—Depende de la compañía —replicó esbozando una sonrisa irónica.

Hubo una pausa.

—Escabullirte así… —comenzó.

—Lo siento.

—Sabía que lo harías, ¿sabes? De algo me ha servido conocerte desde que me llegabas a las rodillas y no eras más que un renacuajo, para saber distinguir cuando determinada mirada asoma en tus ojos. Bueno, al menos sigues viva. ¿Qué has estado haciendo?

—Fui a dar un paseo en un globo de aire caliente en compañía de Arno.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tal fue?

Advirtió como me sonrojaba.

—Muy agradable, gracias.

—Así que tú y él…

—Yo diría que sí.

—Bueno, algo es algo. No podría soportarte padeciendo mal de amores. ¿Y qué me dices —extendió las manos— de todo lo demás? ¿Has descubierto algo?

—Sí. Muchos de los que conspiraron contra mi padre ya han respondido por sus crímenes. Además ahora sé la identidad del hombre que ordenó su muerte.

—Te ruego que me lo digas.

—El nuevo Gran Maestro, el arquitecto de este asalto al poder es François Thomas Germain.

El señor Weatherall emitió una especie de silbido.

—Por supuesto.

—Usted me dijo que fue expulsado de la Orden…

—Y así fue. Nuestro amigo Germain era un admirador de Jacques de Molay, el primer Gran Maestro. De Molay murió gritando en la hoguera en 1314, profiriendo maldiciones contra cualquiera que estuviera en la vecindad. El Maestro de Molay era el tipo de hombre sobre el que nadie se pone de acuerdo, pero por aquel entonces esa era una discusión que debía mantenerse en privado, ya que mostrar apoyo a sus ideas se consideraba una herejía.

—Y Germain… Germain era un hereje —prosiguió—. Era un hereje seguidor de las teorías del primer Gran Maestro. Y para acabar con esa

disensión fue expulsado. Tu padre trató por todos los medios de hacerle entrar en razón y le costó mucho expulsarle, pero…

—¿Fue expulsado?

—Así es, y a la Orden se le dijo que cualquier hombre que le apoyara sería también exiliado. Mucho después de aquello nos llegó la noticia de su muerte, pero para entonces él no era más que un mal recuerdo.

»Pues no lo ha sido tanto, ¿eh? Germain ha estado reuniendo apoyos, controlando las cosas entre bastidores, reescribiendo gradualmente el manifiesto. Y ahora está al mando, y la Orden se rasca la cabeza perpleja y se pregunta cómo hemos pasado de prestar apoyo incondicional al rey a querer verlo muerto. La respuesta es que ha sucedido porque no había nadie que se opusiera, jaque mate. —El Sr. Weatherall sonrió—. Eso hay que reconocérselo al tipo.

—Yo lo único que voy a reconocer es mi espada en sus entrañas.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Arno ha descubierto que Germain quiere estar presente mañana en la ejecución del rey.

El señor Weatherall me miró con ojos penetrantes.

—¿La ejecución del rey? ¿Así que la Asamblea ya ha alcanzado un veredicto?

—Así es. Y el veredicto es la muerte.

El señor Weatherall sacudió la cabeza. La ejecución del rey. ¿Cómo habíamos llegado a eso? Tal y como transcurrían los días, supuse que el escenario final debió de comenzar el verano anterior, cuando veinte mil parisinos firmaron una petición exigiendo la restitución del gobierno bajo la familia real. De modo que donde antes se hablaba de revolución, ahora se hablaba de contrarrevolución.

Por supuesto la revolución no quería plantearse tal cosa, y así, el 10 de agosto, la Asamblea decidió marchar sobre el Palacio de las Tullerías, donde el rey y María Antonieta se alojaban desde su indigno exilio de Versalles hacía ya casi tres años.

Seiscientos hombres de la Guardia Suiza del rey perdieron sus vidas en la batalla, la última resistencia del rey. Seis semanas después la monarquía fue abolida.

Entretanto hubo levantamientos contra la revolución en Bretaña y en la Vendée, y el 2 de septiembre los prusianos tomaron Verdún, causando el pánico en París cuando empezó a circular la noticia de que los prisioneros reales serían liberados y habría una sangrienta venganza sobre los miembros de la revolución. Supongo que podría decirse que las masacres que siguieron eran ataques preventivos, aunque masacres al fin y al cabo, y miles de prisioneros fueron sacrificados.

Entonces el rey fue sometido a juicio, y hoy se había anunciado que debía morir en la guillotina al día siguiente.

—Germain va a estar allí, de modo que yo también debería acudir —le dije al señor Weatherall.

—¿Y eso por qué?

—Para matarle.

El señor Weatherall me observó con ojos entrecerrados.

—No creo que esa sea la manera, Élise.

—Ya lo sé —respondí suavemente—, pero como puede comprender no tengo elección.

—¿Qué es más importante para ti? —preguntó inquisitivo—. ¿La venganza o la Orden?

Me encogí de hombros.

—Cuando consiga lo primero, lo demás recuperará su lugar.

—¿Lo hará? ¿Es lo que crees?

—Sí.

—¿Por qué? Lo único que habrás hecho es matar al vigente Gran Maestro. Tienes tantas posibilidades de ser juzgada por traición como de ser bienvenida de vuelta al rebaño. He enviado llamamientos a todas partes. A España, Italia, incluso a América. He oído buenas palabras pero ni una sola promesa de apoyo a tu causa en respuesta, ¿y sabes por qué? Porque para ellos el hecho de que la Orden francesa esté funcionando sin problemas convierte tu destitución en un asunto de escaso interés.

»Además, puedes apostar a que Germain ha utilizado sus propias redes. Habrá asegurado a nuestros hermanos de ultramar que la destitución era necesaria, y que la Orden francesa está en buenas manos.

»También debemos asumir que los Carroll se habrán encargado de envenenar las aguas por dondequiera que su nombre tenga alguna influencia. No puedes enfrentarte a Germain sin apoyo, Élise, y la realidad es que no tienes apoyos, pero aun sabiéndolo, planeas llevarlo a cabo de todas formas, lo que me dice que esto no es por la Orden, sino por venganza. Lo que, a su vez, me dice que estoy sentado junto a una loca suicida.

—Obtendré el apoyo —insistí.

—¿Y de dónde crees que vendrá, Élise?

—Esperaba poder forjar una alianza con los Asesinos —expliqué.

Dio un respingo y después negó apesadumbrado con la cabeza.

—Hacer las paces con los Asesinos es una vana ilusión, muchacha. Eso nunca sucederá, por mucho que tu amigo Haytham Kenway lo afirme en sus cartas. El señor Carroll tenía razón al respecto. Es como si le pidieras a una mangosta y a una serpiente que tomarán el té juntas.

—No puede creer lo que está diciendo.

—No solo lo creo, lo sé, muchacha. Te admiro por pensar lo contrario, pero estás equivocada.

—Mi padre pensaba de otra forma.

Suspiró.

—Cualquier tregua que tu padre negociara era temporal. Él lo sabía, al igual que todos nosotros. Nunca habrá paz.

21 de enero de 1793

i

Hacía mucho frío. Un frío cortante. El aliento se congelaba en el aire frente a nosotros mientras esperábamos en la plaza de la Concordia, el lugar donde se llevaría a cabo la ejecución del rey.

La plaza estaba abarrotada. Daba la sensación de que no solo todo París, sino toda Francia, se había congregado allí para ver morir al rey. Hasta donde alcanzaba la vista podía verse gente que tan solo un año atrás hubiera jurado fidelidad al monarca y que ahora, sin embargo, preparaba sus pañuelos para empaparlos en su sangre. Se encaramaban a los carromatos para tener mejores vistas, los niños subidos a hombros de sus padres, las jovencitas haciendo lo mismo sobre sus maridos o amantes.

Alrededor del perímetro de la plaza, los comerciantes habían instalado sus puestos y no mostraban ningún pudor en anunciarse, todos ofreciendo un «combinado especial ejecución». En el aire flotaba una atmósfera que solo podía describirse como de celebración por el derramamiento de sangre. Uno se preguntaba si a estas alturas estas gentes, las gentes de Francia, no estarían ya saciadas de sangre, pero mirando alrededor resultaba evidente que no era así.

Entre tanto, el verdugo estaba llamando a los prisioneros que iban a ser decapitados. Estos gritaban y protestaban mientras eran arrastrados hasta el patíbulo donde se había instalado la guillotina. La muchedumbre pedía su

sangre, guardaba silencio antes de que fuera derramada y vitoreaba cuando esta surgía salpicando el fresco día de enero.

ii

—¿Estás seguro de que Germain va a aparecer? —le pregunté a Arno cuando llegamos.

—Estoy seguro —contestó, justo antes de separarnos.

Aunque el plan había sido localizar a Germain, al final el traicionero y antiguo lugarteniente se hizo presente al asomarse a una plataforma que hacía las veces de mirador rodeado por sus hombres.

Es él, pensé, mirándole, mientras la multitud pareció desvanecerse súbitamente durante unos segundos.

Ese es François Tilomas Germain.

Sabía que era él. El pelo canoso recogido hacia atrás con un lazo negro, y ataviado con la túnica del Gran Maestro. Me pregunté qué pensarían los asistentes al ver a ese hombre con túnica ocupar una posición tan prominente. ¿Verían a un enemigo de la revolución? ¿O a un amigo?

Y cuando sus caras se giraban rápidamente para evitar ser vistos por Germain, ¿pensarían simplemente que era un hombre al que temer? Desde luego su aspecto inspiraba miedo. Su boca mostraba las comisuras hacia abajo en un gesto cruel, e incluso desde la distancia pude advertir que los ojos eran oscuros y penetrantes. Había algo en su mirada que resultaba inquietante.

Me indigné. Aquellas eran las prendas con las que solía ver a mi padre. No tenía sentido que adornaran la espalda de un impostor.

Arno, por supuesto, también le había visto y se las arregló para situarse aún más cerca de la plataforma. Observé mientras se acercaba a los guardias apostados a los pies de la escalinata y cuya tarea consistía en mantener a la marea de personas lejos de la plataforma. Habló con uno de ellos. Se escucharon gritos. Mis ojos se desviaron hacia Germain que se había

asomado para ver a Arno, y estaba indicando a los guardias que lo dejaran subir.

Yo, mientras tanto, traté de acercarme lo máximo que pude a la plataforma. Ignoraba si Germain sería capaz de reconocerme, pero es que además había otros rostros familiares alrededor. No podía permitir que me vieran.

Arno había llegado a la parte alta de la plataforma, uniéndose a Germain y quedándose a su lado, los dos hombres mirando hacia la multitud en dirección a la guillotina, que se alzaba y caía, se alzaba y caía…

—Hola, Arno.

Fue lo único que escuché decir a Germain, por lo que me arriesgué a levantar el rostro para mirar a la plataforma confiando en que entre la lectura de labios y el viento que soplaba en la dirección adecuada podría entender lo que estaban diciendo.

—Germain —contestó Arno.

Germain le hizo un gesto.

—Muy oportuno que estés aquí para ver el resurgimiento de la Orden Templaría. Después de todo, te hallabas ahí cuando surgió la idea de su renovación.

Arno asintió.

—El señor De la Serre —observó simplemente.

—Traté de hacérselo ver —declaró Germain, encogiéndose de hombros —. La Orden se había vuelto corrupta, aferrándose al poder y los privilegios por su propio interés. Nos habíamos alejado de las enseñanzas de De Molay y de nuestro propósito de liderar a la humanidad hacia una era de orden y paz.

Entretanto en el patíbulo acababan de hacer subir al rey que, dicho sea en su honor, miraba a sus torturadores con los hombros hacia atrás y la barbilla alta, orgulloso hasta el final. Entonces comenzó a soltar un discurso que sin duda había estado preparando dondequiera que le hubieran confinado antes de su trayecto a la guillotina. Pero justo cuando estaba pronunciando las últimas palabras, un redoble de tambor empezó a sonar, ahogando su voz. Valiente, sí. Pero ineficaz hasta el final.

Por encima de mí, Arno y Germain continuaban hablando, Arno, por lo que pude colegir, tratando de poner las cosas claras.

—Pero tú podías enderezarla, ¿no es así? ¿Y todo eso matando al hombre al mando?

El «hombre al mando» era mi padre. La oleada de odio que había experimentado al ver por primera vez a Germain se intensificó y deseé poder deslizar la hoja de mi espada entre sus costillas y verle morir en la fría piedra, igual que había hecho con mi padre.

—La muerte de François de la Serre fue solo la primera etapa —estaba diciendo Germain—. Esta es la culminación. La caída de la Iglesia, el final del régimen…, la muerte del rey.

—Pero ¿qué te ha hecho el rey? —le increpó Arno—. ¿Acaso te ha dejado sin trabajo? ¿Te ha quitado a tu mujer para hacerla su amante?

Germain negaba con la cabeza como si estuviera decepcionado con un pupilo.

—El rey no es más que un símbolo. Un símbolo puede inspirar miedo, y el miedo puede inspirar control, pero los hombres inevitablemente pierden el miedo a los símbolos, como puedes ver.

Apoyándose sobre la barandilla hizo un gesto hacia el patíbulo donde el rey, al que se le había denegado su última posibilidad de recobrar algo de su orgullo real, había sido obligado a arrodillarse. Su barbilla encajada en el hueco de la madera, la piel de su cuello expuesta a la espera de la guillotina.

—Esta es la verdad por la que murió De Molay —continuó Germain—. El Derecho Divino de los Reyes no es nada más que el reflejo del sol en el oro. Y cuando Corona e Iglesia hayan mordido el polvo, nosotros, los que controlamos el oro, decidiremos el futuro.

Hubo un murmullo de excitación entre la muchedumbre que rápidamente derivó en susurro. Había llegado la hora. Ese era el momento. Miré hacia la guillotina, la cuchilla brillando tenue, para luego descender rápidamente, seguida por el ruido sordo de la cabeza del rey cayendo en un cesto por debajo del tajo.

Hubo un momento de silencio en la plaza y a continuación un sonido que me costó identificar al principio, hasta que poco después reconocí de qué se trataba. Lo reconocí por mis días en la Maison Royale. Era el sonido

emitido por una clase llena de alumnos cuando comprenden que han ido demasiado lejos, cuando todo un grupo contiene la respiración al mismo tiempo, sabiendo que ya no hay vuelta atrás.

—Se acabó, ahora vamos a tener problemas.

Hablando casi entre dientes Germain comentó: «Jacques de Molay, has sido vengado». Y entonces supe que estaba tratando con un extremista, un fanático, un loco. Un hombre para el que la vida humana no tenía más valor que el de servir a la promoción de sus propios ideales, los cuales —por tratarse del hombre al mando de la Orden Templaría— le convertían en el hombre más peligroso de Francia.

Un hombre al que había que parar como fuera.

Sobre la plataforma, Germain se volvió hacia Arno.

—Y ahora debo marcharme —señalé—. Te deseo un buen día.

Miró a sus guardias y, con un imperioso ademán, les ordenó lanzarse sobre Arno con una sencilla y heladora palabra: «Matadle».

Y se alejó.

Eché a correr, saltando sobre los escalones a la vez que dos guardias se movían hacia Arno, que giró su torso para enfrentarse a ellos, su mano derecha cruzando su cuerpo en busca de la espada.

Su hoja no llegó a desenvainarse; mi espada en cambio habló una, dos veces: asestando dos cortes fatales en las arterias de los guardias y haciendo que se doblaran, sus ojos hundiéndose en las cuencas cuando sus frentes impactaron contra los tablones de la plataforma.

Fue un movimiento rápido que consiguió el objetivo de matar a los dos guardias. Pero también fue sangriento y muy poco discreto.

Como era de esperar, un grito surgió de algún punto cercano. Sin embargo, en medio de la gran conmoción por la ejecución no fue lo suficientemente agudo o alarmante como para que cundiera el pánico entre la multitud, aunque sí lo bastante para alertar a más guardias que aparecieron corriendo, subiendo los escalones de la plataforma hasta donde Arno y yo estábamos esperando para hacerles frente.

Me moví hacia delante, desesperada por llegar hasta Germain, atravesando al primero de los asaltantes con mi hoja, retirándola y girándola al mismo tiempo, a fin de alcanzar en un movimiento de revés al segundo

guardia. Era la clase de movimiento que el señor Weatherall hubiera despreciado, un ataque nacido del deseo de dar una muerte rápida más que de la necesidad de mantener una posición defensiva, la clase de embestida que te dejaba vulnerable frente a un contrario. Y no había nada que el señor Weatherall despreciara más que un ostentoso e incauto ataque.

Pero, una vez más, tenía a mi lado a Arno, que se encargó de un tercer guardia y es posible que tal vez entonces el señor Weatherall me hubiera perdonado.

En el espacio de pocos segundos tuvimos tres cuerpos apilados a nuestros pies. Pero estaban llegando nuevos guardias y a unos pocos metros distinguí a Germain. Este había visto cambiar el signo de la lucha y trataba de escapar de allí dirigiéndose a toda prisa hacia un carruaje situado en la vía pública, en el perímetro de la plaza.

Yo no podía alcanzarle, pero Arno…

—¿Qué estás haciendo? —le grité, urgiéndole para que fuera detrás de Germain. Derroté al primero de mis atacantes y vi a Germain alejarse.

—No voy a permitir que mueras —contestó Arno, y volvió su atención a las escaleras donde habían aparecido nuevos guardias.

Pero yo no iba a morir. Tenía una vía de escape. Dirigí la vista hacia la calle y vi que la portezuela del carruaje se abría y a Germain a punto de subir. Golpeando salvajemente con mi espada salté la barrera, aterrizando torpemente en el suelo, pero no tan mal como para morir a manos de un guardia que creyó ver su oportunidad de acabar conmigo y pagó muy cara su presunción cuando mi acero le atravesó la garganta.

Desde algún lugar a mi espalda escuché a Arno gritar, pidiéndome que parara: «No vale la pena». Había visto una falange de guardias rodear la plataforma, creando una barrera entre donde me encontraba y…

Germain. El hombre había alcanzado el carruaje, subido a él y cerrado la portezuela de un golpe. Vi al cochero sacudir las riendas y las crines de los caballos ondear al viento cuando sus morros se alzaron y sus corvejones se tensaron, poniendo en marcha el carruaje.

Maldición.

Traté de tranquilizarme, preparándome para emprenderla contra los guardias, cuando sentí a Arno a mi lado agarrar mi brazo.

—No, Élise.

Con un grito de frustración lo aparté de mí. El pelotón avanzaba hacia nosotros, espadas en ristre, y los hombros echados hacia delante. En sus ojos brillaba la confianza de su superioridad numérica. Apreté los dientes.

Maldito. *Maldito Arno*.

Pero entonces me cogió de la mano, me arrastró hacia la seguridad y el anonimato de la multitud y empezó a abrirse paso a través de los sorprendidos espectadores de la periferia hasta el centro de la muchedumbre, dejando a los guardias atrás.

No fue hasta que abandonamos el escenario de la ejecución —hasta que ya no hubo más gente alrededor— cuando nos detuvimos.

Me enfrenté a él.

—Se ha ido, maldita sea, nuestra única oportunidad…

—No se ha acabado —insistió. Y viendo que necesitaba calmarme añadió—: Encontraremos otra pista…

Sentí mi sangre bullir.

—No, no podremos. ¿Crees que volverá a ser tan descuidado sabiendo lo cerca que estamos de él? Has tenido una oportunidad de oro para terminar con su vida y la has desperdiciado.

Negó con la cabeza, sin verlo del mismo modo.

—Para salvarte la vida —insistió.

—No te corresponde a ti salvarla.

—¿Qué estás diciendo?

—Que estoy dispuesta a morir con tal de acabar con Germain. Si no tienes estómago para la venganza… entonces no necesito tu ayuda.

Y lo pensaba, querido diario. Mientras estoy aquí sentada escribiendo esto y reflexionando sobre las duras palabras que intercambiamos, no tengo ninguna duda de que lo pensaba entonces y lo pienso ahora.

Quizás su lealtad a mi padre no fuera tan grande como proclamaba.

No, no necesitaba su ayuda.

10 de noviembre de 1793

Lo llamaron el Terror.

«Enemigos de la revolución» eran enviados por docenas a la guillotina por oponerse a la revolución, acumular grano o ayudar a los ejércitos extranjeros. Llamaron a la guillotina «la navaja nacional» haciéndola trabajar duro, exigiendo que cayeran dos o tres cabezas al día solamente en la plaza de la Revolución. Toda Francia estaba acobardada bajo la amenaza de la cuchilla que caía sin piedad.

Entretanto, y en relación con acontecimientos más cercanos a mi corazón, tuve noticias de que Arno había sido expulsado de su Orden.

—Ha sido apartado —leyó el señor Weatherall en su correspondencia, sujetando una carta, el último vestigio de la en su día orgullosa red de agentes con la que finalmente había conseguido contactar.

—¿Quién? —pregunté.

—Arno.

—Ya veo.

Sonrió.

—¿Pretendes fingir que no te importa?

—No hay ninguna pretensión en ello, señor Weatherall.

—¿Aún sigues sin perdonarle?

—Una vez me prometió que si tenía la oportunidad de matarle la aprovecharía. Tuvo la oportunidad y no la aprovechó.

—Tenía razón —observó el señor Weatherall un día. Lo soltó de golpe, como si llevara algún tiempo rumiándolo en su cabeza.

—¿Cómo dice? —pregunté.

De hecho no lo pregunté, más bien lo espeté. La verdad era que el señor Weatherall y yo llevábamos irritados el uno con el otro desde hacía semanas, tal vez meses. La vida había quedado reducida a una única cosa: *pasar desapercibidos*. Y eso me volvía loca de frustración. Pasaba cada día preocupándome por encontrar a Germain antes de que él nos encontrara a nosotros; cada día esperando a que las cartas llegaran desde sus constantemente cambiantes escondrijos, sabiendo que estábamos entablando una batalla perdida.

Y sí, me enfurecía saber que Germain había estado muy cerca de sentir mi espada. Y también el señor Weatherall se enfurecía, aunque por razones distintas. Sobra decir que el señor Weatherall me creía demasiado irreflexiva e impetuosa. En su opinión, debería haber esperado y tomarme mi tiempo para conspirar contra Germain, al igual que este había hecho para hacerse con el mando de nuestra Orden. Decía que yo estaba pensando con la espada. Trató de explicarme que mis padres nunca habrían actuado con esa incauta precipitación. Se valía de todos los trucos que conocía, y ahora se valía de Arno.

—Arno tenía razón —insistió—. Te habrían matado. Para lo que habrías conseguido, te habría valido lo mismo rajarte tú misma la garganta.

Emití un sonido exasperado, lanzando una mirada resentida alrededor de la habitación en la que estábamos sentados. Era cálida, hogareña y, en circunstancias normales, me habría encantado estar allí, pero en su lugar me pareció pequeña y abarrotada. Esa habitación y todo el pabellón del guarda en su conjunto se habían convertido en un símbolo de mi propia inacción.

—¿Y qué hubiese querido que hiciera entonces? —inquirí.

—Si realmente amaras la Orden, lo mejor que podrías hacer es ofrecerte a hacer las paces. Ofrecerte a servir a la Orden.

Le miré boquiabierto.

—¿Rendirme?

—No, nada de rendirte, sino hacer las paces. Negociar.

—Pero son mis enemigos. No puedo *negociar* con mis enemigos.

—Trata de verlo desde otro punto de vista, Élise —insistió el señor Weatherall intentando que comprendiera—. Estás haciendo las paces con

los Asesinos y sin embargo no negocias con tu propia gente. Eso es lo que parece.

—No fueron los Asesinos quienes mataron a mi padre —susurré—. ¿Cree que puedo firmar una tregua con los asesinos de mi padre?

Él extendió las manos.

—¡Cristo!, y tú piensas que los Asesinos y los Templarios sí pueden alcanzarla. ¿Qué pasa si todos son como tú, eh? Empecinados en un único objetivo: «Quiero mi venganza sin importar las consecuencias».

—Eso llevará tiempo —admití.

—Y eso es lo que puedes hacer —aprovechó para insistir—. Puedes esperar a que llegue tu momento. Puedes hacer mucho más desde dentro que desde fuera.

—Y ellos lo saben. Tienen rostros sonrientes y cuchillos escondidos en la espalda.

—No asesinarán a una conciliadora. La Orden lo consideraría deshonroso y lo que necesitan por encima de todo es armonía dentro de la Orden. No. Si les ofreces diplomacia responderán con diplomacia.

—Eso no puede asegurarlo.

Se encogió levemente de hombros.

—No, pero, en cualquier caso, creo que arriesgarse a morir de esa forma es mejor que arriesgarse a morir a tu manera.

Me levanté y le miré furiosa, un anciano encorvado sobre sus muletas.

—Así que ese es su consejo, ¿no es cierto? Que haga las paces con los asesinos de mi padre.

Alzó la vista con ojos tristes porque ambos sabíamos que aquello solo podía terminar de una forma.

—Así es —contestó—. Como consejero tuyo que soy, ese es mi consejo.

—Entonces considérese despedido —declaré.

Asintió.

—¿Quieres que me marche?

Negué con la cabeza.

—No. Quiero que se quede.

Fui yo quien se marchó.

2 de abril de 1794

Ha resultado muy doloroso volver aquí de nuevo, al castillo de Versalles, pero era donde se alojaba Arno, de modo que fue adonde me dirigí.

Al principio creí que la información que me habían facilitado no era correcta, porque en su interior el castillo seguía estando en las mismas, si no peores, condiciones que presentaba la última vez que estuve.

Otra cosa que había sabido es que Arno evidentemente no se había tomado bien su expulsión de los Asesinos, ganándose una merecida fama de borracho entre los lugareños.

—Tienes un aspecto horrible —declaré cuando finalmente le encontré cómodamente instalado en el despacho de mi padre.

Me miró con ojos cansados antes de apartar la vista.

—Y tú parece como si quisieras algo de mí.

—Es curioso que digas eso después de haberte esfumado como lo hiciste.

Soltó una pequeña tosecilla.

—Dejaste muy claro que mis servicios ya no eran requeridos.

Sentí mi rabia ascender.

—No, no te atrevas a hablarme así.

—¿Y qué quieres que diga, Élise? ¿Siento no haberte dejado morir? ¿Que me perdones por preocuparme más por ti que por matar a Germain?

Y sí, supongo que mi corazón se derritió. Solo un poco.

—Creí que los dos queríamos la misma cosa.

—Yo te quería a ti. Me mata saber que mi descuido acabó con la vida de tu padre. Todo lo que he estado haciendo ha sido para tratar de enmendar ese error e impedir que volviera a suceder. —Dejó caer la vista—. Has debido de venir aquí con algo en mente. ¿De qué se trata?

—París se está desgarrando —expliqué—. Germain está llevando la revolución a nuevos niveles de depravación. Ahora la guillotina funciona casi las veinticuatro horas del día.

—¿Y qué quieres que haga yo al respecto?

—El Arno al que amo no necesitaría hacer esa pregunta —contesté.

Hice un gesto indicando el caos que reinaba en el que en su día había sido el querido despacho de mi padre. Aquí fue donde conocí mi destino como Templaría, aquí donde me explicaron el linaje Asesino de Arno. Ahora era un cuchitril.

—Tú vales más que esto —declaré—. Me vuelvo a París, ¿te vienes?

Sus hombros cayeron y durante un momento pensé que ese era el final de Arno y mío. Con tantos secretos envenenando nuestra relación, ¿cómo podríamos ser alguna vez lo que queríamos ser? El nuestro era un amor frustrado por los planes forjados para nosotros por otras personas.

Pero se levantó, como si hubiera tomado una decisión, y alzó la cabeza mirándome a través de unos ojos cansados y resacosos que, sin embargo, se llenaron con renovado propósito.

—Aún no —me dijo—. No puedo marcharme sin ocuparme antes de La Touche.

Ah, Aloys la Touche. La nueva incorporación a nuestra —o debería decir «su»— Orden, uno de los nombramientos de Germain, un hombre que amputaba las extremidades de los mendigos. Por lo que a mí concernía, Arno podía hacer con él lo que quisiera.

Sin embargo le pregunté:

—¿Es realmente necesario? Cuanto más tiempo esperemos, más posibilidades hay de que Germain se nos escape entre los dedos.

—Lleva meses sometiendo a Versalles bajo su bota. Debería haber hecho algo al respecto hace mucho tiempo.

Tenía razón.

—Está bien. Iré a arreglar nuestro transporte. Mantente lejos de los problemas.

Me miró confuso. Sonreí y suavicé mi despedida.

—Intenta que no te cojan.

3 de abril de 1794

—Las cosas han cambiado mucho desde que dejaste París —le dije al día siguiente mientras tomábamos asiento en el carromato que nos llevaría de vuelta a la ciudad.

Asintió.

—Hay muchas cosas que enderezar.

—Y seguimos sin estar cerca de encontrar a Germain.

—Eso no es del todo cierto —corrigió—. Tengo un nombre.

Le miré.

—¿Quién?

—Robespierre.

Maximilien de Robespierre. Ese sí que era un nombre importante. El hombre al que llamaban El Incorruptible, actual presidente de los jacobinos y lo más parecido en la actualidad a un gobernante de Francia. Por tanto, era un hombre que ostentaba un enorme poder.

—Lo mejor será que me cuentes lo que sabes, ¿no crees?

—Lo he visto todo, Élise —confesó, su rostro desmoronándose como si fuera incapaz de soportar el recuerdo.

—¿Qué quieres decir con «todo»? —pregunté cautelosa.

—Me refiero a que veo cosas. ¿Recuerdas cuando maté a Bellec? Entonces vi cosas. Así fue como pude saber qué hacer a continuación.

—Cuéntame más —insistí, deseando que se abriera pero al mismo tiempo no queriendo hablar con él.

—¿Recuerdas que maté a Sivert?

Apreté los labios, tragándome una oleada de rechazo.

—Entonces tuve una visión —prosiguió—. He tenido visiones con todos ellos, Élise. Todos los objetivos, hombres y mujeres con los que he tenido una conexión personal. Vi como a Sivert se le negaba la entrada a una reunión templaría organizada por tu padre, las primeras semillas de su resentimiento hacia él. Vi a Sivert acercarse al Rey de los Mendigos. Les vi a los dos atacar a tu padre.

—Tuvieron que ser dos —espeté.

—Oh, tu padre luchó valientemente, como ya te conté, consiguió sacar un ojo a Sivert; de hecho habría podido ganar de no haber sido por la intervención del Rey de los Mendigos…

—¿Viste como sucedió?

—En la visión, sí.

—¿Y por eso sabías que se había utilizado un alfiler de iniciación?

—Exactamente.

Me incliné sobre él.

—Y esas visiones que tienes… ¿Cómo lo haces?

—Bellec me explicó que algunos hombres nacen con esa habilidad, y otros la aprenden con el tiempo gracias al entrenamiento.

—Y tú eres de los que has nacido con ella.

—Eso parece.

—¿Y qué más?

—Por el Rey de los Mendigos supe que tu padre se había resistido a sus propuestas. Vi a Sivert ofrecerle el alfiler y decirle cómo su «maestro» podía ayudar.

—¿Su «maestro»? ¿Germain?

—Precisamente. Aunque por entonces no lo sabía. Lo único que vi fue una figura envuelta en una túnica aceptando al Rey de los Mendigos en vuestra Orden.

Pensé en el señor Weatherall y sentí una punzada de arrepentimiento por habernos separado en tan malos términos, deseando poder compartir con él el hecho de que nuestras conjeturas hubieran sido acertadas.

—¿El Rey de los Mendigos fue recompensado por matar a mi padre? —pregunté.

—Eso parece. Cuando maté a la señora Levesque vi que detrás de toda la trama estaban los planes templarios para elevar el precio del grano. Además presencié como tu padre expulsaba a Germain de la Orden. Germain invocó a De Molay mientras se lo llevaban. Y más tarde vi como Germain se acercaba a la señora Levesque. Vi a los Templarios conspirando para desvelar información que podría perjudicar al rey.

—Germain dijo que cuando el rey fuese ejecutado como un vulgar criminal podría mostrar al mundo la verdad sobre Jacques de Molay.

—Pero también vi algo más. Vi a Germain presentar a sus colegas Templarios nada menos que a Maximilien de Robespierre.

8 de junio de 1794

i

Apenas puedo recordar un tiempo en el que las calles de París no estuvieran atestadas de gente. Había visto demasiadas revueltas y ejecuciones, demasiada sangre derramada por las calles. Y ahora, la ciudad parecía haber vuelto a congregarse en el Campo de Marte. Aunque esta vez había una sensación diferente en el aire.

Antes, los parisinos acudían dispuestos para la batalla, algunos preparados para matar y preparados para morir si fuera necesario; antes se habían congregado para saciar sus olfatos con el olor de la sangre de la guillotina, mientras que ahora se concentraban para celebrarlo.

La muchedumbre se había distribuido por columnas, los hombres a un lado y las mujeres al otro. Muchos llevaban flores, ramos o ramas de roble, y aquellos que no lo hacían sostenían banderas al viento que llenaban el Campo de Marte, ese enorme espacio ajardinado que desembocaba en una colina construida por el hombre justo en el centro, sobre la que esperaban ver al nuevo líder.

Celebraban el Festival del Ser Supremo, una de las ideas de Robespierre. Mientras que las otras facciones revolucionarias querían prescindir totalmente de la religión, Robespierre entendía su poder. Sabía que el hombre corriente se sentía atraído por la idea de creer, y cómo ansiaba creer en *algo*.

Con muchos republicanos apoyando ahora lo que llamaban la «descristianización», Robespierre había tenido una ocurrencia. Había ideado la creación de un nuevo credo en el que destacaba una nueva deidad no cristiana: el Ser Supremo. Y así, el mes pasado había anunciado el nacimiento de una nueva religión estatal en un decreto en el que «los franceses reconocen al Ser Supremo y la inmortalidad del alma…».

Para convencer al pueblo de la brillantez de la idea, había propuesto celebrar festivales. El Festival del Ser Supremo era el primero de ellos.

Cuáles serían sus *verdaderos* motivos lo desconozco. Lo único que sabía es que Arno había descubierto algo. Había descubierto que Robespierre era una marioneta en manos de Germain. Y lo que quiera que estuviera sucediendo hoy tenía muy poco que ver con las necesidades del populacho y mucho con fomentar las aspiraciones de mis antiguos socios Templarios.

—Nunca conseguiremos acercarnos a él en medio de esta multitud —observó Arno—. Más nos valdría retirarnos y aguardar una mejor oportunidad.

—Aún sigues pensando como un Asesino —le reproché—. Esta vez tengo un plan.

Me miró arqueando las cejas, pero ignoré sus gestos de burlona incredulidad.

—¿Ah, sí? ¿Y qué plan es ese?

—Pensar como un Templario.

En la distancia se escuchó el sonido de la artillería. El murmullo de la multitud decayó y volvió a aumentar mientras se preparaba, las dos columnas de personas empezando a desplazarse solemnemente hacia la colina.

Eran miles. Cantaban y gritaban: «Viva Robespierre» mientras avanzaban. Por todas partes ondeaban banderas tricolores bajo la suave brisa.

A medida que nos acercábamos vi cada vez más calzones y casacas de doble botonadura de la Guardia Nacional. Cada uno llevaba una espada en la cadera y la mayoría también mosquetes y bayonetas. Formaron una barrera entre la muchedumbre y la colina desde la cual Robespierre

pronunciaría su discurso. Llegamos hasta ellos y nos detuvimos, esperando a que el gran discurso comenzara.

—Está bien, ¿y ahora qué? —preguntó Arno apareciendo a mi lado.

—Robespierre es inaccesible; tiene a la mitad de la Guardia protegiéndole —declaré, señalando a los hombres—. Nunca conseguiremos acercarnos lo suficiente a él.

Arno me fulminó con la mirada.

—Eso es precisamente lo que te expliqué hace un momento.

No muy lejos de donde estábamos había una enorme tienda de campaña, rodeada por hombres de la Guardia Nacional vigilándola. Si mis suposiciones no fallaban, Robespierre estaría dentro.

Sin duda estaría preparándose para su gran discurso al igual que un actor antes del espectáculo, dispuesto a aparecer ante la gente como alguien regio y presidencial. De hecho, no había ninguna duda en la mente de todos sobre a quién se refería con ese Ser Supremo; escuché murmullos al respecto mientras nos abríamos paso por el interior de la explanada. Indiscutiblemente flotaba un aire de celebración en el ambiente al que contribuían los cánticos, las risas, las ramas y ramos que todos portábamos, pero tampoco faltaba la disensión, aunque esta era expresada en voz más baja.

Y eso me dio una idea…

—Ya no es tan popular como antes —le dije a Arno—. Las purgas, este culto al Ser Supremo… Todo lo que tenemos que hacer es desacreditarle.

Arno estuvo de acuerdo.

—Y un masivo espectáculo público es el lugar perfecto.

—Exactamente. Retrátale como un peligroso lunático y su poder se evaporará como la nieve en abril. Todo lo que necesitamos es alguna evidencia convincente.

En lo alto de la colina Robespierre soltaba su discurso. «El día eternamente feliz que el pueblo francés ha consagrado al Ser Supremo ha llegado por fin…», comenzó. La muchedumbre bebía cada palabra y mientras avanzaba entre la multitud pensé: *Realmente lo está haciendo*. Realmente está inventando un nuevo Dios y pretende que lo adoremos.

—Él no creó a los reyes para devorar a la raza humana —continuó Robespierre—. No creó sacerdotes para uncirnos como bestias salvajes a los carruajes de los reyes…

Ciertamente este nuevo Dios era un dios adecuado para la revolución.

Entonces la primera parte del discurso acabó, la multitud rugió enfervorecida, puede incluso que hasta los más pesimistas se unieran a la alegría general de la ocasión. Eso había que reconocérselo a Robespierre. Para un país tan dividido éramos por fin una sola voz.

Arno mientras tanto había conseguido colarse en la tienda de Robespierre en busca de algo que pudiéramos utilizar para incriminar al supremo líder. Reapareció trayendo un par de obsequios: una carta que leí rápidamente en la que se demostraba más allá de toda duda el vínculo de Robespierre con Germain.

Señor Robespierre:

Tenga cuidado de no poner sus propias ambiciones por delante de la Gran Obra. Aquello que hacemos no es para nuestra propia gloria, sino para moldear el mundo a imagen de De Molay.

G

Y había también una lista.

—Una lista de nombres, unos cincuenta diputados de la Convención Nacional —indicó Arno—. Todos escritos por la mano de Robespierre y todos opuestos a él.

Soltó una carcajada.

—Imagino que esos buenos caballeros estarán muy interesados en saber que figuran en una lista. Pero primero… —señalé unos barriles de vino a poca distancia—. El señor Robespierre ha traído su propia bebida. Distrae a los guardias por mí. Tengo una idea.

iii

Completamos nuestras tareas a la perfección. Arno se aseguró de que la lista captara la atención de algunos de los más feroces críticos de Robespierre; y yo, mientras tanto, drogué su vino.

—¿Qué es lo que hay exactamente en ese vino? —preguntó Arno mientras esperábamos a que el espectáculo continuara y Robespierre reanudara su discurso bajo la influencia de lo que había filtrado en su bebida, que era…

—Cornezuelo en polvo. En pequeñas dosis causa locura, balbuceo al hablar e incluso alucinaciones.

Arno sonrió.

—Bueno, esto puede resultar interesante.

Y desde luego lo fue. Cuando Robespierre prosiguió, divagó y titubeó hasta el final de su discurso, y cuando sus adversarios le inquirieron desafiantes por la lista, no tuvo respuesta.

Nos marchamos cuando Robespierre era bajado de la colina acompañado de los abucheos e improperios de la multitud, probablemente confundida por lo bien que había comenzado el festival y ese final tan catastrófico.

Me pregunté si habría captado la presencia de unas manos entre bastidores manipulando los acontecimientos. Si era Templario, debería estar acostumbrado a ello. En cualquier caso, el proceso de desacreditarle había comenzado con éxito. Solo había que esperar.

27 de julio de 1794

i

Vuelvo a leer esa última entrada. «Solo había que esperar».

Pues bien, ¡maldita sea!, como hubiera dicho el señor Weatherall. Era esa espera la que me estaba volviendo loca.

Recorrí en soledad los suelos desnudos de la vacía mansión, espada en mano, practicando mi destreza, y me encontré a mí misma añorando al señor Weatherall, que estaría sentado contemplándome con sus muletas a mano, diciéndome que mi postura estaba mal, mi juego de pies demasiado complicado —«¿quieres parar de exhibirte de una maldita vez?»—, solo que no estaba ahí. Estaba sola. Y debería haberlo pensado mejor porque estar sola no era bueno para mí. Sola cavilaba demasiado. Tenía mucho tiempo para rumiar mis propios pensamientos y dar demasiadas vueltas a las cosas.

Sola, supuraba como una herida infectada.

Y todo eso fue parte del motivo por el que hoy perdí las formas hasta casi no reconocerme.

ii

Todo comenzó tras recibir nuevas noticias que me hicieron entrar en acción, y en la posterior reunión con Arno le dije: «Robespierre ha sido arrestado».

—Aparentemente profirió ciertas amenazas respecto a una purga contra los «enemigos del estado». Se ha previsto su ejecución para primera hora de mañana.

Necesitábamos verle antes de que sucediera, pero al llegar a la prisión de For-l'Évéque nos encontramos con una auténtica carnicería. Hombres muertos por todas partes, la escolta de Robespierre asesinada, y ni rastro de él. De un rincón nos llegó un gemido y Arno se agachó junto a un guardia que estaba recostado contra el muro, su pecho manchado de sangre. Se apresuró a aflojarle la casaca, encontró la herida y detuvo la hemorragia.

—¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó.

Me acerqué a ellos, tratando de escuchar la respuesta. Mientras Arno luchaba para mantener al soldado con vida, me agaché sobre el charco de sangre para poder pegar el oído a su boca.

—El alcaide se negó a recibir a los prisioneros —tosió el moribundo—. Mientras estábamos esperando las órdenes, las tropas de la Comuna de París nos atacaron. Se llevaron a Robespierre y a los otros prisioneros.

—*¿Dónde?*

—Por allí —dijo señalando—. No pueden estar lejos. Media ciudad se ha vuelto contra Robespierre.

—Gracias.

Y por supuesto debí haber ayudado a cuidar las heridas del hombre. No debí precipitarme y salir en busca de Robespierre. Fue una reacción equivocada. Fue algo mal hecho.

Aun así, no fue tan malo como lo que sucedió a continuación.

Robespierre había tratado de escapar pero, como sucedía con muchos de sus planes últimamente, su plan se vio frustrado por Arno y por mí. Le alcanzamos en el Ayuntamiento, con las tropas de la Convención a punto de llegar e irrumpir por la puerta.

—¿Dónde está Germain? —quise saber.

—No hablaré.

Y lo hice. Esa cosa terrible. Esa cosa que demuestra que había llegado al límite de lo que significaba ser yo, que ya no podía detenerme porque para llegar aquí había ido demasiado lejos.

Lo que hice fue sacar mi pistola del cinturón y, aunque Arno alzó una mano para impedirlo, la apunté contra Robespierre mirándole a través de un velo de odio, y disparé.

El disparo atronó en la habitación como un cañonazo. La bala se hundió en la parte baja de su mandíbula, que se partió y quedó colgando al mismo tiempo que la sangre empezaba a brotar de sus labios y encías, salpicando el suelo.

Él gritó y se retorció con los ojos muy abiertos por el terror y el dolor, sus manos agarrando su destrozada y sangrante boca.

—Escriba —espeté.

Trató de formar las palabras pero no pudo, garabateando en un trozo de papel, la sangre resbalando por su rostro.

—El templo —dije tomando el papel y leyendo sus palabras, ignorando la mirada horrorizada de Arno—. Debí haberlo imaginado.

Los pasos de las tropas de la Convención se estaban acercando.

Contemplé a Robespierre.

—Espero que disfrute de su justicia revolucionaria, señor —declaré, y nos marchamos, dejando tras nosotros a un sollozante y herido Robespierre, que se sujetaba la boca con las manos empapadas en sangre…, y una parte de mi humanidad.

Esos comportamientos. Es como si imaginara que los hada otra persona, «otro yo» sobre el que no tenía ningún control, y cuyas acciones solo puedo contemplar con una especie de distante interés.

Y supongo que todos ellos son evidencias, no solo de haberme saltado las advertencias del señor Weatherall o, tal vez y la más importante, de no saber actuar conforme a las enseñanzas de mi madre y mi padre, sino de haber alcanzado tal grado de infección mental que es demasiado tarde para detenerla. No hay otra solución más que cortarla de cuajo y esperar sobrevivir a la amputación como una persona renovada.

Pero si no sobrevivo…

Debo concluir mi diario, al menos por esta noche. Tengo que escribir algunas cartas.

EXTRACTOS DEL DIARIO DE ARNO DORIAN

12 de septiembre de 1794

i

Supongo que aquí es donde habría que retomar la historia. Y debería empezar por decir que cuando me reuní con ella en el templo al día siguiente se la veía pálida y agotada, y ahora sé por qué.

Hace algo más de cien años el templo del Marais fue construido siguiendo el modelo del Panteón de Roma. Alzándose tras la arcada de su fachada, con su propia versión de la famosa cúpula, estaban los altos muros. El único tráfico de entrada y salida era alguna carreta ocasional llena de paja que entraba por una puerta con postigos.

Casi enseguida Élise quiso que nos dividiéramos, pero yo no estaba tan seguro; había algo extraño en su mirada, como si le faltara algo, como si una parte de ella estuviera de alguna forma ausente.

Lo que en cierto sentido supongo que era cierto. Entonces lo interpreté como determinación y concentración y no he leído nada en sus diarios que sugiera algo más que esa patente decisión. Élise tal vez estuviera resuelta a coger a Germain, pero no creo que creyera que podía morir, sino más bien que ella mataría a Germain ese día o moriría en el intento.

Quizá permitió que esa firmeza de alma se tragara su miedo olvidando que a veces, por muy decidido que uno esté, por diestras que sean tus habilidades en combate, es el miedo el que te mantiene con vida.

Cuando nos dividimos para encontrar la entrada al santuario del templo, me lanzó una mirada muy significativa.

—Si tienes a tiro a Germain —dijo—, aprovéchalo.

ii

Y eso hice. Le encontré en el interior del templo, sumido en la oscuridad entre la húmeda piedra gris, una solitaria figura entre los pilares de la nave de la iglesia.

Entonces tuve mi oportunidad.

Sin embargo fue demasiado rápido para mí. Sacó una espada con extraños poderes. La clase de arma de la que en su día me habría reído pensando que sería un engaño. Ahora, sin embargo, he aprendido a no reírme de cosas que no comprendo, y mientras Germain blandía esa extraña y brillante cosa que parecía contener y desatar grandes rayos de energía como si los alimentara a partir del aire a su alrededor, haciendo que destellara y chisporroteara, no encontré nada risible en lo que quiera que fuera esa espada.

La hoja habló de nuevo, soltando chispazos y lanzando una descarga de energía que pareció dirigirse contra mí como si tuviera una mente propia.

—Así que el Asesino pródigo ha regresado —comentó Germain—. Empecé a sospecharlo cuando La Touche dejó de enviar los ingresos de los impuestos. Te has convertido en una espina en mi costado.

Salí rápidamente de mi escondite tras una columna, mi espada oculta alzándose y centelleando débilmente en la débil luz.

—¿Lo de Robespierre también fue obra tuya? —preguntó cuando nos situamos el uno frente al otro.

Sonreí a modo de asentimiento.

—No importa —repuso sonriendo también—. Su Reinado del Terror ha servido a su propósito. El metal ha sido forjado y moldeado. Apagar su fulgor solo conseguirá darle su forma definitiva.

Me abalancé sobre él golpeando su espada, intentando no desviarla sino dañarla, sabiendo que si de algún modo podía desarmarle tal vez pudiera inclinar la batalla a mi favor.

—¿Por qué eres tan persistente? —se burló—. ¿Es por venganza? ¿Acaso Bellec te adoctrinó tan a conciencia que incluso ahora cumples sus órdenes? ¿O es amor? ¿Te ha trastornado la cabeza la joven De la Serre?

Mi espada oculta golpeó con fuerza sobre el fuste de la suya y el arma pareció desprender un dolorido y furioso fulgor, como si estuviera herida.

Aun así, Germain, apoyado ahora sobre el pie trasero, fue capaz de controlar su poder, esta vez de una forma que incluso yo tuve dificultades en creer. Con una descarga de energía me empujó hacia atrás al tiempo que dejaba la marca de una quemadura en el suelo, y entonces el Gran Maestro simplemente desapareció.

De algún profundo recoveco del edificio surgió un estallido en respuesta que pareció resonar en los muros de piedra, y me incorporé rápidamente para correr en esa dirección, bajando de un salto un tramo de escaleras hasta llegar a la cripta.

A mi izquierda Élise emergió de la oscuridad de las catacumbas. Muy astuta. Tan solo unos segundos antes y hubiéramos tenido a Germain atrapado en ambas direcciones.

(Esos momentos, ahora me doy cuenta, unos pocos segundos aquí y otros pocos segundos allá, apenas unos mínimos y descorazonadores caprichos del tiempo, fueron los que decidieron el destino de Élise).

—¿Qué ha pasado aquí? —demandó, estudiando lo que hasta entonces había sido la puerta de la cripta y que ahora estaba ennegrecida y retorcida.

Sacudí la cabeza.

—Germain tiene algún tipo de arma… Nunca he visto nada igual. Consiguió librarse de mí.

Ella apenas me miró.

—No ha pasado por delante de mí. Debe de estar allí abajo.

Le lancé una mirada de incredulidad. Aun así descendimos, espadas en ristre, los pocos escalones hasta la cripta.

Vacía. Pero tenía que haber una puerta secreta. Empecé a tantear las paredes hasta que mis dedos encontraron una palanca entre la piedra. Tiré de ella y retrocedí, y cuando la puerta se abrió con un profundo chirrido, encontré una gran cámara que se extendía frente a mí, alineada con columnas y un sarcófago templario.

En su interior esperaba Germain. De espaldas a nosotros, pude advertir que su espada de alguna forma había recobrado su poder y que nos estaba esperando, cuando de pronto Élise pasó a mi lado y se precipitó hacia delante con un grito de rabia.

—*¡Élise!*

Como me figuraba, en cuanto Élise se echó sobre él, Germain se dio la vuelta, blandiendo la brillante y refulgente espada, un rayo de energía surgiendo de ella como una serpiente y obligándonos a buscar cobertura.

Soltó una carcajada.

—Ah, también ha venido la señorita De la Serre. Esta es toda una reunión.

—Mantente oculta —susurré a Élise—. Deja que siga hablando.

Asintió agachándose detrás de un sarcófago, haciendo un gesto para que me alejara a la vez que llamaba a Germain.

—¿Acaso pensaba que este día no llegaría? —preguntó—. ¿Que como François de la Serre no tenía hijos varones para vengarle su crimen quedaría impune?

—¿Es por venganza, entonces? —Se rio—. Su visión es tan estrecha como la de su padre.

—Es usted quien habla —gritó en respuesta—. ¿Tan amplia era su visión cuando se apropió del poder?

—¿Poder? No, no, no, usted es más inteligente que eso. Esto nunca ha sido una cuestión de poder, sino de control. ¿Acaso su padre no le enseñó nada? La Orden se ha vuelto complaciente. Durante siglos hemos centrado nuestra atención en las trampas del poder: los títulos de nobleza, los cargos de la Iglesia y el Estado. Atrapados en la misma mentira que fabricamos para guiar a las masas.

—*Le mataré* —gritó ella.

—No está escuchándome. Matarme no detendrá nada. Cuando nuestros hermanos Templarios vean las viejas instituciones desmoronarse, se adaptarán. Se retirarán a las sombras y nosotros, por fin, seremos los Maestros Secretos que estábamos preparados para ser. Así que adelante, máteme si puede. Pero a menos que encuentre milagrosamente un nuevo rey y detenga la revolución de golpe, ya no importará.

Desplegué mi trampa, acercándome por el lado ciego de Germain, aunque desgraciadamente no pude matarle con mi espada; en su lugar su arma chasqueó con furia y una esfera de energía blanquiazul surgió de ella con la velocidad de una bala de cañón, infligiendo los destrozos propios de un cañonazo sobre la cámara a nuestro alrededor. Un segundo después me vi envuelto en una nube de polvo cuando la maniposteria se desprendió, y al momento siguiente me encontré atrapado bajo una columna derribada.

—*Arno* —llamó ella.

—Estoy atrapado.

Lo que quiera que hubiese sido esa gran bola de energía, Germain no había podido controlarla completamente. Ahora estaba rehaciéndose, tosiendo mientras entornaba los ojos a través del polvo arremolinado, tropezando con los trozos de mampostería desperdigados por el suelo de piedra mientras se ponía en pie.

Todavía encorvado, se irguió preguntándose si debía rematarnos ahí mismo, pero obviamente lo descartó y, en su lugar, giró para ocultarse aún más en las profundidades de la cámara, su espada escupiendo furiosos chisporroteos.

Observé mientras los ojos desesperados de Élise se desviaban hacia mí —momentáneamente fuera de la acción y necesitado de ayuda— regresando a la figura de Germain que se alejaba y de vuelta hacia mí.

—Se está escapando —declaró, sus ojos centelleando de frustración, y cuando volvió a mirarme pude advertir la indecisión en su rostro. Dos opciones. Quedarse y dejar que Germain escapara, o ir tras él.

Aunque en realidad nunca hubo la menor duda de qué opción escogería.

—Puedo atraparle —declaró, decidida.

—No puedes —refuté—. Sola no. Espérame, *Élise*.

Pero había desaparecido. Con un aullido de esfuerzo conseguí liberarme de la piedra, ponerme en pie y salir corriendo tras ella.

Si tan solo hubiera llegado unos segundos antes (como ya mencioné, cada paso de su camino hacia la muerte se decidió por solo unos segundos), podría haber cambiado el signo de la batalla, porque Germain se estaba defendiendo furiosamente, el esfuerzo escrito en esas crueles facciones, y quizá su espada —esa cosa que decidí que estaba casi viva— de alguna

forma sentía que su propietario se acercaba a la derrota… porque, tras una gran explosión de sonido, luz y una enorme e indiscriminada descarga de energía, se despedazó.

La fuerza me tiró al suelo pero mi primer pensamiento fue para Élise. Tanto ella como Germain estaban en el centro de la explosión.

A través del polvo vislumbré su cabello pelirrojo donde yacía tendida bajo una columna. Corrí hacia ella, me arrodillé y tomé su cabeza entre mis manos.

En sus ojos había una luz brillante. Élise me vio, creo, un segundo antes de morir. Me vio y la luz asomó a sus ojos una última vez y luego desapareció.

iii

Ignoré las toses de Germain durante un rato, y luego posé suavemente la cabeza de Élise sobre la piedra, cerré sus párpados y me levanté, caminando entre los escombros de la cámara hasta donde él yacía, la sangre borboteando de su boca al contemplarme, medio muerto.

Me arrodillé. Sin apartar mis ojos de él, desenvainé mi espada y terminé el trabajo.

Tuve la visión cuando Germain murió.

(Y permitid que me detenga para recordar la mirada de soslayo en el rostro de Élise cuando le conté lo de mis visiones. No muy convencida, pero tampoco totalmente incrédula).

Esta visión fue diferente de las otras. De alguna forma yo estaba presente en ella como no lo había estado nunca.

Me encontré en el taller de Germain, observando mientras este, con el aspecto que en su día tuvo y la vestimenta de un platero, se sentaba moldeando un alfiler.

Cuando le miré, se apretó las sienes y empezó a murmurar algo para sí mismo, como si algo hubiera asaltado sus pensamientos.

¿De qué se trataba?, me pregunté, justo cuando una voz surgió por detrás de mí, sobresaltándome.

—Bravo. Has asesinado al villano. Así es como has trazado este pequeño juego moral en tu mente, ¿no es cierto?

Aún en mi visión, me giré para ver la fuente de la voz, solo para descubrir a otro Germain —uno mucho más mayor, el Germain que conocía— de pie detrás de mí.

—Oh, no estoy realmente aquí —explicó—, y tampoco estoy realmente allí. En este momento estoy desangrándome en el suelo del templo. Pero al parecer el padre del entendimiento ha creído oportuno concedernos este momento para hablar.

Súbitamente la escena cambió y nos encontramos en la cámara secreta bajo el templo donde habíamos estado luchando, solo que la cámara estaba intacta y no había señales de Élise. Lo que vi fueron escenas de un tiempo anterior, cuando el joven Germain se acercó al altar donde los textos de De Molay estaban expuestos.

—Ah —escuché la voz del *guía* Germain detrás de mí—. Esta es una de mis favoritas. No entendía las visiones que acosaban mi mente, ya ves. Imágenes de grandes torres de oro, de ciudades brillando como la plata. Creí que me estaba volviendo loco. Entonces encontré este lugar —la cripta de Jacques de Molay—, y a través de sus escritos, comprendí.

—¿Comprender el qué?

—Que de alguna forma, a través de los siglos, estaba conectado con el Gran Maestro De Molay. Que había sido elegido para purgar la Orden de la decadencia y la corrupción que se habían instalado en ella. Para limpiar el mundo y restaurarlo en la verdad que el padre del entendimiento pretendía.

La escena cambió de nuevo. Esta vez me encontré en una habitación, donde altos cargos templarios estaban juzgando a Germain y apartándolo de la Orden.

—Los profetas son raramente apreciados en su tiempo —explicó desde detrás de mí—. El exilio y la degradación me obligaron a replantearme mis estrategias, a encontrar nuevas vías para llevar a cabo mi propósito.

Una vez más la escena cambió y me vi acosado por imágenes del Terror, de la guillotina alzándose y cayendo como el inexorable tictac del reloj.

—¿No importa a qué precio? —pregunté.

—Un nuevo orden nunca llega sin la destrucción del viejo. Y si los hombres están hechos para temer la libertad sin límites, tanto mejor. Un breve contacto con el caos les recordará por qué deben obediencia.

Y entonces la escena volvió a transformarse y una vez más nos encontramos de vuelta en la cámara. Esta vez momentos antes de la explosión que había acabado con la vida de Élise, y pude ver en el rostro de ella el esfuerzo por asestar el que había sido el golpe definitivo de la batalla, y confié en que supiera que su padre había sido vengado, y que ese hecho le hubiera traído algo de paz.

—Por lo que parece nuestros caminos se separan aquí —indicó Germain —. Piensa en esto: la marcha del progreso es lenta, pero es tan inevitable como un glaciar. Lo único que has conseguido aquí es retrasar lo inevitable. Una muerte no puede detener la marea. Tal vez no sea mi mano la que lidere a la humanidad de vuelta al lugar adecuado, pero será la de cualquier otro. Piensa en ello cuando la recuerdes.

Lo haría.

Algo me dejó desconcertado en las semanas que siguieron a su muerte. ¿Cómo era posible que hubiera conocido a Élise mejor que a ninguna otra persona y hubiera pasado más tiempo con ella que con cualquiera, y que al final eso no hubiera contado para nada, porque realmente no la conocía?

A la niña sí, pero no a la mujer en la que se había convertido. Pese a haberla visto crecer, nunca tuve la oportunidad de admirar la belleza de Élise en pleno florecimiento.

Y ahora ya nunca lo haré. El futuro que teníamos juntos ha desaparecido. Mi corazón se duele por ella. Siento un peso en el pecho. Lloro por el amor perdido, por el ayer desaparecido, por el mañana que nunca será.

Lloro por Élise, que a pesar de sus defectos es la mejor persona que jamás conoceré.

No mucho tiempo después de su muerte, un hombre llamado Ruddock vino a verme a Versalles. Apestando a perfume barato que apenas enmascaraba un sobrecogedor olor corporal, apareció trayendo una carta que rezaba así: para ser abierta en caso de mi muerte.

El sello estaba roto.

—¿La ha leído? —pregunté.

—Así es, señor. Sintiendo un gran peso en el corazón hice como se me había indicado.

—Era para ser abierta en caso de su muerte —indiqué sintiéndome ligeramente traicionado por el temblor de emoción de mi voz.

—Eso es, señor. Cuando recibí la carta la guardé en un cajón, confiando en no volver a verla, si permite que le sea sincero. Clavé mi mirada en él.

—Dígame la verdad, ¿la leyó *antes* de que muriera? Porque si lo hizo, entonces podría haber hecho algo respecto a su muerte. Ruddock mostró una sonrisa ligeramente triste.

—¿Podría? Yo creo que no, señor Dorian. Los soldados escriben cartas así antes de la batalla, señor. El mero hecho de que contemplen su propia mortalidad no pospone lo inevitable.

La había leído, estaba seguro. La había leído antes de que ella muriera.

Fruncí el ceño, desplegué la hoja y empecé a leer las palabras de Élise para mis adentros.

Ruddock:

Disculpe la falta de formalidades pero me temo que he reconciliado mis sentimientos hacia usted, y son estos: usted no me gusta. Lamento decirlo, y supongo que le parecerá un tanto grosera mi forma de anunciarlo, pero si está leyendo esto o bien ha ignorado mis instrucciones o es que estoy muerta, por lo que en cualquiera de los casos ninguno de nosotros necesitará preocuparse por cuestiones de etiqueta.

Ahora, a pesar de mis sentimientos hacia usted, debo admitir que aprecio sus intentos de hacerse recompensar por sus acciones, y su lealtad me ha conmovido. Es por esa razón por la que le ruego que muestre esta carta a mi amado Arno Dorian, que precisamente es un Asesino, confiando en que la reciba como mi testimonio de su cambio de actitud. Sin embargo, y como dudo mucho que la palabra de una Templaría fallecida sea suficiente para congraciarle con la Hermandad, tengo algo más para usted.

Arno, te pediría que entregaras las cartas que estoy a punto de mencionar al señor Ruddock a fin de que pueda utilizarlas para ganarse el favor de los Asesinos y así cumplir su deseo de ser aceptado de nuevo en el credo. El señor Ruddock sabrá comprender que este encargo ilustra mi confianza en él y mi esperanza en que la tarea sea cumplida más pronto que tarde, y por esta razón no requerirá ningún tipo de seguimiento.

Arno, el destinatario del resto de esta carta eres tú. Confío en poder regresar viva de mi enfrentamiento con Germain y recuperar esta carta de Ruddock, romperla y no volver a pensar en su contenido. Pero si la estás leyendo, eso significa en primer lugar que mi confianza en Ruddock ha sido recompensada y, en segundo lugar, que estoy muerta.

Hay muchas cosas que me gustaría decirte desde la tumba, y para este fin te remito a mis diarios, los más recientes los encontrarás en mi bolsa, y los anteriores guardados en un escondite con las cartas de las que te he hablado. Si cuando inspecciones el baúl, llegas a la penosa conclusión de que no he conservado las cartas que me enviaste, por favor, debes saber que la razón de ello se encuentra en las páginas de mi diario. También encontrarás un collar con el que me obsequió Jennifer Scott.

La siguiente página faltaba.

—¿Dónde está el resto? —quise saber.

Ruddock alzó sus manos para tranquilizarme.

—Ah, bueno. La segunda página incluye un mensaje especial respecto a la localización de las cartas que la señorita dice que probarán mi redención. Y, bueno, perdóneme por mi rudeza, pero me preocupa que si le doy esa carta no me quede luego nada con lo que negociar, ni tampoco garantía de que no cogerá dicha correspondencia y la utilizará para mejorar su propia situación con la Hermandad.

Le miré haciendo un gesto con la carta.

—Élise me pide que confíe en usted, y yo le pido que haga lo mismo conmigo. Tiene mi palabra de honor de que las cartas serán suyas.

—Entonces eso es suficiente para mí. —Hizo una reverencia y me tendió la segunda página de la carta. La leí de corrido hasta que llegué al final…

> *… ahora, por supuesto, estaré yaciendo en el Cementerio de los Inocentes con mis padres, mis seres queridos.*
>
> *Aunque a quien más amo de todos es a ti, Arno. Espero que comprendas lo mucho que te quiero. Y espero que tú también me ames. Y te doy las gracias por permitirme el honor de conocer un sentimiento tan pleno.*
>
> *Tu amada,*
>
> *Élise*

—¿Y dice dónde están las cartas? —preguntó Ruddock esperanzado.

—Así es —contesté.

—¿Y dónde están, señor?

Le contemplé de nuevo, mirándole a través de los ojos de Élise, y pude advertir que había algunas cuestiones demasiado importantes para ser dejadas al arbitrio de nuestra recién ganada confianza.

—Usted lo ha leído; ya lo sabe.

—Lo llama *Le Palais de la Misère*. Y eso debe de significar algo para usted, ¿no es así?

—Sí, gracias, Ruddock, significa algo. Sé dónde dirigirme. Por favor, déjeme su dirección actual. Me pondré en contacto con usted en cuanto

recupere las cartas. Y debe saber que en agradecimiento por todo lo que ha hecho pondré todo mi empeño en que consiga ganarse el favor de los Asesinos.

Se irguió ligeramente cuadrando sus hombros.

—Y por ello le estoy agradecido…, hermano.

iv

Había un joven aguardando en una carreta del camino. Tenía una pierna levantada y los brazos cruzados y me miraba atentamente desde debajo de un sombrero de paja de ala ancha, moteado por la luz del sol que conseguía filtrarse a través del dosel de ramas por encima de su cabeza. Estaba esperando, esperándome, según resultó, a mí.

—¿Es usted Arno Dorian, señor? —me preguntó enderezándose.

—Yo soy.

Sus ojos se clavaron en mí.

—¿Y no lleva una espada oculta?

—¿Cree que soy un Asesino?

—¿No lo es?

En un rápido movimiento la saqué, centelleante bajo la luz del sol, y la retiré tan velozmente como la había sacado.

El joven asintió.

—Mi nombre es Jacques. Élise era amiga mía, una buena señora para mi esposa, Hélène, y una confidente íntima de… el hombre que vive con nosotros.

—¿Un italiano? —pregunté, probándole.

—No, señor —sonrió—. Es un caballero inglés y responde al nombre de señor Weatherall.

Le sonreí en respuesta.

—Creo que será mejor que me lleve con él, ¿no?

Jacques me condujo en su carro, tomando un sendero que transcurría a un lado del río. En la otra orilla había una estrecha y cuidada pradera que

desembocaba en un ala de la Maison Royale. Contemplé el edificio con una mezcla de tristeza y estupefacción. Tristeza porque la mera visión del internado me recordaba a Élise. Estupefacción porque no tenía nada que ver con el retrato de un lugar satánico que ella me había descrito en sus cartas todos esos años atrás.

Continuamos como si estuviéramos rodeando el colegio, lo que supongo que estábamos haciendo. Élise me había mencionado el pabellón del guarda.

Tal y como esperaba, llegamos ante una amplia y baja construcción situada en un claro, con un par de edificios auxiliares a poca distancia. De pie en un escalón del porche había un hombre mayor con muletas.

Las muletas eran nuevas, por supuesto, pero en cambio creí reconocer al hombre de barba blanca por haberlo visto merodeando por el castillo cuando yo era pequeño. Había sido alguien que pertenecía a la otra vida de Élise, su vida con François y Julie. No alguien con quien yo me mezclara. Ni tampoco él conmigo.

Y sin embargo, escribo esta entrada tras haber leído los diarios de Élise, y ahora puedo apreciar la posición que él ocupó en su vida y, una vez más, maravillarme por lo poco que realmente sabía de ella; y de nuevo lamento la oportunidad de no haber descubierto a la Élise «real», la Élise libre de secretos con un destino que cumplir. A veces pienso que con todo ese peso sobre sus hombros, ella y yo estábamos condenados desde el principio.

—Hola, hijo —me gruñó desde el porche—. Ha pasado mucho tiempo. Deja que te vea. Apenas te reconozco.

—Hola, señor Weatherall —contesté desmontando y atando mi caballo. Me acerqué a él, y de haber sabido lo que ahora sé le habría saludado a la manera francesa con un fuerte abrazo, y habríamos compartido la solidaridad de nuestra pérdida, nosotros que fuimos los dos hombres más cercanos a Élise, pero no lo hice; él era simplemente un rostro del pasado.

En el interior de la casa la decoración era sencilla y el mobiliario espartano. El señor Weatherall se apoyó sobre sus muletas y me guio hasta la mesa, solicitando un poco de café a una muchacha que supuse que sería Hélène, a la que sonreí, recibiendo una reverencia en respuesta.

También a ella le presté menos atención de la que le hubiera dedicado de haber leído antes los diarios. Apenas estaba dando mis primeros pasos en esa otra vida paralela de Élise, sintiéndome como un intruso, como si no debiera estar aquí.

Jacques también entró, quitándose un imaginario sombrero y saludando a Hélène con un beso. La atmósfera en la cocina era muy animada. Hogareña. No me extraña que a Élise le gustara estar allí.

—¿Me estaban esperando? —pregunté, haciéndole un gesto a Jacques.

El señor Weatherall se acomodó antes de asentir pensativo.

—Élise escribió para decirnos que Arno Dorian aparecería para recoger su baúl. Y luego, hace un par de días, la señora Levene nos trajo la noticia de que la habían matado.

Alcé una ceja.

—¿Le escribió? ¿Y no sospechó que algo iba mal?

—Hijo, tal vez use madera bajo mis brazos pero no vayas a pensar que también la tengo en la cabeza. Lo que *sospeché* era que todavía estaba enfadada conmigo, no que estaba haciendo planes.

—¿Estaba enfadada con usted?

—Tuvimos unas palabras. Nos separamos mal avenidos. O más bien sin hablarnos.

—Ya veo. Yo también he sido víctima de un buen número de enfados de Élise. No era algo agradable.

Nos miramos el uno al otro, mostrando leves sonrisas. El señor Weatherall hundió su barbilla en el pecho mientras asentía por los agridulces recuerdos.

—Oh, sí, desde luego. Era todo un carácter. —Me miró—. Supongo que eso es lo que la mató, ¿no es cierto?

—¿Qué es lo que le han contado?

—Que la noble dama Élise de la Serre estuvo implicada en un altercado con el renombrado platero François Thomas Germain, y que sus espadas chocaron y ambos lucharon en un combate que acabó con la muerte de ambos a manos del otro. ¿Es así como tú lo viste?

Asentí.

—Ella fue tras él. Pero podría haber puesto más cuidado.

Sacudió la cabeza.

—Ella no era precisamente cautelosa. Pero le presentó batalla, ¿verdad?

—Luchó como una leona, señor Weatherall, un auténtico rival para su pareja en combate.

El anciano mostró una breve sonrisa desganada.

—Hubo un tiempo en el que yo también tuve de contrincante a François Thomas Germain, ¿sabes? Sí, podría llamarse así. El traidor Germain perfeccionó sus propias habilidades con una espada de madera empuñada por Freddie Weatherall. Por aquel entonces era impensable que un Templario pudiera volverse contra otro Templario.

—¿Impensable? ¿Por qué? ¿Acaso los Templarios eran menos ambiciosos cuando usted era joven? ¿O es que el apuñalamiento por la espalda en nombre del progreso estaba menos desarrollado?

—No —sonrió el señor Weatherall—, simplemente éramos jóvenes, y un poco más idealistas cuando se trataba de algún compañero.

V

Tal vez tengamos más que decirnos el uno al otro si volvemos a encontrarnos. Tal y como ocurrió, los dos hombres más cercanos a Élise teníamos poco en común, y cuando la conversación finalmente decayó y murió como una hoja en otoño, le pedí que me mostrara el baúl.

Me llevó hasta él, y lo arrastré de vuelta a la cocina donde lo dejé, pasando mis manos sobre las iniciales grabadas EDLS, para luego abrirlo. En el interior, tal y como había referido, estaban las cartas, sus diarios y el collar.

—Y algo más —dijo el señor Weatherall y salió de la habitación para regresar momentos después con una espada corta—. Su primera espada —explicó, añadiéndola al contenido del baúl con una mirada desdeñosa, como si debiera haberla reconocido al instante. Como si tuviera mucho que aprender sobre Élise.

Lo que por supuesto hice. Y ahora comprendo que tal vez me mostré un tanto altivo durante mi visita, como si esa gente no fuera digna de Élise, cuando en realidad era todo lo contrario.

Fui a recoger mis alforjas para llenarlas con los recuerdos de Élise, los objetos listos para llevarlos de vuelta a Versalles, saliendo a la clara y tranquila noche iluminada por la luna y acercándome a mi caballo. Me quedé allí de pie, el asa de la bolsa en mi mano, cuando me llegó un olor. Algo inconfundible. Era perfume.

vi

Creyendo que nos pondríamos en marcha, mi yegua resopló y piafó en el suelo pero la tranquilicé, palmeando su cuello a la vez que olfateaba de nuevo el aire. Chupé mi dedo, lo levanté al aire y comprobé que el viento venía desde detrás de mí. Escruté el perímetro del claro. Tal vez fuera una de las chicas del colegio que había hecho el camino hasta allí por alguna razón. Tal vez fuera la madre de Jacques…

O tal vez reconocí la esencia del perfume y supe exactamente quién era.

Me acerqué a él, oculto tras un árbol, su pelo blanco casi luminoso bajo la luna.

—¿Qué está haciendo aquí, Ruddock? —le pregunté.

Hizo una mueca.

—Ah, bueno, verá, yo…, podría decirse que solo quería velar por mi trofeo.

Sacudí la cabeza con rabia.

—¿Así que después de todo no confía en mí?

—Bueno, ¿usted confía en mi? ¿Acaso Élise confiaba en mí? ¿Alguno de nosotros confía en el otro, nosotros que vivimos nuestras vidas en sociedades secretas?

—Vamos —indiqué—. Pase dentro.

vii

—¿**Q**uién es este?

Los ocupantes de la casa, que unos momentos antes se estaban disponiendo para dormir, reaparecieron: Hélène en camisón, Jacques solo con los calzones puestos, el señor Weatherall aún totalmente vestido.

—Su nombre es Ruddock.

No creo haber visto nunca una transformación tan notable como la que sufrió el señor Weatherall. Su rostro se coloreó, una mirada de furia cruzó sus ojos descendiendo sobre Ruddock.

—El señor Ruddock pretende llevarse sus cartas y seguir su camino —expliqué.

—No me contaste que eran para él —replicó Weatherall con un gruñido.

Le lancé una acre mirada pensando que empezaba a hartarme de él y que cuanto antes terminara mi encargo mejor.

—Por lo que veo hay mala sangre entre ustedes.

El señor Weatherall se limitó a refunfuñar; Ruddock sonrió tontamente.

—Élise respondía por él —le expliqué al señor Weatherall—. Según parece, es un hombre cambiado y ha sido perdonado por sus pasados deslices.

—Por favor —me imploró Ruddock, sus ojos fijos en mí, moviéndose claramente nervioso por la tormenta que se desataba en el rostro del señor Weatherall—, solo entrégueme las cartas y me marcharé.

—Yo le daré sus cartas, si eso es lo que quiere —intervino el señor Weatherall acercándose al baúl—, pero escuche lo que le digo, si ese no era el deseo de Élise le cortaré la garganta.

—Yo también la quería a mi manera —protestó Ruddock—. Salvó mi vida dos veces.

Al llegar junto al baúl el señor Weatherall se detuvo.

—¿Salvó su vida dos veces?

Ruddock se estrujó las manos.

—Lo hizo. Me salvó de la horca y antes de eso de los Carroll.

Aún junto al baúl, el señor Weatherall asintió pensativo.

—Sí, recuerdo que le salvó de la horca. Pero los Carroll…

Una sombra de culpabilidad cruzó el rostro de Ruddock.

—Bueno, ella me dijo entonces que los Carroll iban a por mí.

—Usted conocía a los Carroll, ¿no es así? —preguntó el señor Weatherall inocentemente.

Ruddock tragó saliva.

—Sabía *de* ellos, por supuesto que sí.

—¿Y se largó?

—Como cualquiera en mi posición habría hecho —replicó indignado.

—Exactamente —dijo el señor Weatherall asintiendo—. Hizo lo correcto, perdiéndose toda la diversión. Sin embargo, hay un hecho indiscutible: ellos no iban a matarle.

—Entonces supongo que debería decir que Élise salvó mi vida una vez. Aunque no creo que importe mucho, después de todo una es suficiente.

—Salvo que ellos *fueran* a matarle.

Ruddock soltó una risa nerviosa, sus ojos vagando por la habitación.

—Bueno, usted acaba de decir que no iban a hacerlo.

—Pero ¿y si así fuera? —insistió el señor Weatherall.

Me pregunté a dónde demonios quería llegar.

—No querían —respondió Ruddock con un matiz zalamero en su voz.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Cómo dice?

El sudor bañaba la frente de Ruddock cuya cara mostraba ahora una sonrisa torcida y nerviosa. Su mirada encontró la mía como si buscara algún apoyo, pero no halló ninguno. Yo me limité a observar. Observar atentamente.

—Vera —continuó el señor Weatherall—, creo que por aquel entonces usted trabajaba para los Carroll y pensó que ellos estaban dispuestos a silenciarle, lo que tal vez quisieran hacer. Pienso que o bien usted nos proporcionó la información falsa sobre el Rey de los Mendigos o que este estaba trabajando para los Carroll cuando le contrató para asesinar a Julie de la Serre. Eso es lo que pienso.

Ruddock estaba negando con la cabeza. Intentó mostrar una mirada de indiferente desconcierto, una mirada de ultrajada indignación y, en su lugar, solo consiguió una mirada de pánico.

—No —rechazó—, esto ha ido demasiado lejos. Yo trabajo para mí mismo.

—Pero tiene la ambición de volver a unirse a los Asesinos, ¿no es así? —interrumpí.

Sacudió la cabeza furiosamente.

—No, estoy curado de todo eso. ¿Y sabe quién me curó finalmente? Pues la dulce Elise. Ella odiaba sus dichosas órdenes, ¿lo sabían? Dos garrapatas luchando por el control de un gato, era como les llamaba. Le llamó fútil y embaucador, y tenía razón. Me advirtió que yo estaría mejor sin usted, y acertó —espetó con rabia—. ¿Templarios? ¿Asesinos? Permítanme que me orine sobre todos ustedes, atajo de ancianas inútiles peleando por antiguos dogmas.

—¿Así que no tiene ningún interés en incorporarse a los Asesinos, y por tanto ningún interés en las cartas? —pregunté.

—Ninguno en absoluto —insistió.

—Entonces ¿qué esta haciendo aquí? —demandé.

Al tomar conciencia de la profundidad del agujero en que él mismo se había metido, su rostro se compungió y entonces se giró y, con un ágil movimiento, sacó un par de pistolas. Antes de que pudiera reaccionar se apoderó de Hélène, apuntando una de las pistolas sobre su cabeza mientras cubría la habitación con la otra.

—Los Carroll les envían saludos —anunció.

viii

Una nueva tensión se expandió por la habitación y Hélène gimoteó. La carne de su sien estaba blanca donde el cañón de la pistola la presionaba, su mirada implorante pasando por encima del brazo de Ruddock hasta donde Jacques se mantenía encogido, listo para atacar, luchando por un lado

contra la necesidad de llegar hasta él, liberar a Hélène y matar a Ruddock, y la necesidad de no asustarle y que disparara.

—Quizá —dije después de un silencio— preferiría decirme quiénes son esos Carroll.

—La familia Carroll de Londres —explicó Ruddock, un ojo sobre Jacques que permanecía tenso, su rostro contorsionado por la rabia—. Al principio confiaban en influir hacia el sendero correcto a los Templarios franceses, pero entonces Élise les descompuso al matar a su hija, lo que dio al asunto una dimensión personal.

—Y por supuesto hicieron lo que cualquier padre amoroso con mucho dinero y una red de sicarios a su disposición haría: ordenar la venganza. No solo sobre ella sino sobre su protector. Ah, y estoy seguro de que pagarán generosamente por estas cartas.

—Élise tenía razón —observó el señor Weatherall casi para sí mismo—. Ella nunca creyó que los Cuervos trataran de matar a su madre. Tenía razón.

—La tenía —añadió Ruddock casi con pena, como si deseara que Élise pudiera estar allí para apreciar el momento.

También yo deseé que estuviera. Me hubiera gustado ver como se encargaba de Ruddock.

—Entonces se ha acabado —contesté sencillamente—. Sabe tan bien como nosotros que no puede matar al señor Weatherall y salir de aquí con vida.

—Eso ya lo veremos —contestó—. Ahora abra la puerta y luego aléjese de ella.

Permanecí donde estaba hasta que me lanzó una mirada de advertencia al mismo tiempo que provocaba un grito de dolor en Hélène al presionar el cañón de la pistola contra su frente. Solo entonces abrí la puerta y di varios pasos a un lado.

—Puedo ofrecerle un trato —propuso Ruddock empujando a Hélène hacia delante y encaminándose hacia el oscuro rectángulo de la entrada.

Jacques seguía muy tenso, muerto de ganas de abalanzarse sobre Ruddock; el señor Weatherall furioso pero pensando, pensando; y yo, observando y esperando, mis dedos flexionados sobre mi hoja oculta.

—Su vida por la de ella —continuó Ruddock señalando al señor Weatherall—. Usted me permite matarle ahora y yo libero a la chica cuando me marche.

El rostro del señor Weatherall estaba muy, muy oscuro. La furia parecía embargarle en oleadas.

—Prefiero quitarme la vida a permitir que me la quite.

—Es su elección. En cualquier caso su cadáver estará en el suelo cuando me marche.

—¿Y qué pasará con la chica?

—Vivirá —respondió—. La llevaré conmigo, y la soltaré cuando esté a salvo y tenga la seguridad de que no tratarán de engañarme.

—¿Y cómo sabemos que no la matará?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Señor Weatherall —comencé—. De ningún modo vamos a permitir que se lleve a Hélène. No vamos a…

El señor Weatherall me interrumpió.

—Le pido disculpas, señor Dorian, permítame que lo escuche de boca de Ruddock. Deje que escuche la mentira de su boca, porque la recompensa no es solo por el protector de Élise, ¿no es así, Ruddock:' Es por su protector y su doncella, ¿verdad, Ruddock? No tiene ninguna intención de dejar marchar a Hélène.

Los hombros de Ruddock se alzaron y encogieron y su respiración se hizo mas pesada, sus opciones reduciéndose por segundos.

—No me iré de aquí con las manos vacías —declaró—, para que puedan perseguirme y matarme en otro momento.

—¿Qué otra elección tiene? O bien aquí muere gente y uno de ellos es usted, o se marcha y pasa el resto de su vida como un hombre marcado.

—Me llevo las cartas —declaró finalmente—. Páseme las cartas y soltaré a la chica cuando esté a salvo.

—No va a llevarse a Hélène —rechacé—. Puede llevarse las cartas, pero Hélène no saldrá de esta casa.

Me pregunto si apreció la ironía de que de no haberme seguido, de haber esperado en Versalles, le habría entregado las cartas.

—Pero usted vendrá a por mí —dijo vacilante—. Tan pronto como la suelte.

—No lo haré —respondí—. Tiene mi palabra de honor. Puede coger las cartas y marcharse.

Pareció tomar una decisión.

—Deme las cartas —exigió.

El señor Weatherall alargó el brazo hasta el baúl, cogió el paquete de cartas y las levantó.

—*Tú* —llamó Ruddock a Jacques—, el enamorado. Pon las cartas en mi caballo y tráelo hasta aquí mientras alejas la montura del Asesino. Pero date prisa y vuelve pronto o ella morirá.

La mirada de Jacques se desvió de mí al señor Weatherall. Ambos asentimos y él salió hacia la noche.

Los segundos pasaron y esperamos. Hélène, ahora más tranquila, nos miraba por encima del brazo de Ruddock mientras este me apuntaba con la pistola, sus ojos fijos en mí sin prestar demasiada atención al señor Weatherall creyendo que no suponía una amenaza.

Jacques regresó, deslizándose en el interior con los ojos clavados en Hélène, esperando poder cogerla.

—Bien, ¿está todo listo? —preguntó Ruddock.

Vi el plan de Ruddock pasar ante sus ojos. Lo vi con tanta claridad que podría haberlo contado en voz alta. Su plan era matarme con un primer tiro, a Jacques con el segundo, y liquidar a Hélène y a Weatherall con la espada.

Quizá el señor Weatherall también lo vio. Quizá el señor Weatherall había estado planeando su movimiento todo ese tiempo. Cualquiera que sea la verdad, la desconozco, pero en el mismo momento en que Ruddock apartó a Hélène de un empujón y giró su arma hacia mí, la mano del señor Weatherall apareció desde el interior del baúl, la funda de la espada corta de Élise saltando a un lado y la espada entre sus dedos.

Como era mucho más larga que un cuchillo pensé que no podría dar en el blanco, pero, por supuesto, su largo entrenamiento en el lanzamiento de cuchillos le había permitido lograr una gran habilidad y la espada giró al mismo tiempo que yo me agachaba. Escuché el disparo, la bala silbando al pasar junto a mi oreja en un único sonido, pero recuperé el equilibrio y

sacando mi hoja oculta, me preparé para saltar sobre Ruddock antes de que disparara por segunda vez.

Pero Ruddock tenía la espada corta clavada en la cara, sus ojos moviéndose en direcciones opuestas mientras su cabeza caía hacia atrás y se tambaleaba, su segundo disparo impactando directamente en el techo mientras su cuerpo retrocedía y luego se desplomaba sin vida antes de golpear el suelo.

En el rostro del señor Weatherall había una mirada de sombría satisfacción, como si se hubiera liberado de un fantasma.

Hélène corrió hacia Jacques y durante unos instantes nos quedamos todos inmóviles, los cuatro, mirándonos los unos a los otros y al cadáver de Ruddock, apenas capaces de creer que todo hubiera terminado, y que hubiéramos sobrevivido.

Y después, una vez que sacamos el cuerpo de Ruddock afuera para enterrarlo al día siguiente, recuperé mi caballo y terminé de cargar mis alforjas. Mientras lo hacía sentí la mano de Hélène sobre mi brazo y miré sus ojos enrojecidos por el llanto, pero no menos sinceros por ello.

—Señor Dorian, nos encantaría que se quedara —dijo—. Podría ocupar el dormitorio de Élise.

Y desde entonces sigo aquí, apartado del mundo y, por lo que a los Asesinos respecta, sin pensar tampoco en ellos.

He leído los diarios de Élise, por supuesto, y gracias a ellos he comprendido que aunque en nuestras vidas adultas no nos conocíamos lo suficiente el uno al otro, aun así la conocí mejor que ninguna otra persona, porque ella y yo éramos lo mismo, espíritus afines compartiendo mutuas experiencias, nuestros caminos a través de la vida virtualmente idénticos.

Excepto que, como ya he mencionado antes, Élise empezó primero, y fue ella quien llegó a la conclusión de que podría existir una unión entre Asesinos y Templarios. Al final de su diario encontré una carta. Decía así:

Queridísimo Arno:

Si estás leyendo esto, o bien mi confianza en Ruddock ha estado justificada, o su avaricia ha prevalecido. En cualquier caso, tienes mis diarios.

Confío en que tras haberlos leído me hayas entendido un poco más y veas con mejores ojos las elecciones que hice. Confío en que ahora sepas que compartía tus esperanzas de una tregua entre Asesinos y Templarios, y que para ese fin tengo una última petición que hacerte, mi amor. Te pido que lleves estos principios de vuelta a tus hermanos de credo y trates de predicar en su favor. Y cuando te digan que tus ideas son caprichosas e ingenuas, les recuerdes, como tú y yo *demostramos, que las diferencias de doctrina pueden superarse.*

Por favor, haz esto por mi, Arno. Y piensa en mí. Al igual que yo *pensaré en ti hasta que volvamos a reunimos.*

Tu amada,

Élise

—Por favor, haz esto por mí, Arno.

Ahora, mientras estoy aquí sentado, me pregunto si tendré fuerza suficiente. Me pregunto si alguna vez seré tan fuerte como ella lo fue. Confío en que así sea[4].

LISTA DE PERSONAJES

Pierre Bellec: Asesino.

Jean Burnel: Templario y asociado del señor Weatherall.

May Carroll: Templaría inglesa.

Señor Carroll: Templario inglés y padre de May.

Señora Carroll: Templaría inglesa y madre de May.

Arno Dorian: huérfano acogido por los De la Serre y, más tarde, Asesino.

Charles Dorian: Asesino, padre de Arno.

François Thomas Germain: Templario expulsado y, más tarde, Gran Maestro.

Hélène: doncella de Élise y, más tarde, esposa de Jacques.

Capitán Byron Jackson: contrabandista.

Jacques: hijo ilegítimo de la señora Levene y, más tarde, esposo de Hélène.

Rey de los Mendigos: secuaz de Germain y, más tarde, Templario.

Chretien Lafreniére: uno de los Cuervos, consejero del Gran Maestro De la Serre.

Élise de la Serre: Templaría y futura Gran Maestro.

Julie de la Serre: Templaría y madre de Élise.

François de la Serre: Gran Maestro Templario y padre de Élise.

Aloys la Touche: secuaz del Rey de los Mendigos y Templario.

Louis-Michel Le Peletier: uno de los Cuervos, consejero del Gran Maestro De la Serre.

Señora Levene: directora de la Maison Royale.

Señora Levesque: uno de los Cuervos, consejera del Gran Maestro De la Serre.

Maximilien de Robespierre: fundador del Culto al Ser Supremo, aliado de Germain.

Jennifer Scott: Templaría inglesa y hermana de Haytham Kenway.

Charles Gabriel Sivert: uno de los Cuervos, consejero del Gran Maestro De la Serre y, más tarde, aliado de Germain.

Freddie Weatherall: Templario inglés y protector de Klise de la Serre.

Bernard Ruddock: Asesino expulsado.

Honoré Gabriel Riqueti: conde de Mirabeau y Gran Maestro Asesino.

AGRADECIMIENTOS

Agradecimientos especiales a:

Yves Guillemot
Aymar Azaizia
Anouk Bachman
Travis Stout

Y también a:

Alain Corro
Laurent Detoc
Sébastien Puel
Geoffroy Sardin
Xavier Guilbert
Tommy François
Christopher Dormoy
Mark Kinkelin
Ceri Young
Russell Lees
James Nadiger
Alexandre Amando
Mohamed Gambouz
Gilíes Beloeil
Vincent Pontbriand

Cecile Russell
Joshua Meyer
El departamento legal de Ubisoft
Etienne Allonier
Antoine Ceszynski
Clément Prevosto
Damien Guillotin
Gwenn Berhault
Alex Clarke
Hana Osman
Andrew Holmes
Chris Marcus
Virginie Sergent
Clémence Deleuze

Notas

[1] Parecido al bádminton (N. del T.) <<

[2] Corte de mangas (N de la T.) <<

[3] Así se llamaba a los partisanos de izquierdas miembros de las clases medias y bajas, que no llevaban los calzones (*culottes*) que distinguían a la aristocracia. (N de la T.) <<

[4] Este libro ha sido digitalizado para Epublibre. Si te lo has bajado de otro sitio y encuentras erratas, visítanos y repórtalas para poder mejorarlo. Si has pagado alguna cantidad por este libro, te han tomado el pelo ya que en Epublibre lo habrías conseguido totalmente gratis. <<